

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata,
Licenciatura en Letras, 2006.

Tesina de Licenciatura

Título:

Escribir *el* desierto. Narrar la nación. Literatura y periodismo en la formación de la nación
argentina,
1830-1852

Licenciando: Prof. Hernán Pas

Tutora y Directora de Tesina: Dra. María Minellono

**Escribir *el* desierto. Narrar la nación.
Literatura y periodismo en la formación de la nación argentina, 1830-1852.
Índice**

0. Introducción.....	3
----------------------	---

Primera Parte. Escribir (en) *el* desierto

1. El imaginario de las cartografías letradas	
1.1. Paisaje, naturaleza, cultura. Los mapas textuales del viaje descriptivo.....	29
1.2. El desierto: <i>pre</i> -texto para la (futura) nación argentina.....	49
2. La impresión de lo nacional: periódicos / semanarios y la emergencia de una literatura nacional. (Del Salón literario a la esfera pública)	
2.1. Introducción.....	64
2.2. <i>La Moda</i> : la musa sin patria es <i>guacha</i>	73
2.3. <i>El Iniciador</i> y la educación intelectual: cuando “todos” son unos pocos.....	88
2.4. <i>El Zonda</i> : gobernar es poblar... de lectores.....	95
2.5. Una literatura para la nación argentina.....	102

(Segunda) Parte Intermedia. El tejido biográfico

3. El <i>Facundo</i>: una biografía citadina	
3.1. Transfiguraciones de la crítica: la mezcla y el riesgo. A modo de introducción...110	
3.2. El cazador y su presa. Los mecanismos tropológicos del <i>Facundo</i>	119
3.3. Saberes conspirativos. Cifra y traslado.....	124
3.4. Biografía, instrucción y disuasión. El conflicto de una escritura obliterada.....	126
3.5. La nación de las <i>Lecturas</i> : ciudad y educación en el discurso modernizador de Sarmiento.....	137

Tercera Parte. Linajes, memorias, influencias

4. La ficción historiográfica	
4.1. Introducción. Heterologías en la trama histórica de las naciones.....	153
4.2. La escritura de la Historia: polémicas <i>entramadas</i> en el cuerpo de la patria (Sarmiento, Alberdi, Bello y Lastarria).....	166
4.3. El “frágil vástago” en los <i>Recuerdos</i> de Sarmiento.....	193
4.3.1. La <i>trama</i> de los <i>Recuerdos</i> : una <i>mimesis</i> autobiográfica.....	195
4.3.2. Las vidas ejemplares.....	201
4.3.3. El traductor caníbal, el intérprete americano.....	207
4.3.4. Una historia contada dos veces (y un <i>factum</i> de traslación progresista).....	211
5. Caballos entre las olas. (A modo de conclusión)	215
6. Bibliografía	223

0. Introducción

0. 1. Los usos de la ficción. Algunas notas previas sobre literatura y política

“Pero, amigo, ya sabemos lo que son novelas... y lo que son cuentos. Ustedes, los hombres de pluma, le meten no más, inventando cosas que interesen, y que resulten lindas. Y el gaucho se presta pa’ todo”
Entrevista a “Hormiga Negra, el protagonista de la novela de ese nombre”, en *Caras y Caretas*, 1912.¹

El momento fundacional de una literatura es siempre una *ficción*. Dicha así, la frase mantiene una doble tensión, casi tautológica, que remite tanto al momento inaugural –y ritual- de un texto literario como al “mito” que sostiene su propia evanescencia. La ambigüedad de la frase, su tautología, radica en los parámetros de lectura –de crítica, de interpretación- a los que estamos afectos desde, por lo menos y para poner un hito fundamental, la irrupción histórica de la experiencia vanguardista –y sus consecuencias específicas en el campo literario- y, sobre todo, los postulados teóricos del pensamiento postestructuralista o deconstructivista. Sin embargo, la carga semántica de esta frase puede explicarse mejor si la inscribimos en el marco cultural de los países que recién comenzaban, en Latinoamérica y en los primeros lustros del siglo XIX, a transitar sus procesos de independencia política.

En un lúcido ensayo sobre ese momento fundacional que supone una tradición literaria particular, Ricardo Piglia asienta la idea de que “en el uso de la ficción se cifra de un modo específico la tensión entre política y literatura en la Argentina del siglo XIX” (1998: 22). Como es sabido, la bibliografía que indaga la relación entre esos dos campos culturales (lo literario y lo político) durante el período de formación de una literatura y una tradición nacionales forma parte ya de un corpus crítico insoslayable.² Quisiera detenerme, entonces, en las potencialidades (y ambigüedades) críticas de ese “uso [o usos] de la ficción” que delinea los modos particulares de conflicto y tensión entre ambos discursos. Si una de las primarias (y fundamentales) funciones de la escritura en los países que

¹ Citado por Adolfo Prieto 1988: 96.

² En este sentido, habría que tener en cuenta, en primer lugar, los textos propiamente contemporáneos que señalan esa implicancia (pienso, por ejemplo, en la lectura que hace Alberdi del *Facundo*). Algunos de los estudios ya canónicos en ese sentido, se encuentran en: Viñas 1971-1995; Altamirano y Sarlo: 1997; Rama: 1984; Ramos: 1989 y Ludmer: 1988 y 1999.

empezaban a desandar el camino de su constitución estatal, como ha señalado la crítica, radicaba en su poder racionalizador y transcriptor del flujo modernizante para Latinoamérica (Ramos 1989), habría que ver, siguiendo en esto a Piglia, en esa totalización discursiva demandada por la *res-pública* las posibilidades de una inscripción ficcional orientada precisamente por un uso político del lenguaje figurativo. Porque si durante el siglo XIX la política lo invade todo, un texto como el *Facundo*, sin embargo, conjura en esa impresión el espacio ficcional de la palabra (política) escrita. En palabras de Piglia, hablar de “Sarmiento escritor” (así titula su ensayo) es hablar de la imposibilidad de ser escritor en la Argentina del siglo XIX. Paradójicamente, es esa misma imposibilidad la que hace a Sarmiento atravesar los umbrales de la ficción: el momento en que el *Facundo* (se) *hace literatura*. Ese momento implica superar la restricción del espacio político que es al mismo tiempo la posibilidad (en el marco de “imposibilidad” que sugiere Piglia, y de ahí la paradoja) de un uso distinto de la letra escrita, esto es, la escritura ficcional. Dice Piglia: “Desde el comienzo mismo de la literatura nacional se dice que la ficción es antagónica con un uso político del lenguaje” (ídem). Piglia está pensando básicamente en dos textos paradigmáticos de la literatura argentina: el *Facundo*, de Sarmiento, y *El matadero*, de Echeverría. Dos comienzos o, mejor, una misma escena (“de terror y violencia”) “contada dos veces”. Escenas violentas que tienen que ver con los procesos políticos que se están desarrollando en el río de la Plata en un momento en donde están en juego más de un proyecto de país y en donde la fuerza (militar, política y económica) es la que domina en primera instancia el orden político-institucional. Parecería que la política diagrama el espacio potencial para una escritura desbordante de sus propios límites. En el río de la Plata (y en Latinoamérica) los comienzos de una literatura nacional se ciñen en ese espacio, divergente, a primera vista, del flujo modernizante de las metrópolis europeas. Cito el ejemplo al caso: a diferencia de Francia, donde Flaubert está pensando escribir una novela que “hable de nada” (momento de máxima autonomía literaria),³ en Argentina se está llevando adelante la *Campaña del Ejército Grande* comandada por Urquiza y Sarmiento es, en ese momento, su folletín. En la disimetría (temporal y cultural) entre esa textualidad (donde habría que inscribir, además, a *El Matadero* y al *Facundo*) y sus modelos europeos

³ Sobre este punto, conviene recordar los juicios de Peter Bürger, en su *Teoría de la vanguardia*, y la lectura crítica de Julio Ramos a ese momento de institucionalización literaria que Bürger piensa a partir de una estricta “pureza” en las letras europeas, sobre todo en Francia. Véase Bürger: 1987 y Ramos: 1989: 82ss.

(Flaubert en este caso), en el uso abusivo, marginal y “salvaje” que realiza del saber occidental y en la relación con otras prácticas, sobre todo políticas, se funda el espacio para la literatura argentina, según Piglia:

“Esa doble relación (con la política y con las literaturas extranjeras) define de un modo propio la autonomización de la literatura y su función (..) La *mirada estrábica* funda una verdadera tradición nacional: la literatura argentina se constituye en esa doble visión, en esa relación de diferencia y alianza con otras prácticas y otras lenguas y otras tradiciones” (ídem: 22)

Ahora bien, en ciertas zonas del ensayo, Piglia vuelve sobre algunas notas al *Facundo* y sobre algunos conceptos esgrimidos con anterioridad en su *Crítica y ficción*,⁴ como puede verse ya en el fragmento citado. Lo que Piglia llama una “verdadera tradición nacional”, identificada con la visión de una *mirada estrábica*, es la que inaugura en el siglo XIX un texto como el *Facundo*: “una máquina de novelar, el museo de la novela futura” (ídem: 27). Pero por momentos la conjetura de ese tipo de trama ficcional corre el riesgo de quedar atrapada en las redes teóricas que mencionamos al principio. La escisión *fundante* entre anacronismo y utopía (entre un pasado negado y un futuro deseado, digamos: entre la cultura colonial y la cita francesa) presente en esa *mirada estrábica* sólo se explica bajo una idea previa de *lo* literario; idea que supone un proceso de autonomía ligado a una línea evolutiva en la que Argentina (y Latinoamérica) se inscribirían sólo marginal y, de acuerdo a un uso “salvaje” del saber foráneo ejercido por los criollos (mal)letrados, apócrifamente. Además de la nota correctiva que añade Julio Ramos,⁵ la idea de ficción entramada en ese sistema restringe parcialmente la lectura crítica que podrían reclamar textos como los ya citados de Echeverría y Sarmiento. Así, por ejemplo, la lectura sobre la no publicación de *El Matadero* que establece una relación monódica con su condición de ficción, podría ser un ejemplo: porque era una ficción (y habría que añadir,

⁴ De hecho, el ensayo que aquí tratamos (“Sarmiento, escritor”) puede tomarse como una extensión de aquellas “Notas al *Facundo*” y de algunos juicios críticos publicados en su libro de 1986, ampliado y reeditado en 1990.

⁵ Cuando Piglia habla de la verdad ficcional del *Facundo*, sostiene que se trata de un manejo “ligado a la vez al error, a la traducción, al plagio, a la falsificación, a la urgencia, a la apropiación, a la libertad ficcional, a la necesidad política” (1998: 29). Salvo las últimas dos frases, el repertorio de recursos que expone condice con la idea de un “mal” (y, por eso mismo, corrosivo) uso letrado por parte del sanjuanino: Sarmiento atribuye a Fortoul su cita en Francés que abre el *Facundo*, cuando en realidad es una cita casi apócrifa. En ese deslizamiento del uso fraguado por parte de un letrado marginal, Piglia reconoce una trama fundante de la literatura argentina que llegaría por lo menos hasta Borges. (Para una lectura crítica de ese “modelo” que postula Piglia, véase: Ramos 1989: 20ss).

haciéndonos eco de una nota pujante del ensayo, una ficción políticamente corrosiva), ese texto permaneció inédito más de treinta años. Pero cabría la posibilidad de sumar otros factores históricos que incidieron en el carácter inédito del texto. Entre ellos, el tipo de paisaje urbanístico que construye parece amplificar ciertas imágenes que saturaban el registro de los relatos extranjeros, muchos de los cuales eran desestimados y discutidos por la elite letrada criolla del río de la Plata.⁶ De todos modos, precaviéndonos del riesgo de admitir con demasiada facilidad el carácter unívoco que puede portar una categoría como la de ficción, su uso nos será productivo en la medida en que la insertemos en el sentido de *invención* con que emerge en las formaciones discursivas de los letrados de la primera mitad del siglo.⁷ Por supuesto, ese sentido está en el propio ensayo de Piglia cuando sostiene que la invención del *Facundo* “consiste en la construcción de una forma imaginaria de relación directa y personal con la historia y la política” (ídem: 31). En esa lucha imaginaria en la que la historia y la política diagraman el espacio de la significación (de la “verdad de la ficción”) se insertan los textos (literarios, pero también periodísticos) que estudiaremos en el presente trabajo. El epígrafe que acompaña esta introducción quiere subrayar el sentido crítico con el que serán utilizadas categorías teóricas como la que venimos reseñando. En la respuesta de “Hormiga Negra” a la entrevista formulada por *Caras y Caretas*, fragmento publicado en el excelente estudio de Adolfo Prieto sobre el discurso criollista, no sólo se deconstruyen los recursos utilizados por el folletinista (el “hombre de pluma”) sino que se pone en cuestión un *uso* del saber letrado que se liga con toda una corriente criollista-nativista del XIX y que tendrá su punto de culminación con las conferencias que Lugones dará sobre el *Martín Fierro* en el teatro Odeón, a sólo cuatro años del episodio que registra el fragmento citado. En este sentido, la frase que cierra la cita es sintomática de esa operación de construcción de una identidad a través de una escritura

⁶ La hipótesis sobre la incidencia en la trama de relatos de viaje pertenece a Adolfo Prieto, en su estudio sobre la emergencia de la literatura argentina contemporánea a esos relatos (1996: 138ss.). Queda claro, de todos modos, que adscribimos a la noción de “ficción” que utiliza Piglia, pues aun en este caso esa marca sigue rigiendo la condición inédita del texto de Echeverría.

⁷ La noción de “formación discursiva” implica un tipo de discurso, series de enunciados, conceptos, elecciones temáticas, que se delimita a partir de un objeto localizado por “reglas de formación” históricas. Esas reglas son “condiciones de existencia (pero también de coexistencia, de conservación, de modificación y de desaparición) en una repartición discursiva determinada” (Foucault 2002b: 63). Se trata, entonces, siguiendo los postulados foucaultianos de indagar en esas superficies de emergencia, sus condiciones de posibilidad, que hacen a la consolidación de una formación discursiva alrededor de un objeto que, en este caso, da cuenta de los procesos de construcción simbólico-lingüística (pero también política, económica y social) de la nacionalidad.

que ficcionaliza al *otro* –al gaucho, al indio- para incorporarlo a un tejido imaginario que le tiene reservado un lugar específico.

Para apuntalar el sentido teórico-crítico del término *ficción* que venimos reseñando, será necesario a su vez deslindar su uso del borroso campo en el que suele inscribirse cuando se subraya su efecto de *invención*. Hemos dicho que *ese* será uno de los componentes que nos permitirá adecuarlo a las formaciones discursivas emergentes de la generación romántica en el Río de la Plata. Como es sabido, el término *invención* ha tenido un amplio –como contradictorio- recorrido en la crítica cultural de los últimos veinte años. No es el lugar aquí para indicar las problemáticas epistemológicas que atraviesan ese recorrido.⁸ Pero quisiéramos comentar una de sus instancias (de sus *usos*) con el fin de ilustrar algunos de los presupuestos teóricos que guiarán nuestro estudio: *La invención de la Argentina*, de Nicolás Shumway. Desde el título, Shumway nos convoca a una lectura (de la identidad nacional, del nacionalismo, de la nación, etc?) que deberá tener en cuenta en primer lugar la idea de ficción. Y, de hecho, el primer escollo con que nos encontramos es la noción de “ficción orientadora” que cruza todas las lecturas de su trabajo, centrado en los textos de los “escritores y pensadores más importantes del país entre 1808 y 1880” (1993: 14). Brevemente señalaríamos que el texto de Shumway se inscribe en la serie de ensayos (académicos) que se dedican a investigar la formación de una identidad nacional o nacionalista que, para el caso argentino, tiene varios previos intentos culturales en lo que se conoce como ensayística nacional (de Jauretche a Martínez Estrada, o de Scalabrini Ortiz a Hernández Arregui, pero también, aunque en grados diferentes, de Borges y Sábato a Feinmann, entre otros). Pero el uso de la categoría de “ficción orientadora” que nos propone Shumway es a todas luces deficiente o, más precisamente, *su* noción de *ficción* carece de sustento teórico-crítico coherente. Dos fundamentos básicamente sostienen nuestro argumento. Veamos.

En primer lugar, existe un uso deficiente porque la propia categoría tal como es utilizada resulta teóricamente “frágil” o, específicamente, inconsistente. Shumway quiere demostrar que, a diferencia de lo que pudo ocurrir en Estados Unidos o Europa, el hecho de que en América del Sur los acontecimientos políticos se anticiparan a cualquier idea o sentimiento nacionalista resultó un factor clave para entender por qué las divergencias (él

⁸ Pueden consultarse: Casullo: 1989; Palti: 1998 y Gruner: 2002.

las llama *fallas*) en torno a la idea de nación fueron tan marcadas: “las ficciones orientadoras de un destino nacional tuvieron que ser improvisadas cuando ya la independencia política era un hecho” (ídem: 18). A partir de allí, Shumway se encarga de registrar el apuntalamiento de esas ficciones en las primeras manifestaciones políticas post-independentistas: morenistas y saavedristas (tópico asiduamente visitado por la historiografía argentina) son la expresión de una divergencia (falla) que orientará consecuentemente las formaciones discursivas sobre la identidad nacional (Moreno, a su vez, representa en sus escritos ambas ficciones-facciones, la unitaria-liberal y la populista-federal). En esa gran divisoria de aguas Shumway ubicará las dos “ficciones” mayores de la identidad nacional: la populista, y sus epígonos federalistas de Buenos Aires y del interior, y la liberal-elitista, con sus controversias y sus propias contradicciones. Ahora bien, por encima de las simpatías que pueda llegar a deparar la reivindicación francamente democrática-populista que intenta ejercer Shumway, parecería que la *ficción* de la que habla por momentos es más literal de lo que el mismo texto crítico supone. Así, nos dirá de los escritos populistas de Artigas:

“Trató de crear una ficción orientadora en la que el pueblo no fuera meramente una excusa para hombres inteligentes como los morenistas que reclamaban el poder en nombre de un pueblo abstracto que nadie había visto nunca. El pueblo de Artigas era real y visible; incluía a los pobres, los negros, los zambos, los gauchos y los indios” (ídem: 78)

Extraña literalidad de una escritura que es, debe ser, por principio teórico rígidamente establecido, ficcional y, además, orientadora. ¿Cómo entender que esa ficción artiguista sea más “real y visible” que, siguiendo el ejemplo, la ficción de los morenistas?. Pues en este punto parecería que Shumway fuerza el propio uso de la categoría para indicar que los textos populistas “representaban” más fidedignamente la realidad (¿cuál?) con su ficción, que lo que lo hacían las ficciones liberales. O, para decirlo de otro modo, que el sustento de la ficción artiguista la hacía más “representativa” de la realidad social de la ex-colonia. Lo que habría que destacar es que esa realidad nos resulta ajena precisamente por la distancia temporal que nos fuerza a buscar (o recuperar) en los textos “algo” de su dramaticidad histórica. Ese “algo” es lo que la ficción, pero ahora entendida de otro modo, permitiría recuperar mediante una lectura históricamente localizada. Para decirlo rápidamente: lo que Shumway parece desestimar es el carácter constructivo, esto es,

ficcional (pero de una ficcionalidad distinta a la que supone), de esa realidad que podemos llamar el “pueblo”.⁹ Y es que la noción de “ficción orientadora” termina por ficcionalizar toda acción política al mismo tiempo que le otorga un efecto representacional que anula toda distancia entre ficción y realidad política. El problema reside justamente en la carga excesiva de literalidad que se le atribuye a la noción de *ficción*. Así, para Shumway *El matadero* está en el mismo nivel que las publicaciones periódicas rivadavianas,¹⁰ las biografías mitristas de su *Galería* en el mismo nivel que el *Plan de operaciones* de Moreno, los *Cielitos* de Hidalgo en el mismo nivel, aunque opuesto, que los escritos alberdianos en *La Moda*, etc. (un largo etc. que podría concluir en la frase “este país no tiene arreglo” al lado del *Facundo*, que cierra el capítulo 6, sobre la generación del ’37). Todas estas textualidades divergen en el grado ficcional, o de *invención*, que se les puede atribuir, algo que Shumway parece livianamente pasar por alto. La noción de ficción queda, así, ligada a un esencialismo insustancial que termina por agotar las potencialidades de la ficción literaria al reducirla a mera invención ideológica al mismo tiempo que ocluye las conflictivas relaciones entre un texto determinado y las prácticas históricas. En segundo lugar, aunque ya se deduce de lo dicho hasta aquí, el constructo previo de su noción de “ficción” termina forzando la lectura de esas escrituras en función de un referente categorial que pareciera regir las potencialidades simbólicas con las que se encuentra Shumway como lector. El sistema que nos propone esa lectura puede hacer coincidir increíblemente las ideas intervencionistas de Moreno con la “sobrerregulada” y “sobregobernada” economía argentina del estado moderno (ídem: 57).¹¹ Esa lectura guiada –léase forzada– es la misma que resta verdad ficcional al imaginario artiguista ya que “ignora(mos) qué papel habría jugado en un gobierno institucional” (ídem: 74). Recato a primera vista desconcertante si lo que se busca en realidad es dar cuenta de los

⁹ Para una lectura iluminadora de ese sentido constructivo, véase: Ernesto Laclau. *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

¹⁰ Una respuesta irrefutable a esa lectura simplista que ejerce Shumway son las siguientes palabras de Ricardo Piglia: “todo el valor del *Matadero* está en la vitalidad de esa lengua popular que ha traicionado los presupuestos y la ideología explícita de Echeverría” (1998: 24).

¹¹ Uno de los puntos ostensiblemente equívocos que genera esa preconcepción ordenadora en la lectura de Shumway lo lleva a identificar erróneamente a la generación del ’37 –vía Rivadavia– con el legado morenista, cuando en realidad, y justamente por los aspectos del programa de Mariano Moreno que este reseña, el continuador más acabado de aquel legado es ni más ni menos que Juan Manuel de Rosas. Puede consultarse, en este sentido, el estudio de Jorge Myers, *Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, 2002: 18-110.

mecanismos, funcionalidades y modos de consecución imaginaria, y no institucional –en el sentido estrecho del término-, de las ficciones creadas *ex-nihilo*.¹²

Despejadas esas contradicciones de un uso por demás ambiguo e inconsistente del término ficción, retomamos ahora los argumentos de Ricardo Piglia: “la ficción se subordina al uso político del lenguaje, pero la ficción construye el escenario para que entre la palabra política” (1998: 29). En esa paradoja sustancial, en la que la representación literaria no se autonomiza de la palabra política, la ficción es la instancia particular de creación de significaciones imaginarias en torno a la *res*-pública.

0. 2. El espacio cifrado: el tiempo de la patria

En los inicios de la literatura argentina la escritura se ve afectada por la problemática de escribir sobre la Patria y el Estado –es decir, su Ley- en un espacio que aparece como desconocido (las fracciones de las diferentes Repúblicas mantenían su distribución colonial y por lo mismo carecían de límites precisos) y en el que la sociedad es una entidad fragmentada por las guerras civiles, el “gauchaje” (o “caudillaje”) y la “barbarie” indígena. Escribir era civilizar, ordenar el espacio del “caos” americano (Ramos 1989). La elite criolla letrada del río de la Plata, debía imaginar el paisaje sobre el cual fijar los sentidos de la organización cultural (en sentido amplio del término) para posibilitar la continuidad del progreso en la historia de la civilización occidental, continuidad que había sido, según el juicio sostenido, brutalmente cercenada por la irrupción de la “barbarie” en el territorio. El espacio geográfico será en estas escrituras el modo de asentar un sentido en los contornos de un proyecto de recuperación de esa continuidad interrumpida. Como sostiene Montaldo:

¹² Dice Shumway: “Las palabras de Alberdi señalan el aspecto más condenable del liberalismo argentino: nunca fue realmente ‘liberal’ si incluimos en la noción de liberalismo la democracia representativa y participativa” (ídem: 61). La regencia ideológica de un modelo previo –la democracia liberal ¿norteamericana?- aparece como la vara con la que se miden las experiencias rioplatenses. Aun aquí habría un punto clave en cuestión: cuando Shumway define la noción de “ficción orientadora” recurre a Edmund S. Morgan –*Inventing the people*- para demostrar que esas ficciones “no pueden ser probadas”; y asienta su uso –teórico- citando la referencia de aquel al modelo representativo federal de los Estados Unidos como ejemplo de funcionamiento de esa ficción. Lo que nos lleva a preguntarnos: ¿cuál es ese “liberalismo” capaz de incluir una “democracia representativa y participativa”, del que nos habla Shumway al contrastar las palabras de Alberdi?.

“En los momentos fundacionales de una literatura, la relación con la tierra, con el espacio (natural o construido) define muchas de las formas y materiales de la escritura. En Latinoamérica, el espacio natural –siempre ligado a la propiedad- se vuelve centro de la construcción de la escritura y de la reflexión política pues sobre él se asentaban los proyectos de organización de las repúblicas recién independizadas” (1994b: 4)

En Argentina el espacio natural será reconvertido mediante la construcción lingüístico-iconográfica en un paisaje en cuya estampa el otro –el indio, el gaucho- será naturalizado como modo de aperccepción neutralizante. El significado de esa operación simbólica debe inscribirse en la condición mediática de todo paisaje: la posibilidad de cifrar un valor sobre el otro –naturalizado lingüísticamente- como medio de legitimar un programa de reconversión. El paisaje es, así, un medio de intervenir en el espacio que se disputa:

“Landscape is a medium in the fullest sense of the word. It is a material ‘means’ (to borrow Aristotle’s terminology) like language or paint, embedded in a tradition of cultural signification and communication, a body of symbolic forms capable of being invoked and reshaped to express meanings and values. As a medium for expressing value, it has a semiotic structure rather like that of money, functioning as a special sort of commodity that plays a unique symbolic role in the system of exchange-value. Like money, landscape is good for nothing as a use-value, while serving as a theoretically limitless symbol of value at some other level” (W. J. Mitchell 2002: 14)

Como medio, esa construcción lingüística del paisaje sirve para asentar un significado como emblema de las relaciones sociales que se inscriben en el territorio. En esa cartografía imaginaria –ficcional-¹³se asienta la dicotomía política de civilización o barbarie que atraviesa al *Facundo* pero que está presente en todas las manifestaciones ideológicas de la época ya que constituye la cifra de todas las oposiciones del pensamiento post-independentista: cultura / naturaleza, tradición (española) colonial / europeísmo y progreso, culto / popular, campo / ciudad. Esa relación con el territorio, esa necesidad de abarcarlo con la escritura, de conquistarlo y de asimilarlo señala el epicentro de una estética

¹³ La noción de “cartografía ficcional o imaginaria” refiere a las condiciones de un tópico escrituario que se carga con todas las coordenadas culturales de la época y fuerza, a partir de un uso determinado del lenguaje, una construcción ficcional del espacio nacional. A su vez, hablar de “cartografía” e “imaginaria”, supone también un enfoque crítico sobre la construcción geográfica del espacio que registran los esquemas cartográficos de los mapas; enfoque que, siguiendo a Gregory Dererk (1996), en el primer capítulo de este trabajo, será debidamente articulado.

política que se concibe como escritura proyectiva y modelizadora de una tradición que ella misma busca definir.

Pero la letra traza límites en un espacio que no es sólo territorial, sino también temporal, y funda allí un devenir. Un devenir cifrado, que se constituye en la función proyectiva de su propia marca, su propio dibujo. Un tiempo de la patria que es futuro, una patria en el tiempo de mañana. Esa tradición que la escritura busca definir apunta a los intersticios de una identidad que debe cargarse de historia para que logre cohesionar un sentido. Para los letrados rioplatenses ese sentido podía hallarse en una continuidad histórica con el proceso modernizador de las naciones europeas, pero debía construirse atendiendo a las particularidades del “suelo”. De ahí la estrecha relación entre biografía e historiografía de la (futura) res-pública. La instrucción de la biografía otorga un sentido particular al devenir histórico de la república. Biografiar la “barbarie” es un modo de delimitar el sentido de una identidad proyectiva. La temporalidad de la nación define sus contornos en una doble tensión hacia los otros –que, si busca incorporar, lo hace mediante una representación que no puede resultar ingenua ni neutral.

Devenir de un espacio-tiempo, cuyos límites sirven para ordenar el corpus de imágenes caóticas que lo constituye y ayudan a definir los rasgos de una tradición que se torna proyectiva. Espacio de exclusión, pues necesariamente la cartografía debe recortar aquello que intenta representar. Pero también otro corpus, o espacio, hacia adentro del sistema escrituario, que define los rasgos que una literatura nacional debería incorporar. En la estética-política de la cultura letrada de la generación romántica¹⁴ el territorio marca el sitio donde forjar la tradición. La historiografía (de esa tradición) es el desarrollo de una escritura ficcional que se recuesta en el devenir de la patria futura. Los comienzos de la literatura argentina trazan el espacio donde se lee la Nación: escribir es ya –desde la prédica periodística hasta la poesía dramática, desde la crítica historiográfica hasta la escritura biográfica- narrar la ficción de la república futura.

En esta doble inflexión espacio-temporal, la escritura ficcional de la elite letrada buscó al *Otro* para ocultar y desterrar en su propia configuración la alteridad de ese extraño

¹⁴ En el presente estudio se llamará indistintamente “generación romántica” o “generación del ‘37” al grupo de letrados que ha sido identificado con el Salón Literario inaugurado en Buenos Aires en esa misma fecha. Cuando el caso lo requiera, se hará distinción de las distintas posturas ideológicas (por ejemplo, frente al romanticismo) de los integrantes de la misma.

(de *eso* extraño) que la amenazaba. La ficción de la que hablo aquí, el modo particular de esa escritura, es una “invención” de identidad y de sentido.

0. 3. Las figuras del Otro: la encarnación de la barbarie

Puesto que el presente estudio se centra en el proceso de nacionalización de la cultura argentina que va desde las protuberantes formulaciones de la generación del '37 hasta el derrocamiento de Rosas en 1852, proceso que se da en esa doble inflexión espacio-temporal que acabamos de reseñar, y puesto que el *Facundo* ocupa un lugar primordial en las reflexiones en torno a dicha problemática por parte de la cultura letrada rioplatense, la fórmula “civilización y barbarie” que las sintetiza acarrea un cúmulo histórico de formalizaciones ideológicas que es preciso indagar para poder dar cuenta de sus actualizaciones en los momentos fundacionales de la tradición.

Es necesario, entonces, rastrear la historia de ambos conceptos para ver el tipo de funcionamiento existente en el cruce del lenguaje, la cultura y la ideología. En este sentido, a la idea de Emile Benveniste acerca de que la historia del pensamiento moderno está ligada a la creación y mantenimiento de “una docena de palabras esenciales, cuyo conjunto constituye el bien común de las lenguas de la Europa occidental”(1985: 209), podemos agregar la perspectiva adoptada por Norbert Elias, que deconstruye la carga ideológico-política de ese “bien común”, en una frase que bien puede resumir la necesidad de su “sociogénesis”: “los conceptos matemáticos se pueden aislar de los colectivos que los emplean. Los triángulos son explicables sin necesidad de remitirse a situaciones históricas; los conceptos de ‘civilización’ y ‘cultura’, no lo son” (1993: 60). Intentaremos, entonces, hacer un breve decurso histórico sin perder de vista la carga ideologizante que opera en los campos semánticos, situados históricamente, en los que emergen dichas conceptualizaciones.

El término “civilización” (*civilisation*) no existía hasta la segunda mitad del siglo XVIII, hecho que mostraría que sus raíces están ligadas a una concepción de la razón, el progreso y la idea de perfectibilidad de la condición humana. Según Benveniste, aparece por primera vez en una de las obras del pensador reformista más importante del círculo de los fisiócratas, *Ami des hommes ou Traité de la population*, del marqués de Mirabeau, en

1757. La palabra tiene una historia paralela y aproximadamente contemporánea en Inglaterra, donde a pesar de que ya son conocidas las palabras *civilize* y *civilized* desde comienzos del siglo XVIII, el término *civilization*, en el sentido de un determinado estado de un proceso gradual, comienza a utilizarse muchos años después. El escritor y biógrafo inglés Boswell cuenta cómo Johnson se resistía a admitir la palabra *civilization* en la cuarta edición de su diccionario: “He [Johnson] would not admit *civilization*, but only *civility*. With great deference to him I thought *civilization*, from to *civilize*, better to have in the sense opposed to *barbarity* than *civility*, as it is better to have a distinct word for each sense, than one word with two sense, wick *civility* is, in his way of using it”. Este pasaje muestra que Boswell ya conocía el término en el sentido contrario a “barbarie”, por lo que debe suponerse su aparición antes de 1772 (Benveniste 1985: 214). En esas primeras inscripciones conceptuales, el término aparece ligado al campo semántico de palabras como *civility*, *civilize*, *civilité*, *urbanitas*, *police*, *policé*, *policie*, *politesse*, *politeia*, y parece asentar su conceptualización en el vacío semántico dejado por las palabras existentes, comenzando a designar la marcada diferencia entre *civilité*, que aludía a los modales cortesanos, *civil*, cuyas connotaciones referían al campo jurídico, y *civilisation*, que con el tiempo se convirtió en un término ambiguo, ya que designaba, por un lado, un desarrollo progresivo de las sociedades civiles desde sus estados semisalvajes y, por el otro, un estadio realizado pero que estaba, al mismo tiempo, amenazado en sus contornos (Williams 1980: 26ss).¹⁵

Con el ascenso de la burguesía (en Francia e Inglaterra) el concepto de “civilización” se convierte en la quintaesencia de la nación, en la expresión de la autoconciencia nacional. Luego de la revolución francesa, el término comienza a dar vuelta al mundo como consigna y justificación de los impulsos coloniales de las principales potencias occidentales. Así, cuando Napoleón se pone en marcha en 1798 hacia Egipto

¹⁵ Es importante señalar aquí que en Europa el concepto de “civilización” tiene un desarrollo paralelo al de “cultura” y que, en ciertos momentos de su desarrollo, fueron términos intercambiables. Los ataques a la “civilización” como estado artificial –lujo y urbanidad– de la sociedad, ejercieron presión sobre su par “cultura”, marcando la diferenciación entre lo “profundo” o “metafísico” de una sociedad y sus propiedades externas (civilizadas). Este tipo de crisis en el desarrollo conceptual de los términos explica también los diferentes sentidos atribuidos a ambos conceptos (y sus divergentes “usos”) entre Francia e Inglaterra, por un lado, donde el concepto de *civilisation* sirvió a la consolidación de la burguesía metropolitana, y Alemania, por el otro, en cuya sistema imperial monárquico y cortesano lo civilizado era considerado por la burguesía intelectual emergente como signos de superficialidad y amaneramiento culturales. (Para un análisis sobre esos procesos divergentes, véase Elias 1993. Para una reseña crítica sobre el funcionamiento de ambos términos, sobre todo en Francia e Inglaterra, véase: Williams 1980).

arenga a su ejército, diciendo: “Señores: iniciáis ahora una conquista cuyas consecuencias son incalculables para la civilización” (citado por Elias 1993: 95).

Resulta pertinente recordar aquí que antes de Mirabeau, a pesar de no utilizar el término *civilisation* (lo cual, siguiendo a Elias, resulta un hecho histórico contingente que nada dice de su sociogénesis salvo el registro de su concientización por parte del colectivo que lo utiliza), el naturalista francés Bufón, en una obra como *De l’homme*, de 1749, ya consignaba la carga semántica de la palabra recortada de su opuesto, la “barbarie”, y relacionaba esa concepción a un principio de nacionalidad, cuando afirmaba que: “toda nación en la que no hay ni reglas, ni ley, ni dueño, ni sociedad habitual, es menos una nación que un conjunto tumultuoso de hombres bárbaros e independientes que no obedecen más que a sus pasiones particulares” (Todorov 1991: 123). Si la palabra “civilizados” aparece en un pasaje inmediato al fragmento citado, las resonancias de esa oposición son fácilmente comprobables.¹⁶ Durante el siglo XVIII esas resonancias se verifican también en pensadores como Diderot, Condorcet y, ya en el XIX, Saint-Simon (referencia insoslayable en la generación romántica argentina), quienes sentaron las bases para el cientificismo que serviría con el tiempo a las doctrinas racialistas que postulaban la superioridad de una raza sobre otra acudiendo a criterios naturalistas. En las obras más importantes que recorren esta doctrina, la polarización entre “bárbaros” y “civilizados” estructura el juicio de valores desde una perspectiva jerárquica.¹⁷

El concepto de civilización no sólo identifica procesos socioculturales mediante la visibilidad crítica de sus usos, sino que re-actualiza, en el recorte de su opuesto, “barbarie”, un binarismo etnocéntrico milenario que se halla filosóficamente postulado en la *Política* de Aristóteles. Sabido es que los *barbaroi* para los griegos eran pueblos diferenciados por su condición de extranjería o por su rezago social hacia el interior mismo de su propia cultura. También que estos, insuficientes en el reconocimiento del *logos*, eran considerados por naturaleza esclavos. La probable etimología de la palabra “bárbaros”, según apunta Lévi-Strauss, puede estar referida a “la confusión y la inarticulación del canto de los

¹⁶ “Debemos suponer, pues, que, puesto que en toda esta parte de América no se encontró ninguna nación civilizada, el número de hombres era todavía demasiado pequeño” (1991: 124). Los fragmentos citados por Todorov hacen referencia a la sociedad norteamericana y se encuentran en la misma página de la obra comentada, *De l’homme*.

¹⁷ Para una lectura de las doctrinas “racialistas”, su distinción del “racismo”, y su significado en términos críticos e históricos, véase Todorov 1991: 115ss.

pájaros, opuestos al valor significante del lenguaje humano”.¹⁸ Ambos significados, histórica e ideológicamente constituidos, tienen, por supuesto, una importancia descolante para la historia de la conquista de América. No es el lugar aquí para reseñar esa incidencia en el proceso de conquista que llevaron a cabo los imperios español y lusitano, pero debe retenerse, por su relevancia ideológica, el sentido construido de ese binarismo que informa los procesos divergentes de las principales naciones europeas durante el siglo XVIII en relación a ambos conceptos, y que será transcripto en las formulaciones letradas de los criollos post-independentistas, a fin de capitalizar la presencia de los otros internos que obturaban la institucionalización de un proyecto interesado en la nacionalización de la *res-pública*.

Si la escritura de una historiografía nacional emerge de la preocupación naturalista y se constituye a partir de la figura del *otro*, las nociones de civilización y progreso aúnan el ideograma liberal sobre el evolucionismo histórico que se desprende de oposiciones románticas preconstituidas. En el Río de la Plata (y en Latinoamérica) esas oposiciones se materializan bajo el impulso modernizador que tiene, en Francia e Inglaterra, prueba y justificación del “progreso” de las naciones. Naturaleza y cultura reconvertirán, para la elite letrada romántica rioplatense, su oposición en la más ideológica y militante dicotomía sarmientina de “civilización y barbarie”, en la que su orientación explícitamente política hará que la conjunción (*y*) ceda su retórica inscripción a las opciones tajantes de su impulso progresista.

0. 4. La ficción como “invención”: en busca de un sentido

Si, como creemos aquí, la tradición es un constructo fundamental para la definición de una identidad nacional¹⁹ y si, en el caso argentino, esa definición se vio atravesada por proyectos políticos y culturales si no antagónicos al menos disímiles, cuyos programas

¹⁸ *Race et histoire*, Paris, 1968, p. 21, citado por Fernández Retamar 1989: 175.

¹⁹ La noción de tradición es entendida aquí siguiendo la propuesta de Hobsbawm (1996). Dos de las características que orientan el proceso de “invención” de una tradición, según afirma el historiador, son la “repetición” de prácticas rituales y simbólicas y la fijación de una continuidad histórica en el pasado. El término de tradición inventada, dice: “is taken to mean a set of practices, normally governed by overtly or tacitly accepted rules and of a ritual or symbolic nature, which seek to inculcate certain values and norms of behaviour by repetition, which automatically implies continuity with the past”. Y más adelante: “The historic past into which the new tradition is inserted need not be lengthy, stretching back into the assumed mists of time” (Hobsbawm 1996: 1ss)

estaban atravesados por la problemática, entre otras, de fijar un origen cultural, es decir, un pasado del cual rescatar un imaginario común, la literatura del período puede ser pensada como formación discursiva de esa construcción simbólica que ella misma pugnaba por definir.

La cultura dominante argentina que se consolida políticamente en 1880, y que tiene su máxima visibilidad en el Centenario, reconoce en la llamada generación del '37 el primer grupo de intelectuales reunidos bajo el mismo impulso modernizador, en cuyas formaciones discursivas la idea de nación demandó una escritura performativa y disuasiva en torno al territorio y a las fronteras culturales. El problema del espacio en los países que, como Argentina, terminaban de transitar sus procesos de independencia definió los alcances de un tópico escrituario que, por encima de ceñirse exclusivamente a estrategias literarias, compilaba todos los valores culturales –ideológicos, políticos, estéticos- de su coyuntura histórica, trasvasado por las nuevas formas de ver el mundo que expandió el romanticismo europeo. Si el territorio debía definir los contornos de la futura nación, el *sentido* historiográfico y cultural para ese mismo territorio se asentó en una escritura proyectiva como invención de una tradición, es decir, un tiempo pretérito en *pro-yecto*,²⁰ donde fijar sus propios orígenes. En ese sentido, la categoría de ficción da cuenta de esa operación escrituaria que racionaliza el espacio (cultural, territorial) donde fijar un sentido nacional a la cultura. El mismo concepto de “Nación”, que demanda esa escritura, es el resultado de ese misma operación figurativa e inventiva.

Los estudios contemporáneos más importantes acerca de las teorías del nacionalismo postulan como rasgo principal de lo “nacional”, precisamente, su carácter de construcción simbólica o, en palabras de Benedict Anderson, de “artefacto cultural”.²¹

²⁰ Se alude aquí a la categoría heideggeriana que Gaos traduce –de *Sein und Zeit*- como “estado de yecto”, en el sentido que el hombre es un *pro-yecto* frente al mundo circundante, ya que reacciona haciendo funcionar su aparato intelectual, que es, sobre todo, imaginación. (Heidegger. *El ser y el tiempo*, México, FCE, 1974, pp. 195-252).

²¹ Benedict Anderson se refiere a la calidad de “artefactos culturales” que portan las nociones de “nación” y “nacionalidad”, y rastrea en ellas lo que él llama “raíces culturales”, definidas por dos grandes constructos, a saber: la comunidad religiosa y el reino dinástico. Para el primero de estos, la idea de una lengua (y, por lo tanto, de una escritura) “sagrada” (en el caso del cristianismo, el latín) se la entiende en tanto “los letrados eran estratos estratégicos de una jerarquía cosmológica cuya cúspide era divina” (idem, 34) y cifraban la idea de civilización en esa jerarquía. A su vez, la unión de poblaciones a través de “matrimonios dinásticos” proveía al imaginario premoderno la legitimidad política que aunaba diferentes poblaciones bajo un mismo sistema de gobierno.

Retomando la idea de “tiempo homogéneo y vacío” que formulara Benjamín en su *Tesis de la filosofía de la historia*, Anderson señala la importancia en el cambio producido en la aprehensión temporal que principia con la modernidad, y que sustituye la concepción medieval, sobre todo con “dos formas de la imaginación que florecieron en el siglo XVIII: la novela y el periódico” (1993: 47). Estas formas, dice, “proveyeron los medios técnicos necesarios para la ‘representación’ de la clase de comunidad imaginada que es la nación” (ídem); en lo que habría que destacar la importancia de los formatos novela y periódico para el siglo XIX, ya que son estos los que proveen una idea (ficticia) de tiempo inclusivo, continuo y horizontal, a través de una escritura que se inscribe en una nueva configuración temporal y que logra conectar a miles de personas bajo un mismo imaginario social. También Hobsbawm, citando a Gellner, adhiere a la idea de construcción artificial, de “invención e ingeniería social que interviene en la construcción de naciones”. Dice:

“Las naciones como medio natural, otorgado por Dios, de clasificar a los hombres, como inherente destino político, son un mito: el nacionalismo, que a veces toma culturas que ya existen y las transforma en naciones, a veces las inventa, y a menudo las destruye: eso es realidad” (1991: 18)

De este modo, el carácter histórico del concepto “nación” da cuenta de un cúmulo de factores incidentes para esa nueva imaginación comunitaria, entre los cuales la literatura y la prensa, desde su inscripción simbólica, cumplen un rol decisivo. Lo que hizo imaginables a las nuevas comunidades fue, según Anderson:

“Una interacción semifortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción y de relaciones productivas (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana” (1993: 70)²²

Como se ve, esa interacción da cuenta del proceso por el cual puede distinguirse el surgimiento de la modernidad ligado a las estructuras del sistema de producción propiamente capitalista, en el que las comunicaciones y las lenguas (impresas) son factores decisivos para la configuración de una nueva conciencia histórica. Ese proceso diverso y complejo, aunque historizable, es el que también señala Hobsbawm al no considerar a la “nación” como “una entidad social ni invariable”. Antes bien:

²² El sentido de “fatalidad” lingüística debe entenderse, siguiendo a Anderson, no como las propuestas nacionalistas de una lengua particular adscripta a una cultura y a un territorio, sino como una condición general de la diversidad lingüística que impedía la unificación que, en el sistema dinástico de la comunidad religiosa medieval, el latín había ejercido imaginariamente (1993: 30ss).

“Pertenece exclusivamente a un período concreto reciente desde el punto de vista histórico. Es una entidad social sólo en la medida en que se refiere a cierta clase de estado territorial moderno, el ‘estado-nación’, y de nada sirve hablar de nación y de nacionalidad excepto en la medida en que ambas se refieren a él” (1991: 18).

Si el carácter histórico, artificial, de la “nación” es uno de los temas centrales que intentamos subrayar con estas entradas teóricas, la insistencia, que aparece en el último fragmento citado de Hobsbawm, en relacionar dicha entidad social al estado territorial moderno (el estado-nación) de estas teorías es uno de los puntos conflictivos a tener en cuenta en el presente estudio ya que, como es sabido, la consolidación estatal de la nación propiamente moderna en Argentina se va a dar recién en 1880. En este sentido, las representaciones sobre el territorio que abarcan el período aquí estudiado deben entenderse como protonarraciones nacionalistas que buscan fijar un sentido cultural –imaginario e instituyente- sobre un espacio indefinido, cuyos límites (culturales, geográficos y políticos) esas mismas representaciones intentan explorar y codificar.²³ Como discursos nacionalistas (en el alcance que otorgamos aquí a ese término)²⁴, las representaciones estético-políticas de este período se recortan de un momento previo americanista, en el que la independencia política había fraguado una convocatoria hacia los sectores internos de las ex-colonias como modo voluntarista de construcción comunitaria y continental. Precisamente en los momentos en que se empieza a hablar de las naciones (chilena, argentina, peruana, etc) ese imaginario americanista es reconvertido en las formaciones discursivas románticas como una ficción política interesada que no sirve ya para pensar culturalmente a las futuras repúblicas. Así, en el período que aquí nos preocupa las representaciones discursivas, bajo

²³ Ha sido Castoriadis quien con más empeño señaló el carácter productivo de “las significaciones sociales imaginarias instituidas en cada oportunidad”, que le permiten a la sociedad “crear un mundo dotado de sentido” (1998: 316), destacando, asimismo, el papel central que desempeña el colectivo “nación” en las sociedades modernas y su capacidad simbólica de “identificación colectivizante” mediante la referencia a una “historia común” cuyo pasado es “en gran parte mítico” (2003: 257).

²⁴ No se debe confundir esta idea de “discursos nacionalistas” con el nacionalismo cultural, propio de la etapa posterior a la consolidación estatal del territorio. Hobsbawm distingue, respecto a esto, dos concepciones de nación: la revolucionaria-democrática, que llegaría hasta 1830, y la nacionalista, que pertenece al período clásico del liberalismo, entre 1830 y 1880. En este sentido, el discurso romántico-liberal de la generación del ’37 integraría ambas concepciones: pero la liberal sobreimprime y diseña los programas previos al ’52, mientras que, una vez estos actores comienzan a desandar el camino institucional de la nación (digamos, las primeras tres presidencias) que llegará hasta el roquismo, la concepción democrática liberal –tal como la entiende Hobsbawm- se efectiviza a través de las campañas de inmigración extranjera. Recién en el período que va del ’80 hasta la segunda década del XX, la “lengua” y la “etnicidad” construyen el discurso propiamente nacionalista, si entendemos a este referido al estado-nación ya consolidado.

el t3pico escrituario ya definido, fundan una nueva identidad cultural en el intento de definir el espacio de la naci3n (futura). En esa formaci3n discursiva, las nociones de “literatura argentina” o “literatura nacional” est3n estrechamente ligadas a la invenci3n de una identidad en cuyo seno la idea de naci3n configura simb3licamente sus propios limites. Narrar la naci3n es ordenar el espacio (cultural, territorial) de la *res*-p3blica por venir. Si la canonizaci3n de una tradici3n nacional requiere de suyo la identificaci3n con un estado-naci3n constituido, las narrativas que proveen el material visible para esa institucionalizaci3n son las que forjaron el sentido en el que puede leerse esa tradici3n. En esa inscripci3n proyectiva reside el car3cter inventivo (ficcional) del uso pol3tico del lenguaje en la literatura argentina anterior al ’80.

0. 5. Metodolog3a e hip3tesis.

“No se trata de tomar como punto de partida ciertos problemas te3ricos o metodol3gicos; se trata de tomar como punto de partida lo que deseamos *hacer*, para ver despu3s qu3 m3todos y teor3as nos ayudaran m3s para alcanzar nuestros fines. El decidir nuestra estrategia no va a determinar de antemano cu3les m3todos y cu3les objetos de estudio sean m3s valiosos. En lo referente al objeto de estudio, lo que se decida examinar depende en gran medida de la situaci3n pr3ctica.”

Terry Eagleton. *Una introducci3n a la teor3a literaria*, 1998.

En las p3ginas precedentes ya hemos apuntado algunas notas cr3ticas sobre el uso de ciertas categor3as te3ricas (las de ficci3n, tradici3n, formaci3n discursiva y literatura son las que m3s se destacan), como as3 tambi3n sobre algunas teor3as espec3ficas (aquellas referentes a las naciones y el nacionalismo, por un lado, y las que indagan sobre las relaciones entre paisaje y poder, por el otro) que informan el material te3rico-cr3tico –con las salvedades y delimitaciones que hemos impuesto- con el que nos disponemos a realizar nuestro estudio sobre el proceso discursivo de formaci3n de la naci3n argentina entre 1830 y 1852.²⁵

Uno de los factores primordiales en la configuraci3n de esa comunidad imaginaria que es la naci3n, como qued3 asentado, es la nueva tecnolog3a de las comunicaciones, la palabra impresa diariamente, y en especial ese formato que la imprenta supo convertir en

²⁵ Aspectos te3ricos y cr3ticos ser3n desarrollados asimismo en los cap3tulos y apartados pertinentes mediante una introducci3n cr3tico-descriptiva.

una empresa editorial prominente: los periódicos. Jürgen Habermas ha mostrado cómo, en Europa, la formación de una opinión pública estuvo estrechamente vinculada a las reuniones privadas de los “salones” y al circuito ilustrado que hallaba en la prensa el espacio de discusión y de difusión masiva de las ideas que, vinculadas al doméstico ámbito de la burguesía en ascenso, se insertaban en la esfera pública constituyendo una “zona crítica”, afianzada consuetudinariamente por las potencialidades de la palabra impresa (Habermas 1986). La formación moderna de públicos políticos y de públicos lectores halló en la prensa un vehículo efectivo, un medio a través del cual las preocupaciones de los diversos campos encontraron, a nivel discursivo, un escenario de confrontación y de resolución. Desde que Ricardo Rojas dedicara un capítulo de su *Historia* a “las empresas editoriales” se ha hecho evidente la necesidad de reconocer en ese género discursivo un campo de inflexión en torno a las prácticas literarias emergentes en la “república de la letras”. En consonancia con ese reconocimiento, y por requerimientos del propio objeto de estudio, hemos dedicado un capítulo al análisis de tres empresas periodísticas relevantes en la conformación del ideario liberal-reformista de la generación romántica: *La Moda*, *El Iniciador* y *El Zonda*. Apuntaremos brevemente la pertinencia teórico-crítica de su estudio.²⁶ En primer lugar, resulta un hecho incontestable que la prensa periódica cumple un rol relevante en la difusión y en la prédica de ideas, valores y saberes en países en los que, tal el caso de Argentina, la esfera pública e institucional recién está empezando a consolidar los engranajes de su embrionaria constitución. Durante el siglo XIX la prensa americana fue el sitio privilegiado para el registro y la divulgación de noticias locales y extranjeras, y el lugar donde se desarrollaron los debates culturales, literarios y políticos más importantes de la época, cumpliendo incluso un papel pedagógico relevante. Se diría que la prensa no sólo acunó esas noticias y debates públicos, sino que fomentó e incluso sirvió a la formación de esos saberes sobre la *res*-pública. Tal es así que en 1845, en su viaje por Italia, Alberdi podía constatar que en los Estados sardos “sobra ciencia y falta prensa; mientras que en nuestra América del Sud sucede con frecuencia que es más lata la prensa que el saber” (1920 [1845]: 108). La aguda ironía ilustrada del autor de la *Bases* —que precisamente sobre la función de la prensa discutirá con su par sanjuanino después de Caseros— no desmiente sino que subraya el hecho comprobable de que la prensa fue en

²⁶ En el capítulo pertinente se desarrollan esos aspectos de manera precisa y se bosqueja un “estado de la cuestión” sobre periodismo, periódicos y literatura en la primera mitad del siglo XIX.

América un engranaje fundamental en el proceso de nacionalización a través del público lector.²⁷ En segundo lugar, pero no menos importante, los periódicos, gacetas y semanarios funcionaron como “escuela”, según ya apuntaba Rojas, para los grupos de intelectuales y letrados criollos que empezaban a desandar su recorrido de escritores. Es decir, no sólo formaba opinión sino que el periódico era la *materialidad* con la que se contrastaban las prácticas literarias emergentes del período. Basta pensar la publicación en folletín del *Facundo* en *El Progreso* o, más tempranamente, en las primeras críticas literarias a la poesía de Echeverría para entender, como lo hacemos aquí, que los alcances materiales de la prensa no se cernían únicamente a su papel de divulgación ni se concentraban sólo en su función pedagógica. Esos dos aspectos, el de divulgación y formación de la opinión pública y el de su condición formativa para las prácticas literarias, confluyen en el proceso de nacionalización cultural que ejercieron los periódicos y la literatura en el período estudiado.

Por supuesto que, tanto los periódicos como la literatura, esas escrituras que inciden en la formación discursiva nacional deben pensarse como uno de los factores, simbólico o ficticio, entre los que –políticos, institucionales y económicos- conforman el aparato institucional de las naciones. Pero precisamente por su gravitación simbólica en el imaginario nacionalista, las prácticas literarias y periodísticas del período se nos presentan como fenómenos privilegiados al momento de estudiar el proceso de nacionalización cultural en el río de la Plata. En este sentido, la tesis central del presente trabajo, a saber: *las prácticas literarias –incluida la prensa- resultan material fundamentalmente efectivo en el tipo de construcción simbólica inherente al proceso de nacionalización cultural que se registra en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX*, engloba una serie de hipótesis que pasamos a enumerar a continuación.

1. La identidad nacional en el río de la Plata se constituye por un proceso cultural más que político, en el que la idea de *civilización* cumple un papel directriz imponiéndose al concepto de “cultura”, tal como ocurrió en algunos países europeos, Francia e Inglaterra principalmente. De este modo, la identidad post-colonial no hallaría su punto de origen en el proceso de independencia, sino que se lo puede pensar ligado a pautas previas de sociabilidad que se fueron asentando a fines del siglo XVIII.

²⁷ Para una lectura aproximativa sobre la gran cantidad de periódicos publicados en época del rosismo, puede consultarse el libro de Myers: 2002/1995.

2. La noción de “literatura nacional” que hace su entrada con las ideas románticas en la década del '30, tiene por función racionalizar el sentido cultural que la elite letrada inscribe en el imaginario de la futura república. El concepto de literatura nacional aparece en consonancia con el de literatura social: literatura y nación, literatura y vida pública, literatura y educación, literatura y orden civil, literatura y urbanidad, literatura y ciudadanía son términos de una misma formación discursiva que busca cimentar una tradición cultural específica.
3. Los periódicos y semanarios, partes en el engranaje de esa formación discursiva, cumplen un rol central no sólo porque son el escenario en el cual la elite letrada da a conocer sus ideas, sino porque apuntan a la formación de una conciencia ciudadana acorde con los valores de sociabilidad que en ellos se difunden y porque son el soporte material en el que se ensaya la formación de un público lector que es, al mismo tiempo, (potencial) público *político*. La idea de literatura nacional encuentra en los periódicos y semanarios las “armas” de su empresa racionalizadora no sólo como apoyatura, sino principalmente como extensión de una subjetividad privada al ámbito de la esfera pública.
4. Las prácticas letradas, periodísticas y literarias, interpelan el sentido de la identidad nacional mediante narrativas sobre el territorio que buscan fijarle límites no sólo espaciales sino también temporales. El espacio geográfico demanda al mismo tiempo el sentido historicista de una escritura que consolida un imaginario nacional bajo pautas de selección precisas. Si en la segunda mitad de siglo empieza a consolidarse una escritura propiamente historiográfica, cuyos ejemplos notorios son las narrativas de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, antes de Caseros las prácticas literarias de la elite letrada ensayan un sentido historiográfico que va a ser definitorio para las futuras empresas historicistas. Ese sentido, tanto en la evaluación del territorio como en la escritura de la historia, se constituye a través de la *otredad* que delimita, a su vez, nociones como la de ciudadanía y la de nación.
5. Por último, si la construcción simbólica de la identidad nacional a través de la literatura puede entenderse como el tipo de *identidad narrativa* que definió Paul Ricoeur (1995-96), la escritura de este período que apela a ese tipo de narrativización encuentra en la (auto)biografía una forma particular de condensar

nacionalidad e historicismo. Biografía e historia confluyen en la hechura del texto romántico como código de intervención cultural. La conciencia de esta tesitura aparece claramente asumida cuando Echeverría, en su *Ojeada Retrospectiva*, recomendaba “escribir la biografía de los que deban merecer honra y respeto de la posteridad” (1972 [1846]: 61), que, aunque publicada en 1846, supone un momento previo de formalización intelectual de las ideas allí vertidas. La ficción historiográfica es así un modo narrativo propio del proceso de homogeneización cultural de la nación, que aúna la representación de una historia particular con el sentido general de la Historia: una identidad narrativa, es decir, ficticia, que apunta sobre el cuerpo de lo particular (el individuo) las señas universales del tiempo de la modernidad (la Historia).

Finalmente, quisiéramos plantear algunas apreciaciones sobre las cuestiones metodológicas que guían este trabajo. Del mismo modo que ocurre con los usos de las categorías teóricas, las cuestiones de método acarrear también el riesgo de presentarse como la aplicación de un modelo sobre un caso determinado de análisis. Para evitarlo, nos proponemos el sentido de una escritura crítica más pendiente del objeto de estudio que de tal o cual modelo de trabajo. En este sentido, nuevamente, recordamos el epígrafe que encabeza esta sección. Dos cuestiones, sin embargo, deben ser enunciadas al respecto. La primera tiene que ver con el corte temporal elegido: 1830-1852. En primer lugar, a fin de dar cuenta de las variables en el proceso de nacionalización cultural, resultó “inevitable” y a la vez más interesante trabajar con un corpus de textos que abarcaran un período considerable de la vida política y cultural del país –o, por lo menos, distintas instancias de producción de esa formación discursiva. Si las fechas que engloban ese período coinciden con el dominio político del territorio por parte de Juan Manuel de Rosas, no ha sido ese el criterio seguido para definir los alcances del objeto de estudio. Para fundamentarlo quizá sea preciso introducir la segunda cuestión enunciada: el corpus de textos elegido. Efectivamente, en la selección de textos se ha decidido estratégicamente *dejar fuera* los textos pertenecientes *al género gauchesco*. Justifica esa decisión una doble postura. Por un lado, la necesidad de acotar el objeto de estudio: se propone la lectura de aquellos textos

fundamentales que forman el corpus de la llamada generación del '37.²⁸ Esa elección está motivada por el hecho de ser la generación romántica la primera que se planteó de manera orgánica o consecuente forjar desde la escritura un programa y un proyecto de nación definido, principalmente, por su doble condición de opositora al régimen rosista al mismo tiempo que se auto-presentaba como superadora de las instancias del unitarismo-federalismo aunque, previsiblemente, se insertaba en la corta tradición ilustrada del período rivadaviano. Por otro lado, resultó pertinente la diferenciación genérica ya que en los textos de la generación romántica del '37 la lucha por la definición de una identidad nacional y de una tradición está atravesada por la noción de una literatura nacional que se opone, desde una perspectiva culta, a las manifestaciones del tipo generado por la gauchesca.²⁹ Si la cultura dominante que se institucionalizó en el '80 hizo de la tradición rural una proyección de su hegemonía política y cultural, la literatura de la generación romántica no sólo preparó el camino sino que en muchos casos anticipó las líneas fundamentales para esas mismas estrategias. Como se puede ver, el presente estudio se centra en los textos de los escritores llamados por Ricardo Rojas *proscriptos*, si esa definición no resultara un tanto taxativa en la medida que excluye las primeras e importantísimas manifestaciones letradas de esa misma generación (desde la *Memoria descriptiva* de Alberdi, pasando por las lecturas del Salón literario y la publicación de *Los Consuelos* –y su crítica en el *Diario de la Tarde*– de Echeverría hasta la aparición de *La Moda* en pleno Buenos Aires rosista). En este sentido, retomamos ahora lo dicho anteriormente: no es la instancia política la que delimita el período estudiado, sino un corpus de textos atravesados por una doble condición: su recorte de la gauchesca –el *Facundo*, siguiendo a Ludmer, sería su límite–, por un lado, y su *pro-*

²⁸ Los textos utilizados como fuentes aparecen en la Bibliografía (literaria y hemerográfica) consignada. Algunos, como *La cautiva*, el *Facundo* o *Recuerdos de Provincia*, ocupan un lugar preponderante en el cuerpo del trabajo; otros, aunque económicamente reciben un espacio menor, están sin embargo presentes en las líneas fundamentales de este estudio. Un capítulo aparte, como ya se ha dicho, ocupan las publicaciones *La Moda*, *El Iniciador* y *El Zonda*.

²⁹ La noción de literatura “culto” ha sido enunciada consecuentemente por la crítica para distinguir un tipo de escritura que se distancia de los mecanismos propios de la gauchesca. En este sentido, quizá sea más propio designar esa escritura como una “estética nativista”, siguiendo, por ejemplo, a Eduardo Romano, quien argumenta que dicha estética emerge como “respuesta, disputa o neutralización respecto de otra poética, la gauchesca (1991: 6ss). Esa división *poética*, a su vez, ya estaba enunciada (aunque no formalizada) por Ricardo Rojas cuando justificaba la inclusión de *La cautiva* de Echeverría entre *Los Gauchescos* (1948: 463ss, II, Vol. 2). El caso límite es, por supuesto, el *Facundo*. Pero precisamente su condición fronteriza, como ha sido señalado más de una vez, diseña un tópico escrituario que se anticipa de manera novedosa a las formalizaciones sobre la gauchesca (y la tradición rural) que realizarán, por ejemplo, Rafael Obligado o, más acá, Lugones y Güiraldes (para una lectura del *Facundo* como límite y ficción del género gauchesco, véase Ludmer 1988: 22ss)

yección de una tradición –que delimita también los “bordes” de la “nación” (sin ir más lejos, las *Bases* de Alberdi resultan el ejemplo mayor)- que va a apuntalar anticipadamente los puntos críticos del nacionalismo cultural, por el otro.

La elite letrada a la que pertenece la generación del '37 formula un programa de re-generación cuyos bordes conflictivos apuntan a la invención de una tradición que debe desgajarse del pasado español y, al mismo tiempo, diferenciarse de los aspectos culturales del territorio que obstaculizan su desarrollo. El conflicto se plantea, entonces, en el nivel de una conciencia escindida, de un sujeto que si no pertenece a la colonia tampoco se asume en la realidad inmediata a la independencia (que, en el caso específico del Río de la Plata, se carga con todos los rasgos negativos del federalismo político identificado con Rosas). Esta conciencia escindida, este sujeto dividido entre una realidad, la colonial, que niega por retrógrada y otra, la del espacio político de Rosas y los caudillos federales, que quiere re-generar por representar lo más atrasado de la civilización, tiene sin embargo un lugar de pertenencia definido, un espacio continente de una retórica historicista y agonística que prevalece por encima de su inscripción territorial: el ámbito de la ciudad. En efecto, una retórica urbana informa los engranajes de las formaciones discursivas en torno a la nación. La nación será, en ese nivel utópico y proyectivo, el espacio de la *civitas*: ciudadanía, ciudad y nación conforman o, más específicamente, dan lugar a la emergencia de un mismo objeto discursivo. Para los letrados criollos era indispensable, antes que acatar la autoridad romántica y liberal del *pueblo*, formar *ciudadanos*: de este modo es posible entender ciertas ambigüedades frente a la herencia cultural de la colonia, como así también el conflicto real que suponía la idea de *ciudadanía*. El espacio de disputa se irá perfilando marcadamente por esa problemática. Ciertos pasajes de *La ciudad letrada* pueden resultar iluminadores a la hora de pensar la operación simbólica que los intelectuales criollos debían realizar a fin de legitimar su inscripción en el campo de las definiciones programáticas:

“Una ciudad, previamente a la aparición en la realidad, debía existir en una representación simbólica que obviamente sólo podía asegurar los signos: las palabras, que traducían la voluntad de edificarla en aplicación de normas y, subsidiariamente, los diagramas gráficos, que las diseñaban en los planos (...) *Pensar la ciudad* competía a esos instrumento simbólicos que estaban adquiriendo su presta autonomía, la que los adecuaría aún mejor a las funciones que les reclamaba el poder absoluto” (Rama 1984: 21 [subrayado en el original])

Si bien Rama está pensando aquí los procesos fundacionales de la ciudad colonial, es interesante rescatar las connotaciones que porta la representación simbólica en dicho proceso: el imperativo de la letra, la escritura como modo de apropiación y como traza organizativa, el “sueño de un orden” que busca(ba) perpetuar el poder.³⁰ Estas operaciones quizá definan mejor el poder real del rosismo en Buenos Aires,³¹ que la tesis sarmientina de una “fuerza heterogénea” ocupando el lugar que los unitarios no supieron resguardar. Los letrados de la generación romántica reconocen ese poder al pensar al propio territorio desde un imaginario y una retórica urbanos pero, al mismo tiempo, extranjeros: piensan la nación –la *escriben*- desde las ciudades que los acogen en el exilio. “Están exiliados de una nación inexistente, a la que intentan dar una existencia objetiva pero ideal, a través de un corpus literario” (Matamoro 1986: 42). En el flujo de ese imaginario de una ciudad ideal, los letrados criollos diseñan un espacio libresco cimentado principalmente por lecturas y referencias de textos franceses. Y contrastan esas referencias con el inmenso territorio que desborda el diagrama del orden civilizado. El exotismo, entonces, común a la visión romántica, será ver al propio –aunque ajeno- territorio como extranjero, como *otro*. Y en esa mirada extranjera, en esa mirada externa, filtrarán los valores cosmopolitas que servirán para legitimar un saber (poder) sobre el espacio de la (futura) nación. En esa retórica urbana que busca *fijarse* en el territorio deben inscribirse las preocupaciones letradas como primarias –y embrionarias-manifestaciones discursivas sobre la nación.³² Como recuerda Timothy Brennan, citando a Bruce King:

“Nationalism is an urban movement which identifies with the rural areas as a source of authenticity, finding in the ‘folk’ the attitudes, beliefs, customs and language to create a sense of national unity among people who have other loyalties. Nationalism aims at... rejection of cosmopolitan upper classes, intellectuals and others likely to be influenced by foreign ideas” (Brennan 1995: 53)

Esa construcción, urbana y cosmopolita, es la que se estudiará en las páginas que siguen. La emergencia de una estética particular, condicionada por la idea de una literatura

³⁰ Como señala Ramos, la tesis de Ángel Rama sufre de un historicismo por el cual los cambios ocurridos hacia fin de siglo no podrían ser debidamente sopesados (1989: 68ss). Sin embargo, la función del “letrado” tal como la define el crítico uruguayo permite, por lo menos hasta la década del ’70, pensar los mecanismos de legitimación de las elites criollas que disputaban el territorio.

³¹ En este sentido, un lúcido análisis no sólo de la construcción sino de la legitimación del poder rosista puede consultarse en Myers, *Orden y virtud* (2002).

³² A esta altura queda claro, esperamos, que la noción de “nacionalismo” que manejamos aquí diverge completamente de la postulada por Shumway (1991: 235ss).

nacional, es una de las primeras y principales operaciones simbólicas que permitirá trazar una viñeta inaugural sobre el espacio argentino. En la primera parte, entonces, nos centraremos en las descripciones y representaciones del territorio que imagina esa estética en emergencia, definida luego por las líneas fundacionales de la poesía de Echeverría. Al mismo tiempo será necesario un estudio de las publicaciones periódicas de los miembros de la generación y su inserción programática en la problemática de la “identidad nacional” – que supone, como venimos insistiendo, una formación discursiva sobre lo nacional y la nacionalidad. En la segunda parte, estudiaremos el tipo de escritura historicista que imaginan desde el exilio los principales representantes de la generación, a la que llamaremos *ficción historiográfica*, y prestaremos especial atención a su particular configuración en un texto clave, que anticipa programáticamente el umbral de Caseros, como es *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento. El *Facundo*, por ser el texto que aglutina, reformula y expande esa escritura ficcional merecerá un capítulo aparte que quisiéramos, si la plasticidad imaginativa lo permite, ubicar en una zona intermedia, de acople o punto nodal entre ambas partes.

Primera Parte. Escribir (en) *el* desierto

1. El imaginario de las cartografías letradas

1. 1. Paisaje, naturaleza, cultura. Los mapas textuales del viaje descriptivo

“El centro del saber, en los siglos XVII y XVIII, es *el cuadro*.”
Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*.

“En la pampa, los únicos que escriben son los viajeros ingleses”
Ricardo Piglia. *Crítica y ficción*.

El surgimiento -y posterior consolidación- en Europa de la historia natural como disciplina formalizada en el siglo XVIII marcó un cambio de conciencia en las burguesías metropolitanas³³. Los viajes de exploración interior y exterior de los límites nacionales comenzaron a acrecentarse augurados tanto por un ideal de conocimiento como por las expectativas de intereses económicos de las principales potencias; acrecentamiento estrechamente ligado al nuevo orden mundial representado en parte importante por el destino de las ex-colonias americanas en las décadas iniciales de la nueva centuria.

Una cultura de viaje, burguesa y capitalista, de larga data³⁴, estrechó por esa época, debido en parte al afianzamiento de las ciencias naturales, los principios canónicos de una narrativa de exploración en forma de informes, crónicas, relaciones, oficios que, ligados profusamente a intereses mercantiles y científicos de las respectivas metrópolis, fueron acumulando un ensamblaje de observaciones que abarcaban desde una descripción geológica hasta un comentario sobre los usos y costumbres de los habitantes nativos.

³³ Foucault 2002a [1968]; 2002b [1969]

³⁴ La serie podría iniciarse con las crónicas del descubrimiento aunque, por supuesto, diferenciadas del momento propiamente romántico-naturalista de fines del XVIII. Como es sabido, muchísimas fueron las *Relaciones* oficiales, es decir, solicitadas por la Corona, pero también abundan los casos híbridos y aún los que por su propia cuenta dejaron registro de estos territorios. De hecho, las primeras menciones al territorio americano (y al país) son contemporáneas al descubrimiento y a la conquista. Entre ellas, hay que mencionar la expedición de Fernando de Magallanes que tocó la costa patagónica, expedición que quedó “relatada” en el *Primer viaje en torno del globo*, escrito por Antonio Pigafetta, y que dio origen al gigantismo mítico de los habitantes nativos (Para una lectura de esas narrativas patagónicas y sus interpolaciones decimonónicas, véase: Livon-Grosman 2003). Con la expresión “cultura de viaje” hago el distingo en cuanto a “género”, ya que no podría aseverarse, por lo menos hasta bien entrado el siglo XIX, una autonomía determinante. Me baso para esto, en la observación realizada por Defert, cuando señala que la literatura de viaje es una *suma* de representaciones culturales, en la que coinciden tanto lo político como el afán coleccionista o etnográfico del sujeto representante (Defert, Daniel. 1982. “The Collection of the World...”, citado por Livon-Grosman 2003: 18ss). A fines del XVIII y principios del XIX la orientación marcadamente naturalista de esas narrativas de exploración se superpone a la subjetividad romántica, dando por resultado un híbrido, cuyo modelo inaugural se hallará en Humboldt, en el cual, sin embargo, primaría la efusión de “dar cuenta de la naturaleza”. Para una puntualización con respecto a las *Crónicas y Relaciones* de la conquista, véase: Mignolo 1982: 57-116.

Por ese mismo momento, el romanticismo sobreimpresionó al campo “científico” una subjetividad capaz de deshacer antiguas certezas y marcó en el nivel literario la posibilidad de una estética original, cuyo rasgo prominente se centraba en la función que la naturaleza desempeñaba en la realidad social emergente de las nuevas repúblicas (y aquí hablamos de las nacientes repúblicas europeas), la de ofrecer una fuente de diversos sentidos a partir de los cuales erigir una cultura nacional.

El “arte de dar cuenta de la naturaleza”³⁵ comenzó a ser un criterio que guiaría el canon de esa literatura de viaje atravesada por el sentido utilitario de su fase iluminista y las apreciaciones subjetivas o digresiones de las peripecias personales del viajero.

En el prefacio a la primera edición de sus *Tableaux de la nature*, Alexander von Humboldt reflexionaba sobre el tratamiento estético de los objetos naturales, remarcando explícitamente la “riqueza” de la naturaleza americana y el “poder” que sus imágenes suscitaban ante los ojos del observador postulando, así, a contraluz de la dificultad por domeñarlo, un modo de narración novedoso que subsumía, por su propio peso, el estilo científico-naturalista de la prosa a sus impresiones estético-subjetivas:

“Cette application de l’esthétique aux objets de l’histoire naturelle offre, malgré la guisante énergie et flexibilité de la langue allemande, de grandes difficultés, de composition. La richesse de la nature invite à accumuler les images, et cette accumulation trouble le calme et l’impression générale du tableau. Le style que l’on fait servir à l’expression du sentiment et de la fantaisie dégénère souvent en déclamations poétiques” (Humboldt 1851 [1814]: IX-X).

En otras ocasiones volverá Humboldt sobre las dificultades que plantea ese nuevo estilo de composición que requiere un peculiar equilibrio entre las apreciaciones estéticas y la descripción naturalista (así, por ejemplo, en el *Préface* de la segunda y tercera ediciones de sus *Cuadros*)³⁶. Pero a pesar del marcado intento de contravenir esas “declamaciones poéticas” en una prosa que debe permanecer en las lindes de la estampa

³⁵ Saint-Pierre, en una carta “Sobre los viajeros y los viajes”, adjunta a su relato de expedición a Madagascar (*Voyage a L’Ile de France*, 1773), sostenía: “El arte de dar cuenta de la naturaleza es tan nuevo que los términos mismos no han sido inventados” (citado por Prieto 1996: 13)

³⁶ “L’alliance de préoccupations littéraires et d’un but purement scientifique, le désir d’attacher l’imagination et d’enrichir la vie d’idées et de connaissances nouvelles, rendent bien difficile d’ordonner les différentes parties et de satisfaire à ce qu’exige l’unité de composition” (Humboldt 1851 [1826]: XII).

objetivista, la propia escritura del naturalista germano inauguró un programa narrativo cuya estrecha vinculación con algunos de los postulados románticos podía constatarse en varios relatos de exploración sucedáneos. Queda claro aquí que la naturaleza, por encima de la reflexión compositiva, aparece como espacio virgen, sobrepujando la anotación objetivista del espectador mediante un cúmulo de imágenes cuya fuerza radica, en primer término y de acuerdo a un código de lectura ampliamente extendido, en el carácter desconocido del territorio descrito. Ese carácter repone el exotismo que en Europa había comenzado a orientar la búsqueda de distintos escenarios, con valores culturales diferentes, cuya emergencia puede entenderse como la profundización de cierto relativismo cultural al mismo tiempo que lo acompaña el afán de documentar el proceso de nacionalización de diversos países y regiones.

Consecuentemente, la prosa abigarradamente científica de los relatos de viaje tradicionales tendió a resolverse por la combinación final de un discurso racionalista con diversas inflexiones del discurso romántico. Así, los textos de Humboldt sirvieron de modelo no sólo para los viajeros extranjeros que incursionaron por las pampas y los Andes del sur argentino durante las décadas de 1820 y 1830, sino que funcionaron como repertorio de imágenes para una configuración del paisaje americanista al que los letrados criollos recurrieron en afán de consolidar una representación política de su propio territorio

Siglos de colonización española se habían reducido a centros de explotación mineral y prácticamente habían dejado a las distintas regiones virreinales incomunicadas. Como recuerda Marie Louise Pratt, con la independencia volvió a utilizarse la designación de “Nuevo Continente” para referir el estado de desconocimiento de los habitantes nativos sobre su propio territorio. Así, en 1825, W. B. Stevenson proclamaba que aunque las tierras de América del Sur “fueron descubiertas en el siglo XVI, permanecieron casi desconocidas hasta comienzos del XIX” (Pratt 1997: 256).³⁷ Humboldt era así una suerte de Colón cuya celebración de la naturaleza virgen se vinculaba con el proyecto de intervención transformadora de Europa y cuya prosa sentaba las bases de una estética

³⁷ La cita corresponde a W. B. Stevenson. *An Historical and Descriptive Narrative of 20 years Residence in South America*, 3 Vols., Londres, Hurst, Robinson and Co, 1825, Vol. 1, p. VII.

paisajística en la que los escritores de las elites criollas podían reconocer un programa de escritura con el cual combinar sus inspiraciones románticas con sus ideas políticas.

Uno de esos escritores, que acompañó a Humboldt en una de sus expediciones por Venezuela, es el caraqueño Andrés Bello. En 1823, exiliado en Londres, Bello crea la revista *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura*, donde publica su “Alocución a la poesía”, fragmento de un poema mayor al que proyectaba titular *América*. El poema, recortado sobre los tópicos y las figuras del neoclasicismo, inflexiona la tradición pastoral de la antigüedad grecolatina en una invocación a la “Poesía” (“tiempo es que dejes ya la culta Europa / que tu nativa rustiquez desama / y dirijas el vuelo a donde te abre / el mundo de Colón su grande escena”)³⁸ que no es más que la excusa para fijar un recorrido que proyecta, por encima del relevamiento histórico del proceso independentista, el potencial que la región ofrece a las generaciones venideras (“las dádivas mil con que la zona / de Febo amada al labrador corona”), y que se confirmará resueltamente en su ulterior “La agricultura de la zona tórrida”. En efecto, publicado en 1826, en *El Repertorio Americano* (continuación de la *Biblioteca Americana*), el poema “La agricultura de la zona tórrida” (esa misma *zone torride*, de la que ya había hablado Humboldt en sus *Cuadros*) diagrama un mapa futuro en el que América será tierra ya no de explotación minera, sino agrícola. La configuración del poema pone en escena un territorio expectante y pasible de ser re-conquistado, un territorio en el que la naturaleza (ahora descubierta nuevamente) es la fuente de riquezas de las naciones futuras:

“¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
habéis nacido de la tierra hermosa,
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganaros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros” (Bello 1985 [1826]: 43)

³⁸ “Alocución a la Poesía”, en: Bello 1985: 20-40.

Si en la “Alocución” Bello ensaya un paisaje político americanista para las nuevas regiones independizadas de España, con algunas menciones al espacio que anticipan su programa futuro, en “La agricultura...” ese programa parece definirse por encima incluso de las realidades regionales. Porque el territorio americano en el mapa imaginario del caraqueño no representa un *vacío*, sino un espacio natural continente de la futura riqueza de las naciones. Ese espacio, distante y a la vez deseado, es el que Humboldt, en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, había prefigurado de manera efectiva, colocándolo ante los ojos europeos con la celebridad de una práctica discursiva largamente afianzada.³⁹

Cabe recordar que el mismo Simón Bolívar supo en una carta rendir homenaje al naturalista alemán describiéndolo como “un gran hombre, que con sus ojos *sacó a América de su ignorancia*, y con su pluma la pintó en la plenitud de su natural belleza” (Pratt 1997: 198ss, cursiva mía). La cita expone de modo contundente una realidad que se releva en varios textos de la época: Humboldt, al retratar América, re-descubría los potenciales del continente no sólo ante las metrópolis extranjeras sino también ante los ojos de las nuevas formaciones criollas. Ese territorio cuya naturaleza debía definirse, asentaba la problemática de la formación de los Estados futuros y se abría a la mirada de las nuevas generaciones criollas como espacio de disputa en el proceso de nacionalización de las culturas que debían asegurar los contornos de la *res-publica*.

En ese contexto emergente, al que la literatura de viaje recurrirá como modo de “retratar” los espacios geográficos ahora independientes del Imperio, las elites criollas en busca de legitimación se presentarán como mediadoras entre el archivo de imágenes

³⁹ Bello es el traductor y comentador en ese momento de los *Viajes* de Humboldt, y puede decirse que su programa estético-político se inicia en “esas traducciones”, un pasaje simbólico de los escritos “científicos” del naturalista germano. Por otra parte, puede observarse que el programa que define Bello en sus composiciones poéticas aparece, en ese primer período post-independentista que ocupa alrededor de la década del '20, formulado en distintos escritores y publicaciones sudamericanas contemporáneas. Así, para dar sólo un ejemplo, el venezolano Fermín Toro (1807-1865), escritor neoclásico que, a través de sus lecturas de Chateaubriand, se acerca al historicismo romántico (de hecho, se lo considera como el primer romántico venezolano, aunque mantuvo cierto apego al clasicismo) escribió también una “Oda a la Zona Tórrida”, que emula a la publicada por el caraqueño en Londres (véase: Anderson Imbert 1954-67: 212). En el Río de la Plata, ese programa también puede constatar en algunas publicaciones periódicas como, por ejemplo, en *La Abeja Argentina*, periódico en cuyas páginas un largo poema, titulado “Al pueblo de Buenos Aires”, despliega en algunos pasajes las mismas notas “americanistas” sobre el territorio (sobre este punto me detendré más adelante). Para una lectura sobre los vínculos literarios entre Bello y Humboldt, véase: Montaldo 1994b: 10ss. Para la relación entre Humboldt y los criollos “ilustrados” latinoamericanos de fines de siglo, véase: Minguet 1979: 69-79.

acumulado por los relatos de aquellos viajeros que respondían a la visión de lo que Marie Louise Pratt llamó “vanguardia capitalista” europea, con sus consecuentes informes y documentos oficiales de las expediciones realizadas por estas tierras, y el espacio americano sobre el cual comenzarán a ensayar sus configuraciones discursivas modelizadoras.

En este sentido, cabe aquí una pequeña reflexión acerca de la importante cantidad de viajeros extranjeros (sobre todo ingleses) que durante las décadas de 1820 y 1830 recorrieron y narraron sus viajes por el interior de las provincias argentinas. Adolfo Prieto se encargó de rastrear las redes intertextuales entre los escritos de los viajeros ingleses que recorrieron la región durante la segunda y tercera décadas del siglo XIX y los signos emergentes de la literatura argentina del período. Tres son los viajeros que se destacan en la segunda etapa expeditiva, cuando la fiebre especulativa generada por los inversores ingleses con las promesas de las riquezas minerales de la América hispánica halló su punto culminante en 1825: Francis Bon Head, Joseph Andrews y Edmond Temple, cuyos respectivos relatos⁴⁰ (junto a los de los otros expedicionarios que recorrieron la región) elaboraron una imagen del país que respondía a pautas de selección y de jerarquización específicas. En el cruce, a veces estrictamente contemporáneo, entre esos textos y los que empezaban a publicar escritores como Alberdi, Echeverría, Sarmiento y Mármol puede leerse un intertexto de la naciente literatura nacional que no había sido abordado debidamente por la crítica ya que, como el mismo Prieto señala, “(las) observaciones han estado basadas en una lectura o bien desinteresada de la red textual en la que los viajeros ingleses inscribían sus relaciones, o –si interesada- interesada sin atender ni al número ni a la particularidad de cada una de esas relaciones” (Prieto 1996: 13).

Me interesa detenerme en esta serie para señalar uno de los elementos fundamentales de ese intertexto: la apoyatura ecuaníme de esos relatos en *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, de Alexander von Humboldt, y el tipo de discurso que autoriza en las primeras inscripciones románticas del paisaje y el espacio

⁴⁰ Head, F. B. *Rough Notes Taken During Some Rapid journeys Across the Pampas and Among the Andes*, de 1826 (hay traducción al castellano: *Las Pampas y los Andes. Notas de viaje*, Vaccaro, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1920) y *Reports on the Failure of the Rio de la Plata Mining Association*, de 1827; Andrews, J. *Journey from Buenos Ayres Throught the Provinces of Cordova, Tucuman, and Salta to Potosí...*, de 1827; Temple, E. *Travels in various Parts of Perú. Including a Year's Residence in Potosí*, de 1833.

(físico y social) de la patria. En efecto, tanto para autorizarse (la mayoría de las veces) como para tomar distancia del modelo, las narraciones de estos viajeros se inscriben en la exitosa operación textual, que cuenta entre sus características primordiales la hibridación o yuxtaposición del discurso científico con el *statum* romántico, que el naturalista germano había elaborado a partir de sus *Cuadros*. Ese recurso pone en evidencia, en sintonía con la época, la avidez de un público lector adiestrado en este tipo de relatos. Horizonte de lectura que podría orientar, a su vez, y de hecho los textos que aquí se analizan lo demuestra, las producciones emergentes de los escritores rioplatenses (y latinoamericanos)

Porque -y siguiendo en este punto a Prieto- en la América tendenciosamente reinventada como objeto de conocimiento por los viajeros ingleses de esta segunda etapa, se hallan varias extrapolaciones que, de modo sorprendente, configuran un sedimento simbólico-discursivo que desempeñará un rol fundamental en el imaginario criollo de las futuras repúblicas.⁴¹ De ellas, podríamos citar la analogía que hace Andrews de los pasajes en que Humboldt describe los bosques tropicales de Cumaná con la presentación de los bosques tucumanos; descripción, esta última, que sirve de sustrato explícito en la celebración de esa misma naturaleza que hace el joven Alberdi en su *Memoria descriptiva de Tucumán*:⁴²

“Uno de los mayores prodigios de aquellos objetos, y que escapa de la pluma más delicada, es un cierto arreglo y distribución maravillosa que nuestra triste geometría llama desorden, sin embargo que de él nace aquel manantial inagotable de bellezas que no deja que uno acabe de ser sorprendido jamás por una variedad de objetos tan ilimitada y vasta como la naturaleza” (Alberdi 1920 [1834]: 10-11)

La retórica descriptiva, que da cuenta de la variedad de una naturaleza “ilimitada y vasta” de los bosques de Tucumán, lleva la marca intertextual del relato del viajero inglés y, por esa vía, la extrapolación humboldtiana del viaje descriptivo-naturalista,

⁴¹ Como es sabido, el territorio del Río de la Plata no fue recorrido por la expedición de Humboldt y Bonpland.

⁴² En junio de 1834, Alberdi regresaba a Tucumán con el título de Abogado obtenido finalmente en la Universidad de Córdoba y daba a luz su *Memoria descriptiva*, dedicándosela al “señor coronel D. Alejandro Heredia”, gobernador de la provincia (Canal Feijoo 1955: 86).

como se encarga de reconocer el propio Alberdi en el fragmento siguiente.⁴³ Las citas de Andrews interpoladas por Alberdi evidencian que el régimen de lectura de esos relatos de viaje estaba a la orden del día entre los intelectuales rioplatenses. La retórica del viajero inglés sirve para legitimar las primeras incursiones románticas del joven Alberdi y anticipan el programa que se desarrollará, pocos años después, con las lecturas políticas de la joven generación y que profundizará el mismo Alberdi mediante su empresa periodística en Buenos Aires. El paisaje aquí es el “estímulo” para una prosa descriptiva que aboga por las nuevas corrientes literarias que el romanticismo francés despuntaba en Europa. Dice Alberdi:

“Ningún sistema literario hará más progresos en Tucumán que el romántico, cuyos caracteres son los mismos que distingue el genio melancólico. Sentimientos, ideas y expresiones originales y nuevas; pereza invencible que rechaza la estrictez y severidad clásica y conduce a un tierno abandono, imaginación ardiente y sombría. El romántico no ha recibido sus más grandes progresos sino bajo las plumas melancólicas de Mme. Staël, Chateaubriand, Hugo, Lamartine y muchos escritores sombríos del norte” (ídem: 26)

La novedad del “sistema literario”, como lo llama Alberdi, permite distanciarse de las formas clásicas que dominaron el proceso de independencia y abre un campo nuevo para el pensamiento donde se aúnan poesía, filosofía e historia. El genio romántico es el portador de una visión que logra transformar, por medio de la “pluma”, ese “desorden” de la realidad física y social del país que la generación anterior no ha podido o no ha sabido evitar, es decir, no ha podido convertir en una “fuente de inagotable belleza”, pues a través de la escritura puede enraizar ideas y expresiones originales en un país que debe reclamar nuevas luces y nuevos programas. Por encima

⁴³ “Ruego a los que crean que yo pondero mucho, se tomen la molestia de leer un escrito sobre Sud-América que el capitán Andrews publicó en Londres en 1827. Advirtiéndole que el territorio de este viajero debe ser tanto menos sospechoso cuanto que pocos países le eran desconocidos, que su carácter no dio motivo para creer que fuera capaz de mentir por mero gusto. Y adviértase que los juicios de Mr. Andrews no son como los míos, sino que son comparativos. No dice como yo, que Tucumán es bellísimo, sino que dice ‘que en punto a grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucumán no tiene superior en la tierra’; ‘que Tucumán es el jardín del Universo’. Yo me dispengo de citar más a Mr. Andrew, porque todo su artículo relativo a Tucumán se compone de expresiones semejantes; y para que no se me tache de parcial, creo que aquellas pocas palabras son suficientes” (Alberdi 1920 [1834]: 12). Más adelante, Alberdi da muestras de haber leído (o al menos de conocer) al naturalista germano cuando, al hablar del “carácter físico y moral del pueblo tucumano”, haga referencia al “Dr. Redeac, cuya autoridad no desdeñó respetar el célebre Humboldt” (ídem: 23)

de esa adscripción al modelo descriptivo de Andrews, entonces, asoman los indicios de un programa político y estético donde la imagen del sujeto romántico se proyecta sobre la tierra natal que, ligada a las constantes referencias a Belgrano y la revolución, empieza a definir el espacio futuro de la patria:

“Augustas sombras de los mártires de la libertad, ilustres viejos de la revolución de Mayo, no dudéis que vuestros altos designios serán coronados un día por la más bella juventud, cuyo celo reposa hoy en los brazos de la filosofía y de la libertad. Tornarán otra vez los claros y alegres días de la paz y de la concordia, y entonces, cuando ya no haya más mira que la mejor a y engrandecimiento de nuestra Patria, vuestros ilustres bustos decorarán nuestras plazas públicas” (Alberdi 1920 [1834]: 35)

Como ha señalado Prieto, el recuerdo de la infancia se mezcla en esta *Memoria* con los avatares políticos de la incipiente república. Alberdi descubre el verdadero objeto de su *estudio*, cuando asume una postura programática para su propia generación. Como toda escritura programática, el pasaje citado es profético (y proyectivo) y puede leerse como primera inscripción de algunas de las ideas que sustentarán el proyecto de la nueva generación. Por eso mismo resulta interesante indagar en el tipo de operación que realiza esa primaria inscripción programática. Como vimos, la “nueva” generación aparece en el escrito de Alberdi como la encargada de continuar las ideas de Mayo. El romanticismo, en este sentido, viene a sustentar ideológicamente el nuevo momento histórico de la república que aún lucha por alcanzar los “alegres días de la paz y la concordia”. Habría que agregar a esas dos coordenadas críticas, el tipo de lectura social que oficia la *Memoria* sobre el pueblo de Tucumán que, metonímicamente, señala hacia el espacio de la patria que se está definiendo. En este sentido, uno de las “secciones” del ensayo lleva por título “Carácter físico y moral del pueblo tucumano bajo la influencia del clima” y allí Alberdi se encarga de bosquejar los rasgos sobresalientes de la población atendiendo al espacio geográfico en el que se inscribe. El pensamiento que organiza esta parte de la *Memoria* es el que Montesquieu postulaba en su *De l'esprit des lois*. Por supuesto, Alberdi intentará demostrar que el “clima” selvático de Tucumán no ejerce una influencia negativa en la población (el *despotismo* es la palabra clave en esa lectura) y terminará contradiciendo y negando los asertos del pensador francés. Sin embargo, las

conclusiones que saca el autor de la *Memoria*, notablemente influenciadas por las ideas románticas, terminan por avalar la influencia climática y geográfica en la población tucumana, diseñando dos grandes categorías sociales (los temperamentos “biliosos y melancólicos”) que definen, a su vez, caracteres reconocibles en los distintos estratos. Luego de describir la fisonomía de los “tucumanos pudientes” y de los “tucumanos plebeyos”, en pasajes que anticipan varias de las pinceladas que dará Sarmiento en su *Facundo* (basta reparar en el título que encabeza su primer capítulo), “Aspecto físico de la República Argentina, i caracteres, hábitos e ideas que engendra”, para constatar no sólo la semejanza sino el carácter metonímico de esta primera inscripción romántica en la *Memoria* del joven Alberdi) podrá decir, entonces, Alberdi: “Una de las conclusiones que se siguen de estas observaciones es que el plebeyo tucumano es más apto para la guerra y el distinguido para las artes y las ciencias” (Alberdi 1920 [1834]: 24). Conclusión que, teniendo en cuenta la distancia de diez años ya de las últimas batallas por la independencia, en Junín y Ayacucho, parecería indicar más bien el sistema de distinción que operaba por entonces entre “los llamados a conducir los destinos de la patria” y la necesidad de un cuerpo social destinado a defender (y luego expandir) las fronteras de la república.⁴⁴ En todo caso Alberdi, consciente de esa distinción, no podría dejar de prever que los lectores de su ensayo reconocerían en el autor de la *Memoria* a uno de los “biliosos” ciudadanos tucumanos.⁴⁵ Si Alberdi no utiliza la palabra “gaucho” al definir esa zona “plebeya” de la sociedad tucumana podrá, sin embargo, y desde una perspectiva típicamente romántica, sostener que esos hombres (los plebeyos) están propensos siempre “a las grandes virtudes o grandes crímenes”, y rematar diciendo: “o es hombre sublime o peligroso” (idem, 23). Sublime o peligroso, el genio melancólico se hace sentir en la sociedad plebeya de *Tucumán*, esa forma indirecta de hablar de la *república*. Las “clases rústicas” a las que hace referencia la *Memoria*, muestran que “sus cantos y versos rudos, todavía están, sin embargo, envueltos en una eterna melancolía” (idem, 26).

⁴⁴ Sobre la cuestión social del gaucho y la necesidad de manutención de las fronteras, véase: Rodríguez Molas 1982. Para los usos ideológicos sobre la figura del gaucho, en ese sentido, véase: Josefina Ludmer 1988.

⁴⁵ Sobre el final del ensayo, discurriendo acerca de las ideas de Montesquieu sobre la influencia del clima, dirá: “Los hombres más vivos son, por lo común, de temperamento sanguíneo y nervioso, pero rara vez he visto semejantes hombres a la cabeza de los trastornos de la tierra: Bien perezosos son, por lo regular, los melancólicos y biliosos, pero ellos mueven la humanidad” (idem: 28).

Las ideas embrionarias de estos y otros pasajes de la *Memoria*, se irán reformulando a medida que Alberdi comience a percibir, ya con más claridad, el programa que aquí aparece primaria aunque concientemente bosquejado. Desde las páginas de *La Moda* protestará contra ese mismo “genio melancólico” que en la *Memoria* había proclamado como virtud a destacar, en parte debido al desprestigio al que sus opositores políticos lo condenaban (por ejemplo, De Angelis) y en parte, también, a una reformulación del programa estético-político que lo llevará, a él como sus compañeros de lucha, a postular un “romanticismo social”, acorde con la necesidad de transformar en literatura política los “efugios” (palabra del romántico Echeverría) estéticos de las primeras horas. Pero, como se puede ver, ya en su *Memoria*, Alberdi trazaba vagamente las líneas de pensamiento que se afianzarían en las reuniones del salón literario de Marcos Sastre: un programa estético-político que se apoyaba en la continuidad de los hombres de Mayo y en la necesidad de una literatura nacional basada en el paisaje físico, político y social de la patria; un sistema (literario, filosófico) de pensamiento con el fin de cohesionar los futuros programas de la república, en el que veremos asentarse la idea de un determinismo social enmarcado en las ideas romántico-positivistas que se afianzarán en la segunda mitad del siglo, pero que ya despuntaba en sus lecturas románticas, como dejan comprobar las páginas de esta temprana inscripción ideológica de la joven generación.

Meses después de publicada la *Memoria* de Alberdi, aparecía el volumen *Los Consuelos* de Esteban Echeverría. En una nota que acompañaba el volumen, Echeverría explicaba el título general de la obra y apuntaba sobre el párrafo final algunas notas sobre la necesidad de un carácter original para la poesía rioplatense. Según lo señalaba ahí, la poesía americana aún no había progresado lo suficiente como para alcanzar la profundidad moral que tuvo en la antigüedad y de la que gozaban en ese momento las naciones europeas. Para lograr conquistarla, era preciso:

“Que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez *el cuadro vivo* de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes (...) Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus

ornamentos como la fecunda tierra que la produzca” (Echeverría 1972 [1834]: 716 [El subrayado es mío])

Es notable la divergencia entre ese programa y las líneas estéticas que efectivamente desarrollan las piezas del poemario: salvo algunas pocas composiciones (“Al clavel del aire”, “Lara o la partida” y, quizá, los poemas que tematizan “sucesos patrios” pero que por eso mismo no logran representar un “cuadro vivo” de costumbres) el poemario entero no responde a las notas metapoéticas que lo acompañan, y pudiera sostenerse que en esa distancia efectiva se centra la crítica inaugural sobre la cuestión nacional de la poesía que radicara Juan Thompson en las páginas del *Diario de la Tarde*.⁴⁶ (Esa inconsistencia, además, permite que el poema “Profecía del Plata”, dedicado a la independencia argentina, porte como epígrafe uno de los versos, posteriormente cercenado, de la “Marcha patriótica” compuesta por Vicente López y Planes y que, en esa línea, desarrolle el indianismo que el mismo autor de la *Marcha* pusiera al descubierto en su “Historia de nuestra frontera interior”, ensayo publicado en *La Abeja Argentina* en el que reclama medidas enérgicas y definitivas contra los mismos aborígenes.⁴⁷ El reverso de ese motivo, demás está decir, es el que plasma en *La cautiva*, poema definitorio en la orientación estética de la joven generación). Lo paradójico de esa reflexión es que la “extraña influencia” de la que habla Echeverría supone un significativo vacío, pues si atendemos la necesidad a la que apela en el bosquejo de su programa escrituario (“naturaleza física”, “cuadro vivo de nuestras costumbres”), se hace evidente el eufemismo –“cultura occidental”- con el que inscribe su aprendizaje parisino.

Naturaleza física y cuadro de costumbres asimilan los tropos consagrados de una red textual más amplia, que remite a un sistema de pensamiento moderno definido por, en primer término, la oposición naturaleza-cultura que rige las nuevas sociedades post-revolucionarias (me refiero a las revoluciones política francesa e industrial inglesa) y, en

⁴⁶ La cita y el comentario de ese episodio crítico se estudiarán en el segundo capítulo de este trabajo (*La impresión de lo nacional*).

⁴⁷ El verso citado es: “Se conmueven del Inca las tumbas”. Sobre el uso del motivo aborigen en las creaciones poéticas de la independencia, y las diferencias entre “indigenismo” e “indianismo”, véase el estudio de Barcia en *La Lira Argentina* 1982 [1824]: LXXIX.

segundo lugar, el principio de nacionalidad⁴⁸ que esa oposición imprime como sustrato del progreso metropolitano. “Culturizar” el territorio es entrar en el camino de la modernidad. Como sostiene Hobsbawm, modernidad y progreso son concepciones imbricadas ideológicamente en el liberalismo burgués europeo que definía los principios por los cuales un pueblo podía considerarse nación.⁴⁹ En Argentina, como en Hispanoamérica, la tardía formación de los estados-nación se debió a un conjunto de factores entre los que habría que señalar la ausencia de clases claramente constituidas y la indefinición espacial del territorio por un sujeto jurídico hegemónico.⁵⁰

De este modo, el problema del espacio diseña los alcances de un tópico escrituario que lejos de ser una estrategia exclusivamente literaria, se carga con todos los valores culturales –ideológicos, políticos, estéticos- de su coyuntura histórica, pues el valor de la tierra, es decir, del espacio americano –en su doble carácter de capital simbólico, lugar de origen, y capital pecuniario, propiedad y bienes- es un problema que resurge en los países independizados de España, trasvasado ahora por las nuevas formas de ver el mundo que expande el romanticismo literario. (Montaldo 1994b: 6ss). Desde las formalizaciones neoclásicas que proveyó la Ilustración y el uso peculiar de la tradición pastoral y sus tópicos, como en el caso de Bello, hasta las expresiones más efusivas de la nueva conciencia romántica, las elites criollas volvieron sus miradas al territorio y emprendieron un viaje descriptivo, adecuándolo a ideas preconcebidas, que configuraría una “cartografía imaginada” en donde el paisaje traduciría la primer operación de esa escritura proyectiva.⁵¹

⁴⁸ Hobsbawm 1991: 39ss.

⁴⁹ Esos principios, según Hobsbawm, en la práctica eran tres: la asociación histórica con un Estado, la existencia de una elite cultural, poseedora de una lengua nacional, y una probada capacidad imperialista o belicista (1991: 46ss). Ninguno de estos tres principios, por supuesto, constituía las incipientes formaciones republicanas de Latinoamérica. Salvo, quizá, el sentido de elite cultural que, asentado tras siglos de colonización, fue reelaborado por los letrados post-independentistas y motivo de disputas como modo de legitimación y autorización de las nuevas generaciones criollas.

⁵⁰ En realidad, es la suma histórica de esos factores y no su unilateralidad lo que expresa la problemática de la formación de los estados-nación en el Río de la Plata. Algunos estudios remarcan la defectuosa estructura de los componentes sociales en las regiones recién independizadas (Ansaldi 1988: 65). Otros autores enfocan las diferencias entre la colonia y los países europeos (Chiaramonte 1983: 161). Véase también: Halperin Donghi 1972; O. Cornblit, E. Gallo y A. O’Connell, “La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias”, 1965: 18-57.

⁵¹ Tomo la idea de “cartografía imaginaria o simbólica” del estudio crítico de Derek Gregory, cuando sostiene que el estatuto de los mapas debe entenderse como *cualquier otra práctica de representación*. Práctica que suele quedar atada a la ilusión racionalista-evolutiva que algunos historiadores adjudican al desarrollo cartográfico de los mapas: “It is perfectly true that historians have usually presented cartography as the Survey of Reason, a narrative journey of progress from darkness to enlightenment, in the course of which maps

En un artículo publicado por entregas en *El Mercurio* de Chile, titulado “Un viaje a Valparaíso”,⁵² Sarmiento ensaya una prosa descriptiva que reconoce como modelo la narrativa de los relatos de viaje en uso. Dice allí Sarmiento:

“He leído algo de viajes i sobre todo de diccionarios de jeografía. Conozco el reino de Chile, de donde soi oriundo, i esto no de simple vista, ni de relaciones de arrieros i traficantes, sino por las obras mas modernas que se publican en España i en Francia, por diccionarios jeográficos arreglados *por una sociedad de literatos* i coordinados en conformidad de la *Jeografía Universal* de Malte Brun. Leia, por ejemplo, en dicha mi obra favorita: ‘San Juan de la Frontera, ciudad de Chiquitos en Chile, cerca del lago de Guanaco, situada en un territorio habitado por mas de 20,000 indios, con minas de oro, a cuarenta leguas N. O. de Valparaíso’. ¡Quién no se siente arrebatado de admiración al ver cómo progresan las ciencias geográficas en Europa, i se asombra de saber que sean hombres i no dioses los que tan sin pretensión publican por amor del público unos libros tan llenos de luces i de instrucción!” (Sarmiento 1909 [1841]: 119, cursiva en el original)

El grueso error topográfico que denota la cita habilita al sanjuanino a la burla y la ironía final con que exalta el progreso de las ciencias geográficas europeas. Y la elección de San Juan, le permite ilustrar al lector para que corrija él mismo la cita y además reconozca la verdadera identidad del narrador (Prieto 1996, 160). Si la lectura de los diccionarios geográficos ilustran al viajero instrumentalmente, la retórica generada por los relatos de viaje provee el repertorio para la descripción del espacio recorrido. La distancia irónica con ese repertorio se revelará con las primeras dificultades del camino: “Un mundo de ilusiones se había evaporado (...); habíame propuesto dividir mi viaje en cuadros románticos; el primero debía llamarse *Mi partida* (...): el segundo *Un compañero de viaje*, tema fecundo en incidentes i rasgos de ingenio para trazar un carácter original, costumbres raras, etc” (Sarmiento 1909 [1841], 121). Como se ve, la burla y la distancia irónica hacia el modelo se expande implicando los excesos de un romanticismo literario del cual a esas alturas el sanjuanino parece distanciarse. Como

become supposedly more ‘accurate’ and more ‘objective’. But it is also true that there is now a critical historiography, which has established the implication of maps in the constitution of systems of power-knowledge” (1996: 7).

⁵² El artículo se publicó, según figura en *Obras completas*, Tomo I, de Belín Hermanos Editores, con fechas del 2, 3, 4, 6 y 7 de septiembre de 1841.

sostiene Prieto, la perspectiva crítica le permite a Sarmiento distinguir las posibilidades abiertas por el género.⁵³ Pero hay dos puntos en los que quisiera detenerme que exceden el análisis propuesto por Prieto. El primero tiene que ver con la cursiva del pasaje citado más arriba. El segundo son los motivos de la crítica esbozada por Sarmiento a los “cuadros románticos”.

La alusión del sanjuanino a esa “sociedad de literatos”, real o imaginaria, sobrepasa los límites de la burla irónica del pasaje. Porque, si en un primer nivel el disparate fraguado en esos diccionarios geográficos acusan la ineptitud de la empresa editorial al recurrir a los esbozos de un grupo de letrados que tienen como información central el texto de otro (“*Jeografía Universal*, de Malte Brun”), es posible que, a la hora de evaluar el campo de disputas abierto por la nueva situación de los países independizados, en Sarmiento pese más su condición de letrado exiliado y periférico que el regocijo por la afición a la literatura de viaje, incluyendo los diccionarios geográficos. A la vista de sus escritos ulteriores, y sobre todo de su biografía del caudillo riojano, la tesis sobre una disputa de saberes parece confirmarse (sobre este punto me detendré más adelante).

Lo segundo, ligado a esto último, se conecta con la dimensión política que representaba la escritura para los intelectuales criollos post-independentistas. En un tramo de su primera jornada, el narrador y su acompañante divisan a poca distancia del camino una “hermosa casa de campo”. El acompañante se encarga de explicar la *historia* de esa casa: “Es, mi dijo mi cicerone, del cuñado de un coronel que se mezcló en la revolución del Baron y que era su lejítimo y anterior dueño; pero a consecuencia de esto, fueron confiscados y vendidos sus bienes” (idem, 122). La reacción del viajero no se hace esperar:

⁵³ Nueve meses antes de publicada la primera entrega de este artículo, Sarmiento ya había incursionado en la retórica viajera como modo de tomar distancia de su propuesta narrativa. En aquel artículo, “Avíos y monturas”, publicado también en *El Mercurio* y firmado *Pinganilla*, se lee lo siguiente: “Es, pues, el caso que viajando por varios puntos de América, he parado los monos sobre un hecho singular. En cualesquiera de los puntos que he visitado con mis novedosos socios, he creído observar las mismas costumbres estacionarias...” (Sarmiento 1909 [1841]: 8, I). Como se ve, la retórica del *viaje* era una presencia constante en la literatura criolla del momento.

“Bastaba esto para hacerme desvanecer toda idea agradable i todo pensamiento de cuadros románticos, de casa de campo i paisaje, desde que se mezclaban con ellos revoluciones, confiscaciones, destierros y todas estas miserias de nuestra mala vida pasada” (Sarmiento [1841] 1909, 122).

Como se deduce de la cita, la estampa romántica se descompone en el momento en que la casa se “llena” de historia. Pero esa historia, la que cuenta el acompañante del narrador, pertenece al momento de la “revolución” independentista, es decir, al menos dos décadas antes del tiempo de la enunciación. Parecería que el narrador, y detrás de él el propio autor, a pesar de presentarse como ciudadano chileno, estuviera pensando en otra realidad acuciante, que era la que efectivamente lo incitaba. La exclamación que cierra la crítica al “cuadro romántico”, por el grado de generalidad, nos inclina a pensar en esa dirección: “¿qué alma de hierro no se necesita para ver con ojos románticos lo que nos rodea, cuando lo positivo, lo real, como es el fango, amenaza sorbernos a cada rato?” (Sarmiento 1909 [1841]: 122). De la protesta del sanjuanino se deducen al menos dos características peculiares del pensamiento de la época. La primera es la constatación del cambio producido en la joven generación liberal con respecto a las ideas tempranas del romanticismo europeo. Del mismo modo como se quejara Alberdi tres años antes desde las páginas de *La Moda*, el dicitario del sanjuanino contra los “cuadros románticos” se asienta indudablemente en un cambio de paradigma: no romanticismo estético, sino romanticismo social, es decir, una estética ligada a los cambios políticos del entorno. La segunda es la que remite, de manera oblicua, a la realidad del gobierno rioplatense. En efecto, “el fango”, “lo positivo”, “lo real”, como lo llama Sarmiento, es la situación política que lo tiene a él y otros escritores liberales exiliados mientras Rosas acrecienta su poder en las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta dimensión política en sus dos términos, la de un cambio de posición en las ideas y la de un Rosas cada vez más fuerte, es la que empieza a organizar las publicaciones periódicas del momento. Frente a esa situación, muchos de los relatos de viaje extranjeros debían generar o rechazo o al menos un velo de preocupación por parte de quienes no estaban dispuestos a ceder un imaginario sobre el propio territorio que empezaba a ser arduamente disputado. Porque si bien el repertorio de esa literatura de viaje proveía de las imágenes y los sentidos de un territorio todavía desconocido, la elite letrada criolla seleccionó sus

propias estampas, aquellas imágenes que una tradición, la moderna y europea, había cargado ya de sentido.

Entre ellas, sobresalen las dedicadas a describir el espacio geográfico y las notas o rasgos tipológicos que pudieran portar los habitantes rurales, los “rústicos”, según palabras de la *Memoria* de Alberdi, pues en ellos se centraba la identidad criolla que empezaba a configurarse en la progresiva diferenciación de las nuevas repúblicas. Con respecto a las estampas viajeras sobre los habitantes de la pampa argentina, bastará citar aquí algunos pasajes de uno de los viajeros ingleses cuya presencia es nuclear en varios textos de la joven generación, pero que en el *Facundo* de Sarmiento parece regir varias de las pinceladas del sanjuanino: el capitán Francis Bond Head y sus *Rough Notes Taken During Some Rapid journeys Across the Pampas and Among the Andes*, publicadas en un volumen en Londres en 1826. Por supuesto que esa regencia directriz supera ampliamente el sistema de citas que puebla los capítulos de la biografía del sanjuanino. Empezando por la errónea atribución al capitán minero inglés, en el primer capítulo, de una frase que pertenece en realidad a Humboldt hasta recalar en aquella que encabeza precisamente el capítulo en el que se discurre sobre el tipo de asociación rural, se comprueba que el intertexto funciona como autoridad y matriz descriptiva, que, por supuesto, el *Facundo* expande de manera particular. En sus notas sobre la pampa, F. B. Head, al detenerse en describir (y explicar) la vida de sus “rústicos” habitantes, subrayará la idea preponderante sobre la condición pre-moderna y, por lo tanto, históricamente dislocada, del gaucho. Una de sus “notas”, dice lo siguiente: “es cierto que el gaucho no tiene lujos, pero el gran rasgo de su carácter es su falta de necesidades” (Head 1920 [1826]: 32). Sarmiento, en los primeros capítulos dedicados a la descripción de los “caracteres” y “hábitos” de los gauchos argentinos, reproducirá esa nota (y otras, después veremos) como sigue:

“[El gaucho]: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia *como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza* i de sus privaciones, que no son tales para el que nunca conoció mayores goces, ni entendió más alto sus deseos” (Sarmiento 1961 [1845]: 40 [El subrayado es mío])

Pero la reproducción y expansión de esas citas que demuestran el funcionamiento del intertexto, quisiera sostener aquí, va más allá del carácter apelativo de algunas de sus notas. Sarmiento lee en el capitán inglés esa condición pre-moderna y anti-capitalista del gaucho de las pampas argentinas de manera tal que la “barbarie” que allí sitúa es ya un pasado proyectivo de la identidad criolla. La lectura capitalista del viajero inglés (“es cierto que podría hacer queso y venderlo por dinero”, dice), es decir, específicamente moderna y nacionalista, aclara el régimen de lectura sobre la realidad social de los campos argentinos que ciñe las páginas del *Facundo*. De allí también el hecho de que en esa condición el sanjuanino intuya las potencialidades imaginarias para las letras argentinas. Cuando Sarmiento postula la poeticidad de la “barbarie”, lo hace adjuntando una idea que, por el lugar que ocupa, recupera esa *diferencia* societal, antes marcada por los hábitos y los modos de asociación gauchescos. Dice del “gaucho cantor”:

“Sus versos serían recojidos mas tarde como los documentos i datos en que habria de apoyarse el historiador futuro, *si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos*, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas” (ídem, 54 [El subrayado es mío])

Una sociedad culta cuya superior inteligencia se parece demasiado a la implícitamente invocada por el capitán inglés al momento de las comparaciones. Si la ausencia de civilización, de la *civitas* y, por supuesto, del mercado y de la economía que “distribuye” los bienes de uso y permite modelizar las costumbres, es una muestra categórica de un *vacío* en la Historia de esas formaciones sociales, llenarlo significa para los criollos rioplatenses como Sarmiento transformar esa carencia en principio de actividad productiva. Queda, sin embargo, un *resto* que es necesario apresurarse a “pintar”, pues allí reside el material de una “verdadera identidad criolla”. Francis Bon Head, maravillado por esa carencia (la falta de interés pecuniario en la mentalidad gaucha) no había dudado en decretar la desaparición de esas costumbres en manos del Progreso:

“Un individuo humilde que vive solitario en la llanura sin fin, no puede introducir en las vastas regiones deshabitadas que lo rodean, artes o ciencias; puede, por tanto, sin censura, permitírsele dejarlas como las encontró, y como deben permanecer, hasta que la población, que creará necesidades, invente los medios de satisfacerlas” (Head 1920 [1826]: 32)

Es evidente, y no merece demasiado comentario, el carácter proyectivo de ambas citas. Lo que quizá merezca señalarse son las sincronías tópicas de ambas escrituras, enmarcadas en el paradigma naturalista-romántico que las aúna. El recurso a las analogías utilizado por Sarmiento también es un modo tópico en el viajero inglés (comparaciones, por ejemplo, entre la “choza” del gaucho y la del “*high-lander*” escocés). La descripción viajera y el paradigma romántico, entretienen las primeras disputas letradas de la “nueva” generación criolla pero otorgan, al mismo tiempo, el material retórico sobre el cual efectuar un recorte acorde a los intereses locales. Los gauchos, sostiene Head, carecen de “ciencias o artes”: y si resuenan aquí las ideas descriptivas del memorialista tucumano cuando hacía referencia a los tan “rústicos” como “melancólicos” plebeyos de su provincia natal, no debe sorprender que la búsqueda sarmientina de *originalidad* construya un *cuadro* en el que la poesía popular se asemeje demasiado a la naturaleza de la pampa argentina: “pesada, monótona, irregular”(Sarmiento 1961 [1845]: 55). Esa misma naturaleza a la que Echeverría denominó “Desierto”, y a la que el sanjuanino, citándolo en una de las páginas de su biografía sobre la “barbarie”, supo también agregar su propia tópica: porque esa naturaleza, de acuerdo a la cartografía imaginaria de las primeras inscripciones románticas, adjetiva los (cuatro) términos que definen el programa estético-político de la nueva generación letrada: “solemne, grandiosa, inconmensurable, callada” (1961[1845]: 42).

En ese espacio conflictivo, la elite criolla buscará los medios de afianzar su hegemonía legitimando un proyecto de país a través, en primera instancia, de la configuración de un paisaje como modo de intervenir en el territorio sobre el que deberá asentarse la *juris*-dicción –la escritura de la Ley- de la futura república. Paisaje, naturaleza y cultura organizan los tópicos de una escritura que es una *suma* cultural – como piensa los relatos de viaje Defert y como entiende Montaldo el tipo de escritura ceñida a los procesos de territorialización-⁵⁴ y en la que se inscriben, no sin poca

⁵⁴ Ver la bibliografía citada páginas arriba.

gravitación, las imágenes estampadas por los discursos metropolitanos de la primera mitad del siglo.

Los mapas textuales⁵⁵ de esa primera instancia figurativa, construyen el paisaje de acuerdo a los intereses de una escritura que, aún desde sus restricciones estéticas, se erige como racionalizadora del “inconmensurable” entorno “caótico”. Las experiencias políticas en el Río de la Plata –los fracasos del período rivadaviano y la ulterior consolidación de Rosas en el poder, entre otras- lograron, a su vez, cohesionar una serie de ideas (reformistas y progresistas) alrededor de un grupo de letrados que definirían un programa de nacionalización cultural para el territorio. En ese proceso de formalización de las ideas, estas primeras incursiones narrativas –la *Memoria* de Alberdi, los artículos de Sarmiento publicado en *El Mercurio*, las reflexiones de Echeverría a sus *Consuelos*- permiten constatar los modelos que organizan, en sordina, el incipiente campo cultural –letrado- de la (futura) república. Ya en 1837 y con el auspicioso ámbito de un Salón propio, los contornos de ese espacio quedarán –aunque con algunos episodios críticos hacia el interior de ese recorrido- definidos: la *traza* fundacional de ese paisaje –de ideas, del territorio- la dará Echeverría con *La cautiva*. Es lo que llamaremos la construcción del *pre-texto* para la (futura) nación argentina, el *desierto*, y que será analizada en las páginas que sigue

1.2. El *desierto*: pre-texto para la (futura) nación argentina

“En América, la naturaleza impresiona como las obras-jefes de arte; la misma naturaleza es una *obra-jefe de Dios*; contemplar un paisaje, es leer un romance de amor, es afectarse de ideas dulces y quiméricas”.
J. B. Alberdi, *Impresiones y recuerdos*.

⁵⁵ Con “mapas textuales” hago referencia a la construcción lingüística del paisaje y de las imágenes que lo definen ligada, por supuesto, a la red textual de la literatura de viaje que aquí se menciona. Como se tratará de demostrar en el próximo apartado, la construcción del paisaje es una operación discursiva estrechamente relacionada con los instrumentos del poder y debe ser deconstruida en ese sentido. Como sugiere Mitchell: “The commonplace of modern studies of images, in fact, is that they must be understood as a kind of language; instead of providing a transparent window on the world, images are now regarded as the sort of sign that presents a deceptive appearance of naturalness and transparency concealing an opaque, distorting, arbitrary mechanism of representation, a process of ideological mystification” (*Iconology: image, text, ideology*, Chicago, 1986, citado por Daniels and Cosgrove 2000: 7).

Se ha dicho que hacia el primer centenario la literatura argentina autodefine sus límites en torno a las ideas, para nada novedosas pero sí apremiantes en el clima intelectual de esa primera década,⁵⁶ de “tradición e identidad nacional”. Según Altamirano, el hecho de que Rojas, autor de *La Restauración nacionalista*, haya principiado su monumental *Historia de la literatura argentina* con *Los Gauchescos*, tergiversando el orden cronológico de su empresa, da cuenta de ese interés fundacional por una conciencia colectiva entramada en la expresión criollista del poema gauchesco de Hernández, que empezaba su camino hacia los podios de la canonización letrada (1997: 207). Ese proceso de canonización del *Martín Fierro*, inscripto en el mismo movimiento fundacional de creación de la Facultad de Filosofía y Letras, tiene su mayor exposición en las conferencias que diera Lugones en el teatro Odeón en mayo de 1913, luego recopiladas y publicadas bajo el título de *El Payador* (1916). Esta “fundación de la literatura argentina”, como la llama Altamirano, o segunda fundación, reconoce, antes que un corpus dado de textos, una operación crítico-política por parte de una elite letrada que, ante la evidente fragmentación cultural y social finisecular, ciñe los contornos topográficos de la nación a la “espiritualidad dura” de una entidad criolla predefinida.⁵⁷

Algunos de los elementos característicos que atraviesan el programa de esa re-fundación nacionalista, y que organizan la empresa historiográfica de la colosal *Historia* de Rojas, venían configurados por un largo proceso de sedimentación discursiva e ideológica que tiene su primer relevo histórico en las filas de la generación del '37. Para los intelectuales de aquella generación la tradición debía buscarse en los caracteres propios de la región que posibilitaran la asunción de una identidad diferenciada, pero cuyos contornos, temporales y espaciales, debían ser adecuadamente convenidos bajo el proyecto de re-

⁵⁶ Altamirano y Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” (1997: 161).

⁵⁷ Véase el ensayo de Altamirano citado (1997: 201ss). La noción de “espiritualidad dura” hace referencia a dos subtextos que organizan las notas críticas de este párrafo. En el resumen que ofrece al final de su *Historia*, dice Rojas: “La conciencia nacional –según la tesis que asenté en mi libro *La restauración nacionalista* –hállase construida por el territorio, la raza, el estado y la cultura, todo lo cual resume en la tradición de un pueblo y en sus manifestaciones estéticas” (1948: 609, II, Vol. 8). Por otra lado, una cita del ensayo citado de Carlos Altamirano: “El subtítulo ‘Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata’ [en la *Historia* de Rojas] legitima la alteración del orden cronológico: los gauchescos son *la roca* sobre la que se funda el desarrollo de ese documento de la conciencia colectiva: la literatura argentina” (1997: 208 [subrayado mío]). La empresa historiográfica de “restauración” nacionalista de Ricardo Rojas incorpora, como se puede ver, a aquellos elementos –la raza, el territorio- que demandaron el proyecto de la generación del 37, el sustrato histórico –la cultura- y jurídico –el Estado- que a fines de siglo formaban parte ya de la nación, en buena medida gracias al trabajo intelectual de aquella generación romántica.

generación que sus propios intereses demandaban. Distanciados temporal e ideológicamente de los hombres que protagonizaron los sucesos de mayo y enfrentados, luego de un primer intento de acercamiento al federalismo porteño, a la política de Juan Manuel de Rosas, se vieron en la necesidad de forjar desde la letra y por diferentes medios - que incluyen, en primer lugar, las publicaciones periódicas- una identidad civil y cultural cuya apoyatura ideológica se recortaba de la figura del Estado o la República, la nación.

Retomando la contundente –y por eso críticamente sugestiva- frase de Viñas, cuando sostiene que “la literatura argentina empieza con Rosas” (1995: 14), se pueden reconocer en esa(s) escritura(s) –la de los llamados *proscriptos* por Ricardo Rojas- dos instancias productivas diferenciadas, aunque paralelas. La primera, que analizaremos aquí, marcada por el interés de “culturizar” el territorio, construye simbólicamente el espacio donde asentar la identidad de una tradición. La segunda, que a su vez reconoce etapas divergentes y profundiza la primera, se yergue sobre el corte temporal que opera en la configuración de un origen histórico para esa tradición. Ambas confluyen en el modo particular de imaginario social común que representa la nación (en tanto “significación totalizadora”, como dijera el mismo Viñas) y, por lo mismo, encuentran en la figura de Rosas la orientación política, y dialéctica, de su producción.

Como instancia particular de esa dialéctica, Andermann señala que la primera imagen de la literatura argentina es la de un espacio insólitamente infinito y vacío, naturaleza informe que espera su reconversión en el dominio cultural de occidente (2000: 36). Esa imagen, como forma de conjurar la peculiaridad de un territorio, cifra el paisaje que la progresiva sedimentación discursiva de la joven generación romántica logrará instituir en el mapa imaginario de sus resoluciones estéticas. Es el momento en que el sol dora la cresta de los Andes y:

“...El desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso a sus pies
Se extiende...” (Echeverría 1972 [1827]: 455).

El Desierto”, como se sabe, es el primer canto del poema *La Cautiva* de Esteban Echeverría publicado en 1837, al cual rindieron tributo como programa estético los

principales protagonistas del grupo convocado en las reuniones del Salón Literario de Marcos Sastre. El paisaje del interior argentino es aquí un desierto, “misterioso” e “inconmensurable” pero, a diferencia del programa de nacionalización cultural que alentaba Bello desde Londres o, en su versión local, del discurso agrarista del período rivadaviano, el espacio “abierto” y extendido y expectante que supone esa imagen se liga a una visión de horizontalidad conforme a las impresiones inaugurales de la cartografía inglesa del período.⁵⁸ No es, estrictamente hablando, un espacio geográfico, sino una cartografía imaginada que provee al territorio un sentido, que es estético –figurativo- pero también político –en la medida en que tal representación naturaliza al objeto representado. En términos topográficos, es la escritura de una página en blanco que no reconoce *otras escrituras* ni otras marcas: no hay, no puede haber huellas de otras culturas porque ese espacio es tramado por los jóvenes del '37 como espacio vacío. El desierto, que lo resume, niega la presencia del Otro, porque donde hay desierto no hay cultura.⁵⁹

Puede resultar iluminador recurrir a una definición teórica e historiográfica del espacio geográfico, para reflexionar sobre algunas notas críticas. Una definición tal, postula lo siguiente:

[El espacio geográfico] es el espacio habitable, la *oikuméne* de los antiguos, allí donde las condiciones naturales permiten la organización de la vida en sociedad. Hasta una fecha reciente la *oikuméne* coincidía poco más o menos con las tierras cultivables y utilizables para la agricultura y la ganadería. *Quedaban excluidos los desiertos* y los espacios helados de las altas latitudes y de alta montaña. (Dollfus 1976: 7)

Y también:

⁵⁸ Silvestri señala agudamente la incidencia de los planos sudamericanos de Aaron Arrowsmith para casos específicos del Río de La Plata, cuyo ejemplo más notorio es el de Darwin, quien llevó en su viaje por el territorio rioplatense el *New general Atlas*, de Arrowsmith, publicado por primera vez en Edimburgo, en 1817 (Silvestri 2005: 229ss).

⁵⁹ La paradoja que supone esa idea de vacío es tratada por Sarlo y Altamirano (1997) y retomada por F. Rodríguez (2006: 149-170) en su minucioso análisis de *La cautiva*.

El espacio geográfico es cambiante y diferenciado, y *su apariencia visible es el paisaje. Es un espacio recortado y dividido, pero en función de las luces que le aportamos.* (ídem: 8)

La homogeneidad es la consecuencia de la repetición de determinado número de formas, de un juego de combinaciones que se reproducen de una manera parecida, aunque no perfectamente idéntica, en una determinada superficie. (ídem: 10)

En una determinada superficie hay, pues, una identidad pasiva o activa de los lugares y, eventualmente, de los hombres que la ocupan. *La identidad puede proceder de un elemento que imprime una nota determinante al paisaje, o bien de un tipo de relaciones que queda directamente marcado en el paisaje.* (ídem: 21) ⁶⁰

Por supuesto que el espacio geográfico *al hacerse* “visible” en el *paisaje*, según los fragmentos citados, vehiculiza un significado (o significados) que no resulta menos “real” que la propia materia significada.⁶¹ Puede decirse entonces que la *nota determinante* de la estética romántica es un mapa imaginario establecido desde un corte espacial y temporal a partir del cual ensayar la *identidad activa* de la futura república, desligada ya del diagrama territorial de la colonia. La pampa es el palimpsesto de un imaginario discursivo; es el paisaje que define la construcción de una mirada política constreñida por la carencia. Identidad y paisaje son así elementos que cifran la perspectiva de una “visión” decimonónica propia de las naciones europeas, en donde la ambivalencia entre ciencia y esteticismo es reabsorbida por una narrativa que, como en el caso de Humboldt, resuelve las contradicciones mediante su inclinación a la representación naturalista.⁶² Ese tipo de

⁶⁰ En todos los casos el subrayado es mío.

⁶¹ “El paisaje de un parque (“a landscape park”) es más palpable pero no más real, ni menos imaginario, que el paisaje de una pintura o un poema (...) Para entender la construcción de un paisaje, como el de los parques ingleses del siglo XVIII, es necesario entender las representaciones verbales o escritas no como meras ilustraciones o imágenes externas a él, sino como imágenes constitutivas de su significado o significados” (Cosgrove and Daniels 2000: 1 [mi traducción]).

⁶² Para el tema específico de las relaciones entre poder, ciencia y naturaleza en Europa durante el siglo diecinueve, véase: W. J. T. Mitchell (2002: 10ss). Dice allí: “La ambivalente visión europea (‘Romántica’ versus ‘Científica’) es mediatizada por su absorción dentro de una narrativa progresiva y liberal que subordina todas las contradicciones en la conquista del Pacífico por la ciencia, la razón y la representación naturalista”

representación, que construye simbólicamente la iconografía del territorio mediante la *repetición* de un tópico discursivo, estereotípico y funcional, operará también sobre el territorio de la patria que definirá la pampa como el *desierto*, semejante a un “océano sin límites”.

El territorio es patrimonio doble: sustento rentable y edificio para las letras nacionales. No puede pasar desapercibida esa mirada que los jóvenes románticos pergeñaron de acuerdo a esas dos coordenadas. Abierto, extendido y expectante, el espacio de la pampa argentina sin embargo no se atenía al tópico paradisíaco de las *Silvas* que Andrés Bello escribiera desde Londres, sino al que aparecería finalmente definido en las páginas del *Facundo*.⁶³ Como se sabe, la fórmula “civilización y barbarie” ya circulaba en el ámbito intelectual rioplatense antes de que Sarmiento la proclamara en su biografía del caudillo riojano. Se sabe que el término “civilización” se recorta de su opuesto “barbarie” a partir de un binarismo etnocéntrico milenario que se encuentra postulado en la *Política* de Aristóteles. Allí el término griego *barbaroi* marca un límite (político, cultural, ideológico) entre un adentro y un afuera. La *oikuméne* era el espacio de la “familia del hombre”, de la *polis* griega, de la que los bárbaros quedaban excluidos como quedaban excluidos los desiertos. La *oikuméne* de los antiguos, tuvo su transposición cultural e ideológica en el ámbito minoritario de las elites urbanas. En los términos de la estética política que caracterizó a la generación romántica, puede sostenerse que las tierras empezaban a ser cultivables (explotables) recién cuando la letra ordenaba (disponía) su paisaje.

En un ensayo ya canónico, Halperin Donghi postula la idea de que la clarividencia de los hombres del '37 lo que forjó el camino para asentar un proyecto de nación que, aunque no unívoco y atravesado en sus manifestaciones por la crisis del liberalismo posterior a 1848, fue el que finalmente proveyó la materia jurídica y política para la creación en 1880 del Estado-nación. En la propuesta analítica de ese “contexto ideológico” que parte de la nueva generación hasta recalcar en los programas bosquejados tras la batalla de Caseros, “para entender mejor el sentido de esa ambiciosa tentativa de trazar un plano para un país y luego edificarlo” (Halperin Donghi 1980a: XIII), el ensayo no se preocupa en indagar las

(idem: 19).

⁶³ Por supuesto, la aseveración de esta frase debe entenderse ceñida al programa estético-político de la generación romántica. Antes, al menos en la década del '20, pueden hallarse en los periódicos rioplatenses (como veremos luego) referencias ligadas al imaginario agrario-productivo que aparece diseñado en las producciones poéticas del Bello londinense.

condiciones que permitieron proyectar dicho(s) modelo(s) de nación y da por sentado el espacio de un territorio cuya materia no se problematiza. Dicho de otro modo, el clarividente trazado de un plano sobre el país que describe agudamente el historiador deja fuera precisamente la operación primaria que realizaron los letrados románticos sobre el territorio, y no cuestiona la idea de un espacio homogéneo que permitiría la adecuación discursiva a la *traza* misma de esa cartografía política.⁶⁴

Pero si las vastas extensiones de las tierras no exploradas daban la idea de un territorio homogéneo, ésta es el resultado de una impresión topográfica que se tornó políticamente efectiva en la medida en que su descripción servía para la definición programática de un “nosotros”, el cual, a pesar de las diferencias objetivas que lo fragmentaron en el nivel de las propuestas políticas e ideológicas y de sus aspiraciones modélicas de la nación, coincidía en la necesidad de apropiación de un espacio que se hallaba en disputa como corolario del proceso desencadenado por las guerras independentistas. Si esa topografía, como señala Andermann (2000: 39ss), no llena un vacío que es previo a sus intervenciones con los contenidos de una agenda civilizatoria; si no imagina una nación para el desierto sino que imagina en primer lugar ese mismo desierto que es el primer contenido de dicha agenda, no menos cierto es que la construcción lingüística del espacio como originalidad prelingüística viene dada y entra en tensión con un tipo de representación discursiva vinculada a las narrativas de las primeras incursiones por el territorio; territorio que se pensó desde un inicio como un espacio vacío, inhabitado, espacio mítico, cuya vastedad muchos viajeros imaginaron como el escenario en el cual recrear la ilusión de un origen geológico y antropológico (Livon-Grosman 2003).

Si el territorio es el primer nivel donde fijar la producción de discursos identitarios (“la identidad puede proceder de un elemento que imprime una nota determinante al paisaje, o bien de un tipo de relaciones que queda directamente marcado en el paisaje”), el artificio entonces consiste en borrar las huellas de cualquier asentamiento y naturalizarlo como un espacio previo a toda intervención humana. El paisaje es, así, un instrumento de poder cuyo valor se asimila a una moneda de cambio. Dice al respecto W. J. T. Mitchell:

⁶⁴ El propio título del ensayo, *Una nación para el desierto argentino*, da cuenta de esa herencia no cuestionada.

“El paisaje, sugerimos, no significa o simboliza meramente relaciones de poder; es un instrumento de poder cultural, quizá incluso un agente del poder que es (o que frecuentemente se lo representa así) independiente de intenciones humanas. El paisaje como medio cultural tiene así un doble rol respecto a nociones como ideología: naturaliza una construcción social y cultural, representando un mundo artificial como si este fuera dado e inevitable” (W. J. T. Mitchell 2002: 1-2 [traducción mía])

Esa representación artificial como si fuera algo dado e inevitable se constata en las figuraciones del paisaje que ciñe la letra romántica en sus inicios y es, como tal, un instrumento de poder que sirve programáticamente a la configuración de su cartografía proyectiva. La operación de esa estética reclama ser leída en el terreno de una doble disputa en la que diferentes escrituras luchan por imponer su dominio. La descripción iconográfica de la presencia indígena en el poema de Echeverría permite revelar, por un lado, la relación problemática (polémica) con el intertexto de relatos de viajeros extranjeros y, por el otro, quizá de manera más evidente, el modo de efectuar una inscripción (simbólica) en el propio espacio de disputa:

Entonces, como el ruido
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor...
...
Veíanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel (1972 [1837]: 456)

La masa indígena que irrumpe en la tranquila llanura, como un ruido sordo y confuso, prorrumpe un “baladro espantoso” que lleva al sujeto lírico a preguntarse: “¿Quién es? ¿Qué insensata turba / con su alarido perturba, / las calladas soledades / de Dios...?”. Aquí aparece la visión problemática que revierte el exotismo de los relatos de viaje extranjeros. Porque si, por un lado, esa es la posición narrativa del poema, la de un agente que ve la realidad de afuera, como el viajero: “veíanse lanzas agudas / cabezas, crines ondeando”; por el otro, a diferencia de los escritos de los viajeros ingleses y aun del tópico romántico que ligaba primitivismo con naturaleza, la principal imagen que alegoriza el poema es la de una *distopía*: la pampa argentina, el “desierto” es el sitio donde yacen los “feos / inmundos despojos / de la muerte”, donde “las calladas soledades / de Dios” son invadidas por las “tribus impías” de los salvajes, y donde “no hay cómo huir, no hay efugio / esperanza ni refugio”. El carácter dramático de la alegorización sobreimprime a la letra el subterfugio político de una mirada espantada que abre el espacio para lo instituyente (el desliz hacia la palabra política). La imagen que representa mejor esta distopía es la muerte de Brián a manos de los salvajes, personaje cuyo nombre (¿inglés?) no escapa a la función alegórica que despliega el poema. Esta primera inscripción determina la cultura indígena, convirtiéndola en “barbarie”. Pero a medida que el poema avanza, otra realidad se impone en la representación simbólica del poema. En el momento en que la tribu indígena dormía tranquilamente en sus chozas y “todo estaba en silencio”, se oye de pronto el grito “Cristiano nos cerca, Cristiano traidor” y ambos, indios y cristianos, son trabados en una feroz lucha en la que los salvajes son vencidos:

Pie a tierra poniendo la fácil victoria,

que no le da gloria,

prosigue el cristiano lleno de rencor.

Caen luego caciques, soberbios caudillos,

Los fieros cuchillos,

degüellan, degüellan, sin sentir horror. (ídem: 464)

Aquí el tópico de holganza y tranquilidad se extrapola haciendo emerger otra “barbarie”. Son ahora los “cristianos” los que irrumpen en la tranquila llanura. “Cristianos” que, como mostrará el poema, son homologables a los “soberbios caudillos” que aquí aparecen representando a la barbarie indígena. Noé Jitrik hizo notar que la dramatización de las escenas de cautiverio y la actualización de la realidad de los malones, en el contexto en que fue escrito y publicado el poema, podrían funcionar como contrapartida de la propaganda oficial que insistía en el éxito de la campaña al desierto encabezada por Rosas en 1833.⁶⁵ En este sentido, el “degüello” que no da “gloria” es un momento clave para entender ese discurso. Si el gaucho en *La cautiva* se reconoce apenas en las menciones que despliega el poema al territorio, y si, como quiere Jitrik, el poema no descarta un componente contra-propagandístico al discurso oficial, es porque allí se halla una prefiguración discursiva sobre la *patria* en la que la barbarie indígena parece dramáticamente contaminar el espacio criollo. Los que “degüellan, sin sentir horror” no pueden más que cargar con la densidad semántica que el poema dispara hacia los salvajes porque, como está dicho en el poema en una nota para nada casual, esa matanza es una “fácil victoria, que no les da gloria”. No son las muertes de la “revolución” independentista, de los ideales de Mayo, sino matanza en donde “todo se confunde”. Indios y cristianos se funden y confunden en una misma realidad: la “barbarie” política que atraviesa el territorio. De este modo, Echeverría viene a contraponer a las imágenes benevolentes y a veces idílicas de la pampa argentina retratadas en los cuadros de la prosa de los viajeros extranjeros, una imagen “lúgubre” que cifra a su modo la lucha interna que busca legitimar un programa político en manos de la elite letrada frente al dominio abrumador de los caudillos. A su vez, en su figuración alegórica, el poema despliega los límites simbólicos que rigen formalmente la división del espacio ciudadano, el cuerpo de la patria disputado por la letra. María y Brián codifican el espacio cívico de esa épica fronteriza. La figuración romántica del paisaje y su alegoría política pueden aclararse mejor si prestamos atención a un texto anterior de Echeverría, que nos presenta una prefiguración de la patria en los términos de un amor filial, y el espacio donde fundar una identidad criolla: las *Cartas a un*

⁶⁵ Citado por Prieto 1996: 137. Quizá uno de los pasajes en que esa función se verifica, pueda ser, entre otros, el siguiente: “Guerra, guerra y exterminio / al tiránico dominio / del huinca; engañosa paz” (Echeverría 1972: 458).

amigo, escritas presumiblemente, y de acuerdo a lo que ha señalado la crítica y en primer lugar Juan María Gutiérrez, hacia 1836.⁶⁶

Como rasgos sobresalientes de las *Cartas* pueden mencionarse, en primer lugar, la contraposición paisajística de la pampa argentina con el modelo de los relatos de viaje, representado este último por el supuesto corresponsal de las mismas. “Aquí no se ven –le dirá en la carta 9- como en las regiones que tú has visitado, ni montañas de nieve sempiterna, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso” (Echeverría 404). En segundo lugar, y sin contradicción con lo antedicho, existe en las *Cartas* una correspondencia con algunas de las imágenes elaboradas por los viajeros (principalmente ingleses) sobre los habitantes rurales de la pampa, por ejemplo aquellas que se encuentran en el relato de viaje de Francis Bon Head que, como vimos, fue conocido y profusamente citado por los letrados criollos. Por último, y como proyecto escrituario que se plasmará en *La cautiva*, las *Cartas* elaboran dos secuencias narrativas (por un lado, la historia de María, cuyo hermano y futuro esposo han ido a combatir a los indios a la frontera y, por el otro, la historia de amor del narrador con “Luisa C” que despunta en las últimas cartas y queda inconclusa), la primera de las cuales, en su pasaje al verso, amplificará y profundizará su carácter dramático narrativo como forma privilegiada de alegoría sobre el territorio pampeano.⁶⁷

Ahora bien, el intertexto nos va interesar aquí en la medida que nos ayude a dar cuenta de esa configuración discursiva sobre la patria que reconoce en la presencia criolla (la *dura roca* de que habla Altamirano sobre la cual fijarle un sentido a la tradición) un componente privilegiado. Una nota poco frecuentada por la crítica en las *Cartas*, que suele sin embargo comprobarse en *La cautiva*, es la que dibuja la alegoría romántica del amor a la patria personificada en una mujer que adquiere, en el relato autobiográfico, una doble figuración

⁶⁶ La crítica ha reconocido, en la proximidad cronológica de la redacción de las *Cartas* y de *La cautiva*, esa redacción supuestamente autobiográfica como genotexto del poema publicado en 1837. Adolfo Prieto, siguiendo a Juan María Gutiérrez, data en 1836 la escritura de las *Cartas*. Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, aunque no lo enuncian directamente, ubican los textos autobiográficos de Echeverría entre 1835 y 1836 (1997: 31ss.). Rafael A. Arrieta prefiere ubicar su redacción en 1835 (1958, II: 89ss.). José Luis Lanuza, si bien menciona las *Cartas* en momentos previos a hablar de *La cautiva*, no indica una fecha precisa (1967: 59ss.). Por último, Jens Andermann, increíblemente, confunde la fecha de redacción de las *Cartas* con el año enunciado en las mismas, 1822! (2000: 40).

⁶⁷ Para el análisis de algunos de estos rasgos, véase Prieto 1996: 125ss.

simbólica. La primera de ellas, que toca al narrador de la supuesta autobiografía, se hace evidente mediante la matriz filial del amor materno, en la que se inscriben la enfermedad y la pérdida ligadas al extravío y la culpa de sus congéneres:

“Una idea me atormenta: creo haber sido la causa involuntaria de la melancolía que la consume. Los halagos seductores de una mujer me arrastraron a algunos excesos; la ignorancia y la indiscreción propagaron y exageraron estos extravíos de mi inexperiencia: ella los supo y desde entonces data su enfermedad”. (Echeverría 1972: 400)

Dejando de lado los componentes propiamente autobiográficos del pasaje –o, mejor dicho, extrapolando esos datos probables hacia la personificación de la patria como figura del relato-, el protagonista, que se siente culpable de la enfermedad materna, atribuye a la ignorancia y a la indiscreción el desvarío de su amor filial. Maternal o seductora, la materia amorosa distribuye en la figura femenina las primeras inscripciones en la construcción alegórica del relato: la “buena madre” es mortalmente herida por la seducción páfida y halagadora de quien cuenta con la ignorancia para desviar la pasión amorosa de un corazón inexperto. El siguiente pasaje aclara lo que venimos diciendo:

“Hijo, yo me muero; la Providencia me llama a su seno (...) Eres joven; no te dejes arrastrar por tus pasiones... El hombre debe abrigar aspiraciones elevadas. La Patria espera de sus hijos: ella es la única madre que te queda” (ídem: 401).

Como se ve, ignorancia, inexperiencia y extravíos son los frutos de una juventud que no debe dejarse arrastrar por sus pasiones, así como las aspiraciones elevadas reconducen al pensamiento y a la razón en su última palabra tutelar. La única Madre es ahora la Patria: las pasiones deben ser reconvertidas por la ilustración de las elevadas aspiraciones republicanas. El significado de esa última palabra tutelar es ya un mandato y en otros pasajes dicha reconversión insiste con la figura materna: así, por ejemplo, en una de las cartas escritas desde la ciudad a la que el narrador acude por negocios pendientes, cuando el

fantasma de la muerte se le aparece en sueños, este es el mensaje que se lee: “tú duermes, insensato, tranquilamente, pero llegará la hora en que te sea demandada cuenta de ese reposo” (Echeverría 413).

La segunda figuración simbólica del amor filial a la patria aparece en la historia de María (que será, como queda dicho, la que Echeverría elegirá para su poema sobre el “desierto” argentino). Aquí también el amor filial halla en la matriz consanguínea y familiar su traslado simbólico. María espera a su hermano y a su novio que han ido a combatir a los indios a la frontera. Ante la tristeza y desazón de la mujer, el narrador dirá a la madre de esta: “Pero su hija de V. debe consolarse, le contesté, pues su amante ha ido a llenar uno de los primeros deberes del patriota (...) posponiendo los intereses de su corazón a los de la patria” (ídem, 406). La transfiguración es completa: aquel hijo extraviado por pasiones tan seductoras como inútiles habla a la madre, la otra madre, cuyo hijo está en la frontera, con las palabras mesuradas de la razón que sabe posponer “los intereses de su corazón a los de la patria”. Cuando el narrador busca cumplir con el mandato materno, se interna en la pampa criolla donde sus pensamientos, y no ya las pasiones desmedidas, diseñan el “abrigo” del nuevo amor filial: las gentes “sencillas” y “hospitalarias” del campo, dirá: “siempre me han dado alojamiento en lo interior de sus reducidas chozas como si no fuese un desconocido” (ídem: 404). En ese espacio, el “desierto” se concibe como contacto positivo con la naturaleza que, aunque “no presenta variedad ni contraste” –como esas otras regiones que el interlocutor de las cartas conoce-, “es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad” (ídem: 404). Allí, como el capitán Head, el narrador suelta las riendas de su caballo para internarse en el medio del desierto, visita los ranchos vecinos, y se siente “pastor de Arcadia guardando ganados” (405). Pero después de conocer el destino del prometido de María, la naturaleza ya se percibe como un “lodazal inmundo de la muerte” y, estando en viaje, dirá el narrador: “En vano la naturaleza se me ha presentado revestida de todas las bellezas que la decoran; mi mente la cubría toda con su fúnebre velo” (ídem, 408). Esas palabras marcan el traspaso del campo a la ciudad y anticipan lo que después la noticia trágica de aquella familia vendrá a corroborar: la naturaleza de la patria, el abrigo criollo para el hijo adoptivo, es el sitio en que domina la muerte y la barbarie. El “fantasma” que viene a turbarle el sueño inmediatamente después de aquella noticia confirma la figuración

del amor filial con la patria: “¡Matricida, matricida!”, son los gritos con que el fantasma se le aparece.

Si las prefiguraciones del poema se hallan concentradas en esa historia de María, resulta más interesante comprobar que la alegoría del amor filial tiene en el relato de las *Cartas* dos componentes que, aunque complementarios, permiten dilucidar el tipo de figuración simbólica que se opera en el traspaso de un formato a otro. Si la nominación de “cristianos” cumple en el poema la función de reforzar las diferencias culturales con los aborígenes, en las *Cartas*, en cambio, esa referencia de la función antagónica y política que despliega el poema se recorta mediante otro tipo de semiotización. En principio, la figuración alegórica de María como madre de la patria (ella también pierde un hijo) viene dada (o se presenta ya) en el relato primigenio de las *Cartas*. Para entender mejor esa figura y los valores que representa habría que dar cuenta de la configuración ideológica de la cual se recorta. Lo que el poema no dice, en este sentido, se recupera por el relato autobiográfico. La carta que narra el encuentro con la madre de María deja en claro lo que la diferencia de las “gentes sencillas” del lugar: “en su modo de expresarse y maneras manifestaba la señora que no había tenido siempre el rústico roce de los campesinos” (ídem, 406). Para reforzar esa distinción de extracción social, la carta siguiente se encarga de clarificar su linaje. Como también cuenta Sarmiento en sus *Recuerdos* –esa autobiografía que, al decir de Nicolás Rosa, convierte el linaje de los Oro en el oro del linaje- esta era “una familia distinguida” que la guerra civil dejó “del día a la noche en la indigencia” (ídem: 407). En la trasposición al poema estos datos quedan por supuesto sin efecto. Sin embargo, el modelo de la distinción sigue operando cuando en la oposición a la “canalla salvaje” se presentan Brián y María por un lado, y los “cristianos” por el otro. Pero no, como rápidamente se podría pensar, frente a la “barbarie” indígena. O mejor dicho: esa diferenciación (con los indígenas) es tan explícita en el sistema de valores que organiza el poema que ni siquiera necesita comentarios. Si la alegorización del poema permite recuperar el sentido del amor filial en la figura de la Madre de la patria (los valores patrióticos que exalta el poema se corresponden con las palabras que el “hijo” pronunciara en el ensayo previo), el significante “cristianos” sólo logra cargarse de significado en la medida en que se opone a la presencia indígena. Ahora bien, como vimos más arriba, hay un punto ciego en que esa oposición se desmembra: la barbarie de la matanza que no “da gloria” une a indígenas y

cristianos en el “lodazal de la muerte”. Lo que se recorta en la alegoría de esa “barbarie” generalizada (Brián, sus soldados y María) y que representa los intereses de la patria carece en el poema, sin embargo, de la denominación de “cristianos”. El punto ciego de esa alegoría radica en la ambivalente designación del término “cristianos”: no por lo que este nombra sino precisamente por lo que *no* designa. Brián y María (y la patria) no precisan de ese mote, mientras que los “huincas” (la otra forma de nombrarlos desde *el otro* cultural) que “degüellan” sin “gloria” sólo pueden ser nominados por aquello que los *diferencia* de los “salvajes”. En esa diferenciación progresiva me parece hallar algo más que un contra-discurso oficial. El hecho de que el gaucho, motivo de representación e identificación en el relato cuasi autobiográfico, no tenga sitio en la representación del poema (salvo por menciones fortuitas a la pampa y sus chozas) puede ser un indicio en este sentido. Si en el relato de las *Cartas*, la pampa (y el gaucho, o las “gentes sencillas”) es un claro recurso de identificación criolla con la patria (el hijo huérfano halla su abrigo en esas chozas de la pampa argentina), la ausencia de esa referencia en el poema estaría marcando una operación simbólica según la cual no sólo el paisaje se transforma en un desierto dominado por la “barbarie” sino que sus protagonistas vendrían a ocupar el lugar de aquella viñeta inaugural en la que el “hijo” hallaba su refugio en las chozas del campo argentino. El trágico final de esta alegoría disemina es lo que impide que esa operación se constituya como punto de partida para una historiografía confiada en el progreso de las civilizaciones modernas. O, quizá. Por eso mismo, es el modo de negar la posibilidad de una historia inscripta en ese territorio, el *desierto*, que es la forma con que los intelectuales del ’37 designaron la *otra historia*, la historia de los *otros*. El desierto es el pre-texto que inaugura una narrativa sobre la nación que legará, con momentos críticos en su recorrido histórico, hasta la segunda fundación de la literatura argentina. La roca donde encalla el sentido de ese documento (de cultura y de barbarie, para usar una expresión banjaminiana reconocida), la pampa argentina, aparece en el poema fundacional de esa escritura cifrada en el desierto. Con el *Facundo*, el pasaje (paisaje) sufrirá una reformulación fundamental: las fronteras culturales y políticas se debatirán con el mundo gaucho y el dominio de los caudillos. Pero el *desierto* seguirá operando como valor de cambio: lo que esa palabra designa, más que un tópico literario, es la ausencia absoluta de civilización. No hay que olvidar que para Sarmiento, Echeverría era el Fenimore Cooper argentino, el bardo que:

“Volvió sus miradas al Desierto, i allá en la inmensidad sin límites (...) halló las inspiraciones que proporciona a la imaginación el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, inconmensurable, callada” (Sarmiento 1961 [1845]: 42).

En el reconocimiento del autor del Facundo de la *poeticidad de la barbarie*,⁶⁸ más que en la figuración distópica del poema inaugural de esa vertiente literaria, puede encontrarse el primer hito en el camino que lleva a las conferencias de Lugones en 1913. De la pampa como *desierto* y del indio al gaucho la elite letrada de la generación romántica configuró su programa estético-político en oposición a un otro que era, antes que nada, una viñeta del paisaje que su historiografía transformaba de manera acelerada en pétrea memoria del *subuelo*: naturalista y etnográfica, la grafía de esa historia se encargaría de explorar la “expresión espontánea del hombre de la naturaleza”, como definirían el lenguaje gaucho en una página de periódico desde la otra orilla (política y geográfica) del Río de la Plata. Por cierto, la prensa periódica fue la “escuela” (la palabra es de Rojas) donde ese programa definió los alcances de su prédica.

2. La impresión de lo nacional: periódicos / semanarios en la emergencia de una literatura nacional. (Del Salón literario a la esfera pública)

“Si al comercio, a la política, a la religión misma le son necesarios los servicios de la Prensa, para entender su dominio y desarrollo, a la inteligencia de que no son sino atributos bajo nombres y formas distintas, ¿por qué no le serán necesarios?”
El Iniciador.

2.1. Introducción

Los textos inaugurales del pensamiento político de la generación del '37 están mediados por una institución previa que aúna y delinea la fundación de una escritura política: el Gabinete de Lectura de la librería Argentina de Marcos Sastre, que lanzó su convocatoria a principios de 1835. El aviso, publicado en *La Gaceta Mercantil*, trasunta en

⁶⁸ En el relato de su pasaje por Montevideo en viaje a Europa, Sarmiento insistirá en la potencialidad estética de la pampa y los gauchos rioplatenses: “Echeverría describiendo las escenas de la pampa, Maldonado [por Hidalgo] imitando el llano lenguaje, lleno de imágenes campestres del cantor, ¡qué diablos! Por qué no he de decirlo, yo, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor argentino, i Ruguendas, pintando con verdad las costumbres americanas: he aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, de la vida bárbara del gaucho que como aquellos antiguos hicsos en el Egipto, háse apoderado del gobierno de un pueblo culto” (1993[1847]: 51)

su párrafo final un cuidado equilibrio en su convocatoria que demuestra la atenta previsión del redactor ante probables pruritos ideológicos por parte del público lector: “Ningún autor impío, ningún libro inmoral, ni de máximas peligrosas o falsos principios se hallará en el Gabinete de Lectura”.⁶⁹ Así, amparada en una supuesta (y ligeramente bosquejada) “verdadera moral”, la convocatoria asume la función pública (y política) de la formación intelectual de los potenciales asistentes y se cuida, al mismo tiempo, de no superponer el énfasis de textos europeos (franceses principalmente) a su retórica, en tanto debe erigirse como mediadora ante diversos públicos. Nada de ocio ni de sofistas estratagemas, ni de lecturas perversas o inútiles, el gabinete se define como un espacio de formación orgánica para las jóvenes mentes de la patria emergente, cuando la patria, en Buenos Aires, se federalizaba a ritmo creciente. La misma función que, a dos años de esas primeras reuniones, sostenía Alberdi cuando anunciaba que allí, en el Salón Literario, en pleno gobierno federal cuyo régimen parecía ya indiscernible de la figura de Rosas, “no se trata(ba) de leer por leer” ((1837]Weinberg 1977: 142), aunque en estas palabras ya estaba definido el programa político de la nueva generación.

La historiografía y la crítica literarias han abordado de manera general y desde diversas perspectivas la estrecha relación entre publicaciones periódicas y formaciones culturales, y, por supuesto, entre aquellas y el inicio o la emergencia tanto de una literatura como de una crítica acordes a (o en búsqueda de) los primeros bosquejos de una tradición nacional, esto es, una configuración identitaria que intenta alinear las producciones culturales a ciertos rasgos “propios” del país en formación. Falta, sin embargo, un estudio sistemático que, muñido de nuevas herramientas teóricas y metodológicas, rastree en el circuito de publicaciones periódicas la genealogía de esas formaciones culturales que dan cuenta de la emergencia (y sus proyecciones) de una conciencia nueva, mayormente definida por la “cuestión nacional”, pero que tiene, como todo lo “nuevo”, resabios de un pasado inmediato por los cuales presentarse como modelo acabado de regeneración.⁷⁰ En

⁶⁹ El aviso se publica el jueves 22 de enero, en la página 3 del periódico (Col. 3), “Sección” en la que se dan a conocer diversas noticias misceláneas. Como rasgo sobresaliente, hay que decir que el aviso ocupa casi toda la columna, un tamaño poco habitual para los “avisos” de la Sección. (Los originales del *Diario de la Tarde* se hallan microfilmados en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional. El correspondiente al aviso del Gabinete se encuentra en el rollo n° 390/topográfico: n° 30.629. En su estudio del Salón, Weinberg lo publica íntegramente).

⁷⁰ En general, las historias de la literatura y, en particular, la crítica literaria, no se han detenido demasiado en esa zona de estrecha relación entre periódicos y prácticas literarias de la primera mitad del siglo XIX. Rojas, en su *Historia de la literatura argentina*, dedica un capítulo final de *Los Modernos* (“Las empresas

este sentido, al antecedente inmediato del Salón del '37, la “Asociación de Estudios Históricos y Sociales” de 1833, señalado por Weinberg, entre otros, podrían sumarse la “Sociedad Valaper” de teatro organizada por Manuel Belgrano en 1821 o la “Sociedad Literaria de Buenos Aires”, fundada sólo un año después ante la evidencia de una opinión pública fragmentada y su consuetudinaria necesidad de reponer lazos comunicativos que afianzaran el orden institucional.⁷¹ *El Argos de Buenos Aires*, en enero de 1822, daba cuenta de esa necesidad cuando, a la par que anunciaba la instauración de la Sociedad, refería lo siguiente:

“La suspensión del *Argos*, del *Boletín de industria*, y del periódico denominado *El Patriota*, dejó al pueblo de Buenos Aires en una posición casi absolutamente reservada para con lo interior, y para con la exterior del territorio. Durante este tiempo solo se ha mantenido *El Registro oficial*, este documento ejemplar que

editoriales”) a rastrear la conformación de un circuito letrado mediante las publicaciones periódicas, capítulo que se extiende desde *La Gaceta* de 1810 hasta la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de Estanislao S. Zeballos y la revista *Nosotros*, de Alfredo Bianchi (1948: 573-608, II, Vol. 8). Precisamente la extensión hace que ese capítulo no aporte más que gruesos lineamientos y linajes, y que el período que se inicia con *La Moda* apenas sea mencionado. Con respecto a esto último, en otros lugares, traza someramente (en el capítulo titulado “Primeras Asociaciones Literarias” (IV, de *Los proscriptos*)) la genealogía de dichas publicaciones y aporta rápidos bosquejos sobre sus contenidos literarios y propagandísticos. Lo mismo ocurre en el capítulo dedicado a los “proscriptos” en la Banda Oriental, “Montevideo, la nueva Troya” (XIV), al hablar de *El Iniciador*, entre otros; y apenas se detiene en *La Moda* cuando trata de la “Vida y obras de Alberdi”, para apuntar que allí el tucumano “agitó muchas ideas de crítica social y literaria” (Rojas 1948: 563 II, Vol. 6. Véase, asimismo: pp. 207-316; 397-429, del Tomo I, *Los proscriptos*, Vol. 5). Con algunas variantes, y un poco más extensas en lo que refiere a *La Moda*, de Alberdi, la *Historia* de Arrieta (1959: 64-87, II) y la dirigida por Zanetti y editada por CEAL (1980: 223-231, I), reiteran ese mismo vacío. Entre estudios particulares o de crítica literaria que se han ocupado de alguno de estos periódicos: Masiello (1997: 37) se detiene en *La Moda* para dar cuenta del uso genérico-metonímico que hacen los románticos del '37 para hablar de la “patria” (sobre este punto me detengo más adelante) en tiempos de Rosas; Weinberg (1977: 97) si bien le adjudica un espacio considerable en su Estudio Preliminar sobre el Salón Literario, no se priva de proveer alguna nota despectiva sobre la “frivolidad” del semanario de Alberdi-Corvalán. Por último, en el tomo *La lucha de los lenguajes*, de la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Jitrik, esa carencia organiza varias zonas de la historia literaria y de la crítica (dato que en la “Introducción”, el director del volumen, Julio Schvartzman, corrobora y especifica). Así, y particularmente para el período que aquí nos ocupa, los capítulos de Claudia A. Román (“La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)” y “Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas”) recuperan, con más amplitud, “la zona de contacto en la que la literatura palpa los bordes de otros discursos y de otros fenómenos”. Allí mismo se dice que “la prensa argentina del siglo XIX había sido objeto, hasta hace poco, de escasos estudios críticos” (2003: 441). Pero en lo que se refiere estrictamente a los tres periódicos que aquí analizaremos (a saber, *La Moda*, *El Iniciador* y *El Zonda*) y sus cruces y relaciones con la emergencia de una tradición literaria, los trabajos citados sólo sirven lateralmente (Nótese, de paso, que el primero de los capítulos citados reitera la vocación abarcadora de la *Historia* de Ricardo Rojas. Si éste bosquejó más de un siglo de periódicos en apenas treinta páginas, Román recorre cincuenta años de la prensa argentina en, apenas, otras veintiséis). En este sentido, creo que, con respecto a *La Moda* y el ambiente intelectual de dichas publicaciones, sigue siendo imprescindible, y lo mejor que se ha escrito hasta hoy, el Prólogo de José A. Oría a la edición facsimil de la Academia Nacional de la Historia (1938).

⁷¹ Para estos datos, véase: Arrieta (1959, I, 225 y 279) y Rojas (1948, I, 207-316, Vol. 5).

marca la época presente como la más lúcida de la revolución (...) Clama el interés público y el honor de Buenos Aires por un periódico general...
...Es en fuerza de estos principio que la SOCIEDAD LITERARIA DE BUENOS AIRES se ha instaurado el primer día de este año, y se ha hecho cargo de publicar en papel dos veces en cada semana, que contenga con arreglo al artículo 21 de su constitución, todo cuanto conduzca *a formar un canal verdadero de comunicación y noticias*” (*El Argos de Buenos Aires*, N° 1, Bs. As., 19 de enero de 1822, pág. 1, col. 1, [cursiva en el original])

Contrasta en el aviso la *intención* de una época revolucionaria (o, si se prefiere, nacida del proceso independentista) con la carencia de un espacio público que pueda conectar y comunicar aquellos datos y sucesos que hacen al Sujeto público de la nueva sociedad emergente. Parece pertinente recordar aquí que el proceso latinoamericano de independencia y revolución iniciado en 1801,⁷² trajo aparejada la aparición de un cuantioso número de periódicos, folletos y “hojas volantes” distribuidos rápidamente en cada metrópoli o cabecera virreinal, en los que se pueden leer, con increíble sintonía, el fenómeno que llevaría más tarde a la ruptura política con la madre patria. A escasos años del Congreso que había declarado la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, y fresca aún la repercusión continental de las batallas de liberación de Chacabuco y Maipú, la elite criolla de Buenos Aires daba cuenta de la necesidad de establecer un medio de comunicación continuo que oficiara de continente a los sucesos históricos que configuraban el momento *actual*, pero requerido principalmente por un sector letrado que, podemos suponer, compartía los mismos intereses y las mismas expectativas. No deja de ser una marca interesante el hecho de que una “sociedad literaria” sea la encargada, de acuerdo a *El Argos*, de proveer el verdadero canal de comunicación de esa sociedad. Sociedad literaria cuyos integrantes, o alguno de ellos, quizá hayan participado de la anterior “Asociación Valaper”, que veía en el teatro una forma efectiva de intervención y modelización públicas a partir de nuevas “formas” y nuevas obras de dramaturgos contemporáneos (especialmente franceses e ingleses). Ese “periódico general”, ese canal comunicativo, será el que se empezará a publicar en abril del mismo año bajo el nombre de

⁷² El primer acontecimiento revolucionario en América Latina es el que se desencadenó en Haití, en 1801, a manos de su jefe Toussaint Louverture, que dirigió durante diez años la insurrección negra de la isla contra los colonos franceses. Véanse Proclamas y Actas de la independencia en la compilación de José Luis y Luis Alberto Romero 1977:81ss.

La Abeja Argentina. En el *Prospecto* de su número inicial, publicado el 15 de abril de 1822, el “papel” de la Sociedad daba cuenta de sus objetivos:

“*La Abeja Argentina* se ocupará con preferencia de cuanto tenga relación con la independencia de América (...), nos proponemos generalizar por medio de este periódico aquellos conocimientos, que han acelerado en otros pueblos su organización social (...) desarrollar las nuevas instituciones que han introducido en otras naciones las luces del siglo... La industria, la agricultura, y el comercio, que son los manantiales de la riqueza y prosperidad pública, merecerán también un lugar distinguido en nuestras páginas...” (*La Abeja Argentina*, N° 1, Buenos Aires, 1822, cols. 1 y 2)

Como se puede ver, el periódico rubrica una marca característica de las publicaciones que fueron apareciendo por lo menos hasta entrada la década del '30: su intento de difusión de las “luces del siglo” con el claro objetivo de institucionalizar, desde la práctica periodística, los avances industriales y comerciales de las naciones más desarrolladas. Industria, agricultura y comercio son los términos ecuanímenes en la esfera pública de una incipiente emergencia de canales comunicativos afectos al desarrollo institucional. El momento político de la independencia se corresponde con la búsqueda de una esfera pública para las repúblicas nacientes. Junto a impresiones literarias (la mayoría, en este caso, corresponden al género poético) el “papel” de la Sociedad da lugar preponderante a cuestiones institucionales y comerciales en la Buenos Aires del “período rivadaviano”. Con todo, el discurso, al menos en los primeros números, da cuenta también de una “nueva conciencia” de las regiones post-virreinales y anticipa una línea discursiva, política y estética, que será retomada y profundizada por los periódicos reformistas y liberales de la generación romántica. En la sección “Variedades” de su número inicial, en un largo poema titulado “Al pueblo de Buenos Aires”, que ocupa ocho páginas (desde el final de la página 25 hasta la página 33), podemos leer esa línea en las siguientes estrofas:

“¡O fuertes argentinos!
Tanto mal evitad, *abandonando*
la ciudad populosa, dó mil plagas

se están en vuestro daño preparando:
a los campos corred, que hasta hoy desiertos
por la mano del hombre están clamando:
 (...)
 Una fértil vastísima llanura
 allá destina el Cielo
 a nuestro bien y sin igual ventura.
Como en los anchos mares,
se esparcirá por ella vuestra vista,
 y vuestros patrios lares
 un inmenso horizonte
 abarcarán hasta el lejano punto
 en que se eleva el escarpado monte” (ídem: 28. [El subrayado es mío])

Lo primero que debemos destacar es la conciencia política de las nuevas regiones independizadas, que se verifica en el programa cifrado en los versos resaltados de la primera estrofa (“a los campos corred”) en consonancia con el imaginario proyectado por Andrés Bello desde Londres en *El Repertorio Americano*, en el que las tierras “re-descubiertas” prometen su riqueza agrícola como fundamento industrial de las ex-colonias.⁷³ En segundo lugar, es patente la presencia del intertexto configurado por los relatos de viaje que desde Humboldt y sus continuadores cimentaron la imagen de una vasta llanura que se parece a la extensión de los mares (“como en los anchos mares”). En esa imagen se ubica una formación discursiva que será desarrollada por la elite letrada de la generación romántica como soporte y fundamento de una estética política que centra en el territorio (“se esparcirá por ella vuestra vista”) el programa cultural de la futura nación.

Por supuesto que, desde la aparición de *La Abeja* hasta la del *Diario de la Tarde* y *La Gaceta Mercantil*, y más aún hasta la vida pública de *La Moda*, muchos periódicos y

⁷³ En 1823, exiliado en Londres, Bello crea la revista *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura*, donde publica su “Alocución a la poesía”, fragmento de un poema mayor al que proyectaba titular *América*. El poema, recortado sobre los tópicos y las figuras del neoclasicismo, inflexiona la tradición pastoral de la antigüedad grecolatina en una invocación a la “Poesía” (“tiempo es que dejes ya la culta Europa / que tu nativa rusticidad desama / y dirijas el vuelo a donde te abre / el mundo de Colón su grande escena” que no es más que la excusa para fijar un recorrido que proyecta, por encima del relevamiento histórico del proceso independentista, el potencial que la región ofrece a las generaciones venideras (“las dádivas mil con que la zona / de Febo amada al labrador corona”), y que se confirmará resueltamente en su ulterior “La agricultura de la zona tórrida”. En efecto, publicado en 1826, en *El Repertorio Americano* (continuación de la *Biblioteca Americana*), el poema “La agricultura de la zona tórrida” (esa misma *zone torride*, de la que ya había hablado Humboldt en sus *Cuadros*) diagrama un mapa futuro en el que América será tierra ya no de explotación minera, sino agrícola. La configuración del poema pone en escena un territorio expectante y pasible de ser reconquistado, un territorio en el que la naturaleza (ahora descubierta nuevamente) es la fuente de riquezas de las naciones futuras. Ver Bello 1985: 20-40.

semanarios fueron apareciendo, con distintas frecuencia y tiradas, hasta producir un circuito bastante estable por el que la opinión pública, recorte de un sector ilustrado de la sociedad, cobraría vigor y el proceso comunicacional llegaría, aunque no homogéneamente y percutido por la lucha política, a establecerse con visos de continuidad definitiva.⁷⁴ Ese recorrido es el que nos lleva desde la “Asociación de Estudios Históricos y Sociales”, donde un joven Vicente López flagela la tiranía alejandrina trasladando su crítica a Pizarro y Cortés por haberla ejercido con Atahualpa y Moctezuma (Weinberg 1977: 35), hasta la aparición de *La Moda* y su provinciana reproducción sanjuanina, y cuyo anuncio previo más significativo en términos de filiación fuera *El Recopilador*, de 1836. En efecto, propongo analizar aquí, por cuestiones económicas que acreditan la selección, un corpus de tres publicaciones periódicas (semanales y quincenales) cuyo corte temporal se extiende desde el 18 de noviembre de 1837 hasta el 25 de agosto de 1839: *La Moda*, *El Iniciador* y *El Zonda*. Agrego, además, que el criterio de selección está definido por ser dichas publicaciones representantes de los escritores y letrados de la nueva generación identificada bajo el mismo *Credo*.

Las publicaciones periódicas de la época, en este caso el *Diario de la Tarde*, nos demuestran que conducen el vínculo entre literatura y crítica y, sustancialmente por lo que toca al presente trabajo, que ese vínculo es vehículo a la vez de la construcción de un imaginario cultural específico: el de la identidad nacional. En efecto, literatura y nación son dos concepciones (dos entelequias) que se necesitan mutuamente y que mutuamente se construyen como fenómenos contrastables de la tradición. En nuestro caso, además, como en el resto de Latinoamérica, se debe precisar la situación doblemente problemática de un imaginario (el de las nuevas elites criollas) que, por un lado, debe construirse en marcada ruptura con el pasado colonial y, por el otro, carece, porque lo expulsa como alternativa deseable, de sustrato histórico donde asentar un principio, esto es, un pasado en el cual sus recuerdos podrían, como sugiere Bhabha, “lose their origins in the myths of time” y únicamente ser recuperados “in the mind’s eye” (1995: 1). Es decir, a diferencia de los prohombres de la revolución que, en un primer momento, tendieron puentes hacia el pasado precolombino y hasta llegaron a sopesar la factibilidad de una monarquía incaica, la nueva

⁷⁴ Algunos de esos diarios y periódicos pueden consultarse en Myers: 2002.

generación romántica, asegurada la independencia, excluye de su imaginario toda posibilidad de ligazón con la cultura aborígen, que empieza a definirse como la “barbarie” interna inmediata. El recuerdo algo juguetón que inscribe Vicente López en su *Autobiografía* delata que, en realidad, la discusión por aquel tiempo pasaba por el grado de severidad en la distancia cultural hacia la madre patria y no por la posibilidad cierta de un recupero de lo aborígen. En esa coyuntura, la fundación política de la literatura argentina está determinada por una operación que puede definirse como la proyección imaginaria de los límites de la ciudadanía, toda vez que *ciudadano* implica el orden de la *civitas*, es decir, la Ley de la (futura) nación.⁷⁵ Como señala Hobsbawm, “las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés” (1991: 18). Lo que podría resumirse del siguiente modo: la literatura nacional implica un orden de lo imaginario demandado por la (futura) ley-Estado ausente. Es en este sentido que las proyecciones inaugurales de la crítica y de los comentarios poéticos señalan actos fundacionales en el entramado de una tradición que se *hace* a sí misma. Entre ellas, sobresale la conocida apreciación crítica sobre *Los consuelos* de Juan Thompson, aparecida en noviembre de 1834, que principiaba con el concepto de “literatura nacional”. Allí, Thompson sostenía que la patria tenía un principio de literatura propia en la poesía de mayo, pero señalaba, a su vez, su carácter estanco y, en la trama de elogios al joven poeta romántico, colocaba no pocas objeciones. Quisiera detenerme en ese texto (casi siempre citado fragmentariamente) para señalar algunas notas entre “nación” y “literatura” en el imaginario letrado de la época. Dice allí Thompson:

“En una sociedad cuyas bases descansan en instituciones sancionadas por el tiempo (...), la literatura ocupa un lugar, porque todas las ciencias ya tienen el suyo exactamente marcado (...) Por el contrario, una sociedad naciente, que no puede haber recibido nada de la marcha de sus instituciones, no es posible tenga literatura verdadera, porque esta, lo repetimos, viene mucho después...

... Poseemos, es cierto, admirables inspiraciones del genio más atrevido, discursos elocuentes (...) y la poesía a su turno llevó también lauros a las aras populares. Pero esto no basta para que creer que tengamos una literatura” (*Diario de la Tarde*, n° 1041, Bs. As., 24 de noviembre de 1834, pág. 1, col. 2)

Lo que el autor de esta reseña está señalando no es el vacío institucional, debido al escaso desarrollo de la república, sino también la falta de una literatura que de cuenta de las

⁷⁵ Esta función de la escritura, la de un *saber decir* que se auto-constituye frente a la Ley, y que organiza (modela) el caos social de la res-pública, es analizada brillantemente por Julio Ramos: 1989.

costumbres (lo que llamaríamos “color local”) y usos de una sociedad que, por su carácter emergente, aún debe transitar por el camino de sus propias “preocupaciones”: las referencias a los “discursos elocuentes” y a la poesía de corte “popular” señalan doblemente hacia la zona de las producciones políticas y clásicas de los inicios pero, aunque puedan considerarse un origen, no bastan para conformar el carácter “nacional” de una literatura puesto que aún la república no consolida sus márgenes estatales. Pero el reclamo de Thompson parece intentar salirse de ese círculo vicioso en la medida en que su crítica está más bien dirigida a adoctrinar sobre los nuevos caminos que deben seguir las producciones literarias. En este punto, las críticas sobrepasan los elogios:

“Inspiraciones del momento, hijas del entusiasmo, son pasajeras, y casi siempre esas producciones fogosas y valientes, engendradas en el corazón del poeta, recibieron su forma en molde extraño, y calmado el primer sentimiento de simpatía, hallamos que el objeto era noble, pero que los colores con que fue pintado eran exóticos, y hubiésemos querido fueran nuestros” (ídem: col. 2)

A pesar que la referencia de ese reproche son las composiciones neoclásicas de los inicios, no deja de contaminar aún la propuesta echeverriana. Lo que el crítico parece no hallar en *Los Consuelos* es un rasgo original en la composición, quizá incluso decepcionado por las “notas” que acompañaban la edición, debido a su poca inclinación a incorporar “temas” propios de la sociedad rioplatense, pues afirma: “nos permitiremos decir también que las cuerdas que él [Echeverría] ha pulsado con dulzura y armonía han resonado ya otras veces entre nosotros con bastante éxito”. En esa línea, sobre el final exhibirá un marcado desdén por el “tono” de la composición:

“Más entre nosotros las pasiones, como todo, se resienten de una juventud tierna: es obligación entonces de aquel que reasume la elevada misión de escritor, si quiere desempeñarla con lealtad, ya que a la par de sacerdote tiene también conciencias a su cargo, animar, no afligir; cantar la esperanza, no la muerte” (ídem: col. 4)

Este comentario no sólo produjo ofuscación al autor de *Los consuelos*, sino que desencadenó una correspondencia privada en la que se verifica la compulsa por la definición de una literatura nacional: me refiero a la carta que envió Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, en la que sostiene, contrariamente a Thompson, la idea de una literatura no condicionada por las costumbres “nacionales” (Arrieta 1959: II, 52). En 1837,

junto a la aparición de las *Rimas*, el libro de Echeverría recibió nuevas críticas anónimas (probablemente correspondan a Juan María Gutiérrez) en el mismo periódico. Pero esta vez se confirmaba la dirección que el propio poeta había sabido instalar mediante la nota que acompañaba a *Los consuelos* y, más definidamente, en la “Advertencia” que encabezaba las *Rimas*: “contéplense la pampa y nuestro río, estúdiense sus armonías y las escenas del desierto palpiten animadas en los productos de la mente argentina”, decía el anónimo crítico en el diario. Cuánta influencia haya tenido la crítica más bien negativa de Thompson sobre *Los Consuelos*, y el posterior cruce epistolario entre éste y Juan María Gutiérrez, no es algo que se pueda constatar aunque puede presumirse que ese circuito haya servido como confirmación a una orientación aparecida sólo como programa en las “notas”. Como es posible imaginar, asimismo, que las críticas de ese año estuviesen mediatizadas por la lectura de *La cautiva* en el Salón que reunía a los jóvenes de la nueva generación. Y que, además, el éxito del programa poético-literario que despuntaba de esa lectura haya definido el carácter del juicio crítico aparecido en el diario. Lo que importa, en todo caso, es comprobar el proceso de adecuación de un programa estético (nacional) en el ámbito dialéctico del circuito romántico-letrado que halla en los periódicos la arena de su expansión. Aquella nota de Thompson, sin embargo, abriría un surco en la conciencia de la nueva generación que, en diferentes instancias y por distintos voceros, demostraría su certera inflexión.

2. 2. *La Moda: la musa sin patria es guacha*

“Yo soy el último artículo, por decirlo así,
la obra póstuma de Larra”.
La Moda.
[N° 5, 16 de diciembre de 1837]

El *Gacetín* que apareció el 18 de noviembre, y que había sido anunciado el 10 del mismo mes en el *Diario de la Tarde* en Buenos Aires, salía a la luz después del fracasado intento de *El Semanario de Buenos Ayres*, publicación cuyo “prospecto” anunciaba casi las mismas tendencias que se plasmarían por fin cuatro meses después con *La Moda* (Weinberg 1977: 97ss). El título inofensivo, subrayado por la nota aclaratoria de su

orientación: “*Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*”, ha sido punto de discusión más o menos productiva en el campo de la crítica literaria ante el balance final de los veintitrés números publicados. Sin embargo, una tendencia señalada en la crítica ha asentado la idea de su “pueril” inserción crítica para la época, e incluso se la ha descalificado por su política de seducción o de acercamiento hacia las filas del rosismo. Muchos de los juicios inicialmente erróneos han sido rectificadas o discutidos por José A. Oría en su “Prólogo” a la edición facsímil del semanario. Entre ellos, los que adjudicaban un carácter satírico por parte del *Gacetín* hacia la figura de Rosas (Antonio Zinny, por ejemplo), o el otro, casi opuesto, que veía al semanario consagrado íntegramente a la literatura y alejado de las cuestiones políticas (Vicente G. Quesada, entre otros).⁷⁶ Esta última lectura ha generado verdaderos epígonos que, en honor a no se sabe qué moral cívica o política, han protestado o denigrado el carácter “ameno” de *La Moda*. Así, no sorprende ver que Weinberg, a pesar de su lectura global, insertada en las huellas de la generación que confluía en el Salón, objete en algunos párrafos tanto los objetivos como los resultados del *Gacetín*. La fisura que se produce a fines del año 1837 entre los ideólogos del Salón, parece orientar la crítica de Weinberg, quien resalta y pondera la conducción echeverriana en desmedro de la de Alberdi, Gutiérrez o Corvalán. Así, cuando reseña el cierre de la librería de Marcos Sastre y el remate del material bibliotecario, ocaso del Salón y de las reuniones orgánicas de sus integrantes, dirá en tono de reproche: “¡Ah, eso sí, *La Moda*, haciendo esfuerzos por sobrevivir, duplicaba el número de sus páginas y más luego ensancharía sus columnas con un formato más amplio!” (Weinberg 1977: 110). La llana ironía del crítico se inserta en un marco de lectura previo: el que pone de relieve no sólo las ideas, sino la dirección del grupo por parte de Esteban Echeverría: parece, en definitiva, que Weinberg no sólo señala la “fisura”, sino que toma partido por uno de sus bandos (una lectura de *La moda* desde esa perspectiva estaría desde el inicio percutida ideológicamente). Pero otras lecturas, sin embargo de señalar “los alfileres sutiles destinados a la política y a la prédica social”, cercenan, con un análisis puramente interesado en la cuestión literaria, la posibilidad de reconocer en *La Moda* algo más que la “siembra literaria”: es el caso del

⁷⁶ Véase Oría 1938: 24ss. La rectificación de esas posturas por parte de Oría se ve levemente acompañada por una clausura al reconocimiento de la crítica (y sus alcances) del semanario hacia el rosismo. Si es verdad que la sátira hacia la figura de Rosas no es un elemento central de la publicación, no es menos cierto que, a medida que avanzan los números, pueden hallarse referencias satíricas directas. Asimismo, la crítica (satírica) que despliega el semanario tiene varias aristas que “tocan” al régimen rosista, como espero poder comprobar en el presente trabajo.

estudio de Arrieta en su *Historia de la literatura argentina* (1959 II, 76), como si lo estético en *La Moda* no fuera un modo particular de inserción política en el campo de las ideas y de la opinión pública. Ese “amaneramiento” tan subrayado en la crítica mediante rápidas adjetivaciones que propenden su descalificación (“pueril”, “inofensivo”, atracción para las “niñas”, “inocente”, “femenina frivolidad”, son sólo algunas de las formas con que la crítica arrojó a *La moda* su intrascendencia política), no podía pasar desapercibido en el campo de la investigación literaria. Entre las nuevas lecturas, que decodifican la semántica esparcida en *La Moda*, Francine Masiello supo reconvertir la metonimia del mundo femenino en términos políticos, mostrando la operación ideológica que articula la conjunción genérica entre “mujer” y “nación” (1997: 37). Aún así, habría que señalar, o agregar, que *La Moda* no agota su capital simbólico-crítico en el entramado de una representación femenina del sujeto excluido.⁷⁷ La lectura que propongo, estará orientada a dar cuenta del modo de inserción pública a partir de un uso de lo literario que no se agota, antes bien explota, las particularidades del género.

No parecen entendibles los reparos de las líneas críticas arriba mencionadas, cuando en el “Prospecto” del primer número del semanario, entre los objetivos declarados, se consignan: “Una idea sucinta del valor específico y social de toda producción inteligente que en adelante apareciere en nuestro país”; “Nociones simples y sanas de urbanidad democrática”; “Crónicas pintorescas y frecuentes de los paseos públicos” (*La Moda*, N° 1, Bs. As., pág. 1, col 1., 18 de noviembre de 1837), menciones cuya no declarada ambivalencia permite imaginar, sin embargo, un discurso anclado en lo *civil* (producción

⁷⁷ Masiello subraya la referencia metonímica al mundo femenino en el discurso *La Moda*: “las mujeres representan a todos los sujetos sociales condenados a la oposición del régimen rosista y, en forma alternativa, a la humanidad y el progreso de la nación” (1997: 37), como un modo de inflexión genérica que pondría en escena el uso político de lo femenino. El ejemplo que da Masiello es el del *Cielito* titulado “A Ella”, y la crítica inserta en la misma página, aparecidos en el número dos del *Gacetín*, discursos por los cuales concluye: “Mujer, nación y humanidad se confunden en un solo pronombre vinculado al género” (ídem). Sin desestimar esta lectura genérica, habría que precisar los alcances de ese discurso. Si bien Masiello cita la edición facsímil, no repara en el hecho para nada menor de quiénes puedan ser los probables responsables de ambos textos. Según el estudio Preliminar de Oría, el autor del *cielito* sería Gutiérrez y su especular crítico, nada menos que el propio Alberdi. Ese dato permite ajustar la lectura, más allá incluso de lo estrechamente genérico, pues estaría marcando un tipo de operación crítica que, si bien hace uso del discurso femenino, parece orientarse hacia la construcción de un discurso estético-político con clara tendencia social (en las *Notas* finales de la edición facsímil, Oría menciona la posibilidad, incluso, de que ambas composiciones pertenezcan a Alberdi, de acuerdo a las *Obras Completas* del mismo (1938: 216)). No sería erróneo imaginar que ambos textos (el *cielito* y su crítica) estuviesen, desde el inicio, articulados por la búsqueda de un efecto incisivo en el campo de lo estético-político. Lo metonímico-genérico, en todo caso, sería sólo un elemento en el entramado discursivo de *La Moda*, pero no determinante de su función crítica.

inteligente del país se alía, en este sentido, a las nociones de urbanidad y “democracia”). Idea que se refuerza a partir del claro señalamiento social del uso de las letras: “La literatura no será para nosotros Virgilio y Cicerón, será un modo de expresión particular, serán las ideas y los intereses sociales” (ídem). La lectura del *Gacetín* de Alberdi y Corvalán nos va a mostrar una estrategia sutil y hábilmente montada en la que esas ideas e intereses, definidas por el corpus de lecturas común a los integrantes del Salón, se irán perfilando solapadamente sin por eso dejar de marcar un espacio de crítica y de prédica socio-política que va a ser, en definitiva, verdadero motivo de su clausura.

En primer lugar, la figura de Larra funcionará como punto de anclaje para la crítica social y el relato de costumbres: la prosa del joven liberal español va a permitir, por un lado, la inscripción del semanario en una tradición literaria e intelectual propiamente española aunque, obviamente, selectiva, y, por el otro, articular el discurso larriano al imaginario americano, operación que les va a permitir (sobre todo a Alberdi, con su reconocido *Figarillo*) transportar a la sociedad rioplatense el cúmulo de ideas, básicamente francesas, que delinean el pensamiento político de la nueva generación. Ese liberalismo romántico, que define a los autores del romanticismo social, será filtrado a través de la voz ventrílocua adoptada bajo la imagen de *Figarillo*, el Larra americano, el último artículo del costumbrista liberal, su obra póstuma. En un artículo que es carta de presentación, y que duplica, desde su título, el publicado por Mariano José de Larra en *La Revista Española* en 1833,⁷⁸ se indican “plan” y “nombre” del que firmará como Figarillo, del modo siguiente:

“Me llamo Figarillo y no otra cosa porque soy hijo de Fígaro, es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido Fígaro tampoco habría Figarillo: yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra...

(...)Tiene además mi nombre el caro privilegio de ser español de origen; porque en esta sociedad hispanoamericana, todo lo que no tiene origen hispano tampoco logra hacerse americano: lo cual es muy justo si se atiende a que nosotros mismos somos originarios de España, y nada más natural que amar aquello que salió de donde también nosotros salimos: son como hermanas nuestras, y como tal nuestras predilectas, las costumbres españolas (...) He explicado mi nombre: voy a explicar mi plan, que poco tiene que explicar a la verdad. Soy hijo de español y ya se sabe que todo hijo de español no debe hacer en toda su vida sino lo mismo que

⁷⁸ El artículo de Larra, es el que titula: “Mi nombre y mis propósitos”, publicado el 15 de enero de 1833 en *La Revista Española*, bajo el nombre de “Verdades teatrales”, y el primero que el autor firmó con el seudónimo de *Fígaro*. Larra, M. J. *Colección de artículos* (Pérez Vidal 1997: 7)

hizo su padre; no debe ser más que una imitación, una copia, una tradición de su padre, es decir, siempre imitación, siempre copia, siempre rutina, como por ejemplo nuestra patria de su madre patria. ¿Qué ha hecho mi padre dentro de su corta pero aprovechada y provechosa vida? Alabar a sus abuelos, recomendar sus tradiciones, respetar lo que el tiempo ha respetado, pues tal será también mi constante afán: alabar, aprobarlo todo como buen hijo de español y en especial lo que traiga origen de ínsula porque, en virtud de la índole ibérica, el mejor hijo es aquel que no sólo imita la padre sino también al abuelo, al bisabuelo, y así de generación en generación hasta llegar a nuestro primer padre Adán, exclusive por haber caído él de puro innovador y experimentador”. (*La Moda*, N° 5, Bs. As., pág. 2, cols. 1 y 2)

La ironía de esa presentación no requiere de mayores comentarios. Pero lo que emerge por debajo de esa sardónica alabanza es la filiación retórica con la figura de un “reformador” liberal nativo de la madre patria. Al mismo tiempo, no deja de ser interesante señalar el sutil equilibrio de dicha operación en las páginas del semanario. Algunos críticos han “renegado” del acápite “*Viva la Federación*” que acompaña cada número del periódico y hasta ha sido constante remarcar la presencia de su “Editor responsable, Rafael J. Corvalán”, el hijo del edecán de Juan Manuel de Rosas.⁷⁹ Por supuesto que ambas firmas, ambos sellos, forman parte de la estrategia comunicacional, en la que no habría que descartar un afán de acercamiento hacia las filas del gobernador de Buenos Aires. Pero también es cierto que el mismo editor será colaborador del órgano que, ya en Montevideo, se consolidará como el continuador y profundizador de las líneas trazadas en *La Moda* cuando ésta deje de aparecer, nos referimos al periódico opositor *El Iniciador*. Lo que interesa, en todo caso, es constatar de qué modo esa estrategia permite officiar un discurso liberal y reformador de las costumbres en la federalizada metrópoli rioplatense. Así, en el número dos, un artículo de la tercera página titulado “*Literatura*”, que retoma la línea trazada en el “Prospecto”, dejará bien en claro cuál es la idea de literatura a que adhieren los redactores, tras una serie de citas de los más importantes pensadores franceses (Béranger, Fortoul, Leroux, Quinet), a la que agregan una paráfrasis que resulta anónima:

“La patria es mi musa; el mundo mi parnaso. La musa sin patria es *guacha*; y la madre de la patria es la humanidad. El axioma de Béranger es el del poeta nacional: el mío es del poeta humanitario, esto es, del poeta completo (Anónimo)” (*La Moda*, N° 2, 25 de noviembre de 1837, pág. 3, cols. 1 y 2)

⁷⁹ Para la relación de Corvalán con Alberdi y los jóvenes de esa generación, véase Oría 1938: 30.

La identificación de la patria con la musa del poeta es típica del romanticismo popular del cancionista Béranger y no resulta extraña la cita a los letrados nucleados en torno al semanario. Pero debemos suponer que el axioma del “poeta nacional” en su paso al anónimo del “poeta completo” no indica una reformulación, sino más bien, una expansión de los términos. El axioma anónimo del “poeta humanitario” permite una incorporación del subtexto al terreno de lo nacional. Es decir, la nacionalidad (humanitaria) que se está queriendo definir no condice con las manifestaciones más o menos populares que estaba oficiando el rosismo, sino con una idea de lo nacional adscripta al “progreso” de las civilizaciones (Francia, Inglaterra, Italia). Quiero decir: un axioma no anula al otro, lo subsume. La idea de literatura nacional se define paralelamente al pensamiento político-social de la re-generación *juvenil*. Lo que vemos funcionar en estas primeras definiciones es la nota correctiva que Juan Thompson hiciera a *Los consuelos* de Echeverría. No es el romanticismo místico o fantástico de las primeras horas, reflejo fiel del byroniano proyectado por Echeverría a su regreso de Europa, sino el pensamiento social de los románticos franceses del '20 y del '30, que tenían la idea de un arte inseparable de la moral y de la utilidad, y en el que la literatura como expresión de la sociedad debe inclinarse a su crítica y reformulación, el que rige de manera unívoca las páginas del semanario. El modo particular de inserción de esa ideología romántica, se aclara cuando, en la página siguiente, se leen juntamente una poesía (un *cielito*) caracterizada como “bella”, y su crítica. Veamos:

“A Ella (Cielito)

Cielito, cielito del alma,
No es tan blanca la azucena
Como la mujer divina
Que me causa oculta pena.

Sus ojos son dos diamantes
Que entre violetas relumbran,
Pequeños son y modestos
Pero el corazón me turban.

(...)

Cielo, cielito del alma
Si este ángel a mí me adora
Cielo, estaré cantando

Desde una aurora a otra aurora”
(*La Moda*, N° 2, Bs. As., Pág. 4, col. 1)

Y la crítica inmediata: “Esta poesía que sin duda es bella, es, no obstante, como una gran parte de la poesía que se escribe en nuestro país, incompleta y egoísta. No expresa una necesidad fundamental del hombre, ni de la sociedad, ni de la humanidad, ni del progreso: es la expresión de un sentimiento individual (...) Es dedicada a ella: cuál ella? La patria? La humanidad? No, una mujer. Es un amante que en pago de un amor egoísta (...) cantando día y noche: bello y noble destino, sin dudas, para el hijo de una patria y una humanidad que sufren ignorancia (...) y necesitan (...) que lo griten” (ídem: pág. 4, col. 3). Como se puede ver, la crítica implacable se asienta precisamente en la idea de utilidad social de la poesía y, mediante la identificación suscitada entre “ella” (la inspiradora) y la “patria”, refuerza el aforismo berangeriano de lo nacional: “la musa sin patria es *guacha*”. Esa identificación es la que permite a Masiello leer en clave metonímica la prédica de *La Moda*, en la que la patria debe recurrir a lo femenino para hacerse presente en el discurso. Ahora bien, si al episodio se lo lee inserto en el contexto de la definición sobre literatura de la página anterior, parecería quedar claro que estamos frente a un discurso pedagógico en el cual una definición teórica tiene como correlato inmediato su demostración práctica. El *ejemplo del cielito* no es más que un modo de reforzar el dicitario con que concluye la exposición previa: “Que se grave esta síntesis en la mente de nuestros lectores” (ídem, pág. 3, col. 2). Y si se tiene en cuenta que, de acuerdo al estudio preliminar de José A. Oría que acompaña la edición facsímil, poesía y crítica pertenecen a Gutiérrez y Alberdi respectivamente, no sería desatinado imaginar que la estrategia discursiva del semanario ya incluía en su diagrama el malogrado objetivo poético como forma de predicar una literatura nacional preocupada por hollar los caminos del progreso social. Si la hipótesis se sostiene, los alcances del discurso del semanario superarían, aunque sin obviarlos, el estrecho marco de una lectura genérica.⁸⁰

Es ante todo frente a una idea negativa de lo *literario*, del uso de las letras, desvinculado del compromiso social y “nacional”, de un arte “pervertido” y no verdadero, atento más a la forma que al fondo, que los redactores del semanario traman sus invectivas. Esa preocupación acompañará todos los números de la publicación. La recurrencia

⁸⁰ La crítica a una lectura genérica se fundamenta en el intento de no determinar el alcance crítico del semanario a una representación meramente metonímica (Véase nota 3).

estratégica, como dijimos, de la figura de Larra permite aunar la crítica social con la modelización escrituraria de lo estético, entendido como forma particular de proyección social. Porque toda vez que se hable de literatura, en realidad, la prédica apunta a otras esferas de la realidad que no la excluyen. Así, respondiendo a una nota aparecida en el *Diario de la Tarde* a cuyo autor los redactores de *La Moda* llaman “Don Severus”, se responde:

“Si en Buenos Aires existe el ridículo, también existirá la crítica que destroza este ridículo, y si el ridículo pudiera probar un atraso para eso está su crítica que atesta su progreso, quien se critica a sí propio está adelantado. Larra, burlándose de la España testa un progreso de la España, porque Larra es la estrella de la joven España que se levanta sobre las ruinas de la España feudal.

(...) La sátira será indispensable mientras haya preocupación y (...), es decir, mientras haya hombres. Por otra parte, Larra que no basta a la España, basta mucho menos a la América, que, teniendo vicios y preocupaciones que le son privativas, necesita una crítica americana, completamente nacional. La mitad de Larra, nos es útil, porque la mitad de nuestra sociedad es española; pero Larra no ha podido adivinar las preocupaciones americanas, aún cuando hubiese escrito para América. Y después de haber convenido la nacionalidad esencial de la literatura argentina, salimos con que Larra nos basta en punto a sátiras? Se sabe o no lo que se habla?” (*La Moda*, N° 4, Bs. As., págs. 2 y 3, cols. 2)

La retórica de esas preguntas finales cuestiona los argumentos castizos que en el *Diario de la Tarde* pregonaban contra una supuesta parodia “dañina” a las “buenas costumbres” de los ciudadanos. Pero debe leérsela también en esa doble inflexión entre la figura larriana y la tradición española que se achaca. De hecho, en el número seis del semanario, un artículo dedicado exclusivamente a la *Literatura Española* (extraído de la revista inglesa *Westminster Review*) se encarga de mostrar que las antipatías ante la cultura española no conllevan ningún efecto disuasivo al verdadero patriotismo americano. El artículo es interesante pues deja ver el tipo de ideas en torno al romanticismo del que son afectos los redactores y, en su nombre, de aquellos principios nucleares que forman parte del ideario de la nueva generación.

Comienza cuestionando el sentido de la crítica hacia el “españolismo”, subrayando la confusión de partes. Dice: “Se ha creído de ver atribuir las tendencias antipáticas de la juventud contra la literatura española manifestadas de algún tiempo a esta parte, a una buena preocupación de patriotismo emanada de la cuestión pasada” (*La Moda*, N° 6, Bs. As., 1938 [1838], pág. 1, col. 1). Lo que parece sugerir el redactor es que existe la errónea

interpretación, por parte de aquellos que no ven con buenos ojos la prédica negativa hacia la cultura española, de que las críticas se cimientan por un efecto de la época (no tan lejana, por cierto) independentista. Pero, dicen los redactores, “se va a demostrar en estas líneas que la preocupación está, por el contrario, de parte de los que tienen por nuevas y acreditadas vistas de que en el día no son sino viejas tanto en Francia, que las a propagado como en Alemania, que las ha concebido (ídem)”. Esa demostración es la transcripción del artículo sobre Federico Schlegel que publicó la nombrada revista inglesa en su edición de 1825, y que reseña las ideas más bien místico-monárquicas del escritor alemán, ceñidas a la visión medievalista propia del primer romanticismo, y que se resumen en:

“Un entusiasmo salvaje por la edad de la caballería habían extraviado, en la época en que él escribía, una porción de hombres muy distinguidos de la senda de lo verdadero y de lo bello (...) [Schlegel] todo, lo inspecciona con un sistema personal cuyas dos grandes síntesis son el cetro y la tiara” (ídem, pág. 1, col. 2; pág. 2, col. 1)

Queda claro, según esta demostración, que la crítica hacia la madre patria *es* una cuestión de patriotismo, pero justamente al revés de lo que piensan sus defensores acérrimos. Según este argumento, se critica “la España” por su atraso en materia cultural, identificado aquí con el ímpetu místico que el escritor alemán supo hallar en la península, y que Francia, en época monárquica, adoptó sin escrúpulos. Pero la joven Francia, al igual que la joven Italia, supo reponerse inmediatamente de ese traspié, mientras en España (y en el Río de la Plata) aún domina un espíritu retrógrado, pues: “ya Mme Stäle había hecho conocer en Francia a los dos Schlegel igualmente. ‘Los dos Schlegel, dice Mme Stäle, después de haber hecho justicia a sus jóvenes y entonces raros talentos, y explicando el origen de su parcialidad, los dos Schlegel tienden visiblemente a la Edad Media y a las opiniones de esta época. La caballería sin tachas” (*La Moda*, N° 8, pág. 3, col. 1). Y los redactores subrayan el antisímbolo del progreso: “¡Edad Media!, es decir, barbarie. ¡Caballería sin tachas!, es decir, feudalidad. ¡Fe sin límites!, es decir, estupidez. ¡Poesía sin límites!, es decir, romanticismo, locura” (ídem). Tras estas manifestaciones se conjugan la búsqueda de una literatura social, es decir, política, con el afán de desligar la toponimia romántica de cualquier viso de “fantasía”, “misticismo” o “locura”, nombres con los que se

vilipendiaba el ideario europeísta de la nueva generación.⁸¹ En esta línea, afirmarán entonces los redactores:

“Ni somos ni queremos ser *románticos*, ni es gloria para Schlegel ni para nadie el ser *romántico*. Pues el romanticismo, de origen feudal, de instinto antisocial, de sentido absurdo, lunático, misántropo, excéntrico, acogido entre las mentes por los hombre del ministerio, rechazados por los de la oposición, ha aparecido en Alemania en una época triste, en Francia en una época peor, pues ningún título es acreedor a las simpatías de los que quieren un arte verdadero y no pervertido, un arte que prefiere el fondo a la forma, que es racional sin ser clásico, libre sin ser romántico, filosófico, moralista, progresivo, que expresa el sentimiento público y no el capricho individual, que habla de la patria, de la humanidad, de la igualdad, del progreso, de la libertad, de las glorias, de las historias, de las pasiones, de los deseos, de las esperanzas nacionales, y no de la pérdida, de la lágrima, del Ángel, de la luna, de la tumba, del puñal, del veneno, del crimen, de la muerte, del infierno, del demonio, de las brujas, del duende, de la lechuza, ni de toda esa cáfila de zarandajas cuyo ridículo vocabulario constituye la estética romántica.” (*La Moda*, N° 8, pág. 3, cols. 1 y 2)

Varias notas sobresalen en el fragmento citado. En primer lugar, el sentido “absurdo”, “excéntrico” y “misántropo” de las ideas que se adjudican al primer romanticismo son claramente identificadas con el medievalismo del pasaje anterior. Así, y aunque resulte paradójico, parecería *ser romántico* el apego por la cultura española que todavía mantienen ciertos sectores sociales en Buenos Aires. La toponimia romántica es desarticulada de tal modo que las ideas en auge por ese entonces en Francia deben traducirse y, en ese pasaje, explicarse, en términos de “claridad” y de lo “verdadero”. Un arte que es “racional sin ser clásico, libre sin ser romántico”, en realidad, estaría dando cuenta de una evolución en las ideas propiamente románticas de los pensadores franceses, en la cual habría que destacar su vínculo no declarado con ciertas tendencias de la época de la *Encyclopedie*. En efecto, la idea, central en el pensamiento romántico, de la misión del escritor como encargado de descifrar y hacer conocer “el código moral de las naciones” (y que tiene su máxima expresión en el pensamiento desarrollado por Víctor Hugo, en *Les Mages*, del poeta como inspirado divino que va a “obligar a Dios a mostrarse”) era terreno ya abonado por pensadores como Volney o Diderot (Picard 1947: 64). En segundo lugar, vuelve a aparecer clara y coherente la tendencia social y política en la concepción de una

⁸¹ Pedro de Angelis concentraría sus críticas al *Dogma* de la nueva generación marcando las influencias saintsimonianas en su autor.

literatura “no individual” que pueda expresar “el sentimiento público”, acorde con la crítica al *Cielito* del segundo número del semanario. En este sentido, igualdad, patria y progreso se oponen al sentido egocéntrico del individualismo romántico y apunta, de paso, la búsqueda de un ámbito ciudadano: la literatura como creadora o propagadora de civilización. Por último, es notable que en la enumeración negativa del arte “pervertido” del romanticismo místico o “lunático”, que se contrapone a esa función civilizadora apreciada y predicada por los redactores, aparezcan términos muy cercanos a algunas de las piezas que se pueden hallar en *Los consuelos* de Esteban Echeverría: “la pérdida”, “la lágrima”, “el Ángel”, cuya mayúscula sea quizá una señal de esa identificación, “la tumba”, “el veneno”, “la muerte”, “el infierno”. Es notable el esfuerzo de los redactores del semanario por autorizar las ideas de la Joven Europa mediante rebuscadas elipsis o paráfrasis que puedan dar cuenta del “progreso” intelectual que aún para ellos debería ser, por ese entonces, más bien complejo. Las distinciones entre el romanticismo alemán y el francés e inglés, por un lado, y las propias disensiones o reformulaciones en el campo de las ideas de aquellas metrópolis que, no sin reducciones a veces esquemáticas, deben traducirse hacia el frente opositor de la federalizada Buenos Aires, por el otro, terminan por inducir a los redactores a negar, rotundamente, su afiliación al romanticismo. En este sentido, la figura de *Figarillo* funciona en el periódico como catalizadora de una tendencia que en Francia cobraba mayor relieve a partir de la década del '20: la concepción de una literatura abocada no sólo a dar cuenta de la sociedad, es decir, a representar sus rasgos prominentes, sino a encauzar sus ideas en el movimiento progresista de las civilizaciones, que Larra había desarrollado desde la sátira y la crítica de costumbres en la España absolutista y restauradora del monarca don Fernando.⁸² Esa función pública de las letras, que el periodismo explota de manera consecuente, hace de varios artículos de *La Moda* escritos muchas veces de corte pedagógico, comprobable aún en los rasgos propiamente polémicos o de crítica social. Pedagogía, crítica y prédica: todo un programa letrado, al que no escapan, por supuesto, los guiños hacia los sectores encumbrados en las estructuras de poder. *Educación al pueblo y seducción al soberano*: doble movimiento que los románticos liberales (para quienes soberano es el pueblo) tratarán de efectuar por lo menos hasta el cierre, y posterior exilio, de los responsables del semanario. Esa visión propiamente

⁸² Véase, Mariano José de Larra, en: Pérez Vidal: 1997

romántica es la que la elite letrada pudo encontrar en periódicos como *Le Globe*, *Revue des Deux-Mondes* o *Le Mercure*. Y que podrían hacer suyas las siguientes palabras:

“Si la literatura es la expresión de la sociedad, no debe limitarse a pintarla tal como es y a copiar sus costumbres, sus caprichos y sus vicios, solamente para perpetuar su recuerdo; tiene además que tratar de expresar sus necesidades para adelantar el momento en que se conviertan en realidad sus esperanzas” (*Le Mercure du XIX siècle*, citado por Roger Picard, 1947: 44)⁸³

Lejos del sentido “pueril” o “frívolo” que la crítica le ha endilgado, el propio nombre del semanario se inserta en la corriente de ideas que dominan las primeras potencias europeas. El intento de *La Moda* precisamente es el de “adelantar el momento en que se conviertan en realidad sus esperanzas” civilizatorias. La estrategia comunicacional, es decir, el modo de inserción pública para esas ideas al que hicimos referencia más arriba, es lo que vamos a analizar ahora.

Además del uso funcional de la figura de *Figaro-Figarillo*, del que ya hicimos mención, la lectura global del semanario nos permite identificar por lo menos dos operaciones estratégicas en su búsqueda reformista sobre la opinión pública de Buenos Aires. La primera es la que da cuenta de aquello que podríamos llamar los *usos de lo frívolo*: aún aquellos artículos dedicados a cuestiones menores del espectro público, como puede ser el dedicado a la *Moda de Señoras*, los redactores se las ingenian para crear el espacio en el que las ideas políticas puedan inscribirse. En dicho artículo, que discurre acerca de los peinados de moda que usan las damas en Europa y en Buenos Aires, se inserta una referencia a Tocqueville y a su estudio sobre la sociedad yanqui en la que se pondera brevemente el sistema de democracia norteamericana, para luego concluir:

“Colocados en idéntica ruta nosotros debemos observar las propias leyes, de modo que una moda, como una costumbre, como una institución cualquiera, será para nosotros tanto más bella cuanto más democrática sea en su esencia, es decir, cuanto más sobria, más simple, más modesta fuera, cuanto menos se habrá armado de una pompa insultante a la honrada medianía del común de los ciudadanos” (*La Moda*, N° 3, Bs. As., col. 1, pág. 3)

⁸³ Los autores, publicaciones e ideas sociales del romanticismo francés al que adhieren los letrados argentinos de la llamada generación del '37, se hallan en el estudio de Roger Picard, *El romanticismo social*, F. C. E., México, 1947. De él extraigo las líneas principales que informan el pensamiento romántico de los letrados rioplatenses. Véase, igualmente, Carrilla: 1958.

Este tipo de operaciones demuestran claramente que los usos de frivolidad sirven como contrapeso frente a algunos artículos más decididamente políticos; pero también, que aún la retórica de dichos escritos permean nociones políticas acordes con las ideas de progreso y civilización a las que son afectos los miembros de la “nueva” generación. No es, por otra parte, desatinado pensar que los propios redactores enfrentaron críticas de pares por el carácter pueril o inocente de su publicación. Y uno de los puntos clave de la publicación tiene que ver precisamente con el público al que se dirige el semanario: es evidente que para aquellos que comparten las mismas ideas que los editores, el diario arrastra el lastre de una mediación, establecida por la política federal del Buenos Aires rosista, que impediría la prédica pública más consustanciada con sus intereses; pero al mismo tiempo la conciencia de esa mediación no debe opacar la búsqueda de un público más amplio o menos comprometido con ese régimen de ideas:

“La frivolidad en sus primeros números pudo presentar visos de seducción mercantil. Es cierto que se intentó seducir lectores, pero no para sacarle su dinero sino para hacerles aceptar nuestras ideas. Ha seguido y seguirá empleando formas semejantes. Es una desgracia requerida por la condición todavía juvenil de nuestra sociedad. Para los hombres serios que van siempre al fondo de las cosas este no es un inconveniente. Quisiéramos ver convencidas a muchas personas de que *La Moda* es nada menos que un papel frívolo y de pasatiempo. Es, o al menos procura serlo, la aplicación continua del pensamiento a las necesidades serias de nuestra sociedad (...) La más frívola de sus chanzas lleva su objeto serio, y este objeto no es jamás personal sino público: es de más bello carácter de papel. Hay, bajo su aparente indiscreción, más prudencia de lo que se calcula, bajo su estudiada negligencia menos ignorancia que la que se oculta por lo común bajo las pretensiones de cultura. *La Moda* no es un plan de hostilidad contra las costumbres actuales de Buenos Aires como han parecido creerlo algunos. Hija, ella misma, de las ideas porteñas, no admite por blanco de sus ataques sino costumbres cuya vejez y tendencia las hace indignas de pertenecer más a Buenos Aires. Es el joven Buenos Aires que se levanta sobre el Buenos Aires viejo” (*La Moda*, N° 18, Bs. As. Pág. 1, cols. 1 y 2)

Este pasaje es interesante por dos motivos centrales en la consideración del semanario: en primer lugar, se asume el *uso de frivolidades* como estrategia de cooptación de un público que aparece definido, de suyo, por un horizonte de expectativas ellas sí pueriles pero que pueden y deben ser reconvertidas; por otro lado, la clara conciencia que diseña dicha estrategia (“la más frívola de sus chanzas lleva su objeto serio”) muestra que los editores piensan seriamente en la posibilidad de ese doble movimiento pedagógico que

mencionamos más arriba: mientras se busca la modelización de conciencias ciudadanas se espera que su efecto *implique* los estratos más altos del poder: la nueva Buenos Aires todavía *incluye* (*quiere* incluir) la política federal de su Jefe Supremo. Ese perfil de seducción hacia el rosismo, conjugado con la intención reformista de sus artículos, quizá defina el tipo de crítica del semanario. Algo que puede comprobarse en la medida que esa ilusión empieza a declinar: son, en efecto, los últimos números los que asumen un carácter más crítico, en sentido negativo o de distanciamiento, contra la figura (del gobierno) de Rosas, aunque nunca abandonen la ambigüedad estratégica de sus inicios.⁸⁴

La otra estrategia que hemos identificado, y que se liga al perfil más político de la publicación, es una suerte de balanceo entre los distintos enfoques de un mismo número, en conjunción con la práctica satírica larriana de los *Boletines Cómicos* firmados por *Figarillo*. Así, por ejemplo, si el artículo dedicado a la moda de los peinados femeninos se permitía discurrir sobre el tipo de gobierno que debería adoptar la sociedad rioplatense (la democracia republicana, tal como en Estados Unidos), otro, del mismo número, hace una alabanza del régimen político rosista, identificando la moda del color punzó con un movimiento general y popular de ideas y creencias:

⁸⁴ No intento decir con esto que en los últimos números la inclinación filorrosista pase a un segundo plano, sino señalar que, a pesar de esa filiación (en algún punto estratégica), sobre los números avanzados empiezan a “filtrarse” críticas más comprometidas como, por ejemplo, las del número 21 (7 de abril de 1838), “Espíritus positivos”, donde se lee: “El hombre que pasea con desdén su vista por las altas luces, fundamento único de la patria, pronto perderá el sentimiento de la dignidad nacional: el que ha perdido el sentimiento de la dignidad nacional pronto abdicará también del sentimiento de su dignidad personal (...) Los hombres positivos (y poned atención en esto) llevan en sí el germen del odio, como la diplomacia maquiavélica, chicanera, lleva en sí el germen de espantosos resultados y el anatema de nuestro tiempo” (pág. 2, col. 1); junto a esto que sigue: “Triste con estas bagatelas andaba yo el otro día por las calles del Cabildo. Indiscreto de mí, sin haber antes pensado que no se puede pasar impunemente por este jardín de nuestra festiva juventud. Así fue. De repente, cogióme uno del brazo siniestro con estas palabras: ‘Viva don Fulano’, cómo va ese valor?, pasado de un estilo tan democrático (...) no supe contestarle más que: cómo está Ud. caballero?” (“Qué me importa”, pág. 3, col. 1). Cabría la hipótesis, que sostengo en el cuerpo del trabajo, de un intento de equilibrio en los “ataques” al gobierno. En efecto, en el número 20, del 31 de marzo, la crítica velada sobre la omnipotencia del Gobernador que aparece en el Boletín titulado “El nombre”, no pudo pasar inadvertida. Dice allí Figarillo (Alberdi): “No hay más llevar, venga o no venga, el nombre de Juan para ser completo. Porque Juan es prudente, porque Juan tiene mucha paciencia, porque Juan es muy callado, porque Juan es muy complaciente, porque Juan es el todo, pasando por alto a Perico de los palotes sin cuya intervención nada puede hacer ni malo ni bueno” (pág. 5, col. 2). Si a esto se suman las críticas más descarnadas del número siguiente que hemos citado en esta misma nota, puede entenderse que, en el número 23, los redactores recurran a un intento de amortiguación, mediante el artículo “El asesinato político”, que condena la disidencia política en los siguientes términos: “El que atenta contra la vida del jefe supremo, delincuente cosmopolita, negarle asilo debe el mundo entero” (pág. 1, col. 2).

“Cuando una idea política adopta un color (...), y esta idea se levanta sobre todos, el color que la simboliza, en manos del espíritu público no tarda en ponerse de moda: todos desean llevar sobre sus vestidos el color que expresa el pensamiento y el interés de todos; y consigue de este modo el doble imperio de la sanción pública y de la moda, que también es una sanción pública. Tal es entre nosotros el color *punzó*, emblema de la idea federativa: es a la vez un color político y un color de moda: lo usa el pueblo en sus vestidos y el poder en sus banderas, contando así con una doble autoridad de que sería ridículo (...) sustraerse. Esos que (rezongan?) del color *punzó*, debieran ver que le lleva sobre su seno, el Pueblo, que es mejor que ellos y que honra todo lo que toca. Se ha de cerrar los ojos a lo que los pueblos quieran, para ser buen patriota; lo que es la costumbre ha de ser santo: fe en el Pueblo tanta como en Dios: culto a la una como a la otra majestad:-es el dogma de los hombres libres” (ídem, N° 3, pág. 4, col. 1)

Si el color *punzó* es uso de moda es porque su legitimación proviene del pueblo. Pero no hay que engañarse: también es uso del poder y lo que no se dice (que el gobierno lo utiliza también como forma de orientación pública) se deja deducir por lo que los propios editores publican en otros números: la retórica que diviniza al pueblo “soberano” no es, para el grupo de letrados que quieren conducirlo y educarlo, volverlo *ciudadano*, más que eso: pura retórica, y su utilización es funcional en la medida que el poder garantiza un espacio a sus propios intereses:

“Sí: el pueblo es el oráculo sagrado del periodista, como del legislador y gobernante, faro mortal y divino, él es nuestra guía, nuestra antorcha, nuestra musa, nuestro genio, nuestro criterio, él es todo y todo para él ha sido destinado (...) Las masas son santas porque son el cuerpo del pueblo, digámoslo así, ellas mueven, también sostienen, edifican (...) *pero no legislan no inician no presiden. No deben ser consultadas directamente en tales materias, porque carecen de la conciencia de sus altas necesidades, sería preguntar a un adolescente que necesita ser instruido qué cosas le son convenientes.* Enseñar estas cosas, en tanto que tales no pareciese es lo que importa (...) Persistir en enseñarles es el deber, que si ellos son realmente buenos, un día serán aceptados y tanto más honrados los servicios del escritor cuanto más mal reconocidos hayan sido al tiempo de dispensarlos...” (*La Moda*, N° 18, pág. 5, Col. 2 [El subrayado es mío])⁸⁵

Si el “pueblo” no entiende las enseñanzas que le brindan los letrados, estos deben persistir en el camino pedagógico pues, como a una piedra (el símil “cuerpo”-“edificio” es claro en este sentido y pone en circulación una larga tradición escolástica: la distinción

⁸⁵ Este artículo aparece en la página 2, bajo el título genérico de *BOLETÍN CÓMICO* y un subtítulo: “Papel Popular”, y es firmado, obviamente, por *Figarillo* (Alberdi).

cuerpo-alma como preconcepto con el que operar ideológicamente sobre la “masa”) la prédica ilustrada pulirá con el tiempo las “conciencias” infantiles de la “masa” (la metáfora “padre-hijo” viene a rubricar esa distancia jerárquica). La “santidad” del “pueblo” es puro cuerpo: la retórica ilustrada le fija los límites. En esta línea, el elogio del *color punzó* combina el artificio de una moda política con el sutil intento de una cooptación de esa energía civil: las costumbres deben ser re-convertidas. Así, frente a la sentencia que dictamina que “se ha de cerrar los ojos a lo que los pueblos quieran, para ser buen patriota” se opone el paternalismo ilustrado que aconseja un distanciamiento de esa “autoridad” corporal, “*porque carece(n) de la conciencia de sus altas necesidades*”. La retórica democrática de *La Moda* es un arma de seducción de doble filo: la doble autoridad “santa” (Rosas y el pueblo) es el espacio donde insertar la “frivolidad” travestida de su palabra. Cuando ese espacio empiece seriamente a resquebrajarse y las ilusiones filorrosistas desaparezcan, el color punzó será prueba (por ejemplo en Sarmiento) del retraso de la sociedad bajo el régimen federalista y caudillesco.⁸⁶ Podrán decir, desde la otra orilla (retórica y geográfica), sin suponer contradicción en sus mismas palabras:

“El pueblo que no participe de la moda, es un pueblo muerto para la época. Sus trabajos serán siempre retrógrados, insuficientes para alzarlo al nivel de la más atrasada de las sociedades que trabajan y se agitan por marchar con el tiempo” (*El Iniciador*, N° 3, Montevideo, 15 de mayo de 1838, pág. 6, col. 1: 138 ef)⁸⁷

El artículo, titulado “Modas”, que apareció en *El Iniciador* de Montevideo, a poco menos de un mes de la desaparición pública del *Gacetín* de Alberdi-Corvalán, se hace eco de la retórica iniciada al otro lado del río de la Plata y afianza los lazos de continuidad con su programa pedagógico con la convicción de que, “en esto de las letras, el país [oriental] promete tanto como Buenos Aires”.⁸⁸

⁸⁶ Esta conceptualización general merecería ser puntualizada. En realidad, podría aseverarse que en el caso de Alberdi, el color punzó no significará un signo de opresión ni un rasgo de “barbarización” para la sociedad rioplatense. En la segunda de sus quillotanas, se refería de este modo al color punzó: “Este color representaba el sistema federal. Adoptado el sistema, ¿podía ser tan esencial la abolición del símbolo? Federales en uno y otro campo, era el color común de vencedores y vencidos” (Alberdi: 2005 [1853]: 82).

⁸⁷ La sigla “ef” indica la página de la Edición facsimilar.

⁸⁸ Dicha filiación, que además conjuga la noción de una crítica pautada detrás de lo frívolo, aparece ya en un artículo del segundo número de *El Iniciador*, en el que se reseña el carácter del *Gacetín* en los siguientes términos: “¿Cuántas bellas lectoras y galantes caballeros no habrán sido engañados en sus esperanzas a la lectura de aquellas páginas en que creían encontrar un nuevo descubrimiento con que hacer más graciosos y elegante el vestido y más picantes las formas, cuántas de ellas no habrán arrojado desdeñosamente aquellas

2. 3. *El Iniciador* y la educación intelectual: cuando “todos” son unos pocos

“*El porvenir es nuestro* y del desprecio de la turba
séanos bastante recompensa el aplauso
de los pocos que os saludan hermanos.”
El Iniciador.⁸⁹

El periódico montevidiano comenzó a publicarse el 15 de abril de 1838, seis días antes del último número de *La Moda*, con una frecuencia quincenal y con páginas a dos columnas. Entre sus colaboradores se encuentran Andrés Lamas, Miguel Cané (padre), Mitre, Frías, Echeverría, Florencio y Juan Cruz Varela, Irigoyen, J. B. Cúneo (un italiano emigrado a la costa uruguaya por pertenecer a una logia mazzinista), y los autores que participaron del proyecto de *La Moda*: Alberdi, Juan María Gutiérrez, Carlos Tejedor y Rafael J. Corvalán. Como se induce de estos nombres, *La Moda* y *El Iniciador* comparten un imaginario común, por lo que podría pensarse a *El Iniciador* como continuación, aunque menos atada a esa política de “coquetería” con que definiera Miguel Cané al semanario de Alberdi y Corvalán, del proyecto reformista que *La Moda* supo desplegar en las calles de Buenos Aires.

Quizá uno de los puntos de contacto desafectados de esa “coquetería” sea la asunción de un espíritu reformista generacional que, desarrollado fragmentariamente en *La Moda*, cobra en el periódico montevidiano mayor despliegue doctrinal, consustanciado con un cuerpo de ideas que son las que emergen por primera vez alrededor de las lecturas del Salón. En este sentido, la lectura de *El Iniciador* nos va a mostrar un marcado intento de filiación político-ideológica, cuya principal característica consiste en la propagación de las ideas republicanas que asentaron la *Asociación de Mayo* y su *Credo*. Nota singular de esa filiación es la presencia de la firma de Echeverría en algunas pocas colaboraciones del periódico y, por supuesto, la publicación, en el último número del periódico, del *Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*.

páginas después de la rápida lectura de alguna de sus líneas en que tan palpablemente se desmiente su título?. Esa moda, amables lectoras, no es aquella.” (*El Iniciador*, N° 2, Montevideo, 1 de mayo de 1838, pág. 6, col. 1).

⁸⁹ N° 2, 1 de mayo de 1838, Montevideo, pág. 6, col. 2

Al mismo tiempo, la continuidad se verifica no sólo en colaboraciones de los ex redactores del *Gacetín*, o en la inserción de algunos artículos ya publicados en *La Moda*, la mayoría firmados por Figarillo,⁹⁰ sino, y sobre todo, en el cúmulo de ideas que despliegan los artículos en consonancia con la retórica democrática y reformista definida por los redactores de aquel semanario.

Teniendo en cuenta esa continuidad, me voy a detener sobre dos ejes que sobresalen en la publicación montevideana. Por un lado, el intento estratégico de sumar la aprobación de los representantes unitarios y, por el otro, el afán instructivo-iluminista, es decir, pedagógico, que, si en *La Moda* vestía los ropajes de lo “frívolo”, en este caso aparece marcadamente expuesto y tematizado. Si la retórica reformista sigue operando al otro lado del río de la Plata, su distancia geográfica permite la expansión ideológica y publicitaria hacia zonas marcadamente políticas.

Como rasgo característico, entonces, que esa retórica asume al otro lado de la rivera, se presenta un impulso mayormente doctrinario, como el afán de estrechar filas con el ideario de “los hombres de mayo”, junto al intento de aproximación (y asimilación) de ciertos sectores de unitarios reacios a las efusiones románticas de la joven generación (la presencia de los hermanos Varela es sintomática en ese sentido). El periódico, además, lleva impreso en todos sus números el lema *Periódico de todo y para todos*, que subraya el afán de sumar a sus filas el sector unitario que prevalecía en Montevideo. Una prueba de ello aparece en el número 3 mediante un artículo que pone en escena un diálogo ficticio entre un (anónimo) lector y un colaborador del periódico. A medida que avanza, el artículo nos va presentando a ese lector anónimo con los rasgos característicos de un viejo unitario y, previsiblemente, el colaborador intenta ilustrarlo en la corriente de las nuevas ideas que son, por supuesto, las que se publican en el periódico y excusa para la “carta de lector”. Dice allí el “lector unitario”:

“- (...) Tributarse *Iniciadores*; muchachos que han aprendido apenas a balbuciar algunas palabras de esa jerga misteriosa, que tanta bulla hace en Europa, y que hasta

⁹⁰ Entre los artículos aparecidos en *La Moda* de Buenos Aires que son reeditados en *El Iniciador* figuran los *Boletines Cómicos* titulados “Los escritores nuevos y los lectores viejos” y “El Bracete”, firmados por Figarillo. En el anteúltimo número del periódico montevideano (Nº 3 del segundo volumen), aparece un *Boletín Cómico* titulado “Cursos públicos. Enseñanza del Idioma”, inédito de *La Moda*, que retoma la cuestión del lenguaje a través de una parodia (la figura de un “profesor castizo”) sobre qué lengua y cómo debe ser usada en “América la castellana” (*El Iniciador*, Nº 3, Montevideo, 15 de noviembre de 1838, págs. 19 y 20).

ahora no ha producido otra cosa que confusión en los ánimos y las más extravagantes ideas en el mundo; pretender echarla de maestros en nuestras barbas como si fuéramos ciegos (...) y vuestros padres que os han conquistado una patria, que os han elevado al rango de las naciones civilizadas (...) os merecen tan poco precio para llegar hasta odiarlos para no contar con ellos siquiera? ¡Y como si ellos nada hubieran hecho, como si no hubieran existido siquiera, ahora os venís tributando Iniciadores! (*El Iniciador*, N° 3, Montevideo, 15 de mayo de 1838, pág. 11, col. 1)

A lo que el colaborador del periódico contesta:

“- (...) V. Nos acusa de que despreciamos a nuestros padres. Nosotros no los despreciamos, por Dios!. Ellos son la más bella gloria de la patria. (...) Pero a pesar del amor y admiración que les profesamos, no dejamos de conocer que si ellos mucho hicieron, no lo han hecho todo (...) Todo lo que pretendemos hacer es una continuación de lo que hicieron nuestros padres (...) La civilización es el progreso; el Progreso abraza cuanto encierra la inteligencia, es decir, la Razón (...) Luego es falso que el pasado sea el maestro del porvenir; es un error admitido sin examen (...) La historia, ha dicho Mazzini, es un gran libro en el que cada siglo viene a completar su renglón” (ídem, pág. 12, col. 1)

Los redactores son concientes entonces del rol que les toca en el nuevo siglo: su página en la historia es el principio de una escritura que convoca los esfuerzos juveniles para la consecución de los ideales de mayo. A ellos les toca completar la revolución política con las armas de las letras porque, como está escrito en uno de sus artículos, “la revolución pide una interpretación filosófica y poética” (*El Iniciador*, N° 10, pág. 14, col. 1). Iniciar la “marcha” de esa batalla es el lema que sustenta el ideario de los jóvenes redactores y que se exhibe en el acápite italiano que encabeza todos los números de la publicación: “*Bisogna ripossi in via*”. *Ponerse en camino* es concebir la historia de la futura nación. El periódico es, en este sentido, una metáfora extrema de un pasado que ya es futuro: es la “ficción calculada”, que impulsa la escritura de *Amalia*, de Mármol, o que enhebra el tejido facúndico de la historiografía liberal que desemboca en la *Historia* de Mitre, en los engranajes de la prensa periódica. Si al decir de Ricardo Rojas, “nuestra historia posterior a Caseros, está casi íntegramente en la prensa argentina” (1948: 578, II, Vol. 8), debiera agregarse que el impulso historiográfico de la nación imaginada antes de esa bisagra se contrae hasta las páginas de estos primeros periódicos románticos. La literatura en esas horas se afianza materialmente en la prédica periódica y los letrados románticos confían en el poder de conjuración de sus palabras. En el artículo citado, el diálogo continúa en el

mismo tono; el (anónimo) lector unitario hace un repaso de su actuación material por la Patria y de sus “acumulados desengaños” y, al final, ante una invitación del joven redactor (“Únase V. a nosotros”, le dice), el viejo unitario responde: “- Ah, sí, vuestras palabras han resucitado en mí toda mi antigua fuerza que se acunaba en mi pecho” (idem, pág. 13, col. 1; 147 ef). Las palabras de la joven generación resucitan los viejos ideales: he ahí el programa cultural romántico: continuar, pero regenerándolo, el ideario político de mayo. La preocupación sobre el mejor modo de capitalizar ese imaginario atraviesa esa zona del periódico en la que se pone en escena la distancia (y el intento de adecuación) generacional que separa a los viejos unitarios de los jóvenes románticos a ambas orillas del Plata. Es notable, en este sentido, la emergencia de una conciencia histórica que prevee el horizonte de actuación en el tiempo futuro de las nuevas generaciones. En un artículo, escrito por Alberdi, en el N° 5 del periódico,⁹¹cuyo título (“La generación presente a la faz de la generación pasada”) reproduce otras instancias de esa misma preocupación (por ejemplo, “Los escritores nuevos y los lectores viejos”, de *La Moda*), vuelve a escenificarse un diálogo entre jóvenes y un viejo unitario. Sólo que aquí, el predicador doctrinario resulta ser el viejo unitario que, después de un largo discurso, sentencia: “sepan que los gigantes de la Patria, no son los gigantes de la retórica” (*El Iniciador*, N° 5, pág. 9, col. 1; 189 ef.). El artículo, dirigido más bien a sus correligionarios generacionales, da cuenta de esa conciencia particular que se anticipa en prever un horizonte futuro de actuación e imagina un escenario en el que los jóvenes letrados prescriben la letra (jurídica, para el caso de Alberdi) de la nación futura: “nosotros sabemos bien que nuestras ideas son incompletas y pasadas [dice el “lector”], que, como en todo hay un progreso indefinido (...) ¿Pero han dado ustedes bastantes pruebas de que están al cabo de estos conocimientos?”, se (les) pregunta el “viejo unitario” a los jóvenes reformistas, y continúa:

“¿A qué se reduce el saber decantado de ustedes, sino a un saber de plagiarios y copistas? (...) Hablan de Legislación, y no conocen ni las leyes del país: incapaces de todo saber de aplicación, en todo procedimiento positivo, de que Cicerón, esta cabeza inmensa, hacía su primer título de gloria.

Qué harían ustedes si el día menos pensado se vieses llamados a redactar un código para el país?” (*El Iniciador*, N° 5, Montevideo, 15 de junio de 1838, Págs. 7 y 8, cols. 1 y 2, 188 ef).

⁹¹ La autoría de los artículos del periódico se deduce de las inscripciones manuscritas realizadas por Miguel Cané sobre el ejemplar de *El Iniciador* perteneciente a la Biblioteca Nacional. De esas referencias, transcritas por Vedia y Mitre en la edición facsímil, extraigo los nombres de los colaboradores.

En primer lugar, se constata ya en esta época temprana la preocupación alberdiana por la letra jurídica (el código) para la (futura) nación. El interrogante último evidencia una demanda hacia el interior del circuito letrado de la joven generación: los saberes prácticos, legislativos e institucionales deben formar parte del cúmulo de ideas que, si, por un lado, el artículo refrenda y aprueba en la propia constatación del “lector”, por el otro, parecen no “llenar” la agenda de su formación intelectual. Hay, en ese pasaje, un reclamo y un llamado de atención a los propios redactores del periódico. En segundo lugar, la referencia temática hacia los códigos de legislación en una publicación en donde los saberes “literarios” rebasan toda reseña jurídica (el “hablan de Legislación”, en este sentido, no es representativo de los contenidos del periódico) pone en escena las contradicciones propias de la nueva generación e, incluso, parecería estar marcando un vacío o una carencia que las mismas páginas del periódico vendrían a subrayar.

Esas contradicciones, en general sutiles, que emergen en las propias páginas del periódico quizá tenga su fundamento en la diversidad de sus colaboradores. Si *La Moda* fue escrita o dirigida, como *El Zonda*, casi completamente por sus redactores responsables, en el caso de *El Iniciador* pareciera que, bajo el sistema general de ideas que los reúne, las “voces” (como la del pasaje citado de Alberdi) se permiten ciertas, aunque menores, divergencias.

Antes de procurar dar cuenta de alguna de ellas, detengámonos en el factor instructivo-pedagógico de la publicación. Un artículo, precisamente titulado “Educación”, del N° 5 ya citado, hace evidente la continuidad con el esfuerzo del *Gacetín* porteño pero ahora desde una tematización que da cuenta del pensamiento de la nueva generación sobre lo civil:

“Dirigir y fomentar el desarrollo de las costumbres, es a nuestra opinión la obligación más urgente del Gobernante de toda nación joven (...) El Gobernante como el padre de familia debe formar el corazón del ciudadano” (idem, pág. 4, col. 2; 184 ef)

Paternalismo pedagógico que introduce una nota fundamental en el pensamiento de la nueva generación: la de la ciudadanía. La idea atraviesa diversos artículos y da cuenta de lo que, en la formulación del programa social de la elite criolla, sigue siendo una problemática cuya contradicción queda registrada en el propio *Código* de la *Asociación* de los jóvenes

románticos.⁹²Uno de esos artículos se titula “Poesía nacional” y, entre los consabidos conceptos románticos sobre la cuestión, ya esgrimidos suficientemente en *La Moda*, se interpola lo siguiente:

“En circunstancias como las actuales de regeneración y movimiento, nada más intempestivo e indiscreto que distraer la atención de las vitales exigencias de nuestra sociedad, para entregarse a pueriles e ingeniosas vaguedades. *Queremos ciudadanos*. La ciudadanía en la poesía, el arte, la filosofía, la política y la literatura” (*El Iniciador*, N° 10, Montevideo, 1 de septiembre de 1838, pág. 14, col. 1; 306 ef [El subrayado es mío])

La demanda por ciudadanía entrelaza una concepción de la literatura que, orientada por las *Rimas* de Echeverría y contrapuesta a las manifestaciones populares, tiene todos los rasgos de un proyecto modelizador. En el N° 3, precisamente en un artículo titulado “Literatura”, se había dicho: “Nosotros concebimos que la literatura de una nación joven es uno de los más eficaces elementos de que puede valerse la educación pública” (15 de mayo de 1838, pág. 3, col. 1; 135 ef). Claro que la categoría de “ciudadanos” porta la problemática cuestión de los límites que en la sociedad “carente” de ellos, según su interpretación, impone su definición. En este punto el sistema democrático, declamado en literatura y en “artes” (el liberalismo que había proclamado Víctor Hugo) por la joven generación que veneraba la “profunda moralidad” cristiana, en términos políticos y jurídico-sociales se recluye hasta dibujar el arco estrecho de su concepción interesada. Aquel “pueblo” “muerto” para la época por no participar en la corriente de ideas de la nueva generación (la moda), santificado desde pruritos ideológicos importados (que no sólo rige las conciencias de la generación romántica sino que ya había hecho su debacle en el proceso independentista) y que desde las páginas de *La Moda* se llamaba “musa” de inspiración soberana a la par que se lo restringía al lugar subalterno del educando, empieza a ser visto a través de la lente ideológica cuando se hace evidente su peso decisivo en el factor político:

⁹² Dice el *Dogma*: “Para emancipar las masas ignorantes y abrirles el camino de la soberanía es preciso educarlas. Las masas no tienen sino instintos: son más sensibles que racionales; quieren el bien y no saben a dónde se halla” (Echeverría 1972 [1838]: 153). Y más adelante: “Ellas [las masas] no pueden asistir a la confección de la ley que formula los derechos y los bienes de sus miembros asociados” (ídem: 154). Este es parte del *Credo* que se publicó en el último número de *El Iniciador*.

“El pueblo no es tan soberano que lo puede todo (...) Por desgracia no siempre la voz del pueblo es la voz de Dios, por desgracia hay pueblos egoístas, hay pueblos déspotas, pueblos tiranos. La anarquía es el egoísmo popular, como la esclavitud es el egoísmo individual sosteniendo al egoísmo tiránico” (*El Iniciador*, N° 6, Montevideo, 1 de julio de 1838, pág. 8, col. 1; 208 ef)

El artículo al que pertenece este pasaje, “El egoísmo”, hace referencia al despotismo político y a la tiranía que, aunque no lo nombre, representaba para los redactores el régimen rosista al otro lado del río. El artículo que le sigue, “Palabras de Unión”, cargado de referencias bíblicas, continúa el argumento identificando al “pueblo” engañado con la mujer que cedió a la serpiente del demonio. Esa identificación, de carácter propagandístico, vuelve a ubicar al “pueblo” en un lugar afásico: será la mujer débil (engañada) de las sagradas escrituras o, como vimos anteriormente, el niño dócil que necesita que le “enseñen” sus “altas necesidades”. Ahora bien, en esa concepción política se funda también una concepción literaria: las palabras impuras de los bardos populares deberán ser, al igual que sus conciencias, reconvertidas por la letra educativa. La ciudadanía se dibuja en una literatura que, por encima de su fundamento estético, debe pulir las conciencias y modelizar los discursos “anárquicos”. Porque habrá lectores sólo si hay ciudadanos, la literatura y la prensa antes que definir sus propios contornos, deben educar.

2. 4. *El Zonda*: gobernar es poblar... de lectores

“Las publicaciones periódicas hoy son la única medida
para juzgar a un pueblo sobre su Estado.”
*El Zonda.*⁹³

A principios de mayo de 1839, presumiblemente, llega Quiroga Rosas a San Juan, primer paraje de lo que llamó su “caravana progresiva”, con el fin de difundir el “catecismo” del *Dogma* (sus “Palabras simbólicas”) que habían escrito los jóvenes de la sociedad secreta de Buenos Aires, a la cual él mismo pertenecía. Allí encontró jóvenes adeptos a las ideas de la “nueva generación”, entre ellos Sarmiento, Laspiur y Cortínez. Con el primero fundó un periódico cuyo nombre, según los redactores, surgió (¿de la boca?) de un peón de campo que arrimaba un caballo al dueño de casa: *El Zonda*.

⁹³ [N° 4, 10 de agosto de 1839].

Desde la aparición de *El amigo del orden*, fundado por Rudecindo Rojo y Francisco Narciso Laprida, publicado por la imprenta oficial en 1825, hasta el semanario de Sarmiento y Quiroga Rosas, varios periódicos fueron apareciendo con distinta suerte. Entre ellos, y quizá como antesala, habría que mencionar *El Abogado Federal*, publicación rosista que apareció desde el 24 de enero de 1836 hasta el año de aparición de *El Zonda* (Verdevoye 1988: 16). Un buen resumen del ambiente intelectual y de las publicaciones periódicas en San Juan desde el año 1823 hasta la creación de la Escuela de Señoritas y la fundación del semanario que nos toca, se puede hallar en el libro que Paul Verdevoye dedicó a la figura de Sarmiento como educador y escritor público.⁹⁴ Entre las notas que sobresalen en ese texto, cabría destacar la designación de Sarmiento, por parte del gobernador Benavídez en junio de 1839, como Director de la imprenta de la Provincia, de cuyas oficinas saldrá impreso el *Prospecto* que declaraba la creación de *un establecimiento de educación para señoritas dirigido por D. Domingo Faustino Sarmiento*. Desde esa misma imprenta oficial se lanzará al público el primer número de *El Zonda*.

No nos detendremos aquí en detallar los artículos aparecidos en la efímera vida del semanario, como tampoco en dilucidar los probables autores de cada uno de ellos; baste decir, sobre esto último, que el propio Sarmiento se adjudica mayormente su redacción junto a Quiroga Rosas.⁹⁵

La lectura de los seis números de *El Zonda* contrasta con su modelo inmediato, *La Moda* de Buenos Aires, no sólo por la mayor continuidad que tuvo esta última, sino por el alcance de la prédica y aún de la crítica social que se esparce en sus páginas. En efecto, a diferencia del semanario porteño, del cual sin embargo toma más de lo que explicita, *El Zonda* desarrollará su prédica adscripta fundamentalmente a dos frentes de ideas: la educación y el gobierno. Sobre el primero da cuenta la publicación, en el número inicial, del discurso dado por Sarmiento en la inauguración de la Escuela para Señoritas, donde se destaca una idea fundacional del discurso sarmientino, la de ser “el intérprete de los deseos de la parte pensadora de nuestro país”, idea a que acudirá nuevamente en *Recuerdos de*

⁹⁴ Véase: *Domingo Faustino Sarmiento. Educar y escribir opinando (1839-1852)*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1988.

⁹⁵ Un detalle, en ese sentido, en Verdevoye: 1988: 11-54. En la primera página de la colección de los seis números del periódico, encuadrada por el propio Sarmiento, que se conserva en el Museo Histórico Sarmiento de Buenos Aires, escribió el sanjuanino: “Faros luminosos/EL ZONDA/ Redactado por los señores Quiroga Rosas y D. D. F. Sarmiento/1839/Murió al mes y medio haciendo su testamento” (Verdevoye 1988: 25)

provincia, de forma programática. En el enunciado transcrito, decía el sanjuanino: “Una casa de educación para señoritas era una necesidad que urgía satisfacerla, y yo indiqué los medios: juzgué que era llegado el momento y me ofrecí a realizarla. En fin, señores, el pensamiento y el interés general los convertí en un pensamiento y en un interés mío y esta es la única honra que me cabe” (*El Zonda*, N° 1, San Juan, 1839, pág. 2, col. 3). Pero la educación también será pensada como estrategia de inserción en la opinión y en la conciencia públicas por parte de los redactores del semanario. Aquí también, como en *La Moda* y en *El Iniciador*, “educación al pueblo” es un principio ligado fundamentalmente a la condición de ciudadanos: las letras (la lectura) forman ciudadanos capaces de reconocerse en el progreso de las civilizaciones (función que el sanjuanino arrastrará por años y que tiene su plasmación orgánica en su *Educación popular*). Así, por ejemplo, a los fines de propagar las ideas progresistas que debían popularizarse, los redactores recurren a una supuesta carta enviada por una mujer que quiere saber “lo que significa la palabra siglo” (si son diez o cien años). Y los redactores responden:

“Cuando se dice *el siglo*, es lo mismo que si dijésemos los deseos, las esperanzas, las necesidades, las ideas, los sentimientos de la humanidad actual. En este sentido, siglo es una palabra sintética, esto es, una palabra compuesta que expresa todas las fases de la civilización: de suerte que decir *el siglo* es hablar una metonimia que vale tanto como si dijese la humanidad presente, esto es, lo que la humanidad quiere y hace. Como la base de la vida humana es *el progreso*, o la perfectibilidad constante de nuestra naturaleza, no es posible que las ideas y sentimientos de la humanidad sean los mismo en todas las épocas, o más corto, no es posible que un siglo sea igual a otro siglo (...) Para explicarlo mejor, nosotros vamos a ensayar de hacer una rápida caracterización de los tres grandes siglos que nos preceden” (*El Zonda*, N° 6, San Juan, 25 de agosto de 1839, pág. 2, col 1)

La excusa sirve a los redactores para hacer una breve reseña ilustrativa de los acontecimientos históricos que desencadenan su movimiento en el siglo XIX. Se hablará del siglo XVI que “se expresa por su sed de descubrimientos, ya fuese que un hombre alzase su frente hacia las estrellas o extendiese sus ojos por el espacio que lo sostiene”, del XVIII, que “toma su carácter de ese estudio de la razón y las leyes, de la historia y de la naturaleza de los gobiernos” y que concluye en “la grandeza de la edad moderna, haciendo que los pueblos tomen (d)el gobierno (...) por medio de los representantes proclamados por ellos mismos”, cuyo ejemplo, Norteamérica, abrió el camino para las revoluciones “de donde nace precisamente la nuestra”. Y cuando se llegue al momento de definir los rasgos sobresalientes del propio siglo, se dirá:

“El pensamiento supremo de nuestro siglo es el *progreso* continuo aplicado a todos los elementos humanos, ciencia, arte, industria, política, etc. En los siglos diecisiete y dieciocho se había conocido esta idea bajo la fórmula de *perfectibilidad indefinida*; pero no se le había mirado como la ley dominante y el manantial de la vida en cada una de sus partes y en su unidad (...) Es P. Leroux, sin contradicción, uno de los más fuertes pensadores de la época, él ha sacado del siglo, del arte, de la ciencia y de la política (...) como nadie lo había hecho antes de él (...) para llevarla también a la naturaleza exterior, a la animalidad, la tierra y todo el universo, así, él le ha dado una forma universal imperecedera, a saber: *progreso continuo o creación continua*. Este es, pues, el pensamiento sintético de la humanidad actual” (ídem, pág. 2, col. 3).

Las ideas vertidas son las mismas que orientaban a los jóvenes reunidos en el Salón y que hallaron su definición acabada en las “Palabras simbólicas” de la Asociación de Mayo. Lo que quizá merezca señalarse es la forma mediada para la prédica de esas creencias en una provincia que, como San Juan, parece no contar con un público suficientemente capaz de hacerlas suyas (motivo que será irónicamente abordado por los redactores del semanario y al cual haremos referencia en las páginas que siguen): entre la pregunta por el significado de la palabra “siglo” y la “explicación” que dan los redactores existe una distancia cultural que, aunque pregunta y respuesta hayan sido programáticamente diseñadas, pone en escena algo que el semanario no hará más que subrayar: antes que *opinión pública* se necesita *educación* para que la provincia entre en el camino del “progreso continuo”, como identificaban los jóvenes letrados el camino de la civilización. A lo que habría que sumar, además, la diferenciación genérica que ocupa un lugar importante en el discurso letrado de la nueva generación. Cuando, en el número inicial, se discurre acerca del nombre del periódico, entre los argumentos que favorecen su utilización, se lee el siguiente: “Por otra parte [El Zonda], suena muy dulcemente en muchos oídos, y trae mil recuerdos gratos a las jovencitas que frecuentan sus aguas. Oh, replicó otro, ¿qué, también las niñas han de leer? No, pero lo verán al envolver una tableta o hacer un cartucho, y siempre se aventaja algo en eso” (ídem, pág. 2, col. 2). Parece claro que el semanario señala una falencia social, aquella que otorga a las mujeres un lugar íntimo y doméstico y nada inclinado a incorporarlas a la vida pública. La identificación de la mujer supeditada a los quehaceres domésticos y la prédica a favor de su compromiso ciudadano formaba parte también del discurso reformista de *La Moda*, donde la crítica era

todavía más sarcástica que la ironía de esa frase del semanario sanjuanino.⁹⁶ Quizá haya en esto un rasgo social coincidente, más que una probable influencia entre ambas publicaciones. Los redactores, en este sentido, recurrirán a la ironía cuando se haga necesario llamar la atención sobre las carencias culturales de la sociedad sanjuanina. Utilizando un recurso conocido, y que puede rastrearse incluso hasta en *El argos de Buenos Aires* de 1824,⁹⁷ la invención de un lector “severo” (o, en términos lingüísticos, castizo) que envía su diatriba contra la publicación “progresista”. En el caso que nos ocupa, esta figura aparecerá representada bajo la firma de “Don Serio”, en el segundo número publicado. Entre otros conceptos, este “Don Serio” se queja de que el semanario difame las costumbres y cualidades de la provincia, en vistas al famoso “qué dirán” del resto de los estados provinciales. Pero el artículo sirve para, a través del recurso de la ironía, dar cuenta precisamente de aquello que un discurso directo no podría afrontar sin quedar encerrado en su misma lógica: la de la denuncia. La carta, dirigida a los editores, dice entre otras cosas:

“He visto el primer número de su periódico, a quien deseo larga vida, y me he llenado de disgusto. Por más sabios que ustedes sean se conoce que es la primera vez que escriben para el público, porque ustedes no le han guardado el respeto deben ni le han hablado con aquellos miramientos que (...) VV han hecho una entrada de bufones sin advertir que las gracias no vienen bien sino cuando uno está para gracias. VV han ultrajado la gravedad del pueblo sanjuanino, metiéndose en changas con el “todo esto es malo”. VV pintan a San Juan en un estado muy atrasado, qué dirán los mendocinos, qué se dirá en Buenos Aires y en las demás provincias de las nuestras. No formarán una idea desventajosa y deshonrosa de nuestro país cuando se lean que en San Juan no hay sino viñas arruinadas, potreros y abrojos? (...) Cualquiera va a creer que aquí no hay casas, ni iglesias ni plazas ni

⁹⁶ También en *El Iniciador* esa preocupación aparece expuesta. Por ejemplo, al final del artículo citado en este trabajo, “Educación”, se demanda la figura de una mujer patriota que “salga a trabajar, como el hombre, por la civilización, por la humanidad, por la patria” (idem, pág. 4, col. 2).

⁹⁷ En efecto, el recurso, propio del discurso periodístico, es utilizado por varias publicaciones de la época. En *El Argos de Buenos Aires* del 28 de diciembre de 1824, una “carta de lector” responde a otra, publicada en el N° 99 (4 de diciembre), en la que un anónimo lector protestaba ante los galicismos que afectaban al “bello idioma”, firmando *El purista*. Dice la respuesta: “He leído en el número noventa y nueve un comunicado firmado por el *purista*. (...) Y yo le pregunto al señor purista si nuestro *bello idioma* tienen un verbo tan bello y significativo como el que se ha introducido para expresar con precisión la salida por primera vez sobre la escena. También parece que se incomoda mucho el señor purista por la introducción de galicismos en nuestro *bello idioma*, sin duda porque alguien le habrá hecho entender que nuestro *bello idioma* no ha tenido, ni tiene, ni tendrá necesidad de recurrir a los idiomas extranjeros para tomar de ellos lo que pueda perfeccionarlo y enriquecerlo, porque exclusivamente en él se halla todo, todo, semejante al Corán que, según los *mufis* mahometanos, en él todo se encuentra, hasta lecciones prácticas para fundir cañones. Además de esto, señor purista, nuestro bello idioma ¿ha nacido, crecido y perfeccionándose sin sufrir modificaciones ni alteraciones?” (*El Argos de Buenos Aires*, N° 104, Buenos Aires, pág. 6, col. 1).

escuela ni tiendas ni qué comer ni gente tampoco ni nada más- El que lea que las niñas sólo verán al *Zonda* al envolver una tableta creará que son unas golosas que no piensan sino en comer y que desde que salieron de la escuela, si estuvieron en ella, no agarran un libro ni una pluma- El que vea que de treinta mil habitantes sólo sabrá leer cinco mil, creará que este es un país semi-salvaje, porque siendo la lectura un conocimiento tan vulgarizado en todo país civilizado, en el nuestro sólo la sexta parte de sus habitantes lo ha adquirido- El que vea que sólo cincuenta (...) serán los suscriptores del *Zonda*, dirá que aquí no les gusta leer periódicos, ni por consiguiente otra cosa, y que no hay quién este suscripto a la *Gazeta Mercantil*, ni al *Diario de la arde* de Buenos Aires ni al *Araucano* de Chile ni al *Mercurio* de Valparaíso” (*El Zonda*, N° 2, San Juan, 27 de julio de 1839, pág. 3, col. 3)

Párrafo que quedaría en reproche si no fuera por la aceptación de que, en realidad, todo lo enumerado anteriormente viene a ser cierto. Así continua la “correspondencia”:

“Aconsejo, pues, a VV, como verdadero amigo, que no escriban en este estilo a que se pueden dar tan malas interpretaciones en el *extranjero*, y que escriban de modo que aquí se entiendan en todo y sin sátiras ni gracias, que no hablen de los defectos ni vicios del país, *qué necesidad hay que se sepa en otras partes lo que aquí pasa (...)* ¿no saben ustedes que la verdad amarga siempre? Y *qué necesidad hay de decirla cuando todos la conocen* y sienten tan bien como VV.” (*idem*, pág. 4., Col., 1 [El subrayado es mío])

La verdad que los redactores del semanario quieren hacer conocer es el empobrecido estado civil de la sociedad sanjuanina. La prédica, que indirectamente apunta al gobierno, se dirige sobre todo a la conciencia ciudadana, con el fin de agitar “el interés de los sanjuaninos”. Como dijimos más arriba, la prédica de *El Zonda* tiende a incidir sobre cuestiones de educación y de gobierno, mediante una retórica en la que se hace imposible no reconocer la palabra del futuro autor del *Facundo*:

“¿Y por qué se han de tomar el trabajo de pensar en un colegio para la enseñanza de nuestros jóvenes que algunos creen realizarse en el país? Nada de todo eso, la inversión de la hacienda pública, las recargadas contribuciones que el pueblo sufre por el río y acequias, el modo de aligerar aquellas y mejorar estas, la administración de la justicia, el fomento de la agricultura (...), la policía, el aseo de las calles, la formación de caminos y postas, el desempeño de sus funciones por parte de los empleados públicos, la organización de la milicia, el hospital, en fin, todo lo que en otra parte llama vivamente la atención del pueblo, en San Juan es mirado con una profunda indiferencia. Las pocas veces que se reúnen dos o tres ciudadanos, ¿se ocupan acaso de algún asunto de interés público?” (*El Zonda*, N° 6, San Juan, 25 de agosto 1839, pág. 2, col. 1)

Enseñanza, inversión pública, creación de postas y caminos: he ahí el programa que Sarmiento no se cansará de predicar y de hacer público. Podemos pensar que las condiciones de su provincia natal influyeron de manera decisiva en el diagrama modernizador de su diatriba. Las protestas del semanario por la poca resonancia que tienen esas cuestiones en la sociedad sanjuanina se conjuga con el reclamo por el interés en la opinión pública y en los medios de discusión y debate que el periódico intentaba afianzar. Ya en el número dos, los redactores escriben sobre el fracaso de la publicación y se quejan de los que no lo compran, mientras que los editores deben pagar, por disposición de ley, al administrador de la imprenta. Ante la evidencia de la casi nula suscripción (de 400 ejemplares se vendieron sólo 25), se preguntan: “Es por ventura tan despreciable *El Zonda*? Pero, cómo juzgarlo por el sólo hecho de su aparición?”. Después de un balance estimativo de aquellos lectores que pueden estar interesados en el periódico, dirán:

“Ah, ya caemos, los que leen de prestado son nuestros más crueles y encarnizados enemigos, y es fuerza hacerles cruda y perpetua guerra. O NO LEER *EL ZONDA* O COMPRARLO, escoged malaventurados” (*El Zonda*, N° 2, San Juan, 27 de julio de 1839, pág. 1, col. 2)

Si en el número 4, bajo el título “Periódicos”, los redactores se afanaron en sostener que el “papel” público significaba los avances de la civilización (“un periódico es, pues, todo, el gobierno, la administración, el pueblo, el comercio, la junta, el bloqueo, la Patria, la ciencia, la Europa, la Asia, el mundo entero, todo”), en el último vuelven sobre la cuestión material de la publicación y sobre el poco interés por parte del público (sugieren apenas cincuenta lectores), con un aviso que, obviamente, no deja de lado la ironía:

“Con este número se concluye la primera suscripción. En adelante costará cada número cinco reales: pues la impresión nos cuesta 24 pesos por número, sin contar papel. Como no hay sino cincuenta lectores, es preciso que ellos lo paguen a prorrata. Qué negocio para la imprenta, 24 pesos por semana o cerca de 100 pesos al mes, 1200 pesetas al año, y en los diez años que tenemos que escribir, 12.000 por cinco mil números. Qué mamada para la civilización y los progresos del país ¡12.000 ps!” (*El Zonda*, N° 6, San Juan, pág. 5, col. 3)

La efímera vida del semanario parece indicar, por encima de las coyunturas políticas, que las condiciones materiales y el poco interés que despertó en el público sanjuanino determinaron su clausura. Necesitados de lectores, los redactores de *El Zonda*

podrían haber firmado el Boletín “Predicar en desiertos” que firmara *Figarillo* en *La Moda* y, trocando su nombre, más acorde a los “gustos” del público porteño, por el del “papel” sanjuanino, adscribir una a una las palabras allí escritas: “Escribir en *La Moda* es predicar en desiertos, porque nadie la lee. ¿Para que la han de leer?” (N° 17, Buenos Aires, 10 de marzo de 1838, pág. 2, col. 2).

2. 5. Una literatura para la nación argentina

“Mi objeto es el divertir
los mozos de las orillas:
no importa que me critiquen
los sabios y cajetillas.”
*El Torito de los muchachos.*⁹⁸

Desde que Ricardo Rojas dedicara un espacio en su *Historia de la literatura argentina* a las producciones periodísticas, se ha hecho cada vez más evidente la estrecha relación de las publicaciones periódicas (en las que, por supuesto, deben incluirse gacetas, volantas y hojas sueltas, mayormente utilizadas por los gauchescos) con la institución literaria del siglo XIX. Esa relación podría expresarse en el hecho de que, como sostuviera el primer “historiador” de la literatura argentina, “nuestro periodismo fue no sólo una arena política, donde polemizaron estadistas y caudillos, sino escuela literaria” (Rojas 1948 : 578, II, Vol. 6). El reproche que podría habersele hecho al “fundador de ese campo”, como sugiere Schvartzman, “es no haber sido consecuente con su propia lucidez” (2003: 10), dato que recupera el volumen (de la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Jitrik y en publicación) *La lucha de los lenguajes*, a cargo de éste último, a partir de una serie de trabajos que se centran con especial interés en los cruces genéricos y en los usos del discurso periodístico por parte de los letrados (gauchescos y “cultos”) rioplatenses. Allí se hace evidente el esfuerzo por mostrar que la literatura argentina, en formación en el siglo XIX, “se escribió en, desde, contra o para los periódicos”, como sostiene, en su capítulo,

⁹⁸ N° 1, Buenos Aires, 19 de agosto de 1830, pág. 1.

Claudia A. Román (2003: 469). Sin embargo, y a pesar de esa “lucidez recuperada”, los principales trabajos sobre la prensa letrada del río de la Plata podrían considerarse una ampliación de ese campo fundado por Rojas aunque, ya lo dijimos,⁹⁹ para el caso que nos ocupa, los aportes resultan mayormente laterales o insuficientes.

He dejado para el final de este estudio sobre los periódicos aquí abordados, la problemática de la emergencia de una tradición propiamente literaria. Si bien hemos hablado oportunamente y apuntado algunas notas sobre el tema, quisiera realizar ahora un recorte específico sobre las principales ideas que organizan la cuestión de una “literatura nacional” y analizar uno de sus rasgos esenciales: los bordes o límites (genéricos y culturales) que permiten adecuar un proyecto literario y cultural específico. Hemos visto que las ideas sobre literatura emergen conjuntamente con el pensamiento reformista y progresista de estas publicaciones: literatura y nación, literatura y ciudadanía, literatura y educación organizan en su duplicidad indivisible la crítica romántica que busca, de manera autoconciente, cimentar una tradición que, por su irrupción política post-colonial, debe fijar un origen histórico diferente para su desarrollo. Esta operación de invención de la tradición (Hobsbawm 1996), a la que los letrados criollos dedicaron especial atención, puede muy bien (diríamos: privilegiadamente) rastrearse en la serie de publicaciones que, ligadas a las lecturas del Salón y a su ulterior *Asociación de Mayo*, “inician” (para tomar un término clave de uno estos periódicos) un recorrido sistemático que será programáticamente despuntado por, valga el ejemplo, una de las más destacadas figuras del ’37, el crítico Juan María Gutiérrez.¹⁰⁰

Una de las cuestiones centrales que atraviesan el proceso de identidad y tradición, es la relación que los textos (las escrituras) de los letrados criollos entablan con el campo de lo “popular” que, para mayor rigurosidad, en el río de la Plata representan los gauchos o los habitantes de las zonas rurales de ambas orillas. En este sentido, el epígrafe que encabeza este apartado, viene a señalar el enfrentamiento y la lucha por capitalizar simbólicamente, mediante el lenguaje, aquellos rasgos socioculturales que determinan, desde la apercepción¹⁰¹ romántica, el espacio cifrado de una tradición. La crítica (de “sabios y cajetillas”) que supone el epígrafe se recorta del mundo de las “orillas”, donde asienta su

⁹⁹ Véase nota 2 de este mismo capítulo, página 61.

¹⁰⁰ Para un análisis de la figura de Juan María Gutiérrez como crítico fundador de la literatura argentina, véase: Nicolás Rosa (1987: 56ss) y Adriana Amante (2003: 161).

¹⁰¹ Para una visión crítica del sentido de “apercibir”, véase Andermann (2000: 20).

objeto (y su palabra). Si la crítica de Thompson a *Los Consuelos*, como vimos, señala una apoyatura en la dirección de las *Rimas* echeverrianas y si, como ha subrayado consecuentemente la crítica, *La cautiva* marca el inicio de un programa literario nativista, es necesario registrar ese intertexto en las publicaciones periódicas que ofician, en ese momento emergente, de canal de difusión y asentamiento de ideas en los bordes para nada menores de la tradición que se *gesta*. Una gesta que reconoce, en sus desgarrados comienzos, un pasado que, aunque controvertido, adjunta su genealogía hacia los años del Directorio y del período rivadaviano. Porque si el programa de la joven generación romántica pretendía distanciarse paralelamente de unitarios y federales, como se reconocía partidariamente a ambas expresiones políticas, queda claro que una línea inaugural de las décadas anteriores pervive y convive en sus proyectos junto al afán re-generativo que asumieron como propio. Un aviso sobre *Educación pública* aparecido en *El Argos de Buenos Aires*, el sábado 29 de mayo de 1824, puede servir como indicio de una continuidad cultural en ese sentido. Dice:

“En conformidad de los deseos de varias personas respetables de Buenos Aires el señor don Teófilo Parvin ha abierto una academia en los altos de la casa N° 24, calle de la Plata, enfrente del café francés, de la plaza media cuadra para el campo. En esta institución se ofrece enseñar las lenguas griega, latina, inglesa, gramática, historia, matemática, filosofía natural y moral, y todos los ramos que componen una educación general y completa bajo el plan más acreditado” (*El Argos de Buenos Aires*, N° 39, Buenos Aires, 1824, pág. 4).¹⁰²

El aviso, desde su especificidad discursiva, escenifica un modelo cultural que la elite letrada criolla de la nueva generación actualizó y, por supuesto, tendió a continuar. Entre los que han señalado dicha continuidad con el modelo unitario se halla Tulio Halperín Donghi. El historiador supo marcar cómo la autodefinición de “nueva generación” incluye, implícitamente, los elementos que no la separan de sus predecesores. Entre ellos, no se distinguen, por ejemplo, por “una nueva y diferente extracción regional o social”. Tampoco por un distanciamiento fundamental en cuanto a las ideas unitarias: su crítica reside en el hecho de inculpar a sus predecesores de haber cometido una serie de errores que

¹⁰² Para acreditar la capacidad del académico, el periódico adjunta una carta del ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Buenos Aires, Rotney (quien ya había aparecido en números anteriores), en la que se lee lo siguiente: “Certificado del señor ministro de los Estados Unidos: ‘tengo gran placer en asegurar que por el carácter y educación de Mr. Parvin lo creo muy apto para enseñar los diferentes ramos de instrucción que se propone’ (..) Buenos Aires, mayo 22, 1824, C. A. Rotney” (ídem, pág. 4)

posibilitaron la fragmentación, y posterior pérdida, de la hegemonía de la clase letrada (Halperin Donghi 1980: XIV). Quizá habría que matizar la excesiva demarcación del componente letrado en la referencia a la “clase” (aunque el componente ilustrado es un rasgo característico de la misma), y subrayar el modelo cultural (económico y político) de una elite porteña que aspiraba a conducir los destinos del futuro Estado argentino. El programa pedagógico del fragmento citado pone en evidencia que, más allá de la distancia temporal en términos de corrientes de pensamiento que deberán ser *aggiornadas* (por ejemplo, la concepción de una “filosofía natural y moral” proviene más bien de modelos dieciochescos), el mentado europeísmo que la crítica no ha dudado en puntuar como una constante en la nueva elite criolla (Viñas 1995: 16ss) tiene su arraigo en un modelo previo, desencadenado por el proceso independentista. El fragmento, de todos modos, que he citado resulta iluminador en ese sentido. Es asombroso verificar en ese pasaje concentrada la problemática cultural que circunscribe a la “nueva” elite letrada. La imagen del fragmento es esclarecedora: la “academia” se halla “enfrente del café francés, de la plaza media cuadra para el campo”: el saber erudito y letrado convive en la cita con su borde *alucinado*: el campo.¹⁰³

Ese modelo cultural y educacional, al que suscribió la elite de la nueva generación, se despliega como un arma de batalla en las páginas periódicas que los reúne. Hemos visto ya cómo, en *La Moda*, se diseña la idea de una “literatura social”: en la crítica al *Cielito* publicada en una columna de la misma página comprobamos la función práctica de ese discurso. Y cómo esa función se “ejerce” también en *El Iniciador* y en *El Zonda*. La literatura debía aunar los valores prácticos de ciudadanía, moralidad cristiana, educación pública, ley del progreso humano y elevar, al mismo tiempo, el “espíritu de la nación”, rasgo éste último que señalaba, metonímicamente, la operación según la cual la literatura debía registrar de manera “cultiva” las costumbres propias del suelo argentino (para decirlo rápidamente, aquello que Sarmiento adscribía en las páginas laudatorias del *Facundo* cuando hacía referencia a las poéticas de Echeverría y de Domínguez). También pudimos apuntar, en capítulos previos, la conjunción del carácter pecuniario y estético de lo que,

¹⁰³ Dos de las acepciones que da el *Diccionario de la Real Academia Española* del término “Alucinar”: 1: “ofuscar, seducir o engañar haciendo que se tome una cosa por otra / 2: Sorprender, asombrar, deslumbrar.” (2003: 86, I). En términos críticos, esa sorpresa o asombro pero también engaño, se encuentra sencilla y contundentemente sintetizado en el título que eligió Graciela Montaldo para su estudio de la tradición rural y la literatura: *De pronto, el campo*.

desde *La Cautiva*, la nueva generación tornó en llamar “desierto”, es decir, el campo argentino o, en la caracterización que le diera el sanjuanino, la pampa. En un artículo de *El Iniciador*, de julio de 1838, cuyo título pudiera desorientar al investigador ávido de hallar nominaciones más o menos descriptivas (el título reza: “Impresiones de una visita al Paraná” y corresponde, según consta en el Estudio Preliminar, a Alberdi), podemos leer lo que sigue:

“*Un poeta americano ha hecho bien en pintar las facciones del desierto. Estas pinturas a más de su interés de curiosidad, reúnen el interés social. Aunque el desierto no es nuestro más pingüe patrimonio, por él sin embargo, debe algún día, como hoy en Norte-América, derramarse la civilización que rebosa en las costas*” (*El Iniciador*, N° 6, Montevideo, 1 de julio de 1838, pág. 3, col 2; 203 ef. [El subrayado me pertenece]).

La referencia a *La cautiva* de Esteban Echeverría es ineludible, sobre todo por la cita casi textual de la frase reconocida en la “Advertencia”, publicada originalmente el frente de las *Rimas*: “El Desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio” (1972 [1837]: 451), se convierte en las páginas del periódico en “[*Aunque*] el desierto *no es nuestro más pingüe patrimonio*”. Esa correspondencia da cuenta del sistema de ideas que atraviesa el circuito letrado y el modo en que ese circuito funciona a través de la prensa: el hecho de que para Alberdi el “desierto” no sea patrimonio reconocible (*no es nuestro más pingüe patrimonio*), nos habla de un segundo momento en la carrera de la nueva elite letrada: el que los encuentra en la orilla opuesta, no sólo geográfica sino políticamente si pensamos *La Moda* como instancia de seducción hacia el rosismo. Sobre ese “desierto” que está al otro lado del río, “debe algún día, derramarse la civilización que rebosa en las costas”. La mención a las costas del río Paraná que el redactor no duda en identificar con el proceso de industrialización y modernización de la república, anticipa el tópico sarmientino estudiado por Dardo Scavino en un trabajo cuyo título, *Barcos sobre la pampa*, lo ejemplifica sintéticamente.

Si en las páginas de *La Moda* la noción de literatura, a la par de definirse como “social” y “comunitaria”, insistía en recortarse del “españolismo” y de los modelos españoles (pero tomando como modelo a José Mariano de Larra y criticando a Federico

Schlegel, citado por Echeverría en la “advertencia” a sus *Rimas*),¹⁰⁴ recién en *El Iniciador* se encontrarán marcas manifiestas en el desarrollo de un programa literario romántico y local. El pasaje citado más arriba sobre las “Impresiones” de Alberdi es una muestra de ello. Existe, sin embargo, un ensayo publicado fragmentariamente durante tres números de *La Moda*, cuyo autor presunto es nada menos que Rafael J. Corvalán, bajo el título (este sí, descriptivo) de “Poesía”, en el que despuntan claramente las notas voluntaristas de un proyecto literario reconocible con la jefatura echeverriana. Luego de señalar, en consonancia con lo escrito por Juan Thompson sobre *Los Consuelos*, que “el campo vasto de nuestra literatura no ha sido recorrido; porque un pueblo nuevo como un joven es arrebatado por la fantasía”, en el punto siguiente intentará apuntar un camino para las letras argentinas, ya bosquejado por el autor de las *Rimas*:

“La majestad imponente de nuestros desiertos, su ilimitada extensión, inspiran al alma secreta veneración, revelando al corazón desconocidos encantos, en medio de gratas impresiones, sencillas como la naturaleza, graves como la creación. La fisonomía de nuestra poesía popular, su engalonado ropaje, su expresión sobresaliente reunida a la versión metafísica eminentemente ponderativa que reviste enuncian la proximidad de un origen.” (*La Moda*, N° 16, Buenos Aires, 3 de marzo de 1838, pág. 3, col. 2).

Lo sorprendente no es tanto la referencia echeverriana del “desierto”, sino la claridad con que el autor del ensayo diseña la “proximidad de un origen”: en la “fisonomía” de la “poesía popular” se halla la “versión metafísica” de una expresión que es necesario atender para fundar un origen. La forma de esa atención es, por supuesto, una *alucinada tensión* con los bordes de “la literatura” que predicen los ilustrados redactores. Esa atención-tensión define un modo de relación con lo “popular” que en *El Iniciador* asumirá los rasgos de un programa pedagógico a partir del cual fundar una tradición nacional sobre la que la literatura actuará como instancia modelizadora privilegiada; porque, como pudimos comprobar en las páginas de periódico sanjuanino, antes que sentar las Bases de la

¹⁰⁴ La crítica a F. Schlegel (en el N° 6 de *La Moda*) suscitó una rectificación por parte de un anónimo en el *Diario de la Tarde*, al cual *La Moda* respondió de este modo: “*La Moda* no ha confundido a Guillermo Augusto Schlegel con su hermano Federico Schlegel. En la revista británica de septiembre de 1825 está inserto el artículo de la revista inglesa *Westminster Review* (bajo este título: -Literatura. Obra de Federico Schlegel. 10 Volúmenes. Viene. 1823-1824, Tomo 1 y Tomo 2). A este artículo pertenecen los juicios que hemos publicado sobre Schlegel, a nosotros sólo el consentimiento. La revista británica es escasa, los que no la tengan en la librería del señor Sastre, hallarán un ejemplar abierto con sus ojos” (N° 8, Buenos Aires, 6 de enero de 1838, pág. 3, col. 1).

futura nación, hay que poblar de lectores el “desierto” argentino. Dos fragmentos, de dos artículos distintos, servirán de ejemplo de ese programa. El primero, de un artículo ya citado más arriba (“Educación”) que introducía la noción de ciudadanía, continúa del siguiente modo:

“Observad esa muchedumbre que de todas partes se precipita, estudiad a un momento; buscad el sentimiento dominante que al través de *su rústico lenguaje, de sus toscos y casi repugnantes proverbios*, se descubre en cada movimiento, en cada aptitud de ese pueblo joven vigoroso, la *patria*, la *libertad*, hallareis en todo” (*El Iniciador*, ídem, pág. 4, col. 2; 184 ef [El primer subrayado es mío; el segundo en el original])

El segundo, denominado “Poesía nacional”, extiende y complementa las ideas del fragmento arriba citado y se liga, de manera programática, a los conceptos vertidos por Rafael J. Corvalán en su artículo de *La Moda*:

“El tiempo llegará en que los habitantes de los campos sean explorados por algunas de las capacidades metafísicas y observadoras que brillan en las filas de la joven generación. Entonces se enseñará a la meditación del filósofo las novedades poéticas que el desierto oculta. Manantial fecundo de altas deducciones deberá ser sin duda esta poesía original, expresión espontánea del hombre de la naturaleza (...) La filosofía sabrá el suelo en que debe arraigarse, y la literatura recibirá su nacionalidad. El lenguaje de todas estas composiciones es pobre y prosaico; pero como los andrajos del mendigo encubren un hombre, así bajo estas formas mezquinas, bellas a veces en su extravagancia como los remiendos del pobre, hay un fondo original y grandioso” (*El Iniciador*, N° 10, Montevideo, 1 de septiembre de 1838, pág. 15, col. 1; 307 ef [El subrayado es mío])

Resulta abrumadora la claridad programática (y propagandística) de los pasajes citados. En ambos el lenguaje “popular” es considerado por sus falencias dialectales (e ideolectales, como corolario) y por sus visos de originalidad. Una originalidad adscripta al suelo de la patria: la naturaleza del lenguaje gaucho (guacho, según *La Moda*) naturaliza al sujeto de su dicción (la poesía popular es una *expresión espontánea del hombre de la naturaleza*). Descuella sin duda la metáfora del explorador naturalista que, con sus capacidades eruditas que “brillan” como el faro de la Joven República, podrá inspeccionar esa muchedumbre de los campos a la vez que diseccionar su lenguaje pobre y prosaico, tosco y repugnante, para extraer de esa extravagancia la nota de un inicio de estética nacional. La mención a la *patria* y a la *libertad* del primer fragmento reconoce dos

coordenadas: una, la democracia, de la cual se habla párrafos antes en ese mismo artículo; la otra, la indómita sociabilidad de los habitantes de las zonas rurales. Ambas se cruzan aunque se repelen: la “rústica” libertad, a lo largo del siglo, será enunciada carente de todo rasgo poético por su doble jurídico: el sistema de “levas”. A su vez, la patria halla en ese lenguaje extravagante (que es un remiendo y que deberá ser cosido civilizadamente, acción cuya metáfora cifra el “matambre” argentino que merece una Apología por parte del autor de las *Rimas*) la originalidad de un comienzo: origen y originalidad señalan hacia el punto fundacional de la tradición que se narra: el suelo en que debe arraigarse el pensamiento ilustrado –afección del romanticismo- y por el que la literatura recibirá su *don* nacional. Fisonomía del suelo, raíz de la patria, expresión espontánea del hombre de la naturaleza: el gaucho *desguachará* la musa con su voz escrita *en* nacional cuando la ley del progreso cimbre su *juris-dicción*. Entonces habrá nacido una literatura para la nación argentina constituida en su Ley fundamental. Aunque la ley, como más tarde sostuviera el eterno exiliado que ayudó a su fundación, “no por ser ley está exenta de ser un crimen”.¹⁰⁵

¹⁰⁵ Alberdi, J. B. *El crimen de la guerra*, 1870. Citado por A. Rodríguez Pérsico (2003: 300).

(Segunda) Parte Intermedia. El tejido biográfico

3. El *Facundo*: una biografía citadina

3. 1. Transfiguraciones de la crítica: la mezcla y el riesgo

“Su estética es la mezcla”
Jean Starobinski.¹⁰⁶

La obra de Sarmiento ha generado (y sigue generando) múltiples y diversas lecturas en los campos de la literatura argentina y de la crítica literaria. De hecho, una actualización del resumen bibliográfico realizado por Horacio Jorge Becco depararía tantas o más páginas al ya amplio número registrado en 1961.¹⁰⁷ La actualidad sarmientina parece residir en los núcleos fundacionales que supone la inscripción de su escritura y de sus ideas en la configuración de la cultura argentina en particular y, en general, latinoamericana. Su *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*¹⁰⁸ ha sido emblemática en dicha configuración ya que contiene, en forma concentrada, el sistema de ideas que rige toda su escritura y, más ampliamente, la suma de los aspectos capitales de la cultura del período. En efecto, el

¹⁰⁶ 1998: 39.

¹⁰⁷ Becco, Horacio. “Bibliografía de Sarmiento”, en: 1961: 119-144.

¹⁰⁸ Cito el título de la primera edición, Santiago de Chile, 1845.

Facundo, satélite fundacional en la tradición cultural y específicamente literaria, ha sido objeto de un sinnúmero de aproximaciones críticas, tanto del espacio académico y de la crítica especializada como de los escritores contemporáneos que siguen re-escribiendo esa dimensión que convoca el espacio conflictivo de una tradición nacional.

Ricardo Rojas clasificó los cincuenta y dos volúmenes de las *Obras* de Domingo F. Sarmiento como “dispersa confesión autobiográfica”.¹⁰⁹ Esta apreciación inaugural de la crítica académica argentina, si bien parcializa la “obra” sarmientina hacia la zona de necesidades de un escritor que representó de manera consecuente las posibilidades polémicas del periodismo, no deja de ser una nota significativa a la hora de evaluar las características escriturarias del autor del *Facundo*. De algún modo, Rojas tiene razón al adjudicar al género (auto)biográfico toda la obra del sanjuanino, si por “obra” entendemos los textos fundamentales de lo que llamaremos aquí su escritura *literaria*.¹¹⁰ La confección del texto decimonónico, en el modo de pensar historiografía y literatura (ciencia y poesía), responde a una ideología romántica precisa que es la de extraer el “secreto” del hombre como de la naturaleza y en esa operación, fundar una escritura (un texto). “La biografía necesita de la historia y la historia se realiza a través de la biografía”, sostiene Jitrik, y en ese cruce es donde emerge un texto cuyos rasgos formales esquivan la clasificación precisa¹¹¹. El “entretejido” hace de la (auto)biografía, historia; y esa “historia” se nutre de los tropos que formaban la *poiesis* del ideario romántico. El carácter ensayístico de la mayor parte de la literatura escrita por lo menos hasta el ’80, tiene su fundamento en ese cruce entre biografía e historiografía, entre literatura e historia, entre el espacio íntimo de un “yo” y el espacio público en formación donde ese “yo” “compendia”, casi tautológicamente, los “hechos históricos” que *subraya* la escritura.

Las razones de esa presencia “nuclear” y del carácter “fundacional” del texto capital del sanjuanino son las que en este capítulo me propongo escrutar, prestando atención al particular intento de resolución simbólica (Jameson 1989) de los conflictos decimonónicos

¹⁰⁹ Rojas 1948b: 1. Esa idea también puede rastrearse en los capítulos sobre Sarmiento de su *Historia de la literatura argentina* (1948a, I, Vol. 5: 330-376).

¹¹⁰ Por “escritura *literaria*” entiendo, con Piglia (1998: 19), aquellos textos que se ubican entre 1838 y 1852. En esa franja temporaria, de hecho, se localizan los textos más representativos publicados en volumen por el sanjuanino (ente ellos, *Mi defensa*, *Facundo*, *Viajes*, *Recuerdos de Provincia*, *Campaña en el ejército Grande* y la serie de cartas que conocemos bajo la rúbrica de *Las ciento y una*) aunque también tengo en mente las publicaciones periódicas aparecidas en *El Zonda*, *El Mercurio*, *El Progreso*, *Crónica* y *Sud-América*, así como los discursos públicos que exceden o vuelven problemática.

¹¹¹ Jitrik, Noé. “Prologo” a *Facundo*, Biblioteca Ayacucho (1973: XXXIII).

estrechamente vinculados a la formación del estado-nación y, en el marco de la misma operación, de un espacio configuracional de la literatura y la tradición argentinas.

Dicho esto, paso a reseñar dos aspectos sumamente conflictivos por su carácter restrictivo a la hora de intentar un acercamiento crítico al *Facundo*. En primer lugar, ¿cómo escribir sobre el *Facundo* sin caer en la reiteración de los esquemas perceptivos o interpretativos? ¿Qué *cosa* nueva puede decirse hoy acerca del *Facundo*?. La innumerable bibliografía crítica sobre ese texto fundacional invita a la perplejidad antes que al afán de inmiscuirse en ese fárrago interminable de juicios y apreciaciones interpretativas. De hecho, un libro reciente sobre las lecturas del *Facundo*, esto es, sobre las aproximaciones críticas y los traslados de sentidos sobre esas lecturas que llegan hasta nuestros días, se inicia con esta previsible y hasta molesta pregunta: “¿otro libro sobre el *Facundo*?”.¹¹² Aún asumiendo los protocolos académicos que rigen la escritura tesística, arriesgo la idea de que quizá no se trate de escribir *algo nuevo* sino de *interpelar* los puntos conflictivos, el desajuste, que nos provoca un texto de semejante envergadura. Quizá resulte más pertinente el intento (que no previene el *fallido*) de “abrir la cosa”, de buscar el efecto de disuasión propio de la forma del ensayo. Con esa referencia adorniana, propongo entonces una lectura crítica en clave de ensayo que está regida –y acá reside un núcleo fundamental de esta propuesta- por los materiales propios del objeto de estudio. En efecto, como vimos más arriba, la forma del texto decimonónico parece lindar con la forma del ensayo y es el *Facundo*, como acá sostendremos, el texto más próximo a las particularidades de ese género. La remanida cuestión de mezcla genérica, su resistencia a la clasificación, el carácter ambivalente de una escritura como la del *Facundo* lo sitúa característicamente, como se ha señalado, en la indefinición propia de esa forma “genérica” que es el ensayo.¹¹³ La pregunta de Adorno, “¿cómo podría ser posible hablar estéticamente de lo estético?”,¹¹⁴ se aplica cabalmente a la propuesta que aquí quiero sostener. Leer al ensayo *Facundo* en clave de ensayo, entonces. Ahora bien, si uno de los rasgos que podrían ameritar esa forma de lectura está en la interpelación subjetiva que actualiza la escritura, y si esa actualización puede asumirse como el hallazgo de un “detalle”, un indicio o una huella,¹¹⁵ el carácter

¹¹² Sorensen 1998: 15

¹¹³ La cuestión genérica del *Facundo* tiende a rechazar cualquier definición rígida a partir de un uso desafectado de formas claras y precisas –tradicionales-. Esa “libertad –dice Jitrik- tiene algo que ver, remotamente, con otro género, los ‘ensayos’” (1973: XXII).

¹¹⁴ Adorno 1962/1998: 249

¹¹⁵ Grüner 2000: 20-21

indicial que en forma anticipada quiero exponer se halla en una frase, y en el tejido que la supone (la expande, la cita, la rubrica, la traslada) y la actualiza en todo el texto. La frase tiene tres palabras, y aparece en el capítulo “Barranca Yaco” tratando de explicar las razones por las que Facundo Quiroga decidió su viaje a Buenos Aires: “*El poder educa*”. La entrada del caudillo a Buenos Aires se explica por el poder acumulado (“Quiroga tenía todas las altas dotes que permiten a un hombre corresponder siempre a su nueva posición” [Sarmiento 1961 [1845]: 214]) en los años de su actuación como Comandante de campaña en el interior de las provincias. Pero la frase, casi como un lema filosófico, se recorta emblemática del sistema deductivo en esa precipitación de conceptos en el momento en que la educación (valuarte del sanjuanino) depende –y pende– del *poder* y no, como uno supondría incluso por la propia factura del *Facundo* y la ingente tematización por parte del sanjuanino (por ejemplo, en *Recuerdos de provincia*), al revés. En todo caso, la relación entre saber y poder que establece esa frase condensa una ambivalencia que recorre las páginas del *Facundo* de forma quiasmática y, por eso mismo, portadora de significaciones que exceden el tejido biográfico. La *ciudad*, por otra parte, en este caso Buenos Aires, es el espacio donde esa frase puede articularse: quiero decir, la ciudad convoca esa frase, la hace necesaria (como no lo haría, y de hecho no lo hace, en el espacio de la pampa o el interior argentinos),¹¹⁶ y ese dispositivo se conecta a una idea fuerza del texto, que organiza la disputa política por el territorio de la futura nación y una retórica de combate que rige el discurso modernizador del sanjuanino: “por qué combatimos? Combatimos para volver a *las ciudades a su vida propia*” (Sarmiento 1961 [1845]: 78). Educación y poder son, en esta lectura, dos conceptos que permiten interpelar los mecanismos tropológicos del *Facundo*.

Por otra parte, a riesgo de entrapar la lectura que aquí se propone en las rejillas doctrinarias del texto, la conflictiva resonancia cultural que lo atraviesa desintegra todo afán de neutralidad, por más especializado o riguroso que se proponga su análisis. En el “Prologo” al *Facundo* ya citado, Jitrik no deja de mencionar la zona problemática del texto sarmientino, aquella que supera los límites estrictamente literarios, y que muestra no sólo la gravedad de los enfrentamientos ideológicos sino, más importante, su perduración: “si para unos constituye la columna vertebral del ‘sentido’ de lo argentino, para los otros dicho

¹¹⁶ La frase aparece en el pasaje en que Sarmiento describe la llegada de Quiroga a Buenos Aires. El pasaje es analizado rigurosamente por Jitrik, en su estudio *Muerte y resurrección de Facundo*, pero aun así, el sintagma “el poder educa” sólo oficia una apertura hacia el entramado estilístico y lo que en él puede leerse. Vuelvo sobre este punto en el cuerpo central del trabajo.

‘sentido’ debe buscarse en otra parte o en otras figuras”. De paso, Jitrik toma nota del “riesgo cierto” y el compromiso muy grave que supone hablar tanto del libro como de su autor, pues “según algunos la adhesión a una u otra línea, ya tradicionales, es insoslayable” (1973: XI). Ese riesgo y ese compromiso parecen inevitables. Y es precisamente la actualidad –la perduración de la que habla Jitrik- de ese “dilema argentino” (como lo llama Svampa 1994) lo que hace problemática cualquier lectura de *Facundo*. Dicho de otro modo, si la problematización que produce el *Facundo* es justamente la *actualidad* que genera un sistema de lecturas comprometido con esa eficaz ambivalencia entre la esfera política y la esfera estética, ¿cómo escapar, entonces, a esa coyuntura?

La persistencia de la polaridad sarmientina (civilización/barbarie) ha sobrevivido al giro autorreflexivo de nuestros tiempos, y suele manifestarse en diversos ámbitos culturales estrictamente contemporáneos.¹¹⁷ Un ejemplo de esa persistencia es el debate que rastrea Sorensen en el diario *Página 12*, a raíz de un intercambio de opiniones sobre modernización, liberalismo económico y aperturas de barreras comerciales, en el que participaron Mario Vargas Llosa, Arcadio Díaz Quiñóniz y Tomás Eloy Martínez, en 1993. Una vez expuestas las ideas políticas de Vargas Llosa, Díaz Quiñóniz las resume así: “A esta altura de la conversación advierto que el verdadero modelo de Mario Vargas Llosa para el espacio público es Sarmiento, con su discurso civilizador y modernizador, y sus ideas de civilización y barbarie” (Díaz Quiñóniz, citado por Sorensen 1998: 27).

Por encima del registro netamente doctrinario, la polémica alude a la controversia no resuelta en el imaginario de la escena postcolonial. Pero el problema no se agota al separar lo estrictamente literario del bagaje ideológico que porta el texto sarmientino. Si la fórmula “civilización y barbarie” presupone en sí misma la polémica es porque acarrea un cúmulo histórico de formalizaciones ideológicas que es necesario indagar a fin de destrabar no lo ideológico *en* el texto, sino en el tipo de lectura que se ejerce frente a un tejido ficcional como ese. Las complejas relaciones entre lenguaje, cultura e ideología no pueden desecharse bajo el supuesto amparo de un orden estrictamente formal, ya que en él quedan implicadas. Como ha escrito Norbert Elias, “los conceptos matemáticos se pueden aislar de los colectivos que los emplean. Los triángulos son explicables sin necesidad de remitirse a situaciones históricas; los conceptos de ‘civilización’ y ‘cultura’, no lo son” (1993: 60). El

¹¹⁷ Además de rastrear el funcionamiento cultural de esa dicotomía, el libro de Maristella Svampa (1994) da cuenta de la actualidad de ese funcionamiento hasta la década de 1990.

concepto de *civilización* no sólo identifica procesos socioculturales mediante la visibilidad crítica de sus usos, sino que re-actualiza, en el recorte de su opuesto, *barbarie*, un binarismo etnocéntrico milenario que se halla filosóficamente postulado en la *Política* de Aristóteles.¹¹⁸ El sentido construido de ese binarismo es un componente central en lo que Edward Said llamó *orientalismo* –o, también, en el sistema que informa la *colonialidad del poder*, según lo ha expuesto Walter Mignolo (2003). Ambos significados, histórica e ideológicamente constituidos, tienen, además, una importancia descollante para la historia de Latinoamérica. Por lo tanto, toda lectura de un texto como el *Facundo* no puede desligarse de esas resonancias impregnadas en él tanto retórica como ideológicamente.¹¹⁹ Para ejemplificar lo que vengo diciendo voy a centrarme en algunas de las aproximaciones críticas que han marcado modos de lectura sobre este texto capital de la cultura argentina.

En el clásico estudio que realiza Jitrik, los rigurosos análisis de las diferentes imágenes del caudillo riojano que articula el texto sarmientino (de ahí su título, *Muerte y resurrección de Facundo*), se entretajan cuidadosamente con una búsqueda de cierta “estructura profunda” que se deja leer como “los residuos significativos de la expresión literaria”, donde la verdadera bipolaridad aparece enmarcada entre Buenos Aires y el interior. La lectura atenta del crítico da cuenta de esa oposición mayor y Sarmiento deviene defensor acérrimo de las provincias contra la monopolizante Buenos Aires. Reseñando esa

¹¹⁸ Sabido es que los *barbaroi* para los griegos eran pueblos diferenciados por su condición de extranjería o por su rezago social hacia el interior mismo de su propia cultura. También que estos, insuficientes en el reconocimiento del *logos*, eran considerados por naturaleza esclavos. La probable etimología de la palabra “bárbaros”, según apunta Lévi-Strauss, puede estar referida a “la confusión y la inarticulación del canto de los pájaros, opuestos al valor significativo del lenguaje humano” (*Race et histoire*, Paris, 1968, p. 21, citado por Fernández Retamar 1989: 175).

¹¹⁹ Para una lectura de la incidencia de ese constructo ideológico en los procesos de colonización, véase: Mignolo 2003. Es importante señalar aquí que en Europa el concepto de “civilización” tiene un desarrollo paralelo al de “cultura” y que, en ciertos momentos de su desarrollo, fueron términos intercambiables. Los ataques a la “civilización” como estado artificial –lujo y urbanidad– de la sociedad, ejercieron presión sobre su par “cultura”, marcando la diferenciación entre lo “profundo” o “metafísico” de una sociedad y sus propiedades externas (civilizadas). Este tipo de crisis en el desarrollo conceptual de los términos explica también los diferentes sentidos atribuidos a ambos conceptos (y sus divergentes “usos”) entre Francia e Inglaterra, por un lado, donde el concepto de *civilisation* sirvió a la consolidación de la burguesía metropolitana, y Alemania, por el otro, en cuya sistema imperial monárquico y cortesano lo civilizado era considerado por la burguesía intelectual emergente como signos de superficialidad y amaneramiento culturales. Para un análisis sobre esos procesos divergentes, véase Elias 1993. Para una reseña crítica sobre el funcionamiento de ambos términos, sobre todo en Francia e Inglaterra, véase: Williams 1980. Asimismo, para el término “civilización”, puede consultarse: Benveniste 1985, I: 212ss. Una reseña histórica de ese binarismo conceptual retomado por Sarmiento se hallará en el trabajo de Sorensen sobre el *Facundo* (1998: 20-28).

postura del sanjuanino, y anticipándose a aclarar que es la posición localizada en *Facundo*, dice Jitrik:

“Las provincias comprenderán lo que deben hacer, lo cual aparejará la paz de la República, la obtención de instituciones y desarrollo cultural. Ese es el partido que Sarmiento *toma como autor, no como político*, un compromiso definitivo contra la absorbente, orgullosa y prepotente Buenos Aires” (Jitrik, 1983: 106 [subrayado mío])

Como se ve, Jitrik se cuida de separar al *Sarmiento autor* (literario) del *Sarmiento político* (cuyo desempeño como gobernador de su provincia natal y luego como presidente de la república podría “representarlo” de forma más estrecha). El crítico estaría develando el grado en que esa indefinición genérica o, mejor dicho, su “libertad” literaria –la “verdad de la ficción”, según Piglia- propende a un resultado no sólo irreflejo de su ideología explícita sino marcadamente opuesto o contradictorio. La pregunta que me gustaría formular aquí es: ¿esa contradicción que supone la mezcla no estaría, a otro nivel, reponiendo la separación entre política o ideología y literatura en un texto que, como el *Facundo*, parecería volver ineluctable la misma? Porque es a partir de esa pregunta, y no de la separación *a priori* de esas esferas que incluso el propio texto no prevé, donde se abre la serie de problemas culturales –pero también textuales- que quisiera interpelar aquí. La densidad discursiva del texto parece atender contra cualquier intento de dar una respuesta tranquilizadora. Me permito, entonces, dar un rodeo.

Uno de los escritores y ensayistas que quizá más reduplicó el emblema facúndico es Ezequiel Martínez Estrada. Su *Radiografía de la pampa argentina* intenta revelar cómo las fuerzas tectónicas del “desierto” argentino se trasmutan en una creciente desertificación moral del país. Los ensayos de Martínez Estrada persiguen de manera insistente la “temática de nuestra nacionalidad”, como sostuvo en el prólogo a la segunda edición de su *Sarmiento*, y ven en Sarmiento todos los problemas del país porque “él era el país”.¹²⁰ Si para Martínez Estrada el *Facundo* no debe confundirse con novela (con literatura), ya que “pertenece, por su visión trascendental de la historia, a la historia que se vive y no se escribe” (Martínez Estrada, 2000 [1946]: 124), es decir, a la historia *actante, actual* (de ahí

¹²⁰ Véase: Christian Ferrer, “Historia facúndica”, “Prólogo” a los ensayos sarmientinos de Ezequiel Martínez Estrada publicados por Beatriz Viterbo (2000: 10ss).

Los invariantes históricos en el Facundo como denominó otro de sus ensayos), no deja de ser sintomática la frase con que cierra su *Sarmiento*:

“Porque nuestros enemigos hoy no están, como en tiempos de Sarmiento, al frente, en la trinchera opuesta, sino que junto a nosotros emplean en propio provecho los beneficios de las instituciones democráticas, y hacen inevitable el yugo actual de la vieja traición” (Martínez Estrada 2000 [1946]: 177)

Lo primero que hay que decir es que sorprende la empatía lexical que lo une al autor del *Facundo*. *Enemigos, trinchera y traición* parecen vocablos extraídos de alguna publicación periódica durante exilio chileno del sanjuanino. Pero la coherencia del sistema de Martínez Estrada se reestablece cuando recordamos que la primera publicación de su ensayo es de 1946, plena presencia del peronismo en el gobierno. Lo sintomático, sin embargo, no radica en la circunstancia fechada, sino en la identificación de una probable o posible visión trascendental que reitera, después de un siglo, el esquema de opciones antagónicas en el terreno político. En este caso estaríamos frente a un contraejemplo, en la antípoda podríamos decir, de una aproximación más bien estilística como la de *Muerte y resurrección del Facundo*. Sin embargo, aplicando la misma rigurosidad que efectúa el análisis de Jitrik, podríamos notar que la empatía sarmientina, aunque a otro nivel, opera aun en su juicio crítico. Uno de los temas que surgen en el análisis de Jitrik de la valuación profunda entre Buenos Aires y el interior en el *Facundo* es el de la representación:

“De una manera u otra se confunden propósitos. Es claro que para Sarmiento, *Facundo* es incapaz de bregar seria y profundamente por esas ideas, en el sentido en que lo haría o hace él, pero lo que no niega, a pesar de su decidido propósito denigratorio, es que realmente las tiene aunque trate de rebajarlas un poco mediante recursos literarios; más aún, pese a sus esfuerzos, tales ideas se dignifican y recuperan un nuevo alcance cuando está de por medio el ilustre rival, el general Paz. Lo cual engendra otra consecuencia importante, a saber, que, ya sea *Facundo* el intérprete, ya sea Paz, es en verdad el interior el que se manifiesta al formular esas pretensiones. Así lo requiere la unidad nacional y el desarrollo y felicidad de los pueblos. Finalmente, por otra parte, del interior saldrá la solución exigida por el todo” (Jitrik 1983: 102)

Jitrik habla de que sea Paz o Facundo, es el interior el que se manifiesta. Esa es la verdad de peso que el crítico quiere resaltar. Pero, en el orden de confusión de los propósitos, es innegable que la distinción entre ambos caudillos, provista por el propio Sarmiento, es fundamental en su sistema de ideas, lo cual, hasta aquí, nada infiere en desmedro del juicio crítico. Pero es igualmente innegable que el “ilustre Paz” se impone en la economía del texto aun al Facundo reivindicado que analiza Jitrik y que esa imposición es central en el entramado de ideas que absorben el ensayo. Incluso en el modo reivindicativo de la figura de Facundo (segunda imagen en el texto de Jitrik) no parece en verdad tan claro que sea el interior “el que se manifiesta al formular esas pretensiones”. Porque la idea de “interior” en Sarmiento está mediatizada por la idea de civilización y el único representante genuino que puede manifestarse en esa visión es, en este caso, el general Paz, el “ilustre” militar, aquel que es el “hijo legítimo de la ciudad, el representante más cumplido del poder de los pueblos civilizados”, aquel por el cual todavía el destino no ha decidido “entre la ciudad i la pampa, entre la banda celeste i la cinta colorada” (Sarmiento 1961 [1845]: 154). Al pasaje arriba citado hay que sobreimprimir este otro, anterior, en el cual Jitrik cree encontrar cierta consubstanciación entre Quiroga y su biógrafo:

“Un caudillo tan típico que además sea rivadaviano, constituye una síntesis felicísima entre legitimidad y autenticidad, el acuerdo entre ideología y realidad que tanto preocupó a Sarmiento” (Jitrik 1983: 69)

Hay algo en esa identificación que resulta sofisticado y al mismo tiempo demasiado literal. Como sostiene Palti, la interpretación parte de un hecho evidente. Una especie de interés común o reconocimiento entre biógrafo y biografiado. La “fascinación” de Sarmiento por Facundo, sin embargo, está dada no por esa “síntesis felicísima entre legitimidad y autenticidad” que proveería al sanjuanino el acuerdo justo entre “ideología y realidad” sino por la materia cifrada como tema para el desarrollo de un ensayo político sobre la nacionalidad (2004: 532). En palabras de Jitrik, Facundo sería un representante auténtico y legítimo para la unidad nacional. De ahí la identificación que hace el crítico en la valuación de Sarmiento a favor de las provincias, el interior, en oposición a la

“arrogante” Buenos Aires.¹²¹ Si, como quiere Jitrik, esa valuación profunda no es fácilmente contrastable debido a que en Sarmiento “termina por primar el esquema mental que sofoca la materia vivencial”, nos hallamos nuevamente en el punto álgido y controvertido con el que empezamos la interpretación de su interpretación: la categoría que en sordina problematiza todo el análisis es la de *representación*, y en su doble inflexión, literaria y política. El “acuerdo” entre ideología y realidad que adjudica Jitrik a la representación de Facundo por parte del *autor Sarmiento*, supone un acuerdo más profundo (psicológico o ideológico) entre el caudillo y el *Sarmiento político*.

La pregunta por la que iniciamos este rodeo puede ser ahora, sino contestada, reformulada. Si la densidad discursiva del *Facundo*, su “irradiación” simbólica, testa su efecto en líneas de pensamiento como la de Martínez Estrada (quien atribuye a la obra un trascendentalismo histórico y sociológico que habla de la apertura del texto y su actualización hacia otras disciplinas), líneas de pensamiento que problematizan el imaginario cultural (no sólo argentino) debido a su re-significación permanente (como pudimos ver en el debate entre Vargas Llosa y Díaz Quiñóniz) y si, a su vez, dicha “irradiación” mezcla propósitos y planos –ente lo ideológico y lo literario- y no puede ser cancelada aun por un análisis que se postule *a priori* marcadamente formal o estilístico como el de Jitrik, ¿no habrá otro riesgo, más profundo y más sordo, en el hecho de procurar evitar las mezclas en un texto claramente polifacético, como lo llama Piglia?. En el análisis que sigue trato de interpelar este punto conflictivo.

3. 2. El cazador y su presa. Los mecanismos tropológicos del *Facundo*

“La letra, es una necesidad de orden y armonía”
J. B. Alberdi.¹²²

¹²¹ Jitrik afirma demostrar, como vimos, que “en el espíritu de Sarmiento la oposición Buenos Aires-interior estaba ya perfectamente formulada, pero no sólo eso (...) sino también que frente a ella tomaba claro partido por uno de sus términos, por el interior” (ídem: 20). Interpretación iniciada, según Elías Palti, por Ricardo Rojas, cuando afirmó que Sarmiento “escribió contra los gauchos, pero yo no le creo, porque estoy en el secreto: nadie se parecía más a Facundo que Sarmiento (Rojas 1948b: 171). Encuentro más afinidad con la lectura de Tulio Halperin Donghi, para quien Sarmiento se identifica con su ciudad natal, San Juan, que se vio relegada en el proceso de desintegración nacional. Halperin concluye: “En el triunfo de los llaneros sobre su ciudad Sarmiento se niega a reconocer su propio triunfo” (1996: 25). Coincido con Palti, sin embargo, cuando, a raíz de esa línea de interpretación que prolonga Jitrik, sostiene: “Deducir de allí una identidad secreta entre ambos resulta, sin embargo, en una lectura demasiado literal y sofisticada al mismo tiempo de la escena en cuestión” (Palti 2004: 532)

¹²² 1920 [1847]: 69.

Una de las páginas centrales del *Facundo* que hace honor al romanticismo –pero también iluminismo- de cuño herderiano relata una leyenda, un cuento popular –un *folktale*- en torno a la figura del caudillo riojano que quisiéramos re-escribir del modo siguiente:

El cazador se ha internado en la *travesía* que se extiende entre dos provincias argentinas. En ese desierto –catacresis recortada del saber popular- bulle indiferenciada la voz de la fiera que asola la pampa. Público –no oculto- el mecanismo predador se deja avizorar en los rastros de la presa o, presupuesto en la economía de esa maquinaria, el isomorfismo del propio rastro lo anticipa y lo delata: la *transcripción*, el *traslado*. La singularidad de las huellas, su *excepcionalidad* en el terreno fangoso de la Historia acarrea el peligro de la complicidad, de la empatía mimética que amenaza con destruir todo principio de racionalidad. Porque la presa, se sabe, aterroriza y fascina al mismo tiempo, impele una fascinación aterrante, una fuerza invencible de atracción de la cual, fatalidad romántica o providencial, es imposible apartar la mirada. Cómplice antagónico, entonces, el cazador cuenta, *sin embargo*, con las herramientas que cifran su omnisciencia: la lógica de un artificio, la escritura, y el origen áurico, el mito de un linaje. Mejor dicho: el artificio de la escritura de un linaje que se pierde en las entrañas –extramuros- citadinas de la Historia. Es decir, reparo, muralla o frontera que permite ir y venir –permite el traslado- a resguardo de la anomia. El cuerpo de la bestia ya es ceniza, pero su alma aún vive, aún aterroriza, aún desafía y recorre como un fantasma la tierra inhóspita del país. Su sombra o su esencia no son más que un estado de cosas: la vida secreta de un pueblo. El cazador cumplirá, entonces, su labor etológica y escatológica: explorando ese fenómeno, extraño y representativo, podrá desanudar los puntos en que está pegado el orden –que es des-orden- dominante. Toda una lógica del secreto, del cifrado y del enigma está en la base de sus estrategias de espionaje. Sabe la letra, y con ella desorienta los rastros de sus propias huellas (*su secreto*). Pero para esa exploración, ese develamiento, el predador es presa del tiempo y fragua el espacio: la *travesía* es, además, metonimia (el grado cero del tiempo histórico) y sinécdoque (topografía imaginaria de la pampa). La urgencia desestabiliza su omnisciencia. Es mayo de 1845. 1º de mayo de 1845. Es preciso apretar el paso, correr; porque los bramidos se suceden con más frecuencia y el último es más vibrante, distinto,

omnívoro. Hay que hacer un uso veloz de las armas: el cazador tiene el propósito militar de desarmar a su presa. Hay que nombrarla: resucitar a Facundo, a la sombra terrible que descansa bajo polvo y que se ha convertido en su cifra. En ese mecanismo, un primer traslado: el alma salvaje que aterra las pampas argentinas –el cuerpo de la bestia- se asemeja a las hordas beduinas de Argelia, y en esa realidad traslaticia se oculta el enigma – el otro Enigma, el enigma del Otro- del Esfinge argentino. Cuando el cazador, *cebado* y de viaje hacia Europa, recuerde los cantos del gaucho de la Guardia del Monte (1996 [1846]: 52-53) llevará encima la cartografía que incrimina su memoria: *civilización y barbarie*, es la grafía de un nuevo espacio, el pasaje de la heterogeneidad a la homogeneidad que también implica una forma de pasaje ideológico (segundo traslado).

En esta reescritura, la anécdota que abre el capítulo V (“Infancia y Juventud”) del *Facundo*, aquella que narra el famoso y patético encuentro del caudillo con el tigre y su mimetización (el Tigre de los Llanos-Quiroga), porta, concentradas, las principales ecuaciones de una literatura fronteriza que serán examinadas en los párrafos siguientes. Recordemos el inicio del pasaje reescrito:

“Las cuchilladas tan frecuentes entre nuestros gauchos habian forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, i ganar la *travesía* a pié, con la montura al hombro, a fin de escapar a las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacia un año siguiendo los rastros de los viajeros, i pasaban ya de ocho los que habian sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera i el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquella: entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, i se le llama *cebado* cuando se ha dado a ese nuevo género de caza, la caza de hombres” (1961 [1845]: 79-80)¹²³

Como ha señalado González Echavarría, la palabra *travesía* que utiliza Sarmiento en ese pasaje es una especie de catacreción natural pues designa un espacio carente de agua y no su cruce como previsiblemente debiéramos suponer. En ese espacio, entonces, se produce una violencia simbólica –y empírica- por la que el nombre significa lo contrario de lo que refiere normalmente. El “tigre”, como se sabe, también es un nombre equivocado pues designa el ropaje al que recurrieron los cronistas europeos para nombrar una especie

¹²³ En todos los casos cito la edición de Alberto Palcos. 1961. *Facundo*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas. Respeto, asimismo, la ortografía sarmientina como aparece en el volumen.

de jaguar, típico de esas regiones americanas. Pero además, el desajuste impera en las propias cualidades no ordinarias del tigre, pues *cebado* significa aquí que el tigre siente cierta predilección por la carne humana (ha probado su gusto, tiene ese conocimiento que lo incita) por lo que el tigre se torna victimario mientras el hombre, el gaucho (Facundo en este caso) es el perseguido, su presa. La cadena metafórica se extiende incluso en la referencia a la represa que señala no el abastecimiento de agua sino el fin del desierto (González Echavarría 1988: 402-404). Suspiciosa lectura decodificadora a la que habría que agregar el uso especial de los términos (que cifran esa disrupción) que hace Sarmiento en el cuerpo del texto: la singularidad de la nominación “bárbara” (saber popular, gauchesco) aparece *subrayada* (*travesía, chifles, represa, cebado*) en el traspaso a la escritura. En ese traslado, en esa traducción el mecanismo no puede ser neutro: los “cuadros vivos” (*tableaux vivants*) del “rastreador”, “baquiano”, del “gaucho malo” y del “cantor” por encima de una voluntad de búsqueda del origen ofician el traspaso racionalizador de la escritura (Ramos 1989). Esa operación traslaticia sitúa al texto en el límite del género gauchesco: no la “voz” de Facundo (autobiografía) sino la escritura de Sarmiento (biografía) que se materializa sobre el final del pasaje cuando Facundo se hace cargo del relato (“Entonces supe lo que era tener miedo”), trueque del “ánima” (voz) por el “alma” o “instinto” que define al *Tigre de los llanos* (Ludmer 1988: 19-21). Lo insólito del espacio que fragua la anécdota sobre el encuentro de Facundo y el tigre –donde hombre y fiera se disputan la naturaleza- trama la Historia de la “barbarie” en el *desierto*: Facundo ha cruzado la frontera del espacio ciudadano –la ciudad de San Luis- donde la justicia –la Ley- ordena y disciplina los cuerpos de los reos hasta convertirlos a su sumisión voluntaria. Lo excepcional u original de esa realidad que convoca la escritura de Sarmiento (“Necesítase, empero, para desatar este nudo que no ha podido cortar la espada, estudiar prolijamente las vueltas i revueltas de los hilos que lo forman, i buscar en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres i tradiciones populares los puntos en que están pegados” [ídem: 10]), y que todo el pasaje sobre el *Tigre de los llanos* anticipa de manera cifrada se contrasta, se pesa, con el otro saber, el que define el espacio áurico de la letra (realizando el pasaje de lo particular a lo universal):

“La frenología i la anatomía comparadas, han demostrado, en efecto, las relaciones que existen entre las formas exteriores i las disposiciones morales, entre la fisonomía del

hombre i la de algunos animales a quienes se asemeja en su carácter” (Sarmiento, ídem: 81)

La frenología es la cita que contiene dentro del cuadro a la “barbarie” y una de las significaciones del *ethos romano* que impulsa la escritura sarmientina (de ahí lo áurico de una alfabética traslaticia: la cita representa otro traslado, el del saber europeo hacia el otro lado de los Andes, imagen espacial en la que el Río de la Plata, *argentum*, diagrama el espacio de disputas en una construcción metonímica en la que la pampa, vuelta *desierto*, “la tierra como en el mar”, será conquistada por los barcos).¹²⁴ Y el mecanismo de la cita continúa: *Facundo es como* “el Alí-Bajá de Monvoisin”. Sarmiento afianza su escritura con el respaldo de la biblioteca europea, el archivo de lecturas conocidas como soporte ante el *desierto*. Hay que contener, mediante las equivalencias, la extrañeza que amenaza con volver ineficaz el combate (el impulso en la escritura de Sarmiento se asimila a una máquina de guerra: “Con el fin de agitar todas las preocupaciones del interior escribí el *Facundo*”, le dice en una carta de 1845 al General María Paz).¹²⁵ El mecanismo de las analogías, como mostró Ricardo Piglia (1980), exhibe su lógica en la construcción de equivalencias a fin de disolver las diferencias y resolver las contradicciones.

A partir de allí la anomia señala un terreno conflictivo que a nivel simbólico percute la escritura sarmientina hacia la zona de la escritura ficcional y nos habla, también, de otro pasaje, hacia otro nivel, que queda implicado en lo que Jameson llama la *ideología de la forma*. Si esa historia se puede leer no sólo como una alegoría de la vida del caudillo, sino también del propio libro, codificando una trama maestra de su mecanismo tropológico, como propone Echevarría (1988: 404), es porque el propio texto auto-refiere esa trama maestra desde los resquicios o restos que saturan el *peso* ensayístico –y su doble, la

¹²⁴ La figura retórica de la *romanidad* que da cuenta del *ethos romano*, definida por Nicolás Rosa, comporta en la escritura sarmientina un doble sentido, civilizador e invasor. Véase Rosa 2004: 82ss.

¹²⁵ En la misma carta, del 22 de diciembre de 1845, dice: “Remito a Su Excelencia un ejemplar del *Facundo* que he escrito con el objeto de favorecer la revolución y preparar los espíritus. Obra improvisada, llena por necesidad de inexactitudes, a designio a veces, no tiene otra importancia que la de ser uno de los tantos medios tocados para ayudar a destruir un gobierno absurdo, y preparar el camino a otro nuevo” (*La correspondencia de Sarmiento*, Tomo I, años 1838-1854, Comisión Provincial de Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento, Córdoba, 1988)

digresión.¹²⁶ Varias páginas antes de esa anécdota patética en la que Tigre y Caudillo se identifican en el desajuste de un lenguaje tensionado, Sarmiento había escrito:

“Doi tanta importancia a estos pormenores, por que ellos servirán a explicar todos nuestros fenómenos sociales, i la revolución que se ha estado obrando en la República Argentina; revolución que está desfigurada por palabras del diccionario civil, que la disfrazan i ocultan creando ideas erróneas; *de la misma manera que los españoles al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido a un animal nuevo que encontraban; saludando con el terrible de leon, que trae al espíritu la magnanimidad i fuerza del rei de las bestias, al miserable gato llamado puma, que huye a la vista de los perros, i tigre al jaguar de nuestros bosques*” (ídem: 63 [subrayado mío])

3. 3. Saberes conspirativos. Cifra y traslado

El enigma es el núcleo de la escritura de esa trama. Ese enigma, ese secreto, es, precisamente, lo excepcional, el punto ciego de la Historia, que rompe los parámetros de la comunicación y que, torsionando el lenguaje, exaspera el orden de la razón occidental: “Ignoro si el mundo moderno presenta un jénero de asociación tan monstruoso como este” (Sarmiento, 1961 [1845] 36). La ignorancia de Sarmiento –en este pasaje retóricamente imaginada- está en la base de su escritura. Más aún: es el punto de irradiación en los engranajes de una maquinaria escritural:

“El enigma que interroga Sarmiento es nada más que la lengua hablada, el ritmo exacto y el tono de la voz, su intensidad, sus modulaciones y registros: el modo en que una voz se hace volumen y en ese volumen se hace mundo. No es que Sarmiento no la haya oído nunca a esa voz. Porque la oía todo el tiempo, porque era la voz de su delirio, de su sueño, porque la tenía adentro y porque *esa* era la voz de la patria cuando escribió *Facundo*, escribió *Facundo*” (Ludmer 1988: 21).

Paralelamente, la lógica de su artificio –la letra- diseña su contracara. Sarmiento recurre al saber que le proveen sus lecturas y monta un mecanismo de disuasión afecto a las armas del enemigo. Si la barbarie impone su dominio en las entrañas de la pampa argentina mediante un sistema inaudito que se traduce en catástrofe, Sarmiento encuentra en el poder de la cifra –del Enigma- el modo de inscribirle en su propio cuerpo la marca de una

¹²⁶ “Ensayar deriva de *exagiare* que significa pesar. Cerca del término se halla examen: aguja o lengüeta del fiel de la balanza y, por extensión, acto de pesar, examen, control”, nos recuerda Starobinski. A su vez, la digresión, su glosa complementaria aparece en la figura de la dispersión pues “otra acepción de examen designa el enjambre de las abejas, la bandada de los pájaros” (Starobinski 1998: 31).

continuidad histórica. Esa operación está en la escena que relata su pasaje por los baños del Zonda cuando parte al exilio. La escena que abre el libro configura así un modo de lectura concentrado en el poder de la cifra (y de la escritura). En una carta a su amigo José Quiroga Rosas fechada el 19 de febrero de 1841, desde Santiago, nos ofrece una versión preliminar a la publicada finalmente en *Facundo*:

“Una ocurrencia original. ¿Se acuerda de mi cuarto en los baños del Zonda, tan pintado con las armas de la patria en un frente con banderas y trofeos? Pues bien, el día que me degollaron, lancearon, etcétera, en San Juan, al pasar a mi destierro, entré en el cuarto y bajo el trofeo nacional escribí estas célebres palabras: ‘*on ne tue point les idées*’, y seguí mi camino. Como nadie lo entendiese, la ignorancia, madre de la desconfianza, sospechó que podría decir: ‘*hijos de una gran puta, montoneros, un día me la pagarán*’. Y esta traducción libre corrió de boca en boca; pero cuando llegó al gobierno era no sólo aquello sino los insultos más groseros, un plan de conspiración, y de yapa, que la Teléfora era una ballena de aceite. El gobierno, alarmado con estos rumores, ¿qué cree usted que hizo? Lo que no hubiera hecho Luis Felipe... Mandó, amigo; sí, mandó, mi querido amigo, ¿qué creyó que mandó lo borrarán? Bueno fuera eso... mandó, sí señor, mandó una comisión de sabios que descifrasen el enigma, la que a la salida del conductor de la noticia, estaba preparando su informe sobre los horrores que estaban contenidos en aquellas siniestras palabras” (Sarmiento 1988 [1841]: 18)

En esta versión aparecen concentrados los elementos que configuran buena parte de la escritura del *Facundo*. A diferencia de la que finalmente Sarmiento decidió publicar, esta versión permite decodificar la maquinaria de su escritura. En lugar de “puntazos y golpes recibidos” el *degüello* señala el mecanismo de traducción al que apelaría más tarde el sanjuanino para localizar políticamente la práctica política de la barbarie. Lo que organiza toda la serie es el manejo de la cifra (“descifrar el jeroglífico”, dirá Sarmiento). La ignorancia, madre de la desconfianza, dice Sarmiento: ahí reside el mecanismo de indagación que se representa bajo el acto de la sospecha. La traducción que hace el propio Sarmiento de su cita en francés (“*hijos de una gran puta, montoneros, un día me la pagarán*”) es exactamente el modo en que el enemigo debe leer esa inscripción, es decir, una re-traducción de la traducción bastarda de la cita francesa.¹²⁷ En el pasaje de esas

¹²⁷ El aforismo que encabeza su *Facundo* y que Sarmiento atribuye erróneamente a Fortoul ha tenido su propia historia en los campos de la investigación y de la crítica. Groussac en su *Crítica literaria* cree corregir a Sarmiento y sostiene que la frase pertenece a Volney. Lugones, por su parte, afirma no menos perentorio que la frase es de Fortoul y que Sarmiento la tomó de *Grandeur de la vie privée*. Finalmente, Paul Verdevoye ha comprobado que en el tomo LV de la *Revue encyclopédique*, frecuentada por los criollos románticos rioplatenses, existe un artículo de Charles Didier encabezado con el siguiente epígrafe de Diderot: “On ne tire pas de coups de fusil aux idées”, y cree que Sarmiento pudo tomar de allí la traducción libre para su *Facundo*.

traducciones se juega el destino de la patria: porque el “enigma” de sus propias “armas” representa exactamente eso que Sarmiento adjudica a la re-traducción: “un plan de conspiración”. Sarmiento se “arma” de la sospecha como forma privilegiada de hacer concurrir su escritura al develamiento del Enigma de la barbarie: *conspira*.¹²⁸ Nótese además que el paralelismo de las frases subrayadas señalan dos formas de saber que se oponen y desatan una lucha por el espacio de la cultura argentina: la cita de Sarmiento instala en el cuerpo de la barbarie otro texto, que es un *texto de otro*, dirigido a los lectores ilustrados que comparten su sistema de lecturas y su código de citas; la re-traducción de ese *otro texto* llega deformada porque el régimen de ese pasaje pertenece al campo del saber “bárbaro”: la cita “corrió de boca en boca”: esa alusión marca el tránsito de una idea ilustrada –que codifica el saber metropolitano- al terreno del saber popular. El pasaje demuestra el choque de dos escrituras que se disputan el espacio público de la patria: “El hecho sobre todo que debemos señalar a la policía, es el de presentarse algunos hombres llevando en la cinta este lema: *¡Mueran los salvajes unitarios!*” (Sarmiento 1909 VI [1845]:143), escribía el sanjuanino en las páginas de *El Progreso*, en abril de 1845, ante la llegada a Chile de los emisarios de Rosas. Ante el lema de la escritura oficial, Sarmiento eleva el lema ilustrado de su escritura: “*On ne tue point les idées*”. En el espacio de esa disputa, donde la sospecha y la ignorancia codifican los mecanismos de la conspiración, el cazador Sarmiento, mezcla de etnógrafo y traductor, accionará la maquinaria del *Facundo*.

3. 4. Biografía, instrucción y disuasión. El conflicto de una escritura obliterada

“La razón y la experiencia han puesto al descubierto el extravío de una marcha política, que guiada por teorías exageradas, y alucinada con el ejemplo de pueblos de otra civilización, no ha hecho más que imitar formas e instituciones extranjeras; cuando todo se debía buscar en el estudio de la naturaleza de nuestra sociedad, de sus vicios y virtudes, de su grado de instrucción y civilización, de su clima, su

Véase: Verdevoye 1988: 80.

¹²⁸ “La conspiración por la palabra, por la prensa, por el estudio de las necesidades de nuestros pueblos; la conspiración por el ejemplo y la persuasión; la conspiración por los principios, i las ideas difundidas por la prensa i por la enseñanza; esta clase nueva de conspiración, será, Excelentísimo Señor, de mi parte, eterna, constante, infatigable, de todos los instantes, mientras una gota de sangre bulla en mis venas, mientras un sentimiento moral viva sin relajarse en mi conciencia, mientras la libertad de prensa i de emitir el pensamiento exista en algun ángulo de la tierra”, escribe Sarmiento en la *Circular* publicada en la *Crónica* sobre la carta enviada al General Ramírez que llegaría a manos de Rosas (1909 VI [1849]: 200)

territorio, su población y sus costumbres; y sobre estos datos establecer el sistema gubernativo que mejor los llenase”. (Sastre citado por Weinberg, 1977 [1837]: 126)

De las reuniones del Salón literario se desprenden las ideas principales que la nueva generación irá reformulando, adaptando e incluso transformando a medida que los acontecimientos políticos impriman su sello sobre la realidad social del país.¹²⁹ Una de esas ideas era la que exploraba y preconizaba las cualidades de una literatura nacional acordes a la “inteligencia del pueblo argentino” (“Cuál deba ser el carácter de su literatura”, según el planteo de Juan María Gutiérrez) y que encontraría, como pudimos ver en el capítulo anterior, en las páginas periódicas de esa generación el sitio de su prédica y de su formulación. Casi una década después, Sarmiento es el que lleva adelante el programa enunciado en el discurso de Marcos Sastre: el *Facundo* responde, como ningún otro texto, a ese estudio que refiere el librero en su diatriba. La distancia, sin embargo, no es sólo temporal: lo que Sastre denunciaba como *error de plagio político* tenía como referente inmediato el gobierno de Rivadavia. Aquella era, según sus palabras, la “época de la federación” (la época de Rosas).

El sanjuanino, en su exilio chileno, varios años más tarde, daba a la prensa la confirmación bajo el impulso opuesto: *Facundo* es el intento de disuasión de esa época, es la forma cifrada de interpelar esa figura que funda la literatura argentina: “D. Juan Manuel de Rosas”, “el Esfinje Argentino, mitad mujer por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinario”(1961 [1845]: 10). La fragmentación interna de la república impedía la consolidación del proyecto nacional que se había imaginado la nueva generación. Escribir, era civilizar. Pero era, por eso mismo, transcribir. Hacer entrar la modernidad europea en los resquicios de una Historia que se pensaba catastrófica dado el dominio absoluto de los caudillos regionales y la extensión marcadamente despoblada del territorio. En ese territorio la Historia es la lucha por un *nombre* o, mejor dicho, el *nombre* –no definido, no inscripto - de ese territorio permite visualizar los términos de una disputa en la que se vieron confrontados los jóvenes románticos de aquella generación:

“El Continente americano termina al Sud en una punta en cuya estremidad se forma el estrecho de Magallanes. Al Oeste, i a corta distancia del Pacífico, se

¹²⁹ Un desarrollo de esas posiciones en: Halperin Donghi 1980.

estienden paralelos a la costa los Andes chilenos. La tierra que queda al Oriente de aquella cadena de montañas, i al Occidente del Atlántico, siguiendo el Rio de la Plata hácia el interior por el Uruguay arriba, es *el territorio que se llamó Provincias Unidas del Rio de la Plata, i en el que aún se derrama sangre por denominarlo República Argentina o Confederación Argentina*. Al Norte están el Paraguai, el Gran Chaco i Bolivia, *sus límites presuntos*” (1961 [1845]: 25)

El párrafo que inicia el primer capítulo se escribe con la retórica de un relato de viaje. La mirada externa –exterior, detrás de la frontera, y extranjera- define la descripción de este pasaje, y la mención de los límites presuntos del territorio junto a la lucha por el nombre señala los modelos de la disputa: el unitario e ilustrado de la República o el impulsado por el federalismo –Confederación- representado en ese momento por Rosas. Definir ese nombre es, a un tiempo, escribir un proyecto y constituir los cimientos para la nación futura. La indagación de las fronteras nacionales en la producción cultural de la primera mitad de siglo se proyecta principalmente en términos de fronteras temporales: aquello que la Nación debe contener, incluir, dentro de los marcos de una identidad social e histórica (Fernández Bravo 1994: 40) (operación que será analizada en el apartado siguiente); pero la temporalidad, a su vez, estaba ceñida al territorio sobre el cual la Historia, como prescribía la filosofía en las lecturas rectoras de la generación romántica, debía inscribirse como modo privilegiado de dar cuenta acerca de los rasgos prominentes de una identidad particular. En ese contexto, como ya hemos visto, los discursos fundadores –el *Facundo*- dialogan y discuten –citas, reescrituras y apropiación son las formas principales de esa relación- con el intertexto de los relatos de viaje como modo operacional de construcción de la identidad. La autoridad “científica” de esos relatos –la marca de estilo humboldtiana los define- se contrasta en los letrados criollos con el *telos* progresista que le inscribe al territorio la identidad problemática de una Historia. Los efectos en el cruce con ese intertexto de relatos foráneos pueden incluirse en los motivos –probables- que hicieron que un texto como *El matadero* haya permanecido oculto durante treinta años. La importancia para entender ese proceso, radica en que el relato de Echeverría contiene de forma implícita lo que *Facundo* explícitamente expone desde el título. La fricción representada por la dicotomía sarmientina se localiza en el texto echeverriano en la propia ciudad de Buenos Aires, entre su elite cultivada (los unitarios) y su arrabal miserable y violento (el espacio del matadero). De hecho, el texto de Echeverría contiene las marcas

escriturales que anticipan la factura del *Facundo* y permiten pensarlo como su genotexto: superposición de estilos, mezcla ecléctica de recursos expresivos y heterodoxia formal que imposibilitan se adscripción genérica (Fleming 1991: 91). En agosto de 1845, Juan María Gutiérrez escribió a Alberdi una carta en la que expresaba el profundo malestar que le provocó la lectura del folleto del sanjuanino:

“Lo que dije sobre el *Facundo* en *El Mercurio* no lo siento, escribí antes de leer el libro; estoy convencido que hará mal efecto en la República Argentina, y que todo hombre sensato verá en él una caricatura: es este un libro como las pinturas que de nuestra sociedad hacen a veces los viajeros por decir cosas raras: el *matadero*, la mulata en la intimidad con la niña, el cigarro en la boca de la señora mayor, etc., etc. La República Argentina no es un charco de sangre: la civilización nuestra no es el progreso de las Escuelas primarias de San Juan. Buenos Aires ha admirado al mundo (...) A cada momento veo que el autor del *Facundo* no conoce sino uno de los patios interiores de ese magnífico palacio donde hemos nacido por fortuna” (Gutiérrez, citado por Prieto 1996: 143)

Como sostiene Prieto, los argumentos de Gutiérrez se apoyan en apreciaciones en boga de algunos letrados de la época como Florencio Varela y denuncia los efectos negativos de la literatura de viajes sobre un texto escrito por un argentino. Sorprende, en todo caso, la mención, junto a los cuadros relativos de esa literatura (“la mulata en la intimidad con la niña”, “el cigarro en boca de la señora mayor”) del *matadero*, cuyo subrayado sugiere que el crítico probablemente tenga presente el texto de Echeverría.¹³⁰ Lo que evidencia este cruce de opiniones es la presencia de un discurso –una trama textual mayor– que provee las bases para la confección regionalista de los relatos de identidad post-independentista.¹³¹ La dispersión e indefinición regional de esa unidad mayor que había sido el imperio español en Latinoamérica –sus *límites presuntos* como escribiera Sarmiento– habilita la búsqueda de una trama identitaria, que se construye en las diferencias que deberán ser producidas culturalmente: historia y literatura confluyen en la tarea de edificar mitos nacionales, héroes y fábulas de identidad mediante el recurso de apropiación

¹³⁰ Florencio Varela, en una carta fechada en 1834 y dirigida a Juan María Gutiérrez había asumido una actitud negativa hacia los relatos de viajeros extranjeros. La hipótesis – que descuella por su “gran poder de sugerencia”, como dice Schwartzman en la Introducción a *La lucha de los lenguajes* (2003: 8)- pertenece Prieto. Aquí no hago más que seguirlo. Para una lectura parcial de esa carta y el desarrollo de esa hipótesis, véase: Prieto 1996: 140ss.

¹³¹ Un desarrollo de estas ideas puede verse en González Echavarría 1988: 41ss.

de la Historia de aquellos sectores sociales que sí podían respaldarse en una identidad menos incierta y precoz que la de sus países nuevos: los gauchos, los indígenas.

Hay una serie de textos que pueden aclarar ese proyecto en los términos en que decidió plasmarlo Sarmiento con la factura de su *Facundo*. Entre ellos, el primero, publicado en *El Mercurio* el 20 de marzo de 1842, da las claves de su inclinación por el género biográfico:

“La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época i pais dados, es el resumen de la historia contemporánea, iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres i los hábitos nacionales, de las ideas dominantes, las tendencias de la civilización, i la dirección especial que el jenio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad” (Sarmiento 1909 I [1842]: 184)

La factura de la trama histórica necesita, como señalara Jitrik, de la biografía. Pero el rasgo sobresaliente de una biografía es, para Sarmiento, su función didáctico-moral: “el compendio de los hechos históricos mas al alcance del pueblo i de una instrucción mas directa i mas clara” (idem: 185). Sarmiento llevará a los extremos, de manera desviada y hasta paródica, aquella sugerencia de Echeverría cuando en su *Ojeada retrospectiva* recomendaba “escribir la biografía de los que deban merecer honra y respeto de la posteridad (1972 [1846: 61): desviada porque su tejido biográfico fijó como protagonista un caudillo-gaucha de la pampa argentina; paródica porque, tomando literalmente dicha sugerencia, se convertirá él mismo en objeto de “honra y respeto” para la posteridad.¹³² El carácter ejemplar de la vida de un “gran hombre”, señala Sarmiento, que logra compendiar los intereses y hechos más importantes de su época es el mayor recurso de instrucción popular del que una sociedad puede disponer. Es conocida su admiración por la vida de

¹³² Esa doble desviación señala al mismo tiempo la reformulación del programa romántico en manos del sanjuanino y la distancia que, a pesar de una retórica conciliadora y oportuna, lo separaba del autor de *La cautiva*. En este sentido, las palabras laudatorias hacia Echeverría que aparecen en el capítulo II del *Facundo* son reformuladas en su carta de Montevideo a Vicente F. López, en viaje hacia Europa: “Echeverría no es ni soldado ni periodista; sufre moral i físicamente, i aguarda sin esperanza que encuentren las cosas un desenlace para regresarse a su patria”. Y más adelante: “¡Pobre Echeverría! Enfermo de espíritu i de cuerpo” (1996 [1846]: 53-54). Palabras que parecen haber disgustado al bardo romántico. Así, en una carta que le enviara a éste en 1849, ya de regreso en Santiago de Chile, Sarmiento principiaba diciendo: “¿Por qué me manda mensajes con Alberdi, y no me escribe usted dos renglones...? (...) Dije una vez que estaba usted enfermo de espíritu y de cuerpo, y me aseguran que revienta de gordo. Agregue usted eso de la fe de erratas garrafales que he cometido en mis Viajes, haciendo almirante a Deffaudis, Maldonado al poeta Hidalgo, y Heredia a Plácido”. Y más adelante: “He dogmatizado un poco, como usted lo deseaba; pero poco, porque me guardo para mejores tiempos” (1988: 141-142). Referencia ésta última que nos remite a lo que sostuvo Echeverría sobre el *Facundo* en su *Ojeada retrospectiva*: “Notamos, sin embargo, un vacío en la obra del señor Sarmiento sobre Quiroga; la hallamos poco dogmática” (1972 [1846] 82).

Franklin quien, a su vez, como lo dice en este artículo, “había sido influenciado por la temprana lectura de las vidas comparadas de Plutarco”.¹³³ Esa mutua implicancia entre biografía e historia está en la base de un modo de pensar la escritura propio del historicismo romántico. No se trata, de todos modos, de rastrear influencias o modelos ideológicos para la escritura de *Facundo*, sino de constatar un “horizonte de lectura” que imprime su sello en la producción cultural de una época. En este sentido, es sintomático el hecho de que cuando Jitik se detiene en su *Muerte y resurrección del Facundo* a analizar los componentes propiamente literarios –ligados a su indefinición genérica- del texto mayor del sanjuanino, sus apreciaciones se ajusten a lo que Roland Barthes “ve” en la escritura moderna de la *Historia* de Michelet.¹³⁴ La escritura del *Facundo* se comprendería así inserta en un *modo singular* de pensar la historia cuyos exponentes franceses, citados en primera lugar por el propio Sarmiento, Cousin, Thiers, Michelet, representan una instancia particular. Eso es lo que nos señala Sarmiento cuando reclama la presencia de esas ciencias en el Río de la Plata. Reclamo que es, además, su carta de presentación:

“A la América del Sud en general, i a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes i brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo i aun no explorado ni descrito por la ciencia, i revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados i conocidos” (1961 [1845]: 10-11)

El análisis de la organización política de los Estados Unidos realizado por Tocqueville es otra de esas instancias cuyos resultados, acertados o no, no ocultaban el hecho aceptado de que su método era el único capaz de llegar a las “entrañas” de la historia.¹³⁵ El intento de Sarmiento es el de escribir esa *historia* para el Río de la Plata, no en el sentido que reclamara Alsina en sus notas correctivas enviadas para su segunda edición, sino en el propio sentido que el sanjuanino atribuye a su texto: un modo de disuasión de ese gran Enigma que impedía el Progreso, el intento de nombrar aquello que se veía como impedimento a la continuidad histórica de la civilización y que hacía del territorio un oscuro mecanismo retrógrado frente a los avances de la modernización:

¹³³ Estos argumentos serán ampliados mediante el análisis de *Recuerdos de provincia*.

¹³⁴ Véanse los artículos “Michelet, hoy en día” [1972] y “Modernidad de Michelet” [1974] en Barthes 1994: 241 y 255.

¹³⁵ Sobre historicismo románico, ver: Halperin Donghi 1996; Anderson Imbert 1961 y Américo Castro 1938.

“Tan convencidos estamos de esta poderosa influencia que en el ánimo de los hombres ejerce la narración de los hechos que constituyen la vida de un varón ilustre, que largo tiempo hemos meditado sobre la necesidad de hacer popular en nuestros pueblos americanos la vida de un hombre célebre en los fastos de la humanidad” (1909, I [1842]: 186)

Como se ve, Sarmiento atribuye a la escritura de ese “sistema”¹³⁶ el poder factual (“poderosa influencia”) de accionar sobre el conglomerado social modelando las conciencias a través de lo ejemplar: una historia. Sólo que el desarrollo de esa historia debía ajustarse a esa “doble armonía” que consistía en la idea de un pueblo condicionado a “su edad y su suelo”, como sostuviera Alberdi en su discurso de 1837. Y el hecho contundente que marcaba esa doble condición en el Río de la Plata era el dominio político de Juan Manuel de Rosas. Los fracasos de los alzamientos contra Rosas, iniciados con la malograda expedición de Lavalle en 1840, dislocaban el curso de la racionalidad histórica imaginada por la generación del ’37. La idea compartida de una Ley de “perfección sucesiva de la humanidad”, Ley del Progreso, de la que hablara el joven Alberdi aquel año de lecturas iniciáticas, entra en crisis con la consolidación del poder rosista y frustra el “horizonte de expectativas” que daba cierta inteligibilidad a sus acciones. Sarmiento se propone penetrar ese caos aparente y entender el mecanismo oculto que lo hace posible. Sólo que el régimen de representación debe ser torsionado, violentado, para lograr dar cuenta de lo “inexplicable” del mismo modo que el lenguaje “bárbaro”, cifrado en la anécdota sobre el encuentro entre Facundo y el tigre, aparece desviado de sus referentes (crisis entre significado y significante). En esa imposibilidad de un discurso literario autónomo se produce, como señala Ricardo Piglia, paradójicamente, la irrupción del discurso ficcional en el *Facundo*. La historia (la ficción) de Sarmiento violenta el régimen mimético y produce con *Facundo* una *epífora*, es decir, un trastocamiento referencial, un desplazamiento.¹³⁷ Para escribir entonces (la ficción de) esa *historia*, Sarmiento se vio en la

¹³⁶ En la segunda nota que le enviara Valentín Alsina le reprochaba precisamente esa afección: “es Vd. Propenso a los *sistemas*; y estos, en las ciencias sociales como en las naturales, no son el mejor medio de arribar al descubrimiento de la verdad, ni al recto examen, ni a la veraz exposición de ella” (Sarmiento 1961: 350). “Recto examen” que, como se sabe, Sarmiento se excusó de proseguir.

¹³⁷ La *epífora* es una de las figuras simbólicas que Paul Ricoeur trata en *La metáfora viva*, y que Elias Palti utiliza para señalar esa nominación desviada de la ficción sarmientina, véase Palti 2004: 534.

necesidad de nombrar lo innombrable a través de una *figura desviada*: Juan Facundo Quiroga:

“¿Es este un capricho accidental, una desviación momentánea causada por la aparición en la escena de un jenio poderoso? (...) ¿Rosas, según esto, no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad? ¿Es, por el contrario, una manifestación social, es una fórmula de una manera de ser de un pueblo? (Sarmiento 1961 [1845] 12-13)

La hipótesis sobre una representación desviada adquiere peso si se tiene presente la original publicación del *Facundo* en folletín, en las páginas de *El Progreso*. La primera entrega se inicia con la invocación (“Sombra terrible de Facundo voi a evocarte”) del caudillo riojano para ligarlo al secreto y los males que paralizan la república, pero una vez que se admite que Rosas es su “heredero”, su “complemento” (es decir que Facundo “vive en Rosas”) toda la serie se concentra “en la persona de Rosas” y concluye con la referencia a los litigios por la prensa. En el inicio de la segunda entrega, Sarmiento se ve en la necesidad de retomar el motivo de la invocación (la biografía de Quiroga), como forma de responder a las expectativas de sus potenciales lectores y conjurar los fantasmas de su diálogo imposible con Rosas:¹³⁸

“El que haya leído las páginas que preceden creerá que es mi ánimo trazar un cuadro apasionado de los actos de barbarie que ha deshonrado el nombre de D. Juan Manuel de Rosas. Que se tranquilicen los que abriguen este temor. Aun no se ha formado la última página de esta biografía inmoral; aun no está llena la medida; los días de su héroe no han sido contados aun” (Sarmiento 1961 [1845]: 16)

Evidentemente Sarmiento no está pensando únicamente en sus lectores chilenos. El folletín había empezado a publicarse respondiendo a la llegada de Baldomero García, enviado de Rosas ante aquel gobierno. La urgencia de la publicación responde a motivos políticos. Pero puede conjeturarse que la idea de escribir una biografía sobre algún personaje relevante que pudiera funcionar como figura histórica ya estaba en su pensamiento. Si la concepción de lo biográfico como “compendio de hechos históricos” y su idea de modelo moralizador para el pueblo ya estaba en Sarmiento desde antes incluso de su exilio chileno (según puede interpretarse por sus *Recuerdos de Provincia*), si además esa concepción se ve claramente manifestada en su artículo “De las biografías” que data de

¹³⁸ Para una lectura del *Facundo* como folletín ver: Garrels 1988.

1843, se podría tentar la hipótesis según la cual la figura de Juan Facundo Quiroga emerge en el pensamiento de Sarmiento como el modo de testar –indagar y dejar testamento- los contornos difusos de un relato identitario para la nación. Si la hipótesis se sostiene habría que pensar que el *Facundo* no es tanto el esfuerzo de retratar al caudillo como el modo de actuar performativamente sobre los mecanismos caudillescos de la “barbarie”: entender los nudos de ese desorden –indagar- para producir un contra-discurso sobre el espacio de la (futura) nación –testamentar.¹³⁹ Dice Sarmiento:

“Nadie comprenderá a Facundo Quiroga, como nadie, a mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolívar, por la incompetencia de los biógrafos que han trazado el cuadro de su vida. En la *Enciclopedia Nueva* he leído un brillante trabajo sobre el general Bolívar, en que se hace a aquel caudillo americano toda la justicia que merece por sus talentos, por su jénio; pero en esta biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, los mariscales del Imperio, un Napoleón ménos colosal; pero no he visto al caudillo americano, el jefe de un levantamiento de las masas; veo el remedo de la Europa i nada que me revele la América” (Sarmiento 1961 [1845]: 18)

Sarmiento se autoriza en esta declaración como aquel “biógrafo” competente que puede, por su condición de criollo, comprender la vida del caudillo y revelar, en oposición a las “otras que se han escrito” (y en este caso está en disputa el saber europeo), a través de su biografía, “la América”. Pero la América, como espacio metafórico donde situar la “barbarie”, codifica políticamente (en) el momento de su enunciación a su otro puro y potencial: esa otra “biografía inmoral” de la que no se ha escrito su última página. El acierto de Sarmiento –su estrategia- reside en utilizar la figura de Facundo Quiroga para hablar de Rosas: un uso de la representación literaria subordinado a lo político pero en donde dicha subordinación permanece en tensión entre lo “real” y la ficción. La cartografía imaginaria que es el *Facundo* (“la carta geográfica de las ideas i de los intereses que se agitaban”, 110) se sitúa en esa zona fronteriza que permite el traslado de un polo al otro, de la civilización (Rivadavia, Paz, pero también la poesía culta, Echeverría y Domínguez) a la

¹³⁹ Casi dos meses antes de la primera entrega de su *Facundo* en el *Progreso*, en carta al Gobernador Benavídez, fechada el 11 de marzo de ese mismo año, Sarmiento decía: “Recuerde S. E. La historia de Facundo Quiroga. ¡Qué desengaño! Todo lo atropelló, todo lo desordenó, todo lo venció, y cuando nada le quedó que vencer, su inútil gloria se eclipsó, murió víctima de esa misma gloria, y quince años después nadie se acuerda de él, su vida es una página borrada, una mancha de nuestra historia” (Sarmiento 1988: 62). Si bien la referencia debe insertarse en la retórica persuasiva que porta la carta, las últimas frases pueden indicar los atisbos de un proyecto biográfico en ese sentido.

barbarie (Artigas, Facundo, Rosas, pero también la poesía popular del gaucho): de la política, entonces, a la literatura y viceversa.

La lógica que organiza los mecanismos tropológicos de esa cartografía es, como vimos, la de la sospecha (“descifrar el jeroglífico”). La lucha por el nombre –por nombrar– parece precipitar la escritura hacia la zona del exceso. Desde el epígrafe inicial de Villemain que demanda al lector que deje de lado su impasibilidad hasta la exclamación del capítulo IV: “¿no es posible mantener la tranquilidad de espíritu necesaria para investigar la verdad histórica, cuando se tropieza a cada paso con la idea de que ha podido engañarse a la América i a la Europa tanto tiempo (...)!” (ídem: 69), entre otros pasajes, encontramos una especie de metacomentario de lo que Jitrik señaló como recurso propiamente literario del sanjuanino, a saber que Sarmiento “trata menos de demostrar que de convencer”. Existe en ese recurso una voluntad literaria claramente manifestada y muy comentada por la crítica sobre la cual no me voy a detener aquí.¹⁴⁰ Pero precisamente esa es la zona en la que la ambigüedad de la escritura sarmientina se manifiesta efectiva, en la medida que la escena literaria aparece tensionada por el discurso político, al punto que resultaría vano el intento –sino imposible– de separar ambas esferas. La forma literaria en el *Facundo*, el *tejido* de su biografía, permite el uso político de la lengua y funda, como sostiene Piglia (1998: 28), un modo de la ficción política en Argentina. Ese uso y la lógica que lo rige se recorta frente al *otro* pensado como enemigo:

“El caudillo argentino es un Mahoma que pudiera a su antojo cambiar la religión dominante i forjar una nueva. *Tiene todos los poderes*: su justicia es una desgracia para la víctima, pero no un abuso de su parte; porque él puede ser injusto; mas todavía, él ha de ser injusto necesariamente; siempre lo ha sido” (Sarmiento 1961 [1845]: 62 [subrayado mío])

El caudillo argentino “tiene todos los poderes”. La barbarie se ha apoderado del territorio. El mal que aqueja a la Argentina, como sabemos, y que sirve de soporte para el dominio de la barbarie, es la extensión. La influencia del medio es central en los modos de sociabilidad de los individuos. Por eso mismo el gaucho adquiere el “hábito de vivir lejos de la sociedad i de luchar individualmente con la naturaleza” (ídem: 31). En las llanuras

¹⁴⁰ Basta recordar el pasaje en que Sarmiento se disculpa frente a Alsina: “Ensayo i revelación para mí mismo de mis ideas, el *Facundo* adoleció de los defectos de todo fruto de la inspiración del momento”. Y luego: “He usado con parsimonia de sus preciosas notas, guardando las mas sustanciales para tiempos mejores i mas meditados trabajos, temeroso de que por retocar obra tan informe, desapareciese su fisonomía primitiva, i la lozana i voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción” (1961 [1845]: 21)

pampeanas “el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesión del suelo, sin la ciudad” (ídem: 35). A pesar de que el gaucho tiene propiedad del territorio, la extensión de la llanura ha hecho “derramar las familias sobre una inmensa superficie” (ídem: 35) diluyendo toda posibilidad de asociación. En ese aislamiento “el ejemplo desaparece” y “falta el estímulo”. El pueblo que habita esas extensas comarcas se compone de razas diversas, como españoles, negros e indios:

“Por lo demás, de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación i las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela i sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad, i se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro i seguido” (ídem: 32)

Sarmiento merodea la idea de “raza” aunque no terminará por incluirla como método positivo de análisis hasta mucho tiempo después, cuando rescriba la tesis principal aquí bosquejada, en *Conflicto y armonías de las razas en América*. Sin embargo, este primer capítulo (primera parte) diseña el estudio del medio y su influencia en el personaje típico que será Facundo de manera tal que, como el propio Sarmiento lo indica, “esté ya revelando a la segunda sin necesidad de comentarios ni explicaciones” (ídem: 19). Las analogías entre la llanura pampeana y las mesetas asiáticas proliferan como modo de aproximación a una realidad *otra* que debe ser apuntada (“Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí i allá de las tiendas del Kalmuko, del Cosaco o del Arabe”, ídem: 35).¹⁴¹ Entre ambas realidades, entre ambos polos de la comparación, Sarmiento asume la figura del *traductor*, el que conoce los dos idiomas (el metropolitano y europeo, y el pampeano y gaucho) y puede, por eso mismo, autorizarse frente a los otros:

“Oh La Francia (...) la Inglaterra (...): aquellos políticos de todos los países, aquellos escritores que se precian de entendidos, si un pobre narrador americano se presentase ante ellos con un libro, para mostrarles, como Dios muestra las cosas que

¹⁴¹ La analogía funciona proveyendo un imaginario orientalista que, como ha señalado Edward Said (1990), es una formación discursiva ligada históricamente al expansionismo decimonónico y a la propia definición de identidad europea y que se construye en la oposición y exclusión de los *otros* como los no civilizados. En relación al uso que hace Sarmiento de la imaginería orientalista en el *Facundo*, sus potenciales alcances, así como su inscripción en un marco ya formalizado, remito a las reflexiones del primer capítulo.

llamamos evidentes, que se han prosternado ante un fantasma (...) ¿no siente usted que el que tal hiciera podría presentarse en Europa con su libro en la mano, i decir a la Francia i a la Inglaterra (...) Leed, miserables, i humillaos!” (1961[1845]: 22-23)

En esa exclamación reside uno de los fundamentos del *Facundo*: elevarse ante ese intertexto que orienta toda producción americana y proveer una escritura propia, es decir, fundar una tradición. Las propias citas que Sarmiento ubica como acápites de cada capítulo, en principio, y las que aparecen implícitas en el cuerpo del texto, demuestran lo problemático de esa búsqueda en la medida que denotan el lugar conflictivo en el que se sitúa el escritor sudamericano, a la vez opositor y continuador de ese archivo. En esa situación la biografía sarmientina se presenta como una ficción cuya inclinación historiográfica se ve conflictivamente compelida por una escritura obliterada: en el mismo momento en que enuncia las particularidades culturales que el *otro* europeo no logra comprender, describe esas mismas particularidades bajo los esquemas ideológicos del archivo metropolitano. En ese conflicto también se insertan los tópicos que orientan el discurso utópico sarmientino: el *telos* progresista que define su espacio tradicional, la urbe, y las letras como instrumento de educación pública.

3. 5. La nación de las *Lecturas*: ciudad y educación en el discurso modernizador de Sarmiento

“Salvaje no puede ser el que haya nacido en ciudades”
D. F. Sarmiento.¹⁴²

Recordemos ahora la interpretación que hace Sarmiento del proceso político que permite la irrupción de la “barbarie” en el Río de la Plata. Según el sanjuanino, la revolución expandió movimientos dispares e inesperados que hicieron que una lucha iniciada en las ciudades contra el dominio del imperio español se viera sofocada luego por una fuerza extraña que aprovechó el proceso independentista para sustraerse a toda sujeción civil:

“La guerra de la Revolucion Argentina ha sido doble: 1° guerra de las ciudades iniciadas en la cultura europea contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura; 2° guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujecion

¹⁴² “Martín García” en *El Nacional*, 29 de agosto de 1855, en: 1909, XXVI: 71

civil, i desenvolver su carácter i su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles, i las campañas de las ciudades. Hé aquí explicado el enigma de la Revolución Argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810 i el último no ha sondado todavía” (1961 [1845]: 69).

La nota final del párrafo (“cuyo primer tiro se disparó en 1810 i el último no ha sondado todavía”) señala la inscripción de una continuidad en la disputa, la guerra por el nombre de la futura nación. Si la Historia ha dado ejemplos de procesos ulteriores al momento revolucionario, en los que dos fuerzas opositoras (conservadora y revolucionaria) se reagrupan en torno a las posibilidades tácticas en la disputa por el poder, lo insólito del momento argentino, y aquí reside el núcleo (el enigma) del asunto, es la aparición de una tercera fuerza, opuesta indistintamente a las dos tendencias dominantes, que combate, según el biógrafo, no bajo los fines del progreso (de la civilización) sino supeditada al individualismo salvaje por primitivo, esto es, en sentido premoderno o precapitalista. Dice Sarmiento:

“Pero cuando en una revolucion una de las fuerzas llamadas en su auxilio se desprende inmediatamente, forma una tercera entidad, se muestra indiferentemente hostil a unos i a otros combatientes (o realistas o patriotas), esta fuerza que se separa es heterogénea; la sociedad que la encierra no ha conocido hasta entonces su existencia, i la revolucion solo ha servido para que se muestre i desenvuelva” (1961 [1845]: 67)

El enigma para Sarmiento, en términos políticos, reside en ese momento en que la “tercera entidad” en discordia (la “barbarie”) se arma (se constituye) en oposición a las ideas revolucionarias e ilustradas y logra asimilar las herramientas propias del poder que persiguieron las fuerzas polarizadas: el momento en que esa fuerza se apodera de la ciudad (cuyo exponente máximo es, por supuesto, Juan Manuel de Rosas) y restringe el impulso idiosincrático que movilizó las energías revolucionarias.

La cartografía proyectiva de Sarmiento se autoriza desde los andamiajes metropolitanos de la modernidad europea. La nación es imaginada a partir de un núcleo fuerte de desarrollo que tiene a la ciudad como epifenómeno histórico de la civilización. La idea sarmientina de *ciudad* no ha sido suficientemente analizada por la crítica. Se ha señalado en varias ocasiones su evaluación dispar en la distinción del sanjuanino entre Córdoba y Buenos Aires, tanto como el sentido capitalista (burgués, en tanto usina para el

flujo de mercancías, bienes y servicios, información y tecnología) que denota su concepción explícitamente formulada pocos años más tarde en *Argirópolis*. Para Sarmiento la ciudad funciona como órgano administrativo (la consecución de las leyes) pero sobre todo como máquina difusora de progreso (entendido como la prosecución de la instituciones hacia la forma del Estado moderno). En este sentido, la oposición Civilización/Barbarie se sobreimprime a la de Ciudad/Campo y organiza una retórica de disuasión que busca orientar los dispositivos de la campaña pastora hacia la marcha providencial de la civilización. Sarmiento construye un discurso de barricada cuyo sentido se delinea en la confrontación con otros discursos, otras retóricas, otros modelos que orientan los debates sobre el diseño cartográfico de la nación, y cuyo objetivo político apunta a dismantelar (desarmar) los medios de posesión (territoriales, pero que, a otro nivel, simbólico, configuran el imaginario regional en cuestión) que posibilitan el ejercicio del poder. Dardo Scavino, en un trabajo de sugerente análisis sobre las “formas de la guerra” en el discurso sarmientino, sostiene la idea de que el objetivo político de Sarmiento se distingue claramente del militar, en una relación jerárquica que hace del último una herramienta para allanar el camino hacia el establecimiento de un modelo capitalista (moderno) de nación. La fórmula Civilización vs. Barbarie no oculta, por lo tanto, una segmentación lineal o evolutiva que señala el momento cuantitativo en las disputas por el poder, esto es, el grado de intensidad que se mide “por los niveles de aprovechamiento de la energía, de un lado, y por los aumentos estratégicos y tácticos en la velocidad, del otro” (Scavino 1992: 12). En efecto, energía y velocidad articulan la *dispositio* proyectiva del sanjuanino y son los elementos que permiten adjudicarle un *sentido* a la Historia y al progreso: un sentido que no puede desligarse del horizonte providencial que es, ideológicamente, el constructo que reviste una fatalidad económica y militar: las formas más avanzadas (civilizadas) vencerán a las más rezagadas. La vida del gaucho, su “singular asociación”, tiene así un destino fijado por la providencia pues transita en los márgenes de la civilización, “las fuerzas que economiza no puede emplearlas como el romano”:

“Fáltale la ciudad, el municipio, la asociación íntima, i por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros, no tienen necesidades públicas que satisfacer: en una palabra, no hai *res-pública*” (idem: 37)

En la pampa argentina la *res-publica* tiene la forma iconográfica que describiera Echeverría en *La cautiva*. En ese paisaje, el gaucho no tiene “necesidades públicas que satisfacer”. Veremos que son precisamente las ideas de afección climática y territorial tal como las postulara Montesquieu –aunque Sarmiento no haga mención explícita- y tal como las entendiera Alberdi en su *Memoria descriptiva* las que llevan a situar en los hábitos de (a)sociabilidad gauchesca aquello que impide el desarrollo del espacio público. Sarmiento dirá que el dominio político que ejerce Rosas sobre el territorio está basado en la *forma* de la comunicación, es decir, en el dominio público del discurso republicano: la pauta intensidad de los chasques que éste administra se correlaciona con la fragmentada distribución de las poblaciones campestres. Revertir ese dominio implica, a su vez, reconducir las energías sociales de la pampa argentina: sólo mediante un uso *productivo* de la comunicación podrá garantizarse la organización nacional. Pero si la escritura de Sarmiento asume una voluntad política (la de la organización nacional), esta aparece formulada en una frase que no se cansa de reiterar los objetivos de la misma: “por qué combatimos? –dice Sarmiento, y responde:- Combatimos por volver a las ciudades su vida propia” (ídem: 78). Son las ciudades las que, de acuerdo a su existencia natural como postulaba Aristóteles, encaminan a los hombres a la sujeción de una ley común, cuya evolución es prevista como el único orden de sociabilidad posible:

“”La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas de comercio, las escuelas i los colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos. La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac i la levita tienen allí su teatro i su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeración trivial” (ídem: 33).

Nótese el sentido derivativo del enunciado (“argentina, española, europea”) en una línea de continuidad que inscribe el desarrollo de los núcleos urbanos americanos en el *telos* progresista que organiza el pensamiento historicista y retengamos por un momento la nota final (“No sin objeto hago esta enumeración trivial”). Las ciudades son, como se ve, para Sarmiento, cunas de civilización. Entre ellas, Buenos Aires “está llamada a ser un día la ciudad mas gigantesca de ámbas Américas” (ídem: 28), por la afluencia de los ríos a su “aorta”, su puerto único. Pero las ciudades también son San Juan, Mendoza, Montevideo, Córdoba, con sus particularidades y sus semejanzas. Existe, sin embargo, una *ciudad ideal* (en sentido platónico-aristotélico) y mítica (en sentido historiográfico) que a veces se

mimetiza con la saga providencial que trama en Buenos Aires su postrer triunfo. José Sazbón ha indagado esa matriz mítica que orienta el relato de *Facundo*, y ha mostrado cómo la *gesta de la ciudad* se apropia de uno de los rostros de la biografía (Sarmiento estaría escribiendo la biografía de esa *ciudad ideal*) y cómo esa prefiguración permite una reabsorción de los dualismos estructurales. No habría, según su lectura, dos fuerzas (civilización y barbarie), sino un principio monista eficaz y racional que develaría, por encima de los desplazamientos incesantes de las significaciones, el perdurable efecto ideológico del *Facundo*:

“El mito que eterniza a la ciudad garantiza su desenvolvimiento opositivo, agonístico, su transmutación final en el seno de un proceso: para Sarmiento, la Providencia se manifiesta como Progreso civil, pero no en correspondencia con el módulo del positivismo liberal, sino de acuerdo a un historicismo dialéctico que, lejos de suponer un desarrollo lineal y acumulativo, dramatiza, con la noción de *obstáculo*, las recaídas y pruebas que el Sujeto del desarrollo debe vencer en el develamiento de sí” (Sazbón 2002b: 303).

Dejando de lado las puntuaciones sobre cómo se construye diegéticamente el universo mítico de sus actores (unidades lexicales del discurso),¹⁴³ me interesa retener aquí la concepción de un Sujeto (la *ciudad ideal*) en busca del “develamiento de sí”. Siguiendo esta lectura, el *Facundo* es primeramente un relato sobre *la ciudad y sus otros*. La idea de civilización se retrotrae al proceso, como lo llama Norbert Elias, sociogenético e histórico de su cristalización como un desarrollo regular ligado al surgimiento de las naciones modernas por el efecto reformista de las clases medias que, en Francia e Inglaterra, instituyeron el nuevo uso derivativo del sustantivo de *civilité*:

“Con el ascenso de la burguesía, este concepto de *civilisation* se convierte en la quintaesencia de la nación, en la expresión de la autoconciencia nacional (...) A medida que la Revolución va moderándose, poco antes de fin de siglo, el término comienza a dar la vuelta al mundo como consigna. Ya en esa época cumple su función como concepto justificatorio de los impulsos nacionales franceses de expansión y de colonización” (Elias 1993: 95)

Así, el surgimiento del concepto está ligado a la emergencia de las naciones modernas europeas y la consolidación de sus burguesías en los estratos de poder. Para los intelectuales del '37 que recalaron en la fuente del historicismo romántico francés –pero

¹⁴³ Remitimos al estudio de Sazbón: 2002b: 286ss.

que ya estaba prefigurada por el pensamiento de la Ilustración- dicha idea de civilización se imponía como principio irrecusable en la consolidación de la nación. La ciudad historiográfica de Sarmiento es la fábula que provee de inteligibilidad a la Historia: las formas de oposición a la ciudad (la “barbarie” es expresión de todas ellas) son obstáculos del proceso mayor que la contiene. Esa ciudad mítica es una instancia superior de la historia de la humanidad, la entidad propia de su decurso (como para Aristóteles su naturaleza y como para Hegel su espíritu) y por lo tanto el horizonte de modernidad necesario para dejar atrás de una vez los mecanismos retrógrados que la ligan a la “barbarie” -en los ejes temporal y espacial- de la Edad Media y de las mesetas asiáticas o los desiertos africanos. Hay un “espíritu” de la ciudad (“era el pensamiento jeneral de la *ciudad*, era su espíritu, su tendencia”, el subrayado es de Sarmiento, p. 117) que el sanjuanino explora, como un topógrafo, en las prácticas sociales y en las conductas de los individuos. La enumeración del pasaje citado más arriba (“La ciudad es el centro de la civilización...”) está en función de revelarnos ese espíritu o tendencia que representa para el sanjuanino se expresión fenoménica. Sarmiento monta un sistema semiológico que indaga en los signos exteriores de la identidad social y construye una topografía de señas e indicios que le permite leer no sólo la oposición de dos estilos de vida, sino los mecanismos modelizadores para su reconversión (“cada civilización ha tenido su traje, i cada cambio en las ideas, cada revolucion en las instituciones, un cambio en el vestir (...) la moda no la impone al mundo sino la nación más civilizada”, p. 133).¹⁴⁴ Las formas exteriores, como la vestimenta, representan un escalafón más en la batalla entre civilización y barbarie. Así, Sarmiento nos cuenta que cuando Facundo estuvo en San Juan “habitó bajo un toldo en el centro de un potrero de alfalfa, i ostentó (porque era ostentación meditada) el *chiripá*” (ídem: 140). Y que “si Lavalle hubiera hecho la campaña de 1840 en silla inglesa i con el paltó frances” (ídem: 171) *otro sería el curso de la historia*. Años más tarde, cuando oficie de *Boletín* en la Campaña del Ejército Grande comandada por Urquiza, Sarmiento no desaprovechará la oportunidad para ostentar de forma meditada los atuendos de la civilización:

“Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuelas,

¹⁴⁴ Para un estudio sobre los procesos de semiologización en el discurso sarmientino, véase: Sazbón 2002a.

espada bruñida, guantes, quepí francés, paltó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco” (Sarmiento 1958 [1852]: 141)

El espíritu gauchesco y el espíritu de la ciudad, el letargo improductivo, atávico del salvaje, y el producto europeo, su flujo modernizante. Esos signos de la realidad social se oponen porque pertenecen a tiempos distintos: la Edad Media, de un lado, las naciones modernas, del otro. Pero el tiempo de la *ciudad* es, sin embargo, *atemporal*. Hay un “espíritu” de la ciudad en el discurso sarmientino que prevalece incluso por encima de su oposición historiográfica. “El Mensaje de Rosas –dice Sarmiento- anuncia todos los años que el celo de los ciudadanos mantiene los establecimientos públicos. Bárbaro! Es la *ciudad* que trata de salvarse, de no ser convertida en Pampa, si abandona la educación que la liga al mundo civilizado!” (1961 [1845]: 251 [subrayado en el original]). Si un principio monista, racional y eficaz, estructura la biografía de la barbarie, ese principio parecería encallar en el discurso sarmientino bajo una noción transhistórica de la *civitas*. En esa concepción, la escritura de la ciudad –su biografía- es una lectura utópica del espacio de la *res-publica* que señala, al mismo tiempo y de manera anticipada, los recursos materiales de su flujo modernizante.¹⁴⁵ Pero lo que merodea la biografía citadina de Sarmiento, aquello que se hace explícito sobre todo en los capítulos XIV y XV (eliminados, como se sabe, de la segunda edición, de 1851), lo que materializa el edificio mítico y revierte en su ideal la esfera de lo político resuena espúreamente en la zona programática de su discurso ficcional. La figura novelesca de Rosas, y con ella la de los caudillos que le ascienden, no alcanza a saturar el soporte concreto que desarticula el relato épico: la inteligencia o sagacidad (o “astucia”, bajo el código sarmientino) de quien supo adueñarse del poder para fundar su

¹⁴⁵ La visión utópica de la ciudad como flujo modernizante de la nación está estrechamente vinculada, en el discurso de Sarmiento, a una retórica que amalgama transhistóricamente cultura y progreso. Desde esta perspectiva puede entenderse el discurso modelizador de Sarmiento frente a la cultura popular de las campañas rioplatenses. Las letras de la *res-pública* son en Sarmiento vehículo de modernización en la medida que representan el flujo civilizador propio de la *civitas*. De ahí que su proyecto de *Educación popular* contemple la forma más eficaz de economizar la energía del cuerpo social: disciplinarlo para la producción y el consumo capitalistas. “Si la educación no prepara a las venideras generaciones, para esta necesaria adaptación de los medios de trabajo, el resultado será la pobreza y oscuridad nacional” (1950, XI [1849]: 35). En este sentido, la noción sarmientina de educación confluye en ese punto con el modelo alberdiano esgrimido en las *Bases*, “la instrucción en América debe encaminar sus propósitos a la industria”, decía allí Alberdi (1959 [1852]: 63). Escritura y ciudad, en Sarmiento, componen un mismo impulso historicista en el que “el capital es el brazo izquierdo del progreso”, como sostuviera el mismo Alberdi en la *Bases*. Cabe recordar aquí, una sugerente nota de Lewis Mumford en referencia al flujo mercancías y el uso de la escritura en la ciudad: “la más grande invención después de las notaciones lingüísticas y numérica fue la invención del alfabeto, obra de mercaderes fenicios” (1966: 93).

autoridad en la república. Porque si esa fuerza heterogénea que es la barbarie caudillesca halla su expresión en Facundo, Rosas (su heredero) impone un nuevo escalafón cuando Buenos Aires le entrega la suma del poder público. El enigma de Sarmiento, esa gran X que contrae el movimiento de la Historia no es sólo la constatación de un fenómeno único, sino *el estar investido de formas admirables*. Si el acierto del sanjuanino era escribir sobre Rosas a través de Facundo, sobre el final de su texto dicha estrategia se enfrenta a un abismo. A la hora de escribir sobre Rosas, Sarmiento parece preso de los mecanismos tropológicos de su propio texto (el cazador y la presa se confunden en una empatía que la letra no logra sepultar) y rehuye sólo por la vía de asumir las posibilidades de un gobierno futuro. Así, cuando, sobre el final de su biografía, tenga que enfrentarse a las figuraciones del poder político que sostienen al caudillo bonaerense, dirá:

“Es el Estado una tabla rasa en la que él va a escribir una cosa nueva, original; es él un poeta; un Platón que va a realizar su República ideal, según él la ha concebido (...) Es un genio en fin que ha estado lamentando los errores de su siglo i preparándose para destruirlos de un golpe. Todo va a ser nuevo, obra de su ingenio” (Sarmiento 1961 [1845]: 231)

Sarmiento indaga los resortes y mecanismos utilizados por Rosas no sólo para acceder al poder (adueñarse de la ciudad) sino también para sostenerlo y efectuar *su* escritura de la historia en el Río de la Plata. Dice: “La proclama aquella, que es uno de los pocos escritos de Rosas, es un documento precioso que siento no tener a mano” (ídem, 232). La escritura del poder para Sarmiento es un “documento precioso”. Y es que para Sarmiento, Rosas, el domador de la *ciudad*, ha sabido constituir su poder político en un territorio que era una “máquina de guerra” y ese factor merece para el sanjuanino la admiración pues sólo con un poder fuertemente constituido puede lograrse la modelización de la conciencia ciudadana que necesita la república; poder, a su vez, encumbrado por los distintos mecanismos de propaganda pública que son, en este sentido, estratégicamente razonados y, por eso mismo, un elemento que en el pensamiento del sanjuanino se presenta como orden a alcanzar.¹⁴⁶Las fiestas públicas serán manifestación de un “designio político,

¹⁴⁶ Rosas, según un pasaje del capítulo XII, “sabe usar de las palabras i de las formas” (ídem, 200). Ante ese uso efectivo de la escritura oficial, dirá irónicamente Sarmiento: “Me prosterno i humillo ante tu poderosa inteligencia!” (ídem, 201). Pero la ironía de esta frase parece disolverse en el momento en que el sanjuanino intenta develar los mecanismos discursivos, es decir, simbólicos, del poder del rosismo, sobre el final de su biografía.

el más fecundo en resultados” en un territorio atravesado por las disputas de los diferentes bandos y por las revueltas de la guerra civil. “Nada igual me presenta la historia”, dice Sarmiento sobre Rosas, quien es, también:

“El primer jinete de la República Argentina, i cuando digo de la República Argentina, sospecho que de toda la tierra; porque ni un equitador, ni un árabe, tiene que habérselas con el potro salvaje de la Pampa (..) Napoleón y Lord Byron padecían de estos arrebatos, de estos furores causados por el exceso de vida” (ídem, 237)

El sistema analógico halla su límite allí donde la representación (política y literaria) se torna irrecusable. El “potro salvaje de la Pampa” ha sido domado por el mayor jinete de la República que, en esto, no halla comparación ni siquiera en las tierras beduinas tan frecuentadas por el sistema orientalista del sanjuanino. Esta empatía corrosiva del propio montaje ficcional puede entenderse a partir del modelo que orienta el tejido biográfico de Sarmiento. En el capítulo titulado “Barranca- Yaco”, se describe la llegada de Facundo a Buenos Aires y su actuación concientemente moderada durante su residencia en ella, porque “siente –según Sarmiento- que ahí allí otro poder que el suyo” (ídem: 215). El emblema de su entrada a la ciudad se puede recortar del siguiente pasaje:

“*El poder educa*, i Quiroga tenía todas las altas dotes que permiten a un hombre corresponder siempre a su nueva posición, por encumbrada que sea. Facundo se establece en Buenos Aires, i bien pronto se ve rodeado de los hombre más notables” (ídem: 214 [subrayado mío])

En el fragmento citado hay dos notas que sobresalen sobre la figura de Facundo y que vendrían a configurar, según Jitrik, una nueva imagen del caudillo, ahora construida desde la oposición a Rosas: Facundo tiene “altas dotes” que lo hacen rodearse de las personalidades más importantes de la ciudad. Junto a la idea de sociabilidad, tan cara al pensamiento del sanjuanino, el pasaje mostraría además cierta reconversión en el sistema de apreciación de Sarmiento hacia su biografiado en el momento que éste vendría a representar una opción política frente a Buenos Aires. La frase que abre el fragmento (“el poder educa”), de carácter general y filosófico, repercute en la siguiente descripción de la figura de Facundo, de manera consecuentemente particular y personal. Hasta aquí Jitrik. Pero la frase inicial, precisamente por portar un carácter general y filosófico, parece recortarse conceptualmente de todo el pasaje subsiguiente. En efecto, salvo la implicancia

con las “altas dotes” que configuran la imagen de Facundo en ese pasaje, la frase queda en suspenso como una enseña, una diatriba emblemática, una sentencia.¹⁴⁷ Parecería indicar, por su carácter rotundamente emblemático, una zona primordial del pensamiento sarmientino que, en diferentes oportunidades, expande todo un cúmulo de ideas acordes al programa regenerativo en el que se inscribe. En efecto, poder y educación son los términos que informan la voluntad política que la ficción concentra. En este sentido, no es nada casual que esa frase aparezca en el momento en que Facundo hace su entrada *a la ciudad*. Si Sarmiento se “admira” de la efectividad propagandística y pedagógica del discurso oficial que dispone Rosas en Buenos Aires, pues “hai otra parte de la sociedad que es preciso moralizar i enseñar a obedecer, a entusiasmarse cuando *deba* entusiasmarse, a aplaudir, cuando *deba* aplaudir, a callar cuando *deba* callar” (idem: 239), esa admiración no desconoce el hecho de que fue la propia (ciudad de) Buenos Aires la que posibilitó la institucionalización de un poder omnímodo, coronándola al entregarle la Suma del Poder Público, pues “nunca hubo gobierno mas popular, mas deseado, ni mas bien sostenido por la opinión” (idem: 228), como dirá Sarmiento al reseñar ese episodio. Esa opinión pública que sostiene un poder absoluto es a la vez *creada* dialécticamente por los mecanismos discursivos que la ciudad provee.

Es evidente que el poder de la ciudad difiere del que encumbra la “barbarie” de la pampa argentina (el episodio de la entrada de Facundo a Buenos Aires es una muestra de ello). Pero si “el poder educa”, habría que radicalizar esa oposición e indagar en el “desenvolvimiento opositivo, agonístico” que, en palabras de Sazbón, provee un sentido providencial según el cual la “barbarie” es mitificada, es decir, superada en el mismo proceso de su ficcionalización por la utopía de la urbe civilizada. Esas formas admirables que rubrican la figura de Rosas y que resultaban en una empatía corrosiva del propio tejido biográfico son, desde esta perspectiva, producto manifiesto del “espíritu de la ciudad”. Dice Sarmiento: “no creo imposible que a la caída de Rosas se suceda inmediatamente el orden” (idem: 274). El sentido mítico-historiográfico de la ciudad que Sarmiento despliega en su biografía, se correlaciona con una interrogación constante que aparece cada tanto para remarcarlo: “por qué combatimos? Combatimos para volver a *las ciudades a su vida*

¹⁴⁷ Jitrik no se detiene en las sugerencias emblemáticas de la frase y sólo se encarga de analizar las relaciones significativas del pasaje, dándole el sentido que acabamos de reseñar (1983: 69ss).

propia”(ídem: 78), y se transforma sobre las páginas finales en: “¡Nos preguntarán todavía por qué combatimos!!!” (ídem: 252).

Ahora bien, dijimos más arriba que ese sentido puede entenderse mejor si atendemos al modelo que informa la biografía del sanjuanino. Ese modelo es, sostenemos ahora, el que ya estaba prefigurado en las páginas de *El Zonda* y que le demandaría posteriormente un trabajo especial: su *Educación popular*. Si en el proyecto publicitario de su provincia natal Sarmiento había desplegado un discurso privilegiadamente centrado en la formación de la opinión pública a través de la educación como estrategia de inserción y modelización de la conciencia ciudadana, y si los fundamentos sobre la necesidad de la escritura biográfica se apoyaban en su carácter de instrucción masiva, puede decirse que la ficción disuasiva del *Facundo* contrae mediante un uso político del lenguaje una función modelizadora y racionalizante, que bien puede deducirse de su modelo pedagógico previo. Ciudad, poder y educación formarían así una tríada conceptual desde la cual poder leer en el tejido biográfico el plano utópico del programa regenerativo sarmientino. Veamos.

Uno de los elementos fundamentales que Sarmiento atribuye al sistema propagandístico montado por el rosismo es el de su opresión y conminación pública. La Mazorca es, en este sentido, su mayor manifestación política. “La autoridad ante todo” dirá Sarmiento refiriéndose al designio político de Rosas. Y preguntará:

“¿Cómo encarnar en una república que no conoció reyes jamás, la idea de la *personalidad* de Gobierno? La cinta colorada es una materialización del terror, que os acompaña a todas partes, en la calle, en el seno de la familia; es preciso pensar en ella al vestirse, al desnudarse; i las ideas se nos graban siempre por asociación” (ídem: 233ss)

Aquí Sarmiento indaga el sentido de esa “materialización del terror” desde una perspectiva que, aunque saturada de ironía (inmediatamente se refiere a la Mazorca como modelo de “conciliación y paz pública”), intenta trazar una mirada que se quiere objetiva: Sarmiento acecha los mecanismos de modelización pública utilizados por el rosismo y, aunque se encarga de denunciarlos, el resultado de su indagación da cuenta al mismo tiempo de una preocupación propia de las elites letradas que conspiraban por el derrocamiento del “tirano” y que había sido la viñeta inaugural de su propio discurso propagandístico: la necesidad de modelar la subjetividad pública para autorizar un proyecto acorde con las ideas republicanas que había desplegado la revolución y que se disputaban

las distintas facciones del país.¹⁴⁸ Si en la pampa argentina pensada como “desierto” residía el núcleo *barbarizador* que había penetrado en las ciudades, la empresa periodística inicial del sanjuanino en su provincia natal le había demostrado que más que pobladores eran necesarios ciudadanos (lectores) para lograr institucionalizar la esfera pública: el gobierno podía instituir la civilización en la medida en que la esfera pública estuviera debidamente acicalada. En un párrafo del *Facundo* que alude precisamente a la necesidad perentoria de un sistema de educación que instituyera una moral rígida en las nuevas repúblicas, puede leerse lo siguiente:

“Cuando alguno [de los alumnos] se mostraba incorregible, se daba parte a sus padres: si esto no bastaba, empezaba a apuntarse cada nueva falta en un libro, leyéndoselas todas con solemnidad i parado *el reo* en medio de aquellos inmensos salones; i si llegaba a enterar diez de *un carácter criminal*, se cerraban las puertas, se acá volver las caras a los niños ácia la muralla, i en la oscuridad se le aplicaban diez azotes; concluido lo cual, se abrían las puertas, salían los niños en dobles ileras acompañando al réprobo asta la puerta de la calle, a donde el maestro lo empujaba en señal de expulsión perpetua. Esta solemnidad dada a un castigo que ocurría mui de tarde en tarde, *imprimía en los niños un terror saludable*” (idem: 77 [subrayados míos])

El pasaje es extraído de la segunda edición porque, como sostiene el propio autor, esos detalles se encuentran en “*Educación popular, trabajo especial consagrado a la materia i fruto del viaje a Europa y Estados Unidos*”. La nota sirve para subrayar la concurrencia

¹⁴⁸ En este sentido, el estudio de Myers muestra que el dispositivo propagandístico del discurso oficial del rosismo articulaba las ideas republicanas del agrarismo y el americanismo de los periodos anteriores (revolucionario y rivadaviano) en un proceso de adaptación política-discursiva cuyos *topoi* se veían señaladamente configurados por los acontecimientos que constreñían la esfera pública. La efectividad pública del discurso rosista no puede pensarse por la influencia en bloque de una nueva identidad política, sino por el proceso de adaptación que significó la progresiva institucionalización del poder por parte de Rosas. Así, por ejemplo, “el discurso del republicanismo agrario circuló profusamente en la prensa y en las arengas políticas, articulado en un cuerpo de símbolos y evocaciones que Rosas –aun en el caso de no haber existido en él una particular predisposición a utilizar sus instrumentos- no habría podido eludir desde el momento en que deseara traducir su visión política privada a un idioma compartido por todos” (Myers 2002: 49). El conocido “sistema Americano” que propugnaba el rosismo como forma de identificación política también resulta de un proceso de adaptación discursiva de elementos retóricos que circulaban desde el período independentista. De hecho, algunos de los letrados relacionados con el rosismo, como Manuel Moreno o Manuel Irigoyen, tenían una clara ascendencia con figuras e ideas provenientes del republicanismo de Mayo. De este modo, conviene entender las palabras de Alberdi en *El Mercurio* de Chile aprobando la intervención anglo-francesa, en 1845, cuando decía: “Los guerreros de 1810, por quienes tengo la veneración que el pueblo por los mártires revestidos por la canonización papal, no son, sin embargo, para mí los que poseen ideas más acertadas sobre el modo de hacer prosperar la América que con tanto acierto supieron sustraer al poder español. Las ficciones de patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de que se valieron como medios de guerra convenientes al momento, los dominan y poseen hasta hoy” (1920 [1845]: V, 36). Esa noción de ficción ligada al americanismo será analizada en el capítulo siguiente, *La ficción historiográfica*, para indagar en el tipo de relato historicista que configuran los letrados del ’37.

del modelo en la biografía. La nominación utilizada en este pasaje implica, a su vez, un modelo disciplinar: reo y criminal aluden a un tipo de actitud social a-normalizado, es decir, por fuera de la ley. La construcción simbólica, solemne, de un hábito disciplinario habilita el uso del terror que no deja sin embargo de materializarse de manera concreta: el castigo sobre el cuerpo del reo que, en la oscuridad, insta a duplicarse en la imaginación de los testigos. Si Sarmiento hace de la delación un uso retórico constante frente a los mecanismos del poder omnímodo del rosismo, hay un punto en que esa retórica conlleva el reconocimiento de una estrategia política adecuada al estado de desarrollo de la incipiente república: el disciplinamiento del cuerpo social. Disciplinamiento que necesita de un proyecto educacional, paternalista e ilustrado. Porque “los pueblos en su infancia son unos niños que nada preven, que nada conocen, i es preciso que los hombres de alta previsión i de alta comprensión les sirvan de padre” (ídem: 144). Las formas bárbaras que impiden la modernización de la república deben ser reconvertidas por ese proyecto. Los hábitos de sociabilidad premodernos asentados en las distantes rancherías desparramadas en la extensión de la pampa dislocan el tiempo de la productividad moderna. No hay progreso sin propiedad nobiliaria y sin flujo de mercancías, no hay gobierno civil sin el ejercicio de policía y de la administración pública. El gaucho se muestra incapaz, “aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro i seguido” (ídem: 32). Educar al pueblo es el modo de acabar con los hábitos a-sociales que se prestan para el dominio político de la barbarie. Crear ciudadanos es disciplinar el cuerpo social de la república dirigiendo su energía en el sentido de posibilitar una economía de producción capitalista:

“El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las poseen” (Sarmiento 1950 [1849]: XI, 35)

El poder de la educación lleva inscripto el espíritu ciudadano en un proceso dialéctico en el cual el flujo comunicativo es indispensable para la consecución de las leyes de la república. Es la *ciudad*, a la que el “desierto” circunda, con su mecanismo letrado el preanuncio de la palabra institucionalizadora de la nación. Si Facundo posee la Rioja como árbitro y dueño, dice Sarmiento, es porque “no hai letras, no hai opiniones, i como no hai opiniones diversas, la Rioja es una máquina de guerra que irá adonde la lleven” (1961

[1845]: 109). Si las letras forman la República, Sarmiento reconoce que la “máquina de guerra” es, también, una máquina discursiva:

“He aquí su sistema todo entero: el terror sobre el ciudadano, para que abandone su fortuna; el terror sobre el gaucho, para que con su brazo sostenga una causa que ya no es la suya: el terror suple la falta de actividad i de trabajo para administrar” (ídem: 161)

El terror despótico que asedia desde Buenos Aires es una máquina cuyo componente discursivo se asienta en el manejo discriminado de la palabra instituida: “Rosas, para mejor gobernar sus provincias, suprime los correos, que no existen en toda la república hace catorce años. En su lugar establece chasques de Gobierno que despacha él, cuando hai una orden o una noticia que comunicar a sus subalternos” (ídem: 245). En el dominio de la información, y no en su dispersión, reside el poder de Rosas. El modelo sarmientino se postula como la reconversión de ese *terror despótico* en un *terror saludable* que imprima, a través de pautas morales rígidas, hábitos civilizadores en el cuerpo social disperso en la extensión de la República. Doblegar esa dispersión es acabar con la “vida ficticia” de las campañas pastoras argentinas, su infantilidad reconducida en el modelo de sujeción estatal que halla en las Salas de Asilo reseñadas en su *Educación popular* su expresión programática. Su objeto será: “Disciplinar la inteligencia para prepararla a la instrucción y empezar a formar hábitos de trabajo, de atención, de orden y de sumisión voluntaria” (Sarmiento 1950 [1849]: XI, 231). Pues “es el hombre un ser moral, que menos obra por la reflexión y el sentimiento de justicia, que por los hábitos contraídos” (ídem). El “amor a la ociosidad” y la “incapacidad industrial” de los “pastores” de la pampa argentina podrán encauzarse a un modelo de trabajo, consumo y producción una vez que el poder trastoque el lugar de su autoridad, es decir, cuando el Enigma argentino sea resuelto mediante la desarticulación de su mecanismo barbarizador y su rearticulación en el sistema de Estado moderno. La máquina de guerra cambiará la naturaleza de la fuerza: disciplinada, la violencia se transformará en tecnificación del flujo comunicacional de la esfera pública que extenderá hasta el mismísimo “desierto” su monitoreo educativo.¹⁴⁹ La nación podrá entonces reconvertir el proceso que Sarmiento llama “barbarizador” y llevará las ciudades a

¹⁴⁹ “Se gastan en unos Estados más, en otros menos de dos millones de pesos anuales en pertrechos de guerra y personal del ejército. ¿Cuánto se gasta anualmente en la educación pública que ha de disciplinar el personal de la nación, para que produzca en orden, industria y riqueza lo que jamás pueden producir los ejércitos?” (1950 [1849]: XI, 39) Al sistema educativo “monitoreal o mutuo”, Sarmiento añade el prusiano o sistema “Morin” estudiado en Alemania, Prusia y Holanda (ídem: 232ss)

las campañas: las *Lecturas* públicas, biografías ciudadanas ejemplares, se insertarán en el espacio del “desierto” como forma de proyectar, bajo el impulso pragmático de una dialéctica progresista,¹⁵⁰ un modelo de educación popular:

“El discurso, alocución o sermón, dirigido de viva voz al pueblo, llámese entonces *lectura*, que consiste en la exposición de asuntos determinados, hecha con el objeto de transmitir ideas y difundir conocimientos” (1950 [1849]: XI, 402)

La República de las letras de Sarmiento concede a la ciudad un espacio funcional que en un punto se parece demasiado a la estrategia comunicacional utilizada por su enemigo:

“Y para acabar con estos detalles de mi propaganda culta, elegante y europea, en aquellos ejércitos de apariencias salvajes, debo añadir que tenía botas de goma para el caso, tienda fuerte y bien construida, catre de hierro del peso de algunas libras, de manera de poder dormir dentro de una laguna, velas de esperma de noche, y mesa, escritorio, y provisiones de boca de cargarlo todo en un caballo” (1958 [1852]: 142)

La ciudad en el *desierto* necesita del uso propagandístico de su iconografía culta, una máquina discursiva que troca la fuerza por la simbología, la violencia por la energía de su palabra instituida. Las *Lecturas* públicas serán modelo de administración de la República. Antes, sin embargo, la acción política deberá garantizar la autoridad civil que concluya con las *travesías* en donde los reos puedan asimilar la fuerza de su naturaleza.¹⁵¹ Educar es disciplinar para la “sumisión voluntaria” la energética criminal *cebada* por los hábitos a-normalizados que imprime la llanura de los campos argentinos, porque allí no puede haber *res-pública* y porque “es el cuerpo humano una máquina de acción” (1950 [1849]: XI, 4001) que necesita ser debidamente encauzada. La utopía sarmientina preanuncia la sistematización de los mecanismos que deberán propagar el tráfico urbano por el *desierto*: producción y capital acompañan la letra que racionaliza los esquemas de inversión: “la emigración industriosa de la Europa se dirigirá en masa al Río de la Plata” (1961 [1845]: 277) y el poder despótico que infundía la llanura tan asiática del desierto

¹⁵⁰ Impulso pragmático que recuerda la reflexión hegeliana sobre las enseñanzas morales de la historia: “Hay que tener en cuenta las enseñanzas que muchas veces se sacan de la historia (...) Los ejemplos del bien subliman, sin duda, siempre el ánimo, sobre todo el ánimo de la juventud, y deben emplearse en la enseñanza moral de los niños” (Hegel 1953: 159).

¹⁵¹ “Defiendan a cada ciudad, la libertad en todas partes. Matemos el caudillaje; hagámoslo imposible. Las ciudades han triunfado, busque en las *ciudades* apoyo”, le escribía Sarmiento a Mitre alrededor de 1852 (1988: 222).

argentino trocará su energía en administración del flujo modernizante sobre todo el territorio. Con “las márgenes de los ríos cubiertas de ciudades”, el poder no será ya conquistado ni con los ejércitos ni con la montonera sino mediante un arma refinada y eficaz como el sistema pedagógico prusiano: “haciendo en cada ciudad *lecturas*” (1950 [1849]: XI, 402).

Tercera Parte. Linaje, memorias, influencias

4. La ficción historiográfica

4. 1. Introducción. Heterologías en la trama histórica de las naciones

“Crescerán por las palabras, e durarán por las historias
tomando siempre una mayor fuerza”
Fernández de Oviedo.¹⁵²

“Facundo no ha muerto”, dice Sarmiento, “está vivo en las tradiciones populares, en la política i en las revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero”. Y por supuesto, habría que añadir, en el gesto ritualístico de su propia evocación: se resucita al muerto para hacerle comprender lo que sus actos *significan*. El modo de esa *ascesis* por la escritura, su “mal disciplinada concepción”, a un nivel “sintética” (como reprochara Alsina en sus notas correctivas), a otro *catacrética* (no un uso, sino un abuso del lenguaje para nombrar la innombrable), define los mecanismos tropológicos por los cuales el *Facundo* ingresa en la marcha dialéctica de la civilización que es, sin más, la de la economía burguesa y capitalista metropolitana, el tiempo de la sinergia mercantil y transatlántica de los futuros estados-nación modernos.

Ese proceso en que la escritura crea el espacio sinérgico de la metrópolis define un tipo de saber social: la historia moderna occidental comienza con la irrupción de una escritura moderna de la historia. En ese movimiento, como señala De Certeau (1993:17), se visualiza una estructura propia de la cultura occidental en el develamiento de una subjetividad cuya inteligibilidad se establece en relación al “otro”. La historiografía se afianza mediante un corte tripartito que supone, en primer lugar, la figura del “otro”, objeto (doble) de saber, la necesaria diferenciación entre un *pasado* y un *presente* que habilita la noción de distancia en las formaciones discursivas y, por último, la separación de esos discursos (un saber) que hablan sobre ese *cuerpo* (social) que le da, en silencio y desde su

¹⁵² *Historia General y Natural de las Indias*, citado por Mignolo: 1982, I: 81.

tranquilidad mortecina, la palabra. En la formulación de De Certeau, “la historia hace hablar al cuerpo que calla” (1993: 17).

En el proyecto inédito de su Prefacio a la *Historia de Francia*, Michelet define su rol de historiador al entablar un diálogo, “extraño” y “filial”, con las ruinas del pasado que busca develar, aquellos espectros o fantasmas del sepulcro de los tiempos que reclaman ser escuchados. El historiador es el que busca calmar a lo muertos, honrarlos y dignificarles un entierro a través de sus “voces oídas” en las palabras escritas: la historiografía (historia y escritura) es esa instancia paradójica que hace del pasado (la realidad histórica) un discurso (escritura) del presente. Después de haber transitado por la *Historia de Francia*, nos dice Michelet, las sombras espectrales “regresaron menos tristes a sus tumbas”: la escritura del historiador convoca los ritos funerarios que exorcizan la muerte (la introduce en un discurso) y permite simbolizar el espacio de una continuidad y un abandono. Tumba de doble sentido, la escritura historiográfica habla del pasado, resus-cita sus muertos, para mejor enterrarlos (De Certeau 1993:117). Así también, en su historia inconclusa del siglo XIX, leemos:

“Cada muerto deja un pequeño bien, su memoria, y exige que se la atienda. Al que no tiene amigos, habrá que suplirlo el magistrado (...) Y esta magistratura es la historia (...) He dado a muchos muertos demasiado olvidados la ayuda que yo mismo necesitaré. Los he exhumado para una segunda vida (...) Hoy viven con nosotros, que nos sentimos sus padres, sus amigos. Así se forma una familia, una ciudad común entre los vivos y los muertos” (Michelet, “Prólogo” a *Jusqu’au 18 Brumaire*, vol. 2 de sus *Oeuvres Completes*, citado por Anderson 1993: 275).¹⁵³

La memoria de los muertos es recuperada por una escritura filial cuyo magisterio traza un puente comunitario con los ausentes y, en su envés, el artilugio de una genealogía que ordena el origen histórico del presente. Claro que aquellos ausentes que Michelet buscaba exhumar con su escritura no formaban una serie azarosa de muertos anónimos y olvidados. Por el contrario, como señala Anderson (1993: 274), eran aquellos cuyos sacrificios a lo largo del tiempo hicieron posible la revolución de 1789, aun cuando estos sacrificios no fueran considerados como tales por las víctimas. El oficio del historiador, su magisterio, reside en esa operación singular que husmea en el pasado, poniendo luces allí

¹⁵³ La cita, a su vez, Anderson la toma de Hayden White, en su *Metahistoria* (1992: 157). Para una visión crítica sobre la ideología del “universalismo” en la concepción histórica de Michelet, véase: Todorov (1991: 241ss).

donde reinaban “sólo” sombras, e identificando los “espectros” en una trama doméstico-familiar donde los “bienes” (su memoria) sobreimprimen la estructura del *domus* al espacio cifrado de la *patria*. Al igual que Sarmiento, intérprete y cartógrafo del “Esfinge Argentino”, Michelet se propone la tarea de discernir los significados subyacentes del Enigma que los actores históricos no estaban en condiciones de comprender por sí mismos:

“Necesitan de un Edipo que les explique su propio enigma cuyo sentido no captaron, que les enseñe lo que querían decir sus palabras, sus actos, que ellos no han comprendido” (Ídem: 275)

Como sostiene Foucault (2002a/1968: 137ss), lo que en los siglos XVII y XVIII hace posible el traspaso de un objeto (cuerpo) *visto* a un cuerpo *sabido*, es la transformación del cuerpo en extensión, interioridad abierta como un libro sobre el cual el erudito escribe lo que el otro calla. La escritura de la historia ocurre allí donde un *otro* debe ser “interpretado” (e interpelado) por la distancia que exhuma los espectrales jeroglíficos de un pasado y autoriza, mediante esa frontera, un “saber decir” sobre aquello que, condición y envés de esa formación, en su lejana mudez espera ser descifrado. El reino de lo visible, ese cuerpo mudo que espera su reconversión por la palabra, naturaliza un hablar por el *otro* al trasvasar al orden museológico de la clasificación naturalista la masa profunda de un tiempo que hace de la memoria la marca de una identidad determinada (taxinómica del tiempo).¹⁵⁴ La historiografía es así una *heterología* (discurso sobre el “otro”) que, como sus variantes heterónomas (la medicina y la etnología), implica la división entre un saber que provoca el discurso y el cuerpo mudo que lo supone.¹⁵⁵ Una nueva sintaxis organiza esas heterologías que componen lo que Anderson llama “la tranquilidad del fratricidio”, donde el deseo de los muertos coinciden con la construcción de una trama identitaria de las naciones (1993: 276).

Esa nueva configuración viene determinada por el espacio que la modernidad atribuye a la autoridad y a la legitimidad del discurso histórico: el nacimiento de la escritura moderna de la historia se apoya en un orden legal (Sujeto supraempírico) que legitima la

¹⁵⁴ Ese pasaje de lo visible descriptible de las ciencias naturales hacia el modo de la “historia humana” es el que da cuenta de la incorporación de lo temporal a la clasificación museológica y naturalista: “no es un evolucionismo que empiece por trastornar el viejo dogma de la fijeza; es una *taxinomia* que implica, además, al tiempo” (Foucault 2002a[1968]: 153).

¹⁵⁵ Su nacimiento está determinado por los protocolos de una escritura moderna que suponen la separación epistemológica entre el sujeto y el objeto (de conocimiento), en el mismo momento que la etnología y la medicina organizan sus respectivos campos de estudio. (De Certeau 1993 y Foucault 2002b)

producción de un saber y que Hegel, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, había identificado con el Estado:

“La palabra historia reúne en nuestra lengua el sentido objetivo y el subjetivo: significa tanto *historia rerum gestarum* como las *res gestae*. Debemos considerar esta unión de ambas acepciones como algo más que una casualidad externa; significa que la narración histórica aparece simultáneamente con los hechos y acontecimientos propiamente históricos (...) El Estado es, empero, el que por vez primera da un contenido que no sólo es apropiado a la prosa de la historia, sino que la engendra” (Hegel 1953: 134)

Esta íntima relación entre sujeto y legalidad, autoriza a pensar la historiografía como un tipo de escritura que se vuelve inteligible en la medida que se inserta en un determinado sistema (legal) social, aquello que De Certeau llama el *lugar* del discurso historiográfico: el poder que organiza una práctica escrituraria que ficcionaliza lo “real” para acceder a la racionalidad que autoriza su *decir* sobre el pasado (1993:24).¹⁵⁶ En este sentido, cabe recurrir a la teoría vertida por Hayden White sobre los mecanismos poéticos que configuran el relato histórico. En *El contenido de la forma*, serie de ensayos publicados posteriormente a su *Metahistoria*, White vuelve a, y revisa, su teoría de los tropos, matizando algunas consideraciones deterministas pero manteniendo firmemente su inclinación por considerar el relato histórico como constructo metapoético. En su análisis de las tres formas reconocidas del discurso historiográfico, a saber los *Anales*, las *Crónicas* y la *Historia* propiamente dicha (es decir, la historiografía moderna), White señala que lo que falta en la lista de acontecimientos propia de los *Anales* para darle un orden y una regularidad (narrativa) a ese discurso “es una noción de centro social por la cual ubicarlos unos respecto de otros y dotarles de significación ética y moral” (White 1992: 26). El centro social, la autoridad que legitima el discurso historiográfico, que desde el siglo XIX puede manifestarse políticamente en la figura del Estado, es lo que hace de los *Anales* y aún de las *Crónicas* narrativas históricas no *plenas*.

La existencia de un sujeto legal (el Estado, aunque para el filósofo alemán sea una abstracción) da lugar a (“engendra”) la posibilidad de un registro (narrativo) sobre acontecimientos reales del pasado, cuya condición histórica emerge en la medida que esa instancia legal la suscita. Como sostiene el propio Hegel en sus *Lecciones*: el Estado crea

¹⁵⁶ Lo “real” es aquí entendido en la extensión conceptual que le otorga De Certeau, es decir, aquellas determinaciones de un “lugar” (de producción) que hacen a la práctica historiográfica (1993: 24ss).

“no sólo la narración sino el interés de los hechos” (1953:134). De aquí que para Hayden White la relación entre ley, historicidad y narratividad defina los protocolos de la historiografía caracterizada por su contenido poético-retórico, esto es, por un uso del lenguaje figurativo (proceso tropológico más que lógico) mediante el cual el historiador construye su relato de acuerdo a los efectos preteóricos que supone la fricción de intereses e inclinaciones emotivas frente a dicha Ley. Dejando de lado los riesgos ciertos que supone un enfoque formalista como la teoría tropológica postulada por White,¹⁵⁷ me interesa rescatar la función “latente o manifiesta” con que carga toda narrativa histórica cuando un centro de poder diagrama el espacio de su inscripción imaginaria:

“Cuanto más históricamente consciente de sí mismo es el escritor de cualquier forma de historiografía, más le incumbe la cuestión del sistema social y la ley que lo sostiene, la autoridad de esta ley y su justificación, y las amenazas a la ley” (White 1992: 28)

Esa “conciencia capaz de imaginar la necesidad de representar la realidad como historia” que sólo puede concebirse en cuanto a su interés por la ley y la legitimidad del sistema social que la contiene, es la que desplegaron tempranamente los letrados criollos que se vieron en la necesidad de imaginar el territorio mediante una “cartografía proyectiva” (Montaldo 1994b: 3ss) que permitiera modelar el paisaje bajo una organización política, social, cultural y económica de la (futura) nación. En los momentos en que una tradición debe ser inventada por las elites criollas rioplatenses, la íntima relación entre biografía e historiografía deja leer en los textos decimonónicos lo “real” que se inscribe en ellos, pues la actualidad es su verdadero comienzo, y permite analizar esos discursos como prácticas sociales concretas que se insertan en la actividad material del sistema cultural (Williams 1980).

La necesidad de forjar desde la letra una historia local y particular no sólo da a los escritores latinoamericanos una conciencia extrema de la artificiosidad de su propio oficio,

¹⁵⁷ Una visión de las críticas a la teoría tropológica de Hayden White, en: Palti 1998 y Chartier 1998. Como sostiene este último en la ponencia que publicó en *Prismas* (“La historia entre representación y construcción”), recurriendo a los postulados de Ricoeur y Certeau, lo que define al saber histórico es un conjunto de reglas, entre las cuales sobresale la noción de archivo como constituyente de un discurso que, aunque comparte con la narración ficticia sus mecanismos tropológicos, remite siempre a su “huella”. Véase Chartier, R. 1998: 197-207.

sino que las reflexiones sobre los modos y estilos acordes para esa tarea formaban parte de las polémicas sobre el estatuto de una historiografía que debía dar cuenta del proceso propio de las identidades emergentes nacionales o americanistas (Andermann 2000: 47). Esa conciencia, como hemos visto, es la que llevó a Sarmiento a desestimar la mayoría de las modificaciones que Alsina le propuso desde su lectura correctiva del *Facundo*. Y es que la escritura, el dominio de la letra (el jeroglífico que mandaron descifrar los “bárbaros” caudillos en la partida de Sarmiento a su exilio), tiene una carga performativa justamente allí donde diseña el espacio cifrado que es el tiempo futuro de la patria, al advenimiento de la nación futura en relatos fundacionales que ciñen la histórico en construcciones lingüísticas cuyo efecto político reside en la construcción de un imaginario proyectivo.¹⁵⁸ Uno de esos relatos, *El matadero*, de Echeverría, da cuenta de esa operación al comenzar con una reflexión de carácter historicista:

“A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus descendientes como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración, pasaban por los años de Cristo de 183...” (Echeverría 1972 [1839?]: 310)

Las razones por las que Esteban Echeverría decide no seguir el canon de los historiadores españoles pueden decodificarse del momento político, instancia “real” —en sentido planteado por De Certeau— de su escritura. La distancia con la madre patria impele a un comienzo histórico distinto para el Río de la Plata (que excluye cualquier genealogía con la colonia), mientras que la alusión a Cristo supone la adhesión a una continuidad con el desarrollo cultural occidental en su versión moderna y europea. La mención al campo histórico (“la mía es historia”) en un texto literario, que es además “anticipo” del *Facundo*, nos permite dilucidar la implicancia del orden simbólico en la construcción historiográfica de la patria futura. En este sentido, es sintomático que cuando Anderson indaga los mecanismos de construcción imaginaria de las comunidades nacionales europeas haga mención a la práctica y apogeo de las “ciencias” historiográficas en Francia, mientras que, para el caso americano, a la hora de dar cuenta de esa “fraternidad imaginaria” recurra al

¹⁵⁸ Como sostiene Altamirano (1990) en su reseña crítica sobre *Los imaginarios sociales* de Baczkó, las significaciones imaginarias no se presentan como meras reproducciones o reflejos de la realidad percibida, sino que son productivas, es decir, inventivas.

romance (uno de sus ejemplos es *The Pathfinder*, de Fenimore Cooper) como modo de construcción de un imaginario histórico y comunitario (1993: 281). Sin extraer consecuencias deterministas en la construcción lingüística de la historia (que es, además, nos apuramos a decir, también *política y económica*), podemos verificar que el uso ficcional de una toponimia americana (o rioplatense) implica una asunción del tiempo donde el *Otro* es capitalizado estéticamente en función de una representación que trastoca la lógica de su linealidad evolutiva. Clave en el funcionamiento de este tipo de escritura es la “Explicación” que nos da José Mármol al comienzo de su romántica novela:

“La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existen aún, y ocupan la misma posición política o social que en la época en que ocurrieron los sucesos que van a leerse. Pero el autor, por *una ficción calculada*, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquellos. Y es esta la razón porque *el lector no hallará nunca en presente los tiempos empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros, etc.*

El autor ha creído que tal sistema convenía tanto a la mayor claridad de la narración cuanto al *porvenir de la obra, destinada a ser leída*, como todo lo que se escriba, bueno o malo, relativo a la época dramática de la dictadura argentina, *por las generaciones venideras, con quienes entonces se armonizará perfectamente el sistema*, aquí adaptado, de describir en forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad” (Mármol 1944 [1851]: 3 [subrayados míos])

Como se ve, una obra “destinada a ser leída por las generaciones venideras” enuncia desde su propia escritura la operación de deslinde de los ejes temporales de la patria futura. La “ficción calculada” del autor del relato da cuenta de una narrativa que se eleva para que nunca estén en presente los tiempos del enemigo: un comienzo que lleva inscripto el sentido de su propia escritura cuando prevee un público lector identificado con los ideales de la novela en un tiempo de la “patria” prospectivo: esa operación revela la conciencia de los letrados románticos rioplatenses a la hora de configurar los discursos decimonónicos que afianzarán el imaginario social a partir de su inscripción modélica en la trama de la nación; trama que se constituye en oposición al régimen político de Rosas, pero que apunta metonímicamente al otro interno (indios, gauchos) que no nombra salvo en su exclusión, con el que ese régimen se identifica, ya sea por sus alianzas políticas de *statuo quo*, ya por una temprana construcción discursiva del “pueblo” en la que, como pudimos constatar en la lectura de la prensa periódica romántico-liberal, “voluntad” e “intelecto” funcionan

categoricamente en la delimitación del imaginario democrático progresista de esa misma elite letrada.

Esa conciencia es también la que aparece claramente tematizada y asumida en la “Memoria” que leyó Sarmiento en octubre de 1858, al ser nombrado Director de Historia. El sanjuanino indicó allí que “la súbita aparición de la América en la escena histórica (...) ha(n) trastornado todo el plan de la historia como arte, como enseñanza y como ciencia. El mundo está viendo nacer Estados en toda la plenitud de su fuerza, con la misma sorpresa que si viera aparecer nuevos planetas en el espacio” (1899 [1858]: XXI, 93).¹⁵⁹ Nótese que la asunción por parte de Sarmiento tanto de la nueva escena histórica como del surgimiento de los nuevos Estados americanos que redistribuyen geopolítica y geoculturalmente el mapa historiográfico de las civilizaciones modernas no opaca sino que subraya su reconocimiento de la escritura historiográfica como artificio (“arte”, “enseñanza” y “ciencia”). Con la bisagra de Caseros a su espalda y a más de diez años de su obra capital, Sarmiento puede ahora explayarse sobre cuestiones que en su exilio chileno aparecían condicionadas tanto por su ubicación fronteriza como por los acontecimientos políticos del momento. Puede así referirse, sobre el final de su discurso, a la experiencia de aquellas páginas que “alguna verdad debían encerrar (...) puesto que han sido aceptadas como esclarecimiento de los hechos” (ídem: 110) como un *moudu operandis* que da cuenta de esa configuración central para la historia de los nuevos países latinoamericanos. En consonancia con el pensamiento que reconoce el artificio retórico y estético de la escritura historiográfica, dirá que la “Historia” no es, pues:

“La sencilla narración de los humanos acontecimientos; es además una de las bellas artes, y como la estatuaria, no sólo copia las producciones de la naturaleza, sino que las idealiza y las agrupa armónicamente” (ídem: 92)

La agrupación armónica de los hechos supone una cierta configuración que hace de la trama histórica una trama estético-interpretativa o, como la llama Sarmiento, ideal, estatuaria, que es la que los románticos argentinos pudieron contrastar en las prosas organicistas y providencialistas de Herder, Cousin —el ecléctico continuador del

¹⁵⁹ La “Memoria” de Sarmiento lleva por título “Espíritu y condiciones de la historia en América”, y fue leída el 11 de octubre de 1858 en el Ateneo del Plata.

hegelianismo en Francia- y, más tarde, en sus discípulos Quinet y Michelet.¹⁶⁰ Resulta interesante señalar aquí que en la *Introduction a l'histoire universelle* de éste último, de 1831, se diseña un tipo de escritura historiográfica que, no tanto por su influencia directa sino por el tipo de discurso que afianza el historiador francés al relacionar historia y autobiografía de una nación o un pueblo,¹⁶¹ tiene en Latinoamérica su correlato en escrituras fundacionales que hacen de la biografía, la novela o el ensayo una ficción proyectiva (“calculada”, como la define Mármol) que tiene a la nación como sustrato de su *telos* progresista. Esa amalgama o mixtura entre discurso historiográfico y modulaciones propias del discurso poético es lo que lleva a Roland Barthes a postular una identificación entre el relato histórico y el relato literario, cuando se pregunta si ambas modalidades difieren funcionalmente entre sí, para terminar *actualizando* la escritura de Michelet precisamente por los rasgos “poéticos” de su discurso (1994: 241).

Para los escritores criollos ese modelo condicionaba los abstractos universales de la historia de la humanidad a la situación política y social de su territorio. Y este es uno de los puntos de ardua discusión, como veremos, al pensar los modos de concebir la historia nacional *entramada* en el curso de las civilizaciones modernas. Escribir (la historia) será, entonces, transcribir(la), adecuarla al medio que necesita ser (re)generado. Porque ese modelo abstracto se pone en funcionamiento en la medida en que la escritura trabaja sobre el cuerpo del otro. Y es esa situación particular del letrado criollo la que lo habilita a disputar las imágenes sobre el territorio y la cultura americana que la escritura viajera y metropolitana tiende a estratificar mundialmente. Sarmiento, frente a los relatos de viajeros inscriptos en la tradición consagrada por Humboldt en sus *Cuadros*, espacializa la cultura como si fuera un texto que hay que interpretar, paradójicamente, en el mismo proceso de su escritura. Espacializa la cultura y, por lo tanto, espacializa la historia. Si la imagen distópica del desierto configurada en el poema “faro” de Echeverría se traduce en la escritura de Sarmiento en el emblema de la “barbarie”, es porque Sarmiento atribuye a la dimensión espacial una función primordial en la distribución de las fronteras nacionales. Sarmiento ensaya, desde su exilio chileno, una escritura que apunta a develar el “enigma” de una historia que parece petrificada: esa espacialización de la historia es la que incita una enunciación preformativa (hablar de la Nación desde la frontera, para tratar de

¹⁶⁰ Véase, Halperin Donghi 1996 y Jitrik 1973.

¹⁶¹ Ver Todorov 1991: 244ss.

transformarla) que busca doblegar las fuerzas asentadas sobre un modelo de país que es, antes que nada, extraño y único. Porque para Sarmiento, como pudimos constatar en la lectura de su *biografía citadina*, no es tanto la oposición ciudad / campaña la que permite identificar (y, por lo tanto, domeñar) las causas profundas (desatar ese nudo, diríamos) del dominio político de la “barbarie”, sino el apoderamiento de la ciudad (y su máquina económico política) por parte de una cultura dos veces enemiga: representa lo peor de la herencia colonial (Córdoba) y lleva en su cuerpo la imbricación de las costumbres bárbaras de esa pampa tan asiática, según se cansó de escribirlo.

En segundo lugar, el propio discurso que Sarmiento brinda en el Ateneo del Plata realiza esa operación que tan bien se encarga de describir como un modo de configuración simbólica. Teniendo a sus espaldas la bisagra de Caseros, desaparecido Rosas de la escena política, el discurso de Sarmiento no hará sino enfatizar el proyecto pedagógico que la elite letrada había fraguado desde el exilio. Sarmiento recomienda a sus discípulos la profundización histórica sobre los cuadros agrupados en el proceso voluntarista de tiempos pasados. “Haced monografías”, dice Sarmiento. Es tiempo de explayarse sobre acontecimientos particularmente significativos para esa trama, detenerse con minucia en la singularidades, parece decir, ahora que la principal batalla ha dado paso seguro al “augusto magisterio” de la historia que “es enseñar, amonestar, precaver, premiar, corregir” (ídem: 107):

“Sois vosotros, hijos de los descubridores y de los conquistadores, quienes han de dar a la Europa la descripción topográfica de los lugares, disipando la ilusión que el miraje había acreditado como realidades, y revelando verdades nuevas que el europeo no puede alcanzar, por faltarle la intuición que nace del medio ambiente” (ídem: 95)

Esa “intuición” de la que habla el sanjuanino, pensada en términos del sujeto criollo, descendiente de “descubridores” y “conquistadores”, es la que posibilita amalgamar un saber que disipe la “ilusión que el miraje había acreditado como realidades”, pero saber que, al mismo tiempo que reconoce en su condición criolla la doble inflexión que ya había proclamado Echeverría cuando sostuvo en su *Ojeada retrospectiva* que se debía “tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad” (1972 [1846]: 63), marca una cartografía (imaginaria) cuyo recorte significa un modo de heterología

inscripta en la trama histórica de la nación –algo que, por supuesto, define al *Facundo*. De este modo, la historia es pensada como campo de disputas, y el discurso que la sostiene se nutre de una retórica belicista: “la guerra fue siempre la tela de la historia”, dice Sarmiento (ídem: 98). Es el lugar desde el cual construir un proyecto de nación pues el mismo empieza a plasmarse cuando una identidad cultural logra imponerse. Los límites de ese lugar, como las fronteras de la nación, son el botín de una historia que se escribe guerreando: “Nosotros escribimos la historia marchando, dirá el sanjuanino, y ese “nosotros” ya enrostra la carga de una estrategia simbólica y política que se escribe y se enuncia sobre el vacío de los otros.

Es, efectivamente, el pasado (su invención) de ese nosotros el que otorga sentido al discurso sarmientino. Un sentido cuya inteligibilidad se establece en relación a los otros y cuya lectura está siempre guiada por el presente. En este capítulo me detendré en el eje temporal de esa discusión por las fronteras, discusión que deja leer a través de algunos escritos fundamentales la posición que los letrados argentinos asumieron frente a la ambigua tarea de crear y consolidar una determinada identidad cultural. Esa identidad, a su vez, debe entenderse como un proceso de simbolización que crea una continuidad con un pasado que es, él mismo, inventado. En los momentos en que se lucha por constituir la naturaleza del Estado en aquellos países que carecen de una organización política precisa, el trabajo simbólico, tanto desde la escritura como desde las prácticas rituales, apunta los intersticios de una construcción semiológica de la estructuras del poder. Ese pasado inventado sobre un esquema de corte comienza a sedimentarse por la imposición de una repetición en un proceso de “formalization and ritualization, characterized by reference to the past” (Hobsbawm 1996: 4). La escritura será, entonces, el gesto ritual y ficcionalizador que proveerá las representaciones donde cimentar una continuidad histórica. Y es que en el momento en que esas escrituras buscan definir el lugar desde donde pensar una identidad, la escritura de la historia se presenta a los románticos argentinos (y latinoamericanos) como la propia formalización de lo nacional. En efecto, los letrados criollos tuvieron clara conciencia, como vemos en Sarmiento, de que el surgimiento de América en la historia occidental había trastornado los modos de pensar la historia como progreso, y fue esa conciencia la que proveyó a la intelectualidad americana de herramientas simbólicas para la

construcción de un discurso sobre la nación. Es un momento crucial, en el que una nueva concepción del tiempo histórico junto al surgimiento de las naciones modernas contrasta con la condición de “nuevo mundo” de las regiones independizadas del imperio. Esta doble inflexión, apunta un rasgo particular de la autoconciencia histórica de los letrados criollos: el discurso historiográfico, que proyecta un mapa imaginario donde asentar finalmente las formas del Estado, se asume en la emulación biográfica de un “nosotros” como instancia mediadora frente a los poderes (político y simbólico) de la *otredad* (los “mirajes” foráneos y el otro interno en las figuras del indio y el gaucho).

Ese “nosotros” proyectivo de la autoconciencia histórica de los letrados argentinos que adhirieron al pensamiento consignado en la *Asociación de Mayo*, se define por un proceso de “historización” cultural que es *espacial* pero sobre todo *temporal* y que halla en la noción de “frontera” un modo de pensar la cartografía (históricamente imaginada) que proveerá asiento a la patria futura. La idea de nación, idea propiamente moderna, se apoya en dos pilares fundamentales que garantizan su cohesión social como forma de organización política ante las amenazas de desorden o crisis en la convivencia humana y ciudadana. Esos pilares, fundamento de organización civil, son los que Régis Debray describe como:

“Una delimitación temporal, o la asignación de orígenes, en el sentido de un *Arca (Ark)*. Esto significa que la sociedad no deriva de una regresión infinita de causas y efectos. Un punto de origen es fijado, el mítico nacimiento de la *Polis*, de la civilización o de la era Cristiana (...) Este punto cero o inicial es lo que permite una repetición ritual, la ritualización de la memoria, la celebración, conmemoración...

El segundo gesto fundacional de cualquier sociedad es su delimitación dentro de un espacio. Aquí también se toma el espacio como un encuentro con lo sagrado, en el sentido de un *Templo (Temple)*.” (Debray, “Marxism and the national question”, citado por Timothy Brennan 1990: 51 [mi traducción])

En donde el sentido de “templo” debe entenderse como aquello que “la divinidad o la antigua religión señala como espacio sagrado sin el cual la propia religión o divinidad no puede ser comprendida”. Sin prescindir de ese carácter ancestral y sacro que caracteriza este segundo movimiento de delimitación espacial, nos va a interesar, sin embargo, ese punto que es fijado (*fixed*) en el pasado como origen cultural que sirve a la construcción imaginaria de las naciones. Me detendré entonces en el análisis de esa cartografía proyectada sobre el eje temporal y que articula una de las paradojas del pensamiento

latinoamericano en la definición de sus fronteras identitarias: aquella que expande la genealogía de las naciones sobre zonas ambiguas o espinosas del pasado colonial y prehispánico.

En un primer momento, trabajaré con las propuestas de corte imaginadas desde Santiago de Chile y las polémicas que agrupan a destacadas figuras del ámbito letrado durante la década del '40. Leer esas polémicas interesa sobre todo por la convergencia en esa ciudad de figuras claves para el pensamiento latinoamericano del siglo XIX: escritores chilenos que, como Lastarria, coincidían con el ideario romántico-liberal de las elites letradas de ambos territorios cordilleranos y fustigaban al sistema contemporáneo de gobierno chileno su inclinación conservadora; figuras como la de Andrés Bello, que desde su regencia en la Universidad chilena promovía la continua pertinencia de un saber americanista ligado a las herencias de la colonia española; y la de los exiliados argentinos, entre los que habría que mencionar a Bartolomé Mitre, a Vicente Fidel López y a Domingo F. Sarmiento.

Me centraré en la disputa de la época en torno a los modos de escribir (y de pensar) la historia a partir de la publicación en 1844 de las *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile*, de Lastarria, y las reseñas críticas escritas por Sarmiento y Bello, publicadas en diferentes periódicos. Si bien la disputa debe leerse inserta en los debates generales que en esa década plagaron las páginas de los periódicos santiagueños, como la polémica literaria entre Sarmiento y Bello, por ejemplo, suscitada a partir de la publicación de los *Ejercicios populares de la lengua castellana* y la reseña escrita por este último en el *Mercurio* el 27 de abril del mismo año, o la entablada alrededor de las publicaciones sobre romanticismo del *Semanario*, entre otras, el recorte que propongo apunta a esclarecer la posición de un grupo de letrados rioplatenses (a los que habría que agregar, a los ya citados arriba, a Alberdi, Mármol, Gutiérrez y Echeverría) en la definición de las fronteras culturales argentinas. En Chile el debate en torno a la forma de la Nación emerge por los mismos años del exilio de los letrados argentinos en las ciudades de Santiago y Valparaíso, y quizá como respuesta a una incitación intelectual de los exiliados, pero el enfoque parte desde un ángulo distinto (por lo menos en lo que hace a las *Investigaciones...* de Lastarria). En el contraste de esas perspectivas y en la intervención de Sarmiento como figura aglutinadora del ideario

rioplatense, es posible articular una lectura crítica sobre los escritos historiográfico-ficcionales de los letrados argentinos como prácticas simbólicas de intervención concreta en la definición de una cultura. En este sentido, hemos procurado ampliar el campo de análisis tanto mediante otros escritos del propio Sarmiento no ligados específicamente a las *Investigaciones* de Lastarria –su lectura en el Ateneo, aunque posterior, es uno de ellos– como mediante la incorporación al debate de otras figuras, en este caso la de Juan Bautista Alberdi y sus publicaciones en el *Mercurio* de 1845, como su “crónica dramática” incompleta, publicada en 1839 en Montevideo, a fin de apoyar la “insurrección” en Brasil contra la monarquía luso-brasilera.

En un segundo momento, el análisis de figuración identitaria se centrará de manera exclusiva en uno de los escritos más importantes de la nueva generación argentina, que permite rastrear, llegando al '50, un imaginario de la genealogía –aunque resulte paradójico– para la futura república en la figura, pública y privada, de uno de sus máximos exponentes ideológicos. *Recuerdos de provincia* nos permitirá, acaso de manera única, realizar un estudio detenido en esa particular figuración de la nación que amalgama historia personal e historia patria, autobiografía e historiografía, en un texto atravesado por la problemática de la memoria subjetiva y la carencia, para el caso de Sudamérica, de modelos definidos. Nuestra lectura intentará demostrar que el tipo de ficción historiográfica que construye esa memoria, mimesis sentimental de la nación por venir, estructura una serie de ideas –donde lectura y educación nutren el simbolismo del ámbito colegiado en formación– que no sólo son fundamentales en la jerarquización de valores sino que exponen, amparadas en la verosimilitud que pacta con la creencia y la sinceridad, la refuncionalización de arcaicos valores ilustrados en el imaginario de la elite letrada romántica, posible a partir de una extenuación de la distancia que socavaba la fusión del linaje patricio con las posturas regenerativas de la formación del '37. En esa operación los *Recuerdos* de Sarmiento aparecen como una biografía de la nación y, al mismo tiempo, como un retrato de la función política e intelectual del letrado que entronca lineamientos del pasado no lejano con el tiempo por venir.

4. 2. La escritura de la Historia: polémicas *entramadas* en el cuerpo de la patria

“La guerra fue siempre la tela de la historia”
Domingo Faustino Sarmiento.

Sarmiento y Bello discuten en 1842 el problema de la lengua en la que deberá ser escrita la cultura nacional. La discusión no es menor ni es asunto alejado de la problemática historiográfica. El problema de la lengua, arduamente discutido por esos años, había tenido ya su aparición polémica en Buenos Aires en la lectura inaugural de Juan María Gutiérrez del Salón literario, en 1837. La diferenciación cultural de la “madre patria” que los jóvenes románticos argentinos habían decretado en esas primeras reuniones, como ya hemos visto, se afirmaba en un ideario estético-político cimentado en las nuevas lecturas provenientes principalmente de Francia, entendida como cuna del progreso y de la civilización modernas. Poco tiempo después, el 31 de marzo de 1838, Alberdi fustigaría desde las páginas de *La Moda* contra las mentes castizas de ciertos escritores que pretendían homologar el castellano rioplatense al castellano madrileño de la península, en los siguientes términos:

“En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano de Madrid. Dudamos que la importancia tenaz de una lengua que nuestra patria no quiere hablar, subsista mucho tiempo. Una juventud independiente y ávida de progreso, acaba de comprender que el castellano de Madrid, no será jamás el castellano de Buenos Aires. Pueblos tan diferentes no podrán hablar un mismo idioma. El estilo, es el hombre, ha dicho un escritor de genio. *La lengua, es la nación, concluimos nosotros. La lengua de un pueblo, es el reflejo de su historia, gobierno, clima, costumbres y carácter.*

(...) En vano copiaremos a Cervantes y a Moratín, nuestras copias no conseguirán hacerse populares: el pueblo habla un lenguaje suyo y no copiado, modificado por el sello de su genio, de su carácter propio y nacional. Nosotros preferimos el mal lenguaje del pueblo a las más bellas copias del mundo, y hablaremos con más gusto el castellano informe de Buenos Aires que no el más culto castellano de Madrid” (*La Moda*, n° 20, pág. 7, col. 1, [el subrayado es mío])

La intervención de Alberdi anticipa la discusión entre Bello y Sarmiento y es, podríamos decir, la fuente argumentativa desde la cual este último dispara sus diatribas. Pero la cita nos interesa ahora como marco de disputas que exceden lo estrictamente literario o lingüístico. Mejor dicho: es el carácter político de la discusión por la lengua el que diagrama el campo problemático donde se empiezan a definir los moldes de la cultura nacional. “La lengua es la nación”, afirma Alberdi, en un gesto de extraño nacionalismo

lingüístico para la época.¹⁶² El orden político repone así la sustancial pregnancia política de la lengua en la definición ideológica de un modelo cultural. En los términos planteados por el debate lingüístico entre Bello y Sarmiento pocos años después, la discusión atañe a las estrategias más adecuadas para la sujeción de la Nación: ¿cómo debe narrarse, como debe representarse el pasado de la futura nación?. Pregunta que sobreimprime la cuestión modélica del relato historiográfico: ¿debe ser el de las crónicas, por ejemplo, el modelo a seguir en la narración histórica, o el de las nuevas escuelas historiográficas representadas por los más destacados escritores franceses?

Entre esas polémicas se sitúa el ensayo de Victorino Lastarria, escrito en el año 1844 ante una convocatoria de la Universidad de Chile –dirigida por Bello en ese momento-. Debe destacarse la importancia del Certamen, a cuya lectura de la memoria ganadora asistieron diversos ministros y representantes del gobierno chileno. Esas lecturas ensayan, a su vez, los márgenes del espacio público pos-colonial: hasta dónde puede discutirse y qué discursos son permitidos o no por el Estado chileno.

No deja de ser interesante en este sentido señalar las divergentes inserciones sobre ese espacio que tienen tanto Lastarria, como Bello y Sarmiento. Lastarria representa la oposición intelectual al gobierno conservador de Manuel Montt, mientras que Bello y Sarmiento, por distintos medios, uno desde la prensa y el otro desde la Academia, mantienen una relación orgánica con los poderes del Estado. Esta divergencia fue causa a principios de 1844 de una querrela entre Sarmiento, redactor a la sazón del *Progreso*, y Lastarria, miembro colaborador del periódico *El Siglo*, que se tradujo en embates públicos a través de la prensa y en dicterios efusivos en su correspondencia privada.¹⁶³ No obstante, las diferentes posiciones objetivas de los letrados en el campo institucional y cultural chileno deben ser contrastadas en el marco consensual del gobierno iniciado por Manuel Bulnes en 1841. Como ha argumentado Ana María Stiven (2000), en el caso chileno, el movimiento

¹⁶² Claro que hay que entender esa frase como corolario del intertexto romántico y social que rige toda la producción de *La Moda* y no como una manifestación plenamente asumida en su carácter ideológico. Según Hobsbawm, el nacionalismo lingüístico emerge en Europa, junto a las ideas de etnicidad e historia común, recién a partir de 1880 (1991: 42ss). En nuestro caso esos tres factores, el étnico, el histórico y el lingüístico aparecerán recién a fines del XIX.

¹⁶³ Sarmiento, tras los ataques públicos a través de *El Siglo* que amonestaban moral y éticamente su condición de extranjero y de asalariado del gobierno, escribe una carta a Lastarria diciéndole que “toda armonía e inteligencia entre ambos ha cesado”. Este último responde, de puño y letra, y al pie de la misma carta, haciéndole saber que acusaba “recibo de la declaración de guerra” que allí se le hacía. (María Luisa del Pino de Carbone 1954: 25).

de incorporación de las ideas europeas fue acompañado por canales institucionales (entre ellos, la Sociedad Literaria, el Instituto Nacional, y la Universidad de Chile) que contribuyeron a crear un orden de legitimidad controlado en su devenir por el grupo dirigente de la clase política chilena.

El antecedente inmediato de la publicación de la memoria de Lastarria fue la aparición de la *Historia física y política de Chile*, escrita por Claudio Gay. Ante la aparición de la primera entrega al público suscriptor en agosto de 1844, Sarmiento publica una reseña en el *Progreso* en la que el sanjuanino, antes que un juicio más o menos detallado sobre la obra, se encarga más bien de apuntar algunas precisiones que hacen a la narración historiográfica en América. Estas primeras incursiones de Sarmiento sobre el tema son fundamentales si tenemos en cuenta que al año siguiente él mismo se encargará de plasmarlas en la biografía del caudillo riojano. Al celebrar la publicación de la *Historia* de Gay que, entre otras cosas, Sarmiento saluda por hacer conocer la América a la Europa, puesto que abras así “abren las puertas a la industria europea [que] conociendo el valor de las producciones no elaboradas ni explotadas aun entre nosotros”, apunta lo siguiente:

“Lo que aun no se ha escrito de la historia de América, lo que por su alta concepción histórica necesita una pluma francesa, i no americana ni española, es ese momento en que la España se reposa de su larga lucha con los moros, enciende una hoguera para quemar a todo el que entiende perturbar el sueño al que va a abandonarse, i manda al océano tres carabelas para que le traigan de qué vivir en la indolencia i en la ociosidad de espíritu i de cuerpo que se prepara bajo la sombra de todos los despotismos concebibles mancomunados” (Sarmiento 1909 [1844]: II, 214)

Bajo la nota recurrente en el pensamiento del sanjuanino sobre el despotismo como forma de gobierno, emerge la alusión a la necesidad de una “pluma francesa” que pueda dar cuenta de una historia de la conquista, cuya “concepción” historiográfica escapa a españoles y a americanos aunque, como veremos más adelante, no por parcialidad sino por carecer de una visión filosófica que logre, además de recapitular, proveer de sentido a los hechos del pasado. En esta línea, párrafos más adelante, se anima a aconsejar al autor de la *Historia* el camino al que su investigación debería apuntar:

“La historia de la revolución chilena (...), el espíritu de los pueblos en aquella época, sus ideas, sus esperanzas, formarán sin duda uno de los más interesantes episodios de la historia del señor Gay, si para estudiarlos sigue las luminosas huellas

que la escuela histórica francesa le tiene señaladas. *En América necesitamos, menos que la compilación menos (sic) que la compilación de los hechos, la explicación filosófica de causas i efectos*” (idem: 215 [subrayado mío])

La idea de un sistema filosófico que pueda integrar en un *sentido* los hechos del pasado, más que compilarlos, es uno de los principios que guían la escritura de la nueva generación romántica de letrados criollos latinoamericanos y el paradigma desde el cual Lastarria ensayará su interpretación del pasado colonial chileno. Veremos, pues, que la polémica suscitada por la lectura y publicación de las *Investigaciones...* de Lastarria tendrá dos niveles de discusión: el primero se enmarcará en los modos del abordaje histórico, esto es, las estrategias de representación puestas en juego por la escritura historiográfica, y aquí veremos a Sarmiento coincidir con su par chileno en la necesidad, como sostiene en el párrafo citado, de “una explicación filosófica de causas i efectos”; el otro nivel queda supeditado al tipo de construcción imaginario-discursiva que proyecta en las *Investigaciones* la lectura del pasado chileno y, por extensión, del americano. Es en este segundo nivel donde Sarmiento se distancia de Lastarria y viene a coincidir oblicuamente con algunos de los postulados críticos de Andrés Bello. Dos niveles que podríamos caracterizar como de forma y contenido, si es que la forma en la que piensa el caraqueño no es ya, como trataremos de dilucidar posteriormente, contenido en otro nivel del discurso historiográfico. Por otra parte, lo que Sarmiento llama “explicación filosófica de causas i efectos” es lo que él mismo tratará de hacer con su *Facundo*, y es el paradigma al que la generación romántica de letrados criollos, tanto chilenos como argentinos (aunque aquí habría que mencionar la desconfianza que despertaba en Bello la “imitación” de esas corrientes), recurrirá como modo de legitimar una identidad cultural que se va definiendo desde la escritura.

A diferencia de la *Historia* de Gay, las *Investigaciones* de Lastarria intentarán indagar en el tipo particular de mixtura “racial” que legó el pueblo chileno a través del proceso de transculturación entre las culturas indígenas y la cultura occidental que instauró la conquista española, desde una perspectiva acorde con la “filosofía de la historia”, cuyos principales exponentes provenían de la nación francesa, sobre todo de la traducción que Quinet había realizado de las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, de Herder. En la introducción a su ensayo, Lastarria insistirá en la idea herderiana de que “la

divinidad no ha impuesto al hombre otros límites que los que dependen del tiempo, del lugar i de sus propias facultades”, como modo de autorizar una interpretación histórica según la cual el hombre es promotor de sus causas y, por lo tanto, su acción no puede ser imparcial al desarrollo perfectible de la humanidad. La historia, desde esta visión, es el sitio donde el hombre debe buscar las razones de esas causas con el fin de encaminar, anticipándose a los acontecimientos, el desenvolvimiento moral de los pueblos y las civilizaciones. Dirá, entonces, Lastarria:

“La historia es el oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo, para aconsejar a los pueblos y enseñarlos a procurarse un porvenir venturoso. Si sólo la consideráis como un simple testimonio de los hechos pasados, se comprime el corazón, y el escepticismo llega a preocupar la mente, porque no se divisa entonces más que un cuadro de miserias y desastres (..) Empero, ¡cuán de otra manera se nos revela la historia si la consideramos como ciencia de los hechos! Entonces la filosofía nos muestra (...) una sabiduría profunda que la experiencia de los siglos ha ilustrado (...) Los pueblos deben penetrar en ese santuario augusto con la antorcha de la filosofía para aprender en él la experiencia que ha de guiarlos” (Lastarria 1865 [1844]: 11-12)

El augusto santuario de la historia permite comprender las causas de los hechos y obtener de ese modo las herramientas necesarias para la reformulación de los aspectos negativos del pasado que perviven en el tiempo de enunciación de la *Memoria*. El distanciamiento de la tesis determinista de los pueblos es clave en el ensayo en tanto le sirve a Lastarria para subrayar la idea de una perfectibilidad societal que, en los términos planteados por el memorialista, debe ser precisamente encauzada descubriendo el sentido de los hechos históricos tal como se desarrollaron a partir de la conquista española.¹⁶⁴ Ese desarrollo, de acuerdo a la “Memoria” del chileno, tiene más puntos negativos y oscuros que los que los propios criollos han querido aceptar (sobre todo de aquellos que representan el desarrollo del Estado chileno): la cultura colonial será condenada por el ensayista como cultura de opresión; pero lo más relevante y significativo es la continuidad funesta de ese sistema en la sociedad pos-colonial que Lastarria señala para el propio momento de enunciación. Dirá entonces que “los hombres públicos”, los encargados de dirigir un estado, “deben por esta razón conocer a fondo la historia del pueblo cuya ventura se les

¹⁶⁴ Lastarria, en una nota al pie, dirá: “Tal vez podrá calificarse de osado, porque me aparto aquí de la base de las brillantes teorías de más de un jenio de los tiempo modernos (...) Yo no creo en el fatalismo histórico, según lo conciben algunos sabios” (1865 [1844]: 12).

encomienda” (1865 [1844]: 13). El discurso historiográfico de Lastarria va a centrarse principalmente en el período de la conquista y de la resistencia indígena, sin detenerse en descripciones heroicas ni en la narración de “episodios brillantes” ya que, desde la perspectiva asumida en sus *Investigaciones*: “¿qué provecho real habría[mos] sacado de estos recuerdos halagüeños” (ídem: 16). Pero tampoco se detendrá en los cuadros del proceso revolucionario, pues como sostiene en el pasaje siguiente, para los letrados criollos de su generación (chilenos y argentinos) aún no están claros los momentos y los sucesos que se desplegaron con toda su influencia en el proceso de independencia:

“Otro tanto, y con más conveniencia, podría haber efectuado sobre cualquiera de los hechos importantes de nuestra gloriosa revolución, pero me ha arredrado, os lo confieso, el temor de no ser fiel y completamente imparcial en mis investigaciones. Veo que viviendo todavía los héroes de aquellas acciones brillantes y los testigos de sus hazañas, se contestan y contradicen a cada paso aún los datos más sencillos que nos quedan sobre los sucesos influyentes en el desenlace de aquella epopeya sublime” (ídem: 16-17)

La proximidad de los acontecimientos, y el hecho nada menor de que aún los sucesos de la independencia pugnen por una debida interpretación, diluye en los letrados criollos la seguridad de sus incursiones filosóficas. Este es un elemento relevante en la ficción historiográfica de los letrados criollos latinoamericanos: en el diseño imaginario del “nosotros” en el cual se reconocen, la distancia ideológica prima en su relación con los “héroes” de la independencia a quienes, sin embargo, deben recurrir para fundar el espacio simbólico que los autoriza como legítimos sucesores de la patria futura. Varios son, en este sentido, los momentos en que Sarmiento elabora el mismo argumento que se halla en el pasaje de Lastarria arriba citado.¹⁶⁵ Esa estrategia se torna evidente en uno de los escritos tempranos del joven Alberdi. En una nota aclaratoria que acompaña la publicación de *La revolución de Mayo*, el autor de las *Bases* dice lo siguiente:

¹⁶⁵ Así, por ejemplo, en el artículo publicado el 25 de mayo de 1842, escrito en conmemoración a dicha fecha, en el *Mercurio*, decía Sarmiento: “Pero nosotros debemos detenernos en el umbral de este pórtico llamado 25 de mayo en Buenos Aires, 18 de septiembre en Chile. La mano del tiempo, guiada por la imparcial filosofía, no ha clasificado aun todos los hechos, no ha distinguido las especies, i géneros i familias a que pertenecen; i el que se aventure en su examen intempestivo, correría riesgo de tomar un efecto por una causa, un hombre por una época, un hecho por un principio” (1909 [1842]: VI, 57).

“No se puede decir que esta crónica sea toda verdadera, ni toda falsa. Al ser pura realidad, no se habría apellidado dramática: y si hubiese sido enteramente fantástica, no se habría titulado crónica. Tiene, pues, de realidad y de fantasía, como esa multitud de romances y dramas que nos ofrece la literatura de nuestros días...

(...) *La revolución de Mayo, en la imaginación del pueblo es una epopeya: en la realidad histórica no es, por su forma, más que una evolución parlamentaria, como las que se hacen todos los días en Inglaterra y los Estados Unidos* (...) Al pintarla, pues, en su realidad, hubiese salido descolorida y marchita la pintura (...) Baste decir que el 25 de Mayo no se quemó un grano de pólvora ni se desenvolvió una espada” (Alberdi 1920 [1839]: I, 108 [subrayado mío])

Aun teniendo en cuenta el carácter mixto que el propio Alberdi adjudica a su obra teatral, entre *crónica* y *drama*, se puede concluir que la ficción es la que finalmente posibilita la construcción de un imaginario social que es, a su vez, el elemento fundacional sobre el cual las nuevas generaciones deberán abreviar como figura simbólica de su propia filiación. Pero la nota relevante radica en el reconocimiento performativo de ese discurso ficcional, pues la revolución “en la imaginación del pueblo es una epopeya: en la realidad histórica (...) una evolución parlamentaria”. El letrado está en el secreto, como quería Rojas.¹⁶⁶ Y no sólo eso: el *manejo* de ese *saber* es lo que demuestra Alberdi mediante la escritura de una obra teatral sobre la revolución con los fines de agitar los ánimos de la sociedad brasileña que espera quitarse de encima al monarca lusitano. Aquí Alberdi, al igual que Lastarria y al igual que Sarmiento, muestra, en el uso deliberado de la confección sistémica de los hechos, la distancia existente entre los acontecimientos revolucionarios y sus principales representantes y el lugar desde donde se evalúa o, si se quiere, en palabras de Sarmiento, se idealiza el hecho. Y es que en el momento en que los letrados de esta nueva generación empiezan a legitimar su postura, las ideas de aquellos hombres de la revolución parecen haber perdido todo vigor, sobre todo si, como es el caso argentino, el poder efectivo que se beneficia de ellas representa, en la concepción belicista de la historia, al enemigo:

“Los guerreros de 1810, por quienes tengo la veneración que el pueblo por los mártires revestidos de la canonización papal, no son, sin embargo, para mí los que poseen ideas más acertadas sobre el modo de hacer prosperar la América que con tanto acierto supieron substraer al poder español.

¹⁶⁶ Me refiero, por supuesto, a Ricardo Rojas cuando, en su biografía del sanjuanino, afirmó que Sarmiento “escribió contra los gauchos, pero yo no le creo, porque estoy en el secreto: nadie se parecía más a Facundo que Sarmiento (1948b: 171)

Las ficciones de patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de que se valieron como medios de guerra convenientes al momento, los dominan y poseen hasta hoy. Después de haber representado una necesidad real y grande de la América en un momento dado, hoy desconocen hasta cierto punto las nuevas exigencias de nuestro continente. La gloria militar los preocupa aún sobre el interés del progreso” (Alberdi 1920 [1845]: V, 36)

Lo que sostiene crudamente aquí Alberdi es que las ideas de patriotismo que sirvieron para movilizar la conciencia criollo-americana contra la madre patria en el proceso de independencia, era una *ficción* conveniente al momento político de entonces. Pasado ese momento, Alberdi decreta su nulidad y propone *otra ficción*, la del *progreso*.¹⁶⁷ Y es que la nueva generación romántica a ambos lados de la cordillera apunta sus estrategias a convertirse en el grupo sucesor o, más exactamente, continuador de la tradición ilustrada del momento independentista pero descartando el imaginario americanista propio de las primeras expresiones de protesta y los primeros levantamientos contra los colonos españoles que seguía fluctuando en la retórica del poder rosista. A medida que la elite de letrados criollos ven aproximarse el umbral que los hará finalmente partícipes en los diseños jurídicos de la futura nación, la ficción del progreso se irá matizando, acorde también a las repercusiones de los acontecimientos políticos en la Francia del '48, y el “nosotros” representativo que los aúna bajo una misma aspiración pulirá los rasgos conflictivos con sus antecesores en el entramado utópico y autobiográfico, para terminar por dar un cuadro armonioso, donde las sucesiones y las continuidades serán debidamente saldadas en detrimento de los momentos de ruptura.¹⁶⁸

Me he detenido en las consideraciones de Alberdi porque ilustran de manera clara la conflictiva relación de los letrados post-independentistas con el legado político e ideológico del momento de la independencia. Así, la idea de una “causa puramente americana”, el americanismo tan fustigado por Sarmiento, aparece atravesada por motivaciones ideológicas que pugnan por definir el alcance topológico de una constructo historiográfico, esto es, un relato unificador del pasado nacional. En la definición de las fronteras temporales de la cultura nacional pueden rastrearse las huellas de un discurso historiográfico que se vuelve, como el uso de la lengua, una herramienta política.

¹⁶⁷ Lo que ocultan esas mismas palabras es que esa “causa puramente americana” representaba un ícono fundamental en el discurso republicano del rosismo (véase Myers 2002).

¹⁶⁸ Véase Rodríguez Pérsico 1993.

En las *Investigaciones* de Lastarria el momento revolucionario, como vimos, queda en suspenso y, en cambio, la conflictiva relación con el pasado colonial y pre-hispánico va a constituir uno de los elementos centrales en la definición de la subjetividad chilena. La lectura del ensayo de Lastarria, cuyas fuentes principales son las *Noticias secretas* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, la *Historia chilena* de Molina, algunos relatos de viajeros y documentos oficiales, nos va a deparar la idea de una lucha permanente entre españoles e indígenas que corre los límites temporales de esa conflictividad hacia el momento presente de su enunciación. Para Lastarria la resistencia araucana será un rasgo de identificación en la tipología de la subjetividad chilena pues representa la oposición histórica a un régimen corrupto,¹⁶⁹ el que instauró la colonia, al que el autor achaca las contradicciones políticas del régimen presente. Los sucesos estudiados hilvanan una serie de episodios que estructuran un relato mayor que remite a un pasado homogéneo, cuya unidad representa el americanismo que estimuló al proceso independentista y cuyo momento actual de dispersión es una de las causas que explicarían la inconsistencia del carácter nacional. Dice Lastarria:

“No me será posible dejar de referirme a toda la América española, porque en la época del coloniaje, cuya historia examino, éramos un mismo pueblo todos los americanos, un pueblo homogéneo, que partía de un mismo origen i se encaminaba a un mismo fin: la denominación de extranjero no era entonces una voz de nuestro lenguaje de hermanos” (ídem: 42)

La idea de un origen comunitario, en el cual Lastarria se reconoce a través de su discurso, se superpone a una contradicción real que afecta a las distintas expresiones comunitarias en el momento de su enunciación: la definición de ciudadanía en las nuevas repúblicas distaba en la práctica de reconocer a esas culturas fronterizas como integrantes de la nacionalidad.¹⁷⁰ La ficción de la que hablaba Alberdi, entonces, parece ser en la

¹⁶⁹ Lastarria podrá de este modo identificar ese rasgo con la peculiaridad de la nacionalidad chilena, adjudicándose a la superioridad indígena de los araucanos. Cuando hable de los españoles que llegan a Chile sostendrá que “la devastación los fatiga, la resistencia los exaspera i al fin consienten en reconocer la superioridad de los araucanos sobre los demás pueblos de América” (ídem: 22). Esa superioridad es la que al autor proyecta como herencia constitutiva de la nacionalidad chilena. Más adelante, dirá: “De modo, pues, que este pueblo a que hoy pertenecemos, antes de ser industrioso fue guerrero, i antes de saborear placer alguno de los que constituyen la dicha del hombre social, soportó las angustias de una guerra eterna i funesta” (ídem: 25).

¹⁷⁰ Todavía en 1868, en su famosa excursión, Mansilla inquirirá a los aborígenes ranqueles: “-Y ustedes también son argentinos –les decía a los indios – ¿Y si no, qué son? –les gritaba- ; yo quiero saber lo que son”.

interpretación del ensayista chileno uno de los dilemas centrales en la constitución de la nacionalidad. Al considerar el carácter nacional chileno, dirá Lastarria:

“Hemos de reconocer como elementos influyentes en él, tanto las costumbres, y con ellas las leyes y preocupaciones de los conquistadores, cuanto las del pueblo indígena, en la inteligencia de que la mayoría de nuestra Nación se compone de la casta mixta que deriva su existencia de la unión de aquellas dos fuentes originarias. Los accidentes físicos de la localidad, por otra parte, también han debido modificar indudablemente las inclinaciones características de nuestro pueblo, porque es evidente que la latitud, la situación orográfica, y en fin, el aspecto físico de la naturaleza influyen poderosamente, no tan sólo en la organización física del hombre, sino también en su moral” (ídem: 85-86)

El énfasis puesto en la herderiana idea de las determinaciones físicas de la región y en la influencia de las costumbres indígenas sobre los españoles, lleva a Lastarria a postular un relato de la nación en el que el componente hispánico debe ser debidamente sopesado de acuerdo a una amalgama cultural que recupere los rasgos americanista-indigenitas del pasado colonial. Dicho de otro modo, la “esencia” de la nacionalidad chilena que construye el ensayo se ve afectada por el sentimiento de nostalgia hacia un pasado homogéneo en el que tanto los indígenas como los españoles (moralmente influenciados por el carácter autóctono) confluirían en una unidad cultural. Dicha interpretación de las fronteras temporales de la nacionalidad apunta en realidad a una crítica no declarada del momento presente de enunciación, al que Lastarria ve como “profundamente envilecido”, producto de los peores resabios del elemento conquistador.¹⁷¹ Para el chileno el proceso revolucionario se mostró parcial y contaminado de las ideas conservadoras de los colonos españoles: “estoi persuadido”, dice sobre el final de su ensayo, “de que esta [la revolución] fue lenta i progresiva, parcial i no radical, obra de unos pocos varones ilustres, i no nacional, precisamente a causa de su influjo” (ídem: 94). Una revolución no nacional, nos dice el ensayista, es una revolución inconclusa. Ahora bien, es la consideración de las culturas pre-hispánicas como formadoras del carácter nacional lo que me interesa resaltar (y retener) aquí pues Lastarria parece sugerir que la ideología americanista es la que ha sido

En: *Una excursión a los indios ranqueles*, 2 tomos, Buenos Aires, Capítulo, 1980, 2, p. 100.

¹⁷¹ Cuando Lastarria hable, en el capítulo II, del sistema colonial, dirá que las leyes supuestamente “benéficas” hacia las culturas autóctonas eran “letra muerta” y que la historia muestra también que “todos los empleados que la España mandaba a la América se convertían en déspotas verdaderos, que ejercían la más arbitraria autoridad para procurar su particular beneficio” (ídem: 35).

traicionada en el proceso, parcial y no nacional, de la independencia chilena. En esa ideología hay que incluir, junto a las culturas aborígenes, a los colonos criollos que se vieron avasallados y excluidos (y de ahí su identificación con las comunidades pre-hispánicas) por la imposición de leyes virreinales que favorecían el poder despótico de los peninsulares. En esa línea, Lastarria recurrirá a la *Historia de Chile* de Guzmán para demostrar que “los americanos estaban rigurosamente excluidos de todo cargo público” (ídem: 34) y apuntará un dato que es central en la tesis de Benedict Anderson sobre el tipo de *comunidad imaginada* que es la nación de los “pioneros criollos”: “de ciento sesenta virreyes que hubo en América, sólo cuatro se numeran que no fueron españoles, i entre más de seiscientos presidentes i capitanes generales, sólo se contaba catorce en la misma excepción” (ídem: 34). Como se ve indios, criollos colonos y mestizos forman en la interpretación del chileno un mismo cuerpo social en oposición a los representantes peninsulares en (las) América(s). Es esa mixtura del cuerpo social la que pone en cuestión los resultados políticos de la revolución en el tiempo presente de la enunciación. Y es que las *Investigaciones* de Lastarria no sólo difieren en el modo de extender los límites de la identidad hacia las culturas aborígenes, contrariamente a Bello y a Sarmiento como veremos enseguida, sino que fundan el espacio para una lectura distinta del proceso social de las colonias suramericanas. El modo diverso de evaluación socio-cultural desencadena propuestas historiográficas irreconciliables. Si las concepciones herderianas sobre la influencia del medio ambiente en los pueblos es un común denominador en el pensamiento tanto de Sarmiento como de Lastarria, vemos que este último, al revalorar los rasgos culturales de los araucanos, escapa consecuentemente del determinismo social y apunta las causas de disolución política, preponderantemente coloniales, hacia un régimen corrupto y despótico identificado con la conquista. Allí donde Sarmiento ve “incapacidad industrial”, Lastarria denuncia la opresión de leyes que condicionan el desarrollo del mestizo y del indígena: “los indígenas, fueron sucumbiendo ostensiblemente al peso de la desgracia que les causaba la pérdida de su independencia natural i la odiosa esclavitud a que vivían sometidos; i los que tuvieron la fortuna de sobrevivir, se incorporaron poco a poco en el pueblo criollo” (ídem: 57). Y más adelante: “las leyes no sólo formaban de los mestizos, mulatos i zambaigos una clase vil y despreciable en la sociedad, sujetándola a restricciones onerosas i diferencias ridículas que atacaban su libertad i su dignidad de hombres (...) sino

que también, cada vez que se referían a ella, lo hacían en términos humillantes i atribuyéndola vicios y sentimientos inmorales i degenerativos” (ídem: 61).¹⁷² Sin embargo, y a pesar del sesgo visiblemente laudatorio hacia las culturas aborígenes –rasgo este que será uno de los puntos sobresalientes de la polémica–, es evidente que los argumentos de Lastarria resultan funcionales a una ideología homogeneizadora de la cultura y la historia nacional: su noción de “mestizaje” repone justamente el impulso retórico (e ideológico) que niega a los indígenas cualquier tipo agencia en el desarrollo civil de la sociedad chilena. Dice Lastarria: “Así han desaparecido para siempre las numerosas tribus que Alamgro i Valdivia encontraron diseminadas en el vasto territorio de Chile” (ídem: 58). Los opresivos tres siglos de la conquista española sobre el territorio aborígen bastaron para “esterminarlo i no dejar siquiera vestigios de su existencia” (ídem). Así, en los diseños protocolares de una imaginación que se yergue sobre el pasado colonial la *Memoria* de Lastarria propende un doble movimiento: por un lado, realza a los indígenas como protagonistas heroicos de la resistencia colonial y, al mismo tiempo, les niega cualquier agencia política en el presente de la enunciación de la historia que se narra. Las intervenciones de Bello, de Alberdi y de Sarmiento, sin embargo, mostrarán hasta qué punto para el nacionalismo post-independentista la presencia indígena resultaba un obstáculo para la consecución de los fines ideales y materiales del progreso.¹⁷³

En dos reseñas aparecidas en *El Araucano*, los días 8 y 15 de noviembre del mismo año, Andrés Bello discutirá, excusado en la figura de “alabanza” intelectual hacia su discípulo, dos rasgos centrales que hacen a la escritura de la historia tal como fue

¹⁷² Puede pensarse, incluso, que Lastarria socava con las mismas herramientas del pensamiento liberal el ideogema de “civilización o barbarie” de los postulados del liberalismo decimonónico presentes en el *Facundo* y se anticipa, por esa vía, a las operaciones críticas de Mansilla en su *Excursión* ranquelina. Dice el chileno: “Fácil también es explicar por qué yace aún en la miseria, en la corrupción i en la ignorancia esta última clase de nuestra sociedad [el mestizo o huaso, que Lastarria unifica bajo un mismo nombre común: proletario!], que demasiado bien ha probado que sus facultades físicas i morales no son degradadas, como lo creyeron los conquistadores, sino tan susceptibles de mejoramiento i de cultivo como las de los pueblos más sobresalientes en civilización” (ídem: 71). En esas últimas palabras resuenan las que Mansilla proferirá desde su pasantía en la comunidad ranquel: “La raza de este ser desheredado que se llama gaucho, digan lo que quieran, es excelente, y como blanda cera, puede ser modelada para el bien: pero falta, triste es decirlo, la protección generosa, el cariño y la benevolencia”. (Mansilla, 1947 [1868]: 208).

¹⁷³ Véase una lectura en ese sentido en: Kaempfer 2006.

presentada en la *Memoria* del chileno. Aunque la discusión atañe en principio cuestiones metodológicas, es decir, al mejor “modo de escribir [de estudiar] la historia”, como titularía el caraqueño dos de sus ensayos dedicados al tema y publicados pocos años después de la lectura de Lastarria, es claro que la polémica refiere también a los resultados interpretativos del chileno con respecto al pasado colonial y, sobre todo, a la continuidad de este en el gobierno conservador de Bulnes. Así, acerca de la idea de un régimen autoritario y despótico instaurado con la conquista, Bello argumentará que la historia de los pueblos responde a un desarrollo de la civilización occidental y que sería falsear los hechos adjudicar a la conquista una preponderancia hacia el autoritarismo y la opresión. Dice el caraqueño:

“Los españoles abusaron de su poder, oprimieron, ultrajaron la humanidad; no con impudencia, como dice el señor Lastarria, porque no era preciso ser impudente para hacer lo que todos hacían sin otra medida que la de sus fuerzas, sino con el mismo miramiento a la humanidad, con el mismo respeto al derecho de gentes, que los estados poderosos han manifestado siempre en sus relaciones con los débiles, y de que aún en nuestros días de moralidad y civilización hemos visto demasiados ejemplos” (Bello 1957 [1844]: 163)

En la reseña escrita sobre la publicación de la *Historia física* de Gay, Bello sostuvo la idea de que la época colonial correspondía al “nacimiento y la infancia de las principales ciudades que hoy forman la república” (1957 [1844-45]: 151-152), idea que afianza una continuidad por encima de un momento de ruptura entre el pasado colonial y el presente republicano. En efecto, Bello no podía aceptar que el gobierno actual, del cual él era funcionario, representara lo que en palabras de Lastarria había aparecido como un “régimen corrupto” o “envilecido”. La situación de otras regiones latinoamericanas, como su Venezuela, Perú o Argentina, demostraba para Bello la necesidad de un gobierno como el que imperaba en Chile. Al mismo tiempo, la interpretación acerca de las culturas indígenas dista de tener las aristas reivindicativas que le adjudicara Lastarria en su lectura. Bello, al igual que Sarmiento, esgrime un concepto evolucionista de la historia según el cual su desarrollo acuerda necesariamente con el curso de las civilizaciones occidentales, y en cuyo ámbito el poderío español debía ser pensado como una de las etapas de su desenvolvimiento: “La misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España lo ejerció sobre

el mundo occidental más distante y más vasto”, (1957 [1844]: 165)). Ese modelo epistémico de pensamiento le permitía aseverar lacónicamente que:

“Las razas indígenas desaparecen, y se perderán a la larga en las colonias de los pueblos trasatlánticos, sin dejar más vestigios que unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos, y monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser” (ídem: 168)

Esa “fatalidad” histórica es la que la *Memoria* de Lastarria intenta disuadir a partir de la necesidad de una reforma política y social que logre conjugar las herencias (no sólo culturales sino también poblacionales, las mixturas, la “sangre mezclada”, como dice en un pasaje) precolombinas con la ascendencia de la clase criolla. Frente a una posición tal, el rector de la Universidad no dudará en estrechar filas con el legado expansionista de la colonia: “No se coloniza, matando a los pobladores indígenas: ¿para qué matarlos, si basta empujarlos de bosque en bosque, y de pradería en pradería? (ídem: 163-164).

Pero lo que más afecta al eje de la polémica, debido a los intereses y a las resonancias políticas puestas en juego en el ensayo del chileno, es la crítica que se proyecta sobre el momento presente de ambos interlocutores. Bello contestará:

“Sentimos también repugnancia para convenir en que el pueblo de Chile (y lo mismo decimos de los otros pueblos hispano-americanos) se hallase tan profundamente envilecido, reducido a una completa anonadación, tan destituido de toda virtud social, como supone el señor Lastarria. La revolución hispano-americana contradice sus asertos” (ídem: 169).

Para Bello el suceso revolucionario, por su alta concepción ideológica y su no menos vindicativo fin político, es un claro ejemplo de que el componente hispano-criollo ha sido el elemento central en la constitución de las jóvenes repúblicas americanas. Otra vez, la continuidad estrecha los lazos con la cultura hispánica y, por ende, con el legado colonial. Precisamente ese es el punto más áspero de la discusión: para Lastarria la revolución no ha tenido un carácter nacional y, por lo tanto, aún espera ser reconvertida: la *Memoria* del chileno hace de la revolución un proceso parcial e inacabado. Por su parte, más preocupado por el rumbo que podía desencadenar ese pensamiento que por los riesgos objetivos al orden establecido, Bello insistirá en la preeminencia de los hechos en la confección del relato histórico ya que los detalles del conjunto, debidamente establecidos, daban así el

soporte necesario para extraer entonces, y sólo entonces, las enseñanzas del pasado. Bello resiente, no sólo del modo de escribir la historia sino, y, sobre todo, de las consecuencias que los asertos de Lastarria acarrearán en el momento actual de su enunciación. O, dicho de otro modo, el modelo desplegado por Lastarria en sus *Investigaciones* –ligado al método *ad probandum* o filosófico- muestra los riesgos potenciales de ideologización del discurso en el escenario de discusión preestablecido por el gobierno chileno. Acordando con el autor de la *Memoria* que el período de la revolución aún puede suscitar enconos y controversias desmedidas e injustificadas, el caraqueño insistirá en la necesidad de reconstruir los sucesos del pasado colonial recurriendo a fuentes que podríamos llamar de “primera mano”. Sin embargo, ese bogar por la reconstrucción de la “historia contemporánea” –por ejemplo, la de Bernal Díaz del Castillo- como una necesidad fundamentalmente epistémica conlleva un posicionamiento político frente al legado colonial, que se resume en el dictorio de que “las ordenanzas administrativas de los Carlos y Felipes son leyes patrias” (1957 [1844]: 171). El americanismo de Bello es el que había bosquejado desde Londres con sus publicaciones ensayísticas y poéticas, una comunidad que incluye los aportes hispánicos y que toma de las culturas indígenas aquello que las relaciona al paisaje, mientras que el de Lastarria es un imaginario que concentra en la idea de una amalgama cultural (que deber ser adecuadamente convenida) los rasgos sociales y culturales que una nacionalidad debería retener para su futura demarcación estatal. La discusión por el modo de escribir la historia lleva, como vemos, a una discusión por el contenido político e ideológico de los discursos que intentan construir un pasado común y demarcar desde allí los rasgos de una cultura nacional.

Sarmiento, al publicar su comentario en el *Progreso* casi dos meses antes de la reseña firmada por Bello,¹⁷⁴ establecerá su crítica a partir de los protocolos impuestos por esa doble coordenada. Así, el sanjuanino alentará el método utilizado por su par chileno en el estudio histórico, método que él mismo defendió desde su exilio chileno (como pudimos comprobar más arriba en su reseña de la *Historia* de Gay) hasta la escritura de ese “Facundo envejecido” que fue su *Conflicto y armonía de las razas en América*. Pero Sarmiento, a menos de un año de publicar su biografía del caudillo riojano, no podía

¹⁷⁴ El artículo de Sarmiento aparece publicado el 27 de septiembre de 1844.

coincidir con el sentido de recuperación del pasado pre-hispánico que alentaban las *Investigaciones* del chileno. Aceptar que las culturas indígenas integraban la fisonomía cultural de las jóvenes repúblicas, era dar lugar a una interpretación que echaba por tierra uno de los presupuestos ideológicos de la nueva elite criolla, aquél que emulaba al “salvaje” con el desierto según la representación rectora de *La cautiva* y lo hacía obstáculo para el desarrollo de la civilización, como bien podían deducir de las malas políticas de integración y de las incursiones de las *malocas* que fragmentaban cada vez más las fronteras internas del futura república.¹⁷⁵ De hecho, el *Facundo*, esa gramática domesticadora de la barbarie, apenas dedica un breve pasaje a la cultura indígena. En referencia a esta cuestión, Sarmiento expondrá un punto de vista concordante con la denuncia de ficciones de patriotismo expuesta por Alberdi en sus *notas a La revolución de Mayo*:

¹⁷⁵ El tema de las fronteras interiores y de la llamada “cuestión del indio” en Argentina ha sido extensamente desarrollado por la crítica, iniciándose ese desarrollo con las propias publicaciones oficiales, documentales y periodísticas de la época. Las ideas sobre la necesidad de establecer una frontera interior permanente y de avanzar hasta el río Colorado son bastante tempranas y datan de principios de siglo. En 1816, el coronel Pedro Andrés García se internaba al interior de la provincia de Buenos Aires y de esa experiencia presentaba su “Nuevo Plan de Fronteras de la Provincia de Buenos Aires” acompañado con un informe de la expedición que sostenía la necesidad de establecer una guardia permanente en los “Manantiales del Casco o Laguna de Palantelen”. Tanto el Plan como el Informe fueron publicados en 1838 por Pedro de Angelis en su *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Un dato para resaltar de esa publicación, además, por supuesto, del intento por parte de De Angelis de conectar los intentos auspiciosos de la empresa a la efectivamente llevada a cabo por el mismo Rosas diez años después, es el hecho de que García propone una política mixta, de “respeto amistoso”, frente a los indios como mejor modo de ir ganando terreno a la pampa: “Este orden, que deberá precisamente guardar conformidad con los pactos que se estipulan, alejará las desconfianzas que siempre tienen los indios de ser atacados, y al paso que se afirma la población, se reconoce topográficamente el terreno que se le asigne por jurisdicción” (De Angelis 1972 [1838], VIII, 619). Como se ve, se trata de una colonización pacífica, hecha mediante pactos y convenios, aunque, obvio es decirlo, conciente de la necesidad de apropiación de la tierra. Después de la expedición de Rosas en 1826, y hasta 1858, la frontera tuvo, según Colin M. Lewis, movimientos de expansión y retroceso, no unidireccionales. Recién en la década del ’70 la frontera empezó a ser vista como barrera entre la sociedad civilizada y la pampa “salvaje” (Ferrari-Gallo 1980: 469ss.) Después de Caseros, en el periódico *El Nacional* de Buenos Aires, Sarmiento publicará un sinnúmero de escritos en referencia a la problemática de las fronteras, con claras muestras de su pensamiento determinista y xenófobo: “Desgraciadamente a los indios no se los combate con palabras, sino con dinero, con soldados, caballos y armas”, dirá en un artículo de 1855 (1899: XXVI, 290). Ya en el *Facundo*, en su segunda edición, entre los añadidos y recortes programáticos, había introducido una nota en referencia a la frontera que anticipaba el sistema de fortines y el zanjado de Alsina (véase en la edición de Palcos citada, pp. 210-211). Por último, como nota curiosa de aquella primera expedición del coronel Pedro García en 1816 es interesante señalar el recurso al intertexto de los *Comentarios Reales* y al tópico de la falta de escritura definido por las crónicas de la conquista en la evaluación de las culturas aborígenes. Dice en un pasaje: “Y de este modo, en falta de escritura, transmiten a la posteridad por expresión o noticias las desgracias a los demás, para que siempre vivan en la memoria de las generaciones futuras los acontecimientos, a la manera que refiere el Inca Gracilaso de Vega, lo hacía sus mayores” (idem: 613).

“El autor [de las *Investigaciones*] no ha podido en estos conceptos emanciparse de las ideas que puso en boga la revolución de la independencia para azusar los ánimos contra la dominación española, mintiendo una pretendida fraternidad con los indios (...) como si estos hambres salvajes perteneciesen a nuestra historia americana, i como si Arauco, después de la revolución, como durante el coloniaje, no fuese un país fronterizo i una nación estraña a Chile i su capital e implacable enemigo, ha quien Chile ha de absorber, destruir, esclavizar, ni más ni menos que lo habrían hecho los españoles” (Sarmiento 1909 [1844]: II, 219)

Hay varios elementos interesantes en este fragmento citado pero, como se puede apreciar, el eje temporal es el que organiza su crítica a la “interpretación” de las *Investigaciones*. Sarmiento señala la manipulación discursiva ensayada en los momentos de la independencia y argumenta que en la actualidad una ficción como esa ha perdido toda efectividad y necesidad. En la demarcación temporal del sanjuanino las culturas indígenas deben ser expulsadas incluso de la “[nuestra] historia americana” para fundar otra unidad (la ficción alberdiana del “Progreso”) en donde la “barbarie” sea apenas un recuerdo forzoso, apenas un dato de color, en la memoria civilizada de las nuevas (y futuras) generaciones criollas. La crítica de Sarmiento apunta a desestabilizar el elemento retórico que asume dicha temporalización. Sarmiento dice lo que el texto de Lastarria calla: que aquellos “imaginados” indígenas son los mismos que en la actualidad asolan las fronteras internas de la república (argumento que volverá a repetir en su *Facundo* y aún más tarde en su *Conflicto y armonías...*):

“Cuando uno lee a Ercilla i oye repetir hoy día aquellas imaginadas virtudes de Colocolos i Lautaros, está a punto de creer que los antiguos araucanos eran otro pueblo distinto de los araucanos que conocemos nosotros” (ídem: 222)

El problema, entonces, de la dimensión pretérita del tiempo histórico reside en el aspecto proyectivo que supone la estrategia desplegada en las *Investigaciones*. A diferencia de Bello, Sarmiento coincide con Lastarria en el método utilizado en su ensayo historiográfico pero, y ahora acordando con Bello, se distancia precisamente de los asertos a los que llega el chileno mediante su uso. Las distancias interpretativas pueden entenderse mejor si se tienen en cuenta los modelos idiosincrásicos desde los cuales se proyectan ambos discursos. Para Lastarria la emancipación de España constituye todavía un proceso incompleto y por lo tanto plausible aún de ser encaminado hacia la futura (e imaginaria)

república para lo cual, conciente de la incidencia cultural de su discurso, propone una subjetividad chilena que recupera los rasgos principales (la resistencia) de las culturas indígenas de la región. Sarmiento, en cambio, y aquí su perspectiva se une a la del caraqueño, propende una continuidad con el orden hispánico sobre la ruptura que supuso la revolución por la independencia (operación que se hará más patente en sus *Recuerdos*) y cierra las esclusas temporales a las culturas pre-hispánicas, que “nada tienen que ver con nosotros” (ídem: 220), destituyéndolas de la historia americana.

Dije al principio que la concepción de la historia es en Sarmiento eminentemente belicista: “Nosotros escribimos la historia marchando”, decía el sanjuanino en su conferencia de 1858. El lugar de la escritura historiográfica está, en Sarmiento como en Bello, determinado por un horizonte de pensamiento que remite a una ideología superior, la del Progreso, amparada en la visión providencialista del historicismo europeo. La disputa con las otras retóricas, los otros discursos que orientan el debate sobre el diseño cartográfico imaginario de la nación está entramada en el objetivo político que apunta a la dominación del espacio (público y territorial). El problema del Poder (y por lo tanto la política) diagrama un campo de disputas que sobreimprime al binarismo civilización/barbarie el enfrentamiento entre dos formas estratégicas y tácticas de hacer la guerra (Scavino 1992). El objetivo político de Sarmiento será allanar el camino para encauzar el *telos* progresista de la Historia mediante la desarticulación (que suscita también la ficción historiográfica) de la estrategia política de la “barbarie”. Energía y velocidad, como vimos en la lectura sobre el *Facundo*, articulan la *dispositio* proyectiva del sanjuanino y dan sentido a la Historia pensada como Progreso: un sentido que no puede desligarse del horizonte providencial que es, ideológicamente, el constructo que reviste una fatalidad económica y militar: al igual que Bello, en el imaginario sarmientino las formas más avanzadas (civilizadas) vencerán a las más rezagadas. En este sentido, el discurso historiográfico de Sarmiento desarticula las temporalidades que, como la ensayada por Lastarria en sus *Investigaciones*, pretenden incluir en el orden nacional las formas “bárbaras” que subvierten ese sentido providencial, es decir, progresista, de las naciones. Por eso Sarmiento, en su refutación a Lastarria, acudirá a esa ideología social sustentada en

la Providencia, el evolucionismo, que preanuncia las manifestaciones del positivismo científico de los años '80:¹⁷⁶

“La población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables, las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial i útil, sublime i grande” (idem: 220)

En este fragmento, a la par de la nota providencial que prescribe la fatalidad histórica de la que hablamos más arriba, Sarmiento hace explícitos uno de los objetivos centrales de su voluntad política: la posesión del suelo. Y es que para el sanjuanino el elemento central de la disputa del poder será la dominación del territorio, pues dominar el “desierto” es el modo efectivo de realizar la autoridad, esto es, de resucitar el flujo modernizador que imprimen las ciudades. Recuérdese que para Sarmiento el mal que aqueja a la república es la extensión: la pampa argentina imprime su deficiencia, su déficit (un amplio espacio sin comunicación y, por lo tanto, sin nexos que permitan establecer formas de sociabilidad) a los pobladores quienes, por esa afección físico-climática, adquieren los hábitos a-sociales análogos a los de las comunidades nómades. Es en este punto donde la frontera asume categóricamente su definición política: en el cruce y en la amalgama de las culturas fronterizas existe una trama perversa de disociación que posibilita el dominio “salvaje” (“bárbaro”) de los campos argentinos. Para Sarmiento los indígenas son, no sólo una cultura, sino *un país distinto*. Esa frontera interna hace pensar en la existencia de *una nación dentro de otra*. Por eso Sarmiento no ve en la estrategia discursiva de Lastarria una función asimilable al presente político de su enunciación: esa ficción de identidad, el llamado americanismo (por Lastarria), que sirvió en los años de la independencia para aunar y convocar fuerzas contra el enemigo, no tiene sentido en el momento en que se están definiendo los límites de la ciudadanía de las diferentes repúblicas, sentido al que los salvajes no tienen, o no deberían tener, acceso:

“Quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poder remediar, una inevitable repugnancia, i para nosotros Colocolo, Lautaro i Caupolican, no obstante los ropajes civilizados i nobles de que

¹⁷⁶ Véase: Marcelo Montserrat. “La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso”, en: Ferrari-Gallo 1980: 785ss.

los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla” (ídem: 221)¹⁷⁷

La identificación de la ciudadanía chilena para el redactor que prescribe la propia enunciación de este párrafo, no debería hacernos perder de vista que la argumentación de Sarmiento parece estar sostenida más que por una definición cultural de la nación chilena, por una mirada oblicua y exterior a su propia república, de la que se halla ausente precisamente por el triunfo del federalismo al que el sanjuanino atribuye todos los rasgos del americanismo. Desde ese sitio oblicuo de enunciación, no es riesgoso afirmar que la ficción historiográfica que se recorta de la “barbarie” tiene como imagen latente las huestes de gauchos y mestizos que, al otro lado de la cordillera, revisten los ropajes republicanos del federalismo rosista. El *Facundo* es una muestra de ese pasaje.¹⁷⁸ Allí la “incapacidad industrial” define los resultados de esa “ley inmutable” de la que hablaba Sarmiento, esto es, la fatalidad del proceso modernizador ligado al desarrollo económico, técnico e industrial una vez que las páginas de historia y la posesión del suelo ya avizoran un cuerpo en el mausoleo del tiempo pretérito.

En agosto de 1845, Alberdi publicó en *El Mercurio*, un artículo en el que definía el carácter europeo de los criollos americanos adscribiéndolo al desarrollo civilizado de las naciones europeas. Todo el artículo puede ser leído como una expresión celebratoria de esa ideología del Progreso al que las elites de las futuras repúblicas aspiraban, aspiración que auto-justificaba la intervención anglo-francesa en el Río de la Plata. La idea central de ese texto es que la civilización americana extiende en estas tierras la europea pues, como sostiene allí Alberdi, “todo en la civilización de nuestro suelo es europeo. Podríamos

¹⁷⁷ La discusión atañe al reconocimiento del indígena como ciudadano. Todavía en 1883, dirá Sarmiento: “Pero la patria no es solo un extensión de tierra que hemos hecho el patrimonio exclusivo de una familia, tribu, o pueblo, es un sentimiento común a la presente generación, para transmitirla a las futuras con el recuerdo, el amor y el vínculo que nos une al pasado”. Y más adelante: “A este despegó a un suelo que no es la patria, sino la misión, se añade, como lo hemos visto, el desafecto natural del conquistado a su dominador, de la raza inferior a la superior (...) con lo que se forma una nación no ya en la nación, sino fuera de la nación” (1900 [1883] XXXVII: 193). Dos cuestiones: ya en el ’80 Sarmiento puede referirse a la tradición de un “pasado común” que ocupa el lugar del “patrimonio exclusivo” pero, y al mismo tiempo, en el párrafo inmediato vuelve a subrayar el vínculo entre “patria” y “suelo”, cohesionado ahora por el “sentimiento” de pertenencia, del que vendrían a carecer los indios por influencia, entre otras cosas, de las misiones jesuíticas, según el propio Sarmiento.

¹⁷⁸ El “americanismo” de Sarmiento es precisamente el reverso del discurso republicano del rosismo (Myers 2002).

definir la América civilizada diciendo que es la Europa establecida en América” (1920 [1845] V: 16). Bajo esta perspectiva, la intervención anglo-francesa se veía para los jóvenes románticos como un *desideratum* del telos progresista más que bajo la pátina de un “delito de lesa americanismo” como sostuvo Sarmiento sobre el final de su *Facundo*.¹⁷⁹ Ahora bien, dejando de lado la polémica por esa alianza con el extranjero, quisiera retomar el punto de discusión en torno a la definición de las fronteras culturales de la nación ya que cuando Alberdi escribe, como Sarmiento, desde su exilio chileno diagrama un interlocutor conformado por un público argentino por encima de sus pares cordilleranos. En el contexto de esta polémica, Alberdi, al igual que Sarmiento y al igual que Bello, anudará los hilos de continuidad con el pasado colonial como modo de operar un (el) sentido a la historia americana que la desligue de las formas bárbaras que amenazan con desvirtuar el sustento ideológico de las jóvenes repúblicas. Dice Alberdi: “Hemos historiado con mucho talento el mal que nos dejó [Europa]. Pero hemos silenciado, no sé si con talento, el bien que también nos hizo por manos de la España” (1920 [1845], 28). El paso del tiempo y los acontecimientos políticos (digamos, el dominio político de Rosas y la Alianza extranjera) estructuran una nueva síntesis de ideas que llevan a cerrar filas frente a la “barbarie” (sea ahora indígena o gaucha) y a reanudar lazos de continuidad con la España, en la medida que esta, al revés de lo que se cansaron de escribir durante más de una década, es ahora entendida como extensión de Europa, no su rezago sino su brazo, su puente, su conexión transatlántica. Alberdi, conciente de su inserción en las disputas del país que lo acoge, postula la idea, defendida sobre todo por Andrés Bello, de que las jóvenes repúblicas deben más a su pasado colonial de lo que reconocen ciertas formaciones discursivas (que incluyen las propias de la nueva generación): “No necesito más que atravesar la plaza de Santiago y observar las bellas formas de la catedral para admirar el descaro con que hemos llamado nullos a los españoles. En cien años de progreso no seremos capaces de hacer obras semejantes” (ídem: 32). En esa línea argumentativa ya despunta el juicio en el que tanto Bello como Sarmiento habían coincidido: la América es el recinto de Europa por parte de España y, por eso mismo, la identificación con las culturas pre-hispánicas se torna

¹⁷⁹ Alberdi mismo, dos años después, en su repaso de la situación sociopolítica de la República Argentina, dirá en referencia a esa pretensión: “El partido federal echó mano de la tiranía; el unitario, de la Liga con el Extranjero. Los dos hicieron mal. Pero los que han mirado esta Liga como crimen de traición, ¿por qué han olvidado que no es menos crimen el de la tiranía? Hay, pues, en ellos dos faltas que se explican la una por la otra. Digo faltas, y no crímenes, porque es absurdo pretender que los partidos argentinos hayan sido criminales en el abuso de sus medios” (1920 [1847] V: 55).

inconcebible:

“En cuanto a mí, yo amo mucho el valor heroico de los americanos cuando los contemplo en el poema de Ercilla, pero a fe mía que al dar por esposa a una hija o hermana mía no *daría de calabazas* a un zapatero inglés por el más ilustre de los príncipes de las monarquías habitadoras del otro lado del Bio-Bio.

A la Europa debemos todo lo bueno que poseemos, incluso nuestra raza, mucho mejor y más noble que las indígenas; aunque lo contrario digan los poetas, que siempre se alimentan de las fábulas” (Alberdi 1920 [1845]: 30-31)

Extraña recurrencia al españolismo lingüístico (la expresión “dar de calabazas” aparece, por ejemplo, en *El Lazarillo de Tormes*) para afirmar un linaje europeo en un escritor que no se privó, como la mayoría de sus pares generacionales, de achacar el casticismo idiomático como parte de un programa de re-generación cultural (basta mirar recordar la lectura que hemos propuesto de las páginas de *La Moda*). Alberdi apunta desde lo formal el contenido de su diatriba: España trajo la civilización europea a América. En esa lectura, las “fábulas” como las de Ercilla (y las de Lastarria) que sirvieron para un momento político determinado han dejado de tener sentido en momentos en que ciudadanía y civilización europea designan eufemísticamente el trazado de un “nosotros” proyectivo sobre la nación. Alberdi y Sarmiento, exiliados en Chile, definen el diseño de la patria futura hablando de una cultura doblemente otra: es otra porque la subjetividad chilena construye otros parámetros imaginarios en su peculiar relación con las fronteras y es otra porque en esas fronteras se halla representada, en los términos del *Facundo*, la potencialidad política de la “barbarie”, que explota estratégicamente Rosas al otro lado de la cordillera.

Por último, me detendré en la lectura de algunos aspectos del pensamiento de Bello en relación al “mejor” modo de la escritura historiográfica y, por esta vía, a las coincidencias existentes –o posibles influencias- entre los discursos de este y los de Sarmiento. En uno de los pasajes de su reseña, Bello arremete su crítica al ensayista chileno aduciendo que esa perspectiva sistémica (léase filosófica) dejaba de lado una cantidad de hechos menores que podían, y desde la visión de Bello, debían incluirse en el trabajo para dar sustento al relato global. En efecto, Bello estima que el ensayo histórico de Lastarria por haber pretendido un cuadro tan amplio ha dejado de lado un sinnúmero de sucesos dignos de figurar en una

historia incipiente de las nuevas repúblicas. Lo que está en discusión, desde la perspectiva del caraqueño, es, otra vez, el modo. Pero no entendiéndolo como una simple cuestión de paradigmas en disputa (el de las *Crónicas* o el de las filosofías de la historia, por ejemplo) sino como el instrumento definitorio a la hora de sopesar críticamente los resultados de la empresa. A pesar de caracterizarla como “fecunda”, para Bello la empresa del chileno “ha trazado un cuadro de dimensiones tan vastas, y coloreado con tanto vigor sus diferentes partes, que poco o nada parece haber dejado a los que quisiesen explorar de nuevo ese campo” (1957 [1844]: 158). Como se ve, el pasaje es más bien irónico y apunta su crítica al núcleo del andamiaje de las *Investigaciones*. Bello está censurando la pretensión de abarcar en un solo ensayo un período tan extenso de la historia americana, y señala audazmente el punto débil de una escritura que se esfuerza por definirse objetivamente: en la amplitud de perspectiva se pierden los detalles u objetos menores que sirven al conglomerado final del discurso historiográfico:

“Hay mil objetos parciales, pequeños si se quiere, comparados con el tema grandioso de la memoria de 1844, pero no por eso indignos de fijar la atención, antes por eso mismo susceptibles de aquellos tintes vivos, de aquella delineación individual, que resucitan para el entendimiento lo pasado, al mismo tiempo que *suministran a la imaginación un placer delicioso*” (idem: 159. [El subrayado me pertenece]).

Las peculiaridades de las “costumbres domésticas” o episodios menores como “la fundación de un pueblo”, sólo fragmentos en bosquejos historiográficos como el de las *Investigaciones*, pueden suministrar sobre los sistemas filosóficos provenientes de Francia no sólo claridad en el cuadro historiográfico sino también placer a la imaginación. Los datos menores, pero concretos, del pasado son resucitados por la escritura y repuestos como “tintes vivos” en la memoria, y de ahí el “placer” que generan en el plano imaginativo: se imagina a partir de esa resurrección de parcialidades pretéritas que llenan el vacío de la memoria historiográfica. En realidad, el caraqueño acusa el traspaso a peculiaridades americanas los modelos de esas filosofías marcadamente subjetivistas que ofrecen un “cuadro grandioso” sustentado únicamente en el discurso, en detrimento de documentos y archivos que iluminen zonas oscuras del pasado de las naciones. Si tenemos en cuenta que las reseñas del caraqueño sobre la “Memoria” fueron publicadas con más de un mes de

posterioridad a las de Sarmiento y suponemos, como es dable hacerlo atendiendo a la resonancia de la polémica en torno a la escritura historiográfica de las nuevas repúblicas (pocos años después de la lectura de las Investigaciones de Lastarria, Bello publicará en El Araucano dos ensayos breves en los que señalará a sus discípulos los modos de escribir y de estudiar la historia),¹⁸⁰ que tanto uno como otro reseñista pudieron leer sus respectivos juicios acerca de la escritura historiográfica americana,¹⁸¹ no nos sorprenderá que algunas notas resulten reveladoras al pensar en la aparición del *Facundo* seis meses después. Dice Bello:

“Si el que resume la vida de un pueblo es como el astrónomo que traza las leyes seculares a que se sujetan en sus movimientos las grandes masas, el que nos da la vida de una ciudad, de un hombre, es como el fisiologista o el físico, que en un cuerpo dado, nos hace ver el mecanismo de las agencias materiales que determinan sus formas y movimientos, y le estampan la fisonomía (...) la vida de un Bolívar, de un Sucre, es un drama en que se juegan todas las pasiones, todos los resortes del corazón humano, y a que la concentración y la individualidad dan un interés superior” (1957 [1844]: 159-160).

En este fragmento hay varias notas importantes que, por encima de las críticas a las *Investigaciones*, apuntan a la definición de un campo de saberes que pugna por afianzarse. En primer lugar, la idea de que los hechos pueden ser recuperados mediante el estudio de un pueblo o una ciudad o una figura emblemática y que ese *modo* dará la “severidad” o claridad necesarias a una materia cuyo estatuto científico aún debe legitimarse (la analogía entre el historiador y el astrónomo/físico da cuenta de ello). A su vez, las figuras de un Bolívar o un Sucre están allí revelando la peculiar trama biográfica de las naciones

¹⁸⁰ Los artículos, titulados “Modo de escribir la historia” y “Modo de estudiar la historia”, aparecieron en El Araucano el 28 de enero y el 4 de febrero de 1848, respectivamente. Fueron recogidos por el autor en sus Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde 1834 hasta 1849, Santiago, 1850, pp. 144-153 (1957, XIX, 229).

¹⁸¹ En el artículo dedicado a la *Historia* de Gay, publicado dos semanas después al que diera a conocer Sarmiento en el *Progreso*, Bello, en un pasaje que parece determinado por ese intertexto, dirá: “En cuanto a la falta de ciertas miras filosóficas elevadas, que algunos imputan como un defecto en la presente obra, estamos por decir que para nosotros es más bien un mérito. El prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la severidad de la historia; porque en ciertas materias el que dice filosofía, dice sistema; y el que profesa un sistema, lo ve todo al través de un vidrio pintado, que da un falso tinte a los objetos” (1957 [1844-45]: 141). Pareciera que, efectivamente, tanto Sarmiento como Bello, entran en la polémica informados por las lecturas de sus respectivos juicios. Si Sarmiento acusó la diatriba del caraqueño, no parece haberle suscitado ninguna reconversión en su concepción historiográfica. La crítica que le elevara Alsina en las *notas* a su *Facundo*, reproduce la de este pasaje del caraqueño: la inclinación por un “sistema”; todo lo cual vendría a subrayar la conciencia del autor del *Facundo* en su “mal disciplinada concepción”.

emergentes: “la historia del Chile independiente [que] se está por escribir”, como dirá en su ensayo sobre el “Modo de estudiar la historia” (1957 [1848]b: 245), puede encontrar en esa figuras “el drama en que se juegan todas las pasiones” (de un pueblo). Resuenan en estas notas las palabras con que el autor del *Facundo* invocara, en su introducción, al Bolívar “verdadero”, espejo de su biografía caudillesca (“nadie comprenderá a Facundo Quiroga, como nadie, a mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolívar”, decía en la segunda entrega de su folletín). Para lograrlo, dice Bello, “no faltan materiales que consultar, si se busca con sagacidad o paciencia en las colecciones de los curiosos, en los archivos, *en tradiciones fidedignas, que debemos apresurarnos a consignar*, antes que acaben de oscurecerse y olvidarse” (ídem: 159, el subrayado es mío); sagacidad y paciencia con las que no contó quien, al otro lado de la cordillera, en vísperas a la llegada del emisario rosista, debió, al biografiar la barbarie argentina en la figura del caudillo riojano, recurrir a sus “recuerdos” y a los “detalles” que le suministraron “hombres que lo conocieron en su infancia”, porque:

“Fáltame [dice Sarmiento en la carta-Prólogo dedicada a Alsina] para intentarlo interrogar el suelo i visitar los lugares de la escena; oír las revelaciones de los cómplices, las deposiciones de las víctimas, los recuerdos de los ancianos (...); fáltame escuchar el eco confuso del pueblo, que ha visto i no ha comprendido” (Sarmiento 1961 [1845]: 23).

Las “tradiciones fidedignas” de las que habla Bello y a las que hay que apresurarse a consignar son la *falta* que Sarmiento compensa con sus recuerdos y notas enviadas por amigos que conocieron a Facundo en su infancia: la biografía despliega la trama historiográfica de las noveles repúblicas saturando la escucha del “pueblo” con la voz de sus propios recuerdos: el “eco confuso” se escribe a partir de una ausencia. En la consignación residen las tumbas de la escritura de la historia y sus ofertorios: una biografía sobre la voz comunitaria del ausente que sobre la confusión de su eco escribe los claros contornos del tiempo futuro. El biógrafo, como el historiador, es el intérprete. Su escritura llena ese vacío. *Le da la palabra al cuerpo que calla*. Y es que, de todos modos, en la trama historiográfica del liberalismo decimonónico escrito está que “el pueblo” “ha visto”, pero, por supuesto, “no ha comprendido”.

Si en la configuración de la trama histórica, lo que hemos denominado ficción historiográfica,¹⁸² el discurso heterológico -discurso sobre el otro- rige el imaginario historicista que busca fijarle un origen a la tradición, el tejido biográfico se presenta como una extensión de ese mismo impulso –como vimos en el *Facundo*- que canaliza a su vez la visión utópica de las ficciones del progreso. Cuando ese mismo impulso –ese tejido- intente volcarse no sobre el otro –el bárbaro, gaucho o indígena-, sino sobre la fisonomía del propio sujeto biografiado y se vuelva *Auto* –la identidad conciente de sí mismo- el *Bios* de esa grafía se tornará monumentalmente genealógica. Esa genealogía estatuaría estrechará los linajes que acortará las distancias entre patricios ilustrados y románticos liberales. No dejará de ser, sin embargo, y a pesar de querer hablar de sí mismo, una forma de heterología: (auto)biografía de una memoria que se constituye por y contra los otros y que en esa propia cartografía subjetiva emplaza el espacio de la patria futura.¹⁸³

¹⁸² A esta altura parecería innecesaria una definición de la noción de “ficción historiográfica”. Quisiera subrayar, sin embargo, el hecho de que el sentido de dicha categoría se carga con los valores culturales de una escritura que podríamos llamar, en términos generales, ensayística. No sólo la mezcla genérica –como en el *Facundo* o en los *Recuerdos* de Sarmiento- sino también los intentos de definir los protocolos de un saber moderno –el historiográfico- por medio de una escritura cuyo impulso modernizante parece definir su estatuto. En momentos en que los campos de saberes friccionan sus aristas en busca de una autonomía relativa –los ejemplos del fisiólogo o del físico que da Bello son ejemplares en ese sentido-, ese impulso arrastra una escritura creadora o inventiva. Recién en la década del '80 se afianzarán los modelos de la historiografía liberal-nacionalista con López y Mitre, a los que hay que sumar el intento de Sarmiento a partir de su *Conflicto y Armonías de las razas en América*. Si estos modelos, como sugiere Halperin Donghi, no logran, a pesar de sus divergencias, sentar las bases de una disciplina autónoma, es decir, “científica”, proveen el marco desde el cual se irán construyendo y afianzando los ejercicios historiográficos que despuntarán en el revisionismo (1980b: 829ss).

¹⁸³ Dice Homi Bhabha: “El ‘otro’ no está nunca fuera o más allá de nosotros; emerge en el discurso, forzosamente, cuando pensamos que hablamos más íntimamente ‘entre nosotros mismos’” (1990: 4).

4. 3. El “frágil vástago” en los *Recuerdos de Sarmiento*.¹⁸⁴

“El problema de la historia es más el de la verdad que el de la realidad”.
Miguel de Unamuno.¹⁸⁵

“Es el primer ejemplo que se ofrece en nuestro país, tan abundante en hombres notables, de un republicano que publica doscientas páginas y un árbol genealógico para referir su vida (...) Pero su biografía de usted no es un simple trabajo de vanidad, sino el medio, muy usado y muy conocido en política, de formar la candidatura de su nombre”

J. B. Alberdi.¹⁸⁶

Como el fisiólogo o el físico, el historiador americano, según aconsejaba Bello, debía procurar recuperar la fisonomía del tiempo pretérito a través de las singularidades del cuerpo biografiado. La vida de un Sucre o de un Bolívar, o la vida de una ciudad concentraban en sí mismas las peculiaridades del drama histórico americano. La historiografía explotaba así su vínculo con el tejido biográfico. Escribir la historia de las repúblicas nacientes era resucitar las figuras que, compendiadas por un linaje evolutivo, arrojaban sus sombras desde las ex-colonias a las orillas cívicas de la independencia política. En esas orillas, la barbarie estaba destinada a sucumbir por efecto de una temporalidad a-sintónica que se la pensaba inscripta en su propio cuerpo. Sarmiento, biógrafo y publicista, había escrito la historia del poder omnímodo de la barbarie biografiando su decadencia providencial. Biografía citadina, su *Facundo* testaba a la posteridad las particularidades de la naturaleza bárbara de América mientras anunciaba proféticamente el triunfo de la modernidad por el tráfico que las ciudades estaban destinadas a imprimir al territorio. La ficción historiográfica, como vimos, era el modo de intervenir en ese decurso genealógico. La ambigüedad, más que la vacilación,¹⁸⁷ entre

¹⁸⁴ El título remite a los estudios de Paul Ricoeur sobre la configuración narrativa, agrupados en tres tomos bajo el título genérico de *Temps et récit*. En este sentido, la expresión “frágil vástago” nos conecta directamente con la categoría ricoeuriana de “identidad narrativa”: “El frágil vástago (dice Ricoeur), fruto de la unión de la historia y la ficción, es la *asignación* a un individuo o a una comunidad de una identidad específica que podemos llamar *identidad narrativa*” (Ricoeur 1996, III: 997) (Subrayado en el original).

¹⁸⁵ “Pirandello y yo”, publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 15 de julio de 1923.

¹⁸⁶ “Cartas sobre la prensa”, *Quillotanas*, en: 1920, V: 175-176.

¹⁸⁷ Silvia Molloy adjudica a la autobiografía hispanoamericana decimonónica un gesto vacilante entre ficción e historia, propio de una indefinición genérica particular (1996: 187). Si bien es acertada, la lectura repone una línea evolutiva que se busca refutar (por ejemplo, en la distancia que toma Molloy de la tesis de Jameson, según la cual la literatura latinoamericana, por su particular desfase en lo referente a la autonomía artística, sería una constante alegoría nacional), pues parecería que esa indefinición genérica promueve un gesto vacilante intuitivo que, entrado el siglo XX, comenzaría a disolverse. Por el contrario, creo que más que de

historia y ficción es el elemento constitutivo de una escritura proyectiva. Ese “frágil vástago”, como llamara Ricoeur a la unión de ambos planos, atribuye una identidad que se constituye a través de la narración. Narrar esa identidad, cuyos contornos coinciden con los de la patria, es lo que Sarmiento, previendo los acontecimientos políticos que terminarían por derrocar al “tirano”, parece haber intentado mediante la publicación de sus recuerdos.¹⁸⁸

Sólo que ahora el tejido biográfico recaerá sobre su propia persona. Veremos que para Sarmiento, como para Rousseau, esa prerrogativa no constituirá un obstáculo para asumir el carácter verídico de su (auto)biografía. La anamnesis subjetiva será evocada con el mismo rigor que los documentos sobre Facundo que le enviaban sus archivistas, al otro lado de la frontera.

Veamos.

1850 señala una coyuntura significativa: tanto los exiliados chilenos como los que residen en Montevideo presienten que el cambio político en la conducción del gobierno argentino, esto es, “la caída de Rosas”, resuella en el marasmo de su concreción. Aún más, desde 1848 la idea de que el gobierno rosista llega a término empieza a cristalizar en las

vacilación debería hablarse de ambigüedad en la textura de lo que aquí he dado en llamar “ficción historiográfica”. La (auto)biografía, por lo menos en el caso particular de Sarmiento que trataremos aquí (pero cuya impronta relevante se verifica por las páginas que Molloy le dedica), es un modo de la escritura de la historia que se formaliza por la conciencia de su carácter figurativo, como hemos podido comprobar en el apartado anterior. Biografía e historiografía son inseparables, no por cierta vacilación que termina garantizando su unión, sino por los protocolos de un tópico escrituario que asimila el poder factual de su figuración intempestiva. Las reiteradas excusas de Sarmiento para no “corregir” su *Facundo*, me parecen sintomáticas al respecto.

¹⁸⁸ 1850 señala una coyuntura significativa: tanto los exiliados chilenos como los que residen en Montevideo presienten que el cambio político en la conducción del gobierno argentino, esto es, “la caída de Rosas”, resuella en el marasmo de su concreción. Aún más, desde 1848 la idea de que el gobierno rosista llega a término empieza a cristalizar en las mentes de quienes veían tal sistema de cosas decretado a la extinción por su naturaleza misma. En mayo del '48 Sarmiento le escribía al General Ramírez, carta que luego engrosaría el volumen de su *Campaña*, diciéndole, entre otras cosas, que “el gobierno más poderoso del mundo ha caído en una hora” (en alusión expresa a los sucesos en la ciudad parisina) y que, por lo tanto, “el despotismo de Rosas será imposible”, desde entonces, en estas tierras. Es en este horizonte, entonces, en donde se inscriben los dos textos fundamentales de Sarmiento en ese mismo año: *Argirópolis* y, posteriormente, *Recuerdos de Provincia*. 1850 es el año de los programas y las propuestas políticas (*Argirópolis*), y es el momento, a la vez que se palpita el curso que van tomando las definiciones. Sarmiento ya venía trazando, desde la publicación de *Facundo* y su posterior viaje a Europa, un itinerario programático en este sentido. Es, pues, un itinerario político que tiene como figura central al propio Sarmiento y que lo llevará finalmente a participar como editor del *Boletín del Ejército Grande*, comandado por Urquiza, en la *Campaña* contra Rosas, cuyo enfrentamiento final será la famosa batalla de Caseros. En ese recorrido se inscriben las producciones de *Argirópolis* y de *Recuerdos* como actos socialmente simbólicos, bajo un esfuerzo que determina, en principio, el carácter factual de ambos textos.

mentes de quienes veían tal sistema de cosas decretado a la extinción por su naturaleza misma. En mayo del '48 Sarmiento le escribía al General Ramírez, carta que luego engrosaría el volumen de su *Campaña*, diciéndole, entre otras cosas, que “el gobierno más poderoso del mundo ha caído en una hora” (en alusión expresa a los sucesos en la ciudad parisina) y que, por lo tanto, “el despotismo de Rosas será imposible”, desde entonces, en estas tierras. Es en este horizonte, entonces, en donde se inscriben los dos textos fundamentales de Sarmiento en ese mismo año: *Argirópolis* y, posteriormente, *Recuerdos de Provincia*. 1850 es el año de los programas y las propuestas políticas (*Argirópolis*), y es el momento, a la vez que se palpita el curso que van tomando las definiciones. Sarmiento ya venía trazando, desde la publicación de *Facundo* y su posterior viaje a Europa, un itinerario programático en este sentido. Es, pues, un itinerario político que tiene como figura central al propio Sarmiento y que lo llevará finalmente a participar como editor del *Boletín del Ejército Grande*, comandado por Urquiza, en la *Campaña* contra Rosas, cuyo enfrentamiento final será la famosa batalla de Caseros. En ese recorrido se inscriben las producciones de *Argirópolis* y de *Recuerdos* como actos socialmente simbólicos, bajo un esfuerzo que determina, en principio, el carácter factual de ambos textos.

4. 3. 1. La trama de los Recuerdos: una mimesis autobiográfica.

“No es oficio del poeta contar las cosas como sucedieron,
sino como debieran o pudieran haber sucedido,
probable o necesariamente.”
Aristóteles. *Poética*.

Si el término ficción puede ser reservado, como hace Ricoeur, para aquellas creaciones literarias que ignoran la pretensión de verdad inherente al relato histórico como un modo operativo de análisis de sus distintos componentes, los *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento, instalan conflictivamente la convergencia de ambos planos en la medida que el propio texto configura un entramado discursivo que escapa a la clasificación genérica categórica. *Recuerdos de Provincia* es un texto heterogéneo: autobiografía presentada como defensa (que se liga a su predecesor *Mi Defensa*, 1843, en el gesto biográfico), historia de antepasados e historia personal, ensayo histórico y social, relatos de costumbres y narración propiamente dicha.

Hay en *Recuerdos*, sin embargo, un rasgo estructurador particularmente significativo: a saber, por un lado, la simbiosis (o mezcla) entre las distintas instancias textuales que propugna una totalidad narrativa y, por el otro, una filiación jerárquica y significativa que hace de dicha mezcla el elemento central de la lectura. Dicho de otro modo: la mezcla (aparentemente desordenada) sirve estratégicamente a la finalidad de la totalidad narrativa. De este modo, una instancia se sobreimprime sobre otra allí donde el relato roza la ejemplaridad. Es este rasgo, precisamente, el que pone de manifiesto, frente la actividad estructuradora implicada en las estructuras narrativas en cuanto tales, lo que Ricoeur, en sus estudios agrupados bajo el título *Temps et récits*, llama “operación configuradora constitutiva de la construcción de la trama”: en este sentido, la *trama* de *Recuerdos de Provincia* se constituye en (y por) una operación configuradora que rebasa los límites genéricos del texto literario. A su vez, la implicancia del lenguaje figurativo en dicha operación cobra dimensión a partir de su función cognoscitiva: la re-figuración que propone el texto ligada a una suerte de “traducción” del mundo circundante, teniendo presente que si bien la construcción de un relato es un acto imaginario no deja de pertenecer a la esfera de la *praxis*, ya que incluye un sujeto, un agente de la acción y, por lo tanto, un contexto que contribuye a su configuración.

Su escritura, sin embargo, nos remite a la tradición de la literatura autobiográfica y, con ella, a las cuestiones intrínsecas relativas a la problemática de este género. Como ya pudimos comprobar en la lectura del *Facundo*, Sarmiento atribuye a la escritura biográfica un carácter modelizador, estrechamente vinculado a la instrucción histórica: “la biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época, y el mejor material que haya de suministrarse a la historia” (1970 [1850]: 164), dirá nuevamente sobre el final de sus *Recuerdos*. Vemos, entonces, que la inclinación por lo biográfico supone una determinación por lo histórico: es, precisamente, “el mejor material que haya de suministrarse a la historia”. De este modo, historia y biografía, emparentadas deliberadamente, confluyen en la configuración narrativa de una trama que se propone, por un lado, dar a conocer la vida de personajes que hacen, a su vez, a la historia y, por el otro, la historia de un personaje (en este caso, la del propio Sarmiento) que no puede desvincularse de este círculo representativo (como vemos, aquí ya se hace evidente la concordancia interpretativa con la *mimesis* ricoeuriana). Ahora bien, teniendo en cuenta la

problemática de la autobiografía como género, los conflictos que este tipo de vínculos contrae remiten inevitablemente al grado de veracidad correspondiente, puesta en juego en esta configuración a través tanto del conocimiento como de la verdad, en sus dos planos: el personal y el de la historia propiamente dicha, relacionados a un tiempo pasado que debe ser re-presentado. En la dedicatoria que introduce a sus *Recuerdos*, dice Sarmiento: “sin placer, como sin zozobra, ofrezco a mis compatriotas estas páginas que ha dictado *la verdad*, y que la necesidad justifica.”(ídem, 17 [subrayado mío]). Una verdad que debe ser re-presentada a través de los recuerdos de quien se asume como juez del pasado:

“Gusto, a más de esto, de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida.” (ídem, 17)

En este procedimiento, en donde Sarmiento aparece “castigando el vicio triunfante y alentando la virtud oscurecida”, tanto el relato de costumbres como la narración de sucesos históricos proveen la materia necesaria para el consiguiente modelo expositivo: relacionados a los antepasados, los hechos históricos y los relatos de costumbre conforman el cuadro de una estampa familiar, esto es, una genealogía, no menos cifrada que lo propiamente histórico, que confluye, desde sus ramificaciones temporales y de linaje, en la semblanza sarmientina. Desde San Martín, Bolívar y Belgrano, pasando por los Albarracines, los Oro, los Funes, llegando finalmente al propio Sarmiento, el relato que nos ofrecen los *Recuerdos* es el relato de un descendiente de familia, de un producto de la tradición nacional, con todos los atributos “notables” de los predecesores. Sarmiento construye una genealogía “ilustrada” de la cual él recibe su distinción como figura central, ya no del texto, sino del momento histórico en que el texto se publica. Pero lo que estos recuerdos no problematizan es, precisamente, el estatuto de una memoria enfrentada a un tiempo “otro” que debe ser recuperado.¹⁸⁹ En *La transparence et l’obstacle*, Satarobinski señala esa coyuntura en la que aspectos de la verdad del tiempo pretérito no parecen inquietar el horizonte discursivo rousseauiano: “Les lacunes de sa mémoire ne l’inquièteront pas: jamais il ne se dira, comme Proust, que l’événement oublié cache une vérité essentielle” (1957: 226).¹⁹⁰ En este nivel particular del relato (auto)biográfico, se trata más de un pacto de sinceridad que de una veracidad objetable, propia, quizá, de una

¹⁸⁹ Molloy señala, como rasgo característico de las autobiografías americanas del XIX, su reiterada tendencia a no cuestionar el ejercicio nemotécnico, por un lado, y a dejar fuera episodios relativos a la infancia de los autobiógrafos.

búsqueda de definición de escritura historiográfica como la que demandaba a sus discípulos el caraqueño Andrés Bello. La escritura autobiográfica es una mimesis particular. Mejor dicho: no es mimética, sino sentimental. Como sugiere Miraux, “lo que garantiza una forma de verdad a los acontecimientos relatados es la certeza de haberlos vivido como tales, de haberlos percibido como tales, más aun, de haberlos recordado como tales” (1996: 55). Pero lo insólito para el caso de Sarmiento es que esas páginas que ha “dictado la verdad” son también, y sobre todo, verdad histórica. Ha escrito sus *Recuerdos*, según dice en la introducción que dedica a sus “compatriotas solamente”, con el fin de rectificar su figura vilipendiada por la publicaciones oficiales “ante pueblos que oyen mi nombre por primera vez” (1970 [1850]: 16).¹⁹¹ Esa rectificación se compone de una verdad que es íntima, pero que se quiere reflejo de otra ampliamente pública: la de un ciudadano patriota. Sarmiento vuelve insistentemente sobre el carácter histórico de la biografía (que ahora recae sobre su figura), adjudicándole a ésta una función modelizadora ejemplar:

“Hay en ella algo de las bellas artes que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísimas en caracteres, si los que pueden, recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos” (1970 [1850]: 17)

Sintomáticamente, Sarmiento habla de “bellas artes” para referirse al carácter histórico de las biografías. Como vimos en el apartado anterior, aquí ya está la idea de configuración modélica, estatuaría, que la ficción historiográfica debe legar a la posteridad. En este pasaje, el sanjuanino hace evidente el horizonte factual de ese tipo de escritura: legar a la posteridad la tradición de una historia que se escribe modelando sus protagonistas y convirtiéndolos, como en un relato ficticio, en sus *personajes*. La conciencia de Sarmiento sobre el carácter tendencioso que puede obrar en la reconstrucción del pasado así biografiado es uno de los elementos centrales en la configuración de la trama de sus

¹⁹⁰ El tema de la verdad se cruza con otro, a saber: el del conocimiento. Starobinski dirá con respecto al mismo que: “Hay un conocimiento intuitivo, que se hace ver inmediato a sí mismo, y que está constituido por completo como un acto único de sentimiento (...) Para Jean-Jacques (Rousseau), el conocimiento de sí mismo no es un problema: es algo dado. *Passant ma vie avec moi, je dois me connaître*” (1957: 225). Siguiendo esta línea, el conocimiento, como más tarde señala el mismo Starobinski, se expande a lo histórico del *retrato*. En ese sentido, biografía e historia quedan imbricadas en una operación de *invención*. Para el tema de la productividad imaginaria, véase: Castoriadis (1975) y Baczko (1991).

¹⁹¹ Dice Sarmiento: “El deseo de todo hombre de bien de no ser desestimado, el anhelo de un patriota de conservar la estimación de sus conciudadanos, han motivado la publicación de este opúsculo que abandono a la suerte” (idem, 16)

Recuerdos. Sarmiento no intuye ese carácter inventivo, sino que revela el mejor modo de hacer uso del mismo.¹⁹²

Biografía e historia, entonces, imbricadas en una operación de invención, donde la verdad remite, en última instancia, a la imaginación que permite interpretar lo que *ha sido*, cuando lo que *ha sido* contrasta en la voz autorizada del que narra.¹⁹³ Voz que se autoriza, por demás, en la creencia autobiográfica de su transparencia:

“Peut-on dire la vérité sur soi-même? Oui, affirme Rousseau. L’autobiographie accède à la vérité infiniment mieux que toute peinture qui observe son modèle de l’extérieur (...) La perspective de la profondeur psychologique – perspective étroitement dépendante de la dimension temporelle du passé- échappe par principe à l’observateur externe, dont le regard ne peut aller plus loin que la surface, ni remonter en deçà du présent.” (1957: 233)

La perspectiva de esa profundidad psicológica le sirve también a Sarmiento para poder dar cuenta a través de sus “reminiscencias” de las estampas de un pasado que sólo parece ser recuperable por medio de sus personajes. La relación de sus microbiografías (la de sus antepasados, presentes en sus *Recuerdos*) con los hechos o acontecimientos que de

¹⁹² Intento discutir una idea que sostiene Molloy en su estudio sobre la escritura autobiográfica en Hispanoamérica, que se liga a lo que ya dijimos en una nota previa (véase nota 2). Molloy cree que Sarmiento apenas tiene una intuición del carácter problemático del ejercicio nemotécnico, de su rasgo fabulador o inventivo. Dice: “la intuición de que autorretratarse, aun en nombre de la verdad lleva a la fabulación (...) es, en Sarmiento, tan sólo eso: una intuición. Llevarla más lejos estaba fuera de su alcance: su propósito era legar una estatua nacional, un *todo* recompuesto y coherente” (1996: 199). La conciencia que despliega Sarmiento de esa modulación estatuaría, que no se recorta únicamente de sus *Recuerdos* y que tiene posteriores enunciaciones, como pudimos comprobar en el apartado anterior (tanto en sus reseñas críticas de Lastarria y Gay como en su discurso en el Ateneo), autoriza a pensar más bien lo contrario. Porque entiende el dominio figurativo de la palabra (auto)biográfica ese *todo* puede llegar a ser objeto de su escritura. Por supuesto que, dadas las condiciones históricas de la misma, esa escritura desatiende la problemática inherente a la reconstrucción memorística. Pero no porque apenas tenga intuición de dicha problemática, sino porque bajo el tópico escrituario definido prevalece la impulsión historicista que subyuga la esfera de cualquier autorreflexión. En este sentido, el pasaje que hemos citado anteriormente del discurso que Sarmiento dio en el Ateneo merece ser citado nuevamente: “La sencilla narración de los humanos acontecimientos; es además una de las bellas artes, y como la estatuaría, no sólo copia las producciones de la naturaleza, sino que las idealiza y las agrupa armónicamente”. Es algo más que notoria la similitud entre estas palabras y las del pasaje citado de sus *Recuerdos*. Esa notoriedad quizá tenga que ver con la pulsión historicista y el intento de intervenir, mediante la escritura, en la historia propiamente dicha.

¹⁹³ Dice Ricoeur: “Una *vos* habla y narra lo que, *para ella*, ha ocurrido. Entrar en la lectura es incluir en el pacto entre el lector y el autor la creencia de que los acontecimientos referidos por la voz narrativa pertenecen efectivamente al pasado de esta voz” (Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración. El tiempo narrado*, Madrid, Siglo XXI, Tomo III, pag. 914)

ellas se derivan es una relación inextricable que da cuenta del vínculo entre historia nacional e historia personal:

“Tiene esto por lo menos de interesante el examen de los individuos notables de las familias, que a medida que pasan generaciones, ve uno transformarse poco a poco los personajes, cambiar de forma el atavío de hechos de que se revisten, y presentar casi completas las fases de la historia” (1970 [1850]: 72)

La notabilidad de esos individuos es lo que Sarmiento anticipa va a biografiar: esta es una historia de notables, parece decirnos. Llegamos así al núcleo de la *mimesis* (re)formulada por Ricoeur: la función mediadora de la trama entre un “antes” y un “después” de la configuración narrativa. Esta operación encuentra en la autobiografía de Sarmiento su corolario en los tres aspectos principales de la función mediadora de la trama. Por un lado, la intriga asimila la historia política a través del relato de sus personajes (los de Sarmiento), en la máxima sarmientina de mostrar que “la historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes”, o la que se deja adivinar en esta frase: “El aspecto del suelo me ha mostrado a veces la fisonomía de los hombres, y éstos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos” (ídem, 17), donde lo que habría que matizar son las expresiones “a veces” y “casi siempre”, respectivamente.

Por otra parte, el modo de organizar su relato: si, por un lado, lo biográfico cede lugar a lo histórico, por el otro, el material histórico está puesto allí precisamente para sobreabundar los caracteres “notables” de la figura biográfica del autor (el tema del “carácter” será retomado cuando hablemos de la *figura* Sarmiento), puesto que la historia es una “historia cifrada, llena de presagios y anticipaciones, que anuncia su desenlace en la biografía en primera persona de Sarmiento” (Altamirano-Sarlo 1997: 107). En este sentido, resulta interesante hacer confluír los aspectos teóricos, tratados por Starobinski en su ensayo sobre Rousseau, que problematizan el género autobiográfico con los *caracteres temporales* propios de la trama, estudiados por Ricoeur. Más arriba habíamos hablado de la *transparence* de la voz narrativa en la autobiografía, relacionada con la posibilidad de decir la verdad *sobre sí mismo*. El análisis permitía concluir que tanto Rousseau como Sarmiento respondían afirmativamente a esta posibilidad, sin cuestionar los *obstacles* a los que Starobinski refiere en su ensayo. Esa creencia, además, se dejaba intuir en la “verdad” a la que apelaba la voz narrativa, una veracidad del pacto autobiográfico que es más afectiva

que inteligible. Por su parte, habría que agregar, dicha verdad o veracidad se sostiene en la intuición de hallar por sobre lo narrado una unidad (podríamos decir, teleológica) que se sobrepone a cualquier contradicción, tanto en la esfera personal como en la histórica. Según Starobinski: “Rousseau ne doute pas un instant de son unité, en dépit des contradictions et des discontinuités qu’il a su lui-même acuser” (1957: 236)

En los *Recuerdos* de Sarmiento, esta unidad (tanto en el orden del sí mismo como en el de la verdad histórica) se garantiza por unos de los aspectos mediadores de la trama, a saber: la combinación de las dos dimensiones temporales que representa lo que Ricoeur llama la “síntesis de lo heterogéneo”: un “acto configurante” que da unidad a los acontecimientos narrados. Ese *configurational act* consiste en “tomar juntas” las acciones individuales (en el caso de Sarmiento, los microrrelatos de las biografías encadenadas son sintomáticos de este tipo de configuración) para transformarlos *en* historia. La (auto)biografía se asimila así a la ficción: mientras el tiempo de la realidad pertenece a la cronología, el tiempo de la ficción concierne al tiempo acrónico de la escritura (Miraux 2005: 68).

4. 3. 2. Las vidas ejemplares.

“Yo me sentía un Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor ad honorem como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas”.
Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*.

“Hay quienes juzgan que este libro debe su autoridad a Sarmiento y buena parte de su fama a la del autor; olvidan que Sarmiento, para la generación actual de argentinos, es el hombre creado por este libro”.
Jorge Luis Borges, Prólogo a *Recuerdos de provincia*, 1944.

“Yo nací en 1811, el noveno mes después del 25 de Mayo”, dice Sarmiento. Frase ésta que podría iniciar el relato autobiográfico, pero que aparece recién en el capítulo “Mi educación” de sus *Recuerdos*, ya avanzada la lectura del texto. El dislocamiento, propiamente constructivista, que actúa como mecanismo de selección y montaje, permite

un procedimiento de acentuación que es central en la *trama* del relato que Sarmiento propone en sus *Recuerdos*. En efecto, lo que podría considerarse autobiográfico en el texto sarmientino aparece no sólo dislocando la linealidad del relato, también jerarquiza el montaje, en este caso: cuando llegamos a leer (como se vio anteriormente con el relato del deán Funes) que Sarmiento nació en 1811 ya hemos leído buena parte de la historia nacional emplazada en las “familias” y figuras que el autor rescata de su memoria. Práctica del montaje (en sentido moderno del término) que le permite contaminar sugestivamente los distintos planos semánticos del texto y que va organizando la ejemplaridad de los “notables”, a su vez que plasma en dichas figuras un particular relato de la historia.

Si la pulsión romántico-naturalista había inscripto en la biografía de Facundo Quiroga el espacio para una prosopografía – descripción de las cualidades físicas del biografiado-, en la escritura de la propia vida Sarmiento recalará únicamente en la descripción etopéyica¹⁹⁴ –aquella que se ciñe al orden moral del individuo. Luminosa y útil,¹⁹⁵ la etopeya sarmientina exhibirá dos tipos de ejemplaridad,¹⁹⁶ ensambladas dentro de la finalidad didáctico-moral del texto: uno es el que refiere precisamente al plano moral y que se organiza adscribiendo al modelo típico que representa el esquema “civilización y barbarie” (que analizaremos en una segunda instancia): está dada en forma de relatos, por ejemplo:

“La reputación de omnisciencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días; y el hábito del trabajo manual es en mi madre parte integrante de su existencia (...) Con estos elementos, la noble obrera se asoció en matrimonio, a poco

¹⁹⁴ “La prosopografía es una descripción que tiene por objeto la cara, el cuerpo, los rasgos, las cualidades físicas o tan sólo el exterior (...) Por otra parte, la etopeya es una descripción que tiene por objeto las costumbres, el carácter, los vicios, los talentos, los defectos, en suma, las buenas o malas cualidades morales de un personaje real o ficticio” (Miraux 2005: 49).

¹⁹⁵ Dice Sarmiento: “Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil”.

¹⁹⁶ El tema de lo *ejemplar* remite, como se sabe, a la tradición de la literatura medieval. En este sentido, el paso fundamental de los *exempla* medievales al registro autobiográfico está dado por los ensayos de Montaigne. En su *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Hans Robert Jauss se detiene en el análisis de lo que ese cambio supone para la función comunicativa de la experiencia estética (*catarsis*): “La nueva forma de ensayo, creada por Montaigne, que problematiza el *exemplum* en su doble función (la de la explicación de sentencias morales y la de ser un medio de demostración a la hora de convencer o disuadir de una decisión) inaugura, en el ámbito estético, una nueva experiencia de aquello que puede ser ejemplar para la vida del hombre. Las hazañas extraordinarias y los efectos de quien las realiza, que parcializan y monumentalizan en lo bueno y en lo malo una tradición secular de las historias, los procesos normales de la existencia y las situaciones íntimas de un hombre cualquiera, pertenecen, todas por igual, a la *humaine capacité*” (Jauss, H. R. 1986: 182).

de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, joven apuesto, de una familia que también decaía como la suya, y le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida”.

En donde el relato materno (al igual que otros relatos como el del presbítero Oro) funciona aquí como los viejos *exempla* de la literatura medieval: la madre posee la virtud de la “nobleza industrial”, aparece sobrellevando las “privaciones y miserias”, tejiendo “doce varas por semana” en su telar, debajo de la higuera, al estilo de James Fenimore Cooper. En este sentido, baste decir, por ahora, en referencia al esquema sarmientino, que este tipo de atributo se opone al que se adjudica al gaucho que aparece en *Facundo*. El otro tipo de ejemplaridad se constituye a través de las figuras (históricas) que Sarmiento se encarga de describir, y por las cuales el propio Sarmiento proyecta sus cualidades, por efecto de cierta empatía explícitamente establecida¹⁹⁷ por el tipo de operación configuradora:

“A él le debo (al presbítero don José de Oro) los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro (ídem, 56)”.

Así, el relato de los Oro (los Funes, los Albarracines) tiene su culminación en la figura del biógrafo: este presbítero ilustrado que “hallóse en la batalla de Chacabuco” junto a San Martín, que hablaba “como Thiers en la cámara francesa”, transmite sus virtudes, sus atributos familiares (herencia histórica), al propio Sarmiento que, a pesar de las “privaciones” (la “pobreza” y el “destierro”), al igual que su madre (la otra herencia: moral), recibe y encarniza de manera notable, como un Franklin.

Todos los signos de representatividad entramados en las distintas figuras citadas confluyen de manera unívoca en el autor de los Recuerdos. Lo principal de ese cruce de empatías es el carácter del autor-biógrafo. Ese rasgo, a su vez, traspone la ejemplaridad a la

¹⁹⁷ Dice Ricoeur: “En gran parte la identidad de una persona, de una comunidad, está hecha de estas identificaciones-con valores, normas, ideales, modelos, héroes, en los que la persona, la comunidad, se reconocen. (Ricoeur 1996: 116). Más adelante veremos cómo influyen estas identificaciones con en la formación del carácter y en la construcción de la identidad sarmientina.

figura que se *identifica-con*: “En la escuela me distinguí por una veracidad *ejemplar*, a tal punto que los maestros la recompensaban proponiéndola de *modelo* a los alumnos (idem: 114).”

Ese “carácter”¹⁹⁸ es una de las operaciones simbólicas que el texto produce, gracias a la cual la figura de Sarmiento se *modela* de tal modo que lo que queda es la *figura ejemplar, modélica* (se vio en el apartado anterior) de un héroe. Sarmiento construye una genealogía ilustrada y, al mismo tiempo y por efecto contiguo, la genealogía construye la imagen de Sarmiento.

“En el seno de la pobreza, criéme hidalgo” (*Recuerdos, Opus Cit*, p. 100) dice Sarmiento. Se trata, entonces, de una crianza, de un aprendizaje, en donde la “moralidad más pura”, la “industria más laboriosa” y la “dignidad” en medio de la miseria se articulan para dar al joven Sarmiento las herramientas “notables” (y podríamos decir, reiteradamente, “modélicas”, “ejemplares”, etc.) con las que enfrentar su momento histórico. Porque, sin lugar a dudas, de lo que se trata todo el tiempo es del *momento histórico que demanda ciertas cualidades a los hombres para llevar adelante un programa político*. Y los *Recuerdos* recuerdan todo el tiempo *quién es el que posee tales cualidades*. Para utilizar los términos de Ricoeur, diríamos que la configuración narrativa de los *Recuerdos* sarmientinos inventa y descubre el *qué* del *quién*, llegando al recubrimiento del *quién* por el *qué*, el cual hace deslizar de la pregunta: *¿quién soy?* a la pregunta *¿qué soy?*. Para saber *quién* es Sarmiento hay que saber, al mismo tiempo, *qué* “cosa” es él.

La pregunta por el *qué* nos remite al carácter y a las cualidades e *identificaciones* adquiridas por Sarmiento a lo largo de su vida: aprendió en la *escuela de la patria*, fue nombrado el *primer ciudadano* y ya vimos cómo era postulado a sus compañeros de escuela como *modelo a seguir*. Ahora bien: del “seno de la pobreza” el niño Sarmiento, que se entretenía haciendo estatuas de “santos y soldados”, se elevará por encima de espadas y sermones (un rasgo sublime que anticipa su “progreso”) a través del “estudio” (otro signo que organiza políticamente la dicción sarmientina) y de allí llegará a “una altura

¹⁹⁸ Ese “carácter” modelado en la autobiografía es uno de los elementos más notables en la construcción de su imagen. Implica, por otra parte, un rasgo nada irrelevante en la constitución de la identidad narrativa que postula Ricoeur. En sí mismo como otro, dice: “El carácter, diría yo hoy, designa el conjunto de disposiciones duraderas en las que reconocemos a una persona. En este aspecto, el carácter puede constituir el punto límite en que la problemática del *ipse* se vuelve indiscernible de la del *idem* e inclina a no distinguir una de otra” (idem: 115).

privilegiada”¹⁹⁹ que lo consagrará como el más competente entre sus compatriotas para dirimir cuestiones tan “altas” como la gobernación de un país. Ese recorrido, desde la infancia a la edad presente, que despliega la serie de episodios formativos en donde las identificaciones y elecciones perfilan la peculiaridad del propio mérito, pone en primer plano la creencia de que es posible superar las restricciones de origen a través del ejercicio del intelecto. Los modelos domésticos de educación, “criábame mi madre en la persuasión de que iba a ser clérigo y cura de San Juan, a imitación de mi tío” (ídem: 118), no sólo remiten a la infancia del personaje Sarmiento sino que representan los moldes formativos de otra instancia infantil, la de la patria, en transición entre las ideas coloniales y las ideas ilustradas y revolucionarias: santos y soldados son así modelos sociales de una etapa de formación que pertenece al pasado pero que Sarmiento igualmente se apropia al subrayar las herramientas de su superación.

Identificado con la lógica de esa representatividad generacional, Sarmiento podría haber hecho suyas las palabras con que Renan consignaba la inclinación humanística de su autobiografía intelectual: “Amo el pasado, pero ansío el porvenir”.²⁰⁰ En nombre de ese linaje patricio con el que Sarmiento se familiariza, podrá decir –y subrayar- que se crió “hidalgo” en medio de la pobreza. La moral, laica y burguesa, que rige esa singularidad ejemplar recibe de las figuras biografiadas la distinción de la formación intelectual que le imprime a su pobreza material el valor “espiritual” y ascético de un patricio ilustrado:

“Pobres hombres los consentidos por la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Aristides”.

Es notable el empeño por parte de Sarmiento de construirse un linaje. En la polémica suscitada en torno a la publicación del *Semanario* sobre las tendencias del romanticismo en Chile, apenas un año antes de publicar *Mi Defensa*, Sarmiento discutía los aspectos formales de las obras de teatro románticas mezclando en su diatriba cuestiones sociales para defender su postura –y volver, de paso, política una discusión pretendidamente literaria. Alrededor del *Ruy Blas* de Víctor Hugo, que presenta a “un lacayo locamente enamorado de una reina”, la crítica del *Semanario* –que veía en esa representación un

¹⁹⁹ David Viñas, analizando el viaje de Sarmiento a los Estados Unidos, postula la tesis de un paso (una ¿“herencia”? de la *grandeur* sarmientina a la “montaña” de Lugones. Viñas, David. *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA.*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998, pp. 11-30.

²⁰⁰ Prefacio a *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, citado por Miraux 2005: 47.

ejemplo nocivo contra los valores de la alta sociedad chilena- era refutada por parte del sanjuanino en los siguientes términos: “¿Qué quiere decir *un lacayo que nunca ha sido mas que un lacayo*? Querría que hubiese sido siquiera licenciado, o hidalgo, o rico, o qué querría que hubiese sido antes?” Y más adelante: “no sabe que la mayor parte de los hombres de jenio han nacido lacayos”.²⁰¹ Parece claro que las ideas que lo retratan en *Mi Defensa* se asimilan a esos primeros años de su formación, donde la polémica, como muy bien argumentó Stiven (2000), no imponía amenazas inminentes contra los valores establecidos de la sociedad chilena, mientras que en 1850 el retrato de sus *Recuerdos* para volverse simbólicamente efectivo debe incluir la distinción de una prosapia hidalga, cuyo linaje se remonta a los prohombres ilustrados de la república.

Porque 1850, el año en que Sarmiento publica, además de sus *Recuerdos, Argirópolis* –dedicado a Urquiza-, es un año clave para los programas y, como agudamente señaló Alberdi, las “candidaturas”. Como muestran Sarlo y Altamirano, del relato confeccionado por sus *Recuerdos* la figura de Sarmiento se erige como un producto, el *más patriota*, de la tradición nacional. Me voy a detener, entonces, en algunos aspectos de esa ejemplaridad relacionados con la construcción de la figura letrada y su proyección geográfica e histórica.

4. 3. 3. El traductor caníbal, el intérprete americano

“En mi vida tan destruida, tan contrariada, y, sin embargo,
tan perseverante en la aspiración de un no sé qué
elevado y noble, me parece ver retratarse
esta pobre América del Sur”.
Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*.

En ese pasaje de la pobreza material de origen a la riqueza intelectual confluyen distintos planos. Un primer plano dado por las lecturas, acumulación de saberes (teorías

²⁰¹ La polémica se publica en varios números del *Mercurio* en el mes de julio de 1842 (Sarmiento 1909, I: 314ss [El subrayado en el original]).

políticas, filosóficas, etc.). Un segundo plano corresponde al humanismo, acumulación de virtudes (morales y éticas) que ensanchan el “yo” del típico egocentrismo humanista (de ahí al egotismo, en la desenfrenada trayectoria yoística sarmientina, media un paso). Y un tercer y último plano puede deducirse de la genealogía, acumulación de caracteres (que reafirman y refuerzan las virtudes) dada por la “herencia” (que no sólo es histórica o intelectual, sino orgánica y genética).²⁰² Aquí nos detendremos sin embargo en el de las lecturas, porque entendemos que es fundamental en el tipo de función letrada que representa para Hispanoamérica. Las lecturas fueron para Sarmiento el modo de independizarse de los modelos culturales de las viejas tradiciones coloniales, principalmente escolásticas. Frente a esos modelos perimidos la crítica, cuya retórica organizó medularmente las publicaciones periódicas de finales del ’30, como pudimos ver en el capítulo dedicado a las mismas, se dirigirá fundamentalmente hacia la ética del compromiso:

“Los predicadores nos proponen los santos del Cielo para que imitemos su virtudes ascéticas y sus maceraciones; pero por más bien intencionado que el niño sea, renuncia desde temprano a la pretensión de hacer milagros, por la razón sencilla de que los que lo aconsejan se abstienen ellos mismos de hacerlos” (idem, 98)

Sarmiento, lector de la Biblia, critica la no correspondencia de una moral ascética con una ética secular alejada de los valores tradicionales de la Iglesia. La degradación de los valores religiosos ya había sido señalada en su *Facundo*. En materia de ejemplos, por lo tanto, su modelo será otro: en lo que concierne al aprendizaje, el *Emilio* de Rousseau da la clave; en lo político, Franklin, pues él mismo se “sentía” un Franklin sudamericano. En esos relatos Sarmiento inscribe su propia trayectoria imaginaria. La lectura será, entonces, un modo de apropiación. Y en esa apropiación la traducción cuenta como eslabón programático del ejercicio letrado en América. Si escribir es transcribir, la traducción fusionará sus dos sentidos potenciales: traducir será el modo de ejercer un tipo de lectura

²⁰² “Si dos generaciones no habían desmentido la reputación de sesudos que traía la sangre Albarracín, por la línea de don Miguel, vínoles a sus hijos una imaginación ardiente, caracteres osados, y tal actividad de espíritu de acción que hasta las mujeres de aquella casa se distinguen por cualidades notabilísimas en que el conato de la ambición y la sed de gloria corren parejas” (idem, 49).

que, de acuerdo al sistema de citas desplegado en el *Facundo*, se presentará como apropiación y, al mismo tiempo, como desvío. Incluso, llevando al extremo la fórmula de la apropiación indisciplinada, esa apropiación podrá llegar a ser plagiaría. Dice Sarmiento: “sobre el deán Funes ha pesado el cargo de plagiarío, que para nosotros se convierte, más bien que en reproche, en muestra clara de mérito” (1970 [1850]: 86). Esta idea del plagio vinculada a la necesidad de apropiación es uno de los rasgos que permiten entender la forma de lectura que practicara el sanjuanino. Este compartía con el resto de los letrados identificados con el Salón Literario de Buenos Aires, el diagnóstico según el cual el saber español había quedado rezagado en términos de modernidad en relación a sus pares metropolitanos de Francia e Inglaterra. En varios momentos de sus publicaciones periódicas hizo referencias, como lo había hecho en *El Zonda*, a ese “atraso” de la cultura española. Uno de esos momentos lo registra la polémica de mayo del ’42 en torno al idioma. Allí Sarmiento defendía la idea de un desarrollo del idioma acorde a las necesidades de las repúblicas americanas que, por entonces y en términos literarios, pasaban por las lecturas y la asimilación de obras francesas e inglesas. “Bastará en América que los escritores –decía allí el sanjuanino-, siguiendo el consejo de Boileau, *aprendan a pensar antes de escribir, para que se lancen a escribir según la versión que mas hayan leído*” (1909: 224 [Subrayado en el original]). Para Sarmiento los defensores culteranos de la lengua española habían renunciado a “su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos” (ídem: 223). Según la consigna de Boileau, pensar antes de escribir significa leer para poder escribir. Sarmiento hace suya esa fórmula en la que el pensamiento se independiza de los moldes, pero añade a la lectura la apropiación desviada o libre. Leer para Sarmiento es transcribir, traducir: “Para los pueblos de habla castellana, aprender un idioma vivo es sólo aprender a leer” (1970 [1850]: 126). Él mismo relata sus experiencias de lector asiduo de textos de idiomas extranjeros, en un *crescendo* que roza lo fantástico: “con una gramática y un diccionario prestados, al mes y once días de principiado el solitario aprendizaje, había traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memorias* de Josefina”; “Traduje a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott, y otras muchas obras que debí a la oficiosidad de Mr. Eduard abbot” (ídem, 126-127). Esa “codicia” como llama el propio Sarmiento a su práctica lectora da cuenta de una necesidad de apropiación que cifra en sí misma los mecanismos del saber letrado en América. En todo caso, la lectura

traslaticia nunca puede ser neutra. Como dice Silvia Molloy, esa lectura es “una traducción que es artefacto textual, simulacro del original, *libro diferente*. Por muy ‘correcta’ que a Sarmiento le haya parecido su manera de leer, sin duda tenía conciencia de que leer es modificar” (1991: 39). El canibalismo textual al que remiten estas palabras de Molloy refiere a un tipo de práctica letrada que, para el caso de Sarmiento y los integrantes de la generación romántica, se erige ante la necesidad de llenar un vacío. Pero en el manejo excéntrico del archivo europeo, en el que se inserta esa lectura traslaticia cuyo emblema representa el famoso refrán italiano *traduttori tradittori*, el letrado criollo es consciente que el uso marginal de ese saber implica asimismo la posibilidad de un enriquecimiento. En un artículo sobre el folletín, publicado por Sarmiento en el *Progreso* en 1842, esa conciencia es asumida por el redactor cuando vaticina la importación de folletines franceses y españoles:

Pudiendo sin jactancia decir desde ahora que en esta parte nuestro diario aventajará a los más afamados de Europa i América, por la razon mui obvia de que siendo uno de los últimos periódicos del mundo, tendremos a nuestra disposición i para escoger como en peras, lo que han publicado todos los demás diarios, i vistiéndolo de ropa ajena, véngale o no le venga al cuerpo, lo haremos salir a la calle mas mono i mas engalanado que cada uno de aquellos separadamente. (1909 [1842]: II, 3)

La condición marginal es reconvertida así como una situación ventajosa. El hecho de ser el “último periódico del mundo” facilita el mecanismo de la apropiación cultural. Nótese incluso que el tono marcadamente irónico con el que termina la frase (“vistiéndolo de ropa ajena, véngale o no le venga al cuerpo, lo haremos salir a la calle”) no deja de referir sin embargo la situación concreta del tráfico cultural entre el norte y el sur de ambos continentes. Esa situación da cuenta de un uso del saber letrado diferente al europeo. Excéntrico, marginal, pretendidamente “salvaje”, el uso del saber que hace Sarmiento a través de sus lecturas traslaticias implica al mismo tiempo la localización de esa praxis en el terreno político. La cita casi apócrifa que encabeza su *Facundo* se liga a la falsa atribución de la cita shakespeareana que aparece como epígrafe en sus *Recuerdos*: “este es un cuento que, con aspavientos y gritos, refiere un loco, y que no significa nada”,

fragmento que pertenece en realidad a *Macbeth* y que Sarmiento atribuye a *Hamlet*. Sarmiento traduce *idiot* como *loco*, y en lugar de *sound and fury* coloca *aspavientos y gritos*. En esos traslados se construye una imagen: esos epígrafes, como los del *Facundo*, importan una orientación precisa.²⁰³ El *plagio* del deán Funes del que habla Sarmiento en sus *Recuerdos* se acerca a este sentido del uso letrado. El traductor oficiará a través de ese uso el pasaje del terreno literario o libresco al terreno político. Dirá Sarmiento: “Por otra parte, yo he sido el intérprete de los deseos de la parte pensadora de mi país” (1970 [1850]:). Cartógrafo de ideas, el traductor es el mejor lector. Es notable la reiteración del sanjuanino de esa idea que, como vimos, aparece por primera vez en 1839, en *El Zonda*. La frase es reproducida textualmente once años después. Esa frase, que pone en escena un programa político, se complementa con la práctica del acopio de lecturas del letrado que se empeña en el traslado de la modernidad a través del impulso de su escritura: “Buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, *traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano*” (1970 [1850]: 129).

El traductor práctico es el intérprete americano de las doctrinas modernas sobre el conocimiento humano y sobre los acontecimientos históricos. Provisto de un “carácter osado” y “cualidades notabilísimas” es el mejor guía con el que puede contar si no el país al menos el encargado de llevar adelante las riendas de su gobierno.²⁰⁴ La ejemplaridad de la autobiografía sarmientina es monumental en ese sentido. Su tejido biográfico debe más de lo que declara a aquella india Ña Cleme, que se la creía hechicera en san Juan, dato que ella

²⁰³ Según consigna Molloy (1991: 43ss) para el caso de los *Recuerdos* esa figura sería la de un “príncipe incomprendido”.

²⁰⁴ Hay un episodio en *Recuerdos* que sobreimprime en forma de relato la vieja tradición (que aparece tempranamente en el *Quijote* de Cervantes) del dilema entre *las armas y las letras*. Ese episodio es el que aparece narrado en el capítulo “La vida pública”: el gobernador de San Juan, Benavides, manda a llamar a Sarmiento para conminarlo, en forma de aviso, a que concluya con su tarea de periodista-difusor entablada desde *El Zonda*. Sarmiento acude a los llamados por parte del Gobernador, pero mantiene su postura insubordinada, aun a riesgo de destierro o encarcelamiento. En el último encuentro, Sarmiento lleva un escrito (un *factum*, nos dice) y lo lee delante del Gobernador “apoyando en cada concepto que quería hacer resaltar, dando fuerza a aquellas ideas que (se) proponía hacer penetrar más adentro”. Pero el final del acto lo deja al lector desahuciado: “Cuando concluí la lectura, que me tenía exaltado, levanté los ojos y leí en el semblante del caudillo... la indiferencia. Una sola idea no había prendido en su alma, ni la duda se había levantado” (idem: 146). Este episodio anticipa aquel otro que, no mucho tiempo más tarde, Sarmiento nos contará en el relato de su *Campaña*, cuando se haya entrevistado con Urquiza por primera vez: “Lo que más me sorprendió del General (Urquiza) es que, pasada aquella simple narración de hechos con que me introduje, nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizot, Montt, o el Emperador del Brasil, quería emitir una idea, me atajaba a media palabra, diciéndome: si yo lo dije, lo vi, lo hice, etc., etc.” (1958 [1852]: 109).

misma aprovechaba y “trabajaba en sus conversaciones para darse aire de bruja” (1970 [1850]: 105).

4. 3. 4. Una historia contada dos veces (y un *factum* de traslación progresista)

Los relatos que van tejiendo los *Recuerdos* desarrollan, a la par de la ejemplaridad del retrato del autobiógrafo, un esquema semántico que repone la constelación de nociones e ideas que su biografía anterior, la de Facundo, había sistematizado. Si nos detenemos en la lectura de ese plano semántico, notaremos que la estructuración de las instancias narrativas responden decididamente al esquema del *Facundo*. En efecto, la dicotomía sarmientina “civilización y barbarie” está presente en los *Recuerdos*, actuando como en *sordina*, entretejiendo las instancias narrativas, proveyendo a la totalidad narrativa el esquema ideológico para su desenvolvimiento. Si, más allá de lo biográfico y lo anecdótico, e incluso del material propiamente histórico, nos detenemos en la lectura de ese plano semántico, nos daremos cuenta que la estructuración de las instancias narrativas responde decididamente al esquema del *Facundo*. De ese modo, uno de los relatos que propone el texto: a saber, el de una clase “aristocrática” colonial que en el traspaso “revolucionario” cobra ímpetu y protagonismo hasta decaer progresivamente, destrozada por las guerras intestinas (que no son otras que las montoneras), invadida por la barbarie, debe leerse con los prismas que propone Sarmiento: los mismos que describen el *Facundo*. Veamos:

“Tres siglos han bastado para que sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes. ¡Hay de vosotros, colonos, españoles rezagados! Menos tiempo se necesita para que hayáis descendido de provincia confederada a aldea, de aldea a pago, de pago a bosque inhabitado. Teníais ricos antes, como don Pedro Carril, que poseía tierra desde la calle Honda hasta Pie-de-Palo. ¡Ahora son todos pobres!”.

La degradación que impone la barbarie debe ser apuntada en la descripción biográfica pues es descripción es, como vimos, soporte historiográfico. Lo mismo puede verse en el capítulo sobre “Los hijos de Jofre”, en el cual la descripción detenida en el

ambiente degradado y en el episodio de la “pirámide” vehiculiza el mismo sentido esquemático, donde las “sillas de nogal” y los “sofaes de terciopelo carmesí” que amueblaban la sala (piénsese, en contraposición, en la descripción en *Facundo* del “rancho” del gaucho) han sido destruidos. Salón que ha albergado “todas las solemnidades políticas” y que sirve ahora de “sala de billar”. Y, bajo el mismo impulso, Sarmiento nos dirá que la “pirámide” que “señala” la “propiedad” y “patriotismo” de Javier Jofré: “No la han destruido todavía los *bárbaros*; se necesitaba comenzar por la cúspide, y no sabrían armar un andamio” (ídem: 38). Idea que nos remite al gaucho de *Facundo* y su incapacidad laboriosa (no es el caso, obviamente, de la madre de Sarmiento), su instinto salvaje de subsistencia y su rechazo a las ideas de progreso.

Ahora bien, en este nivel, los conocimientos acumulados del biógrafo garantizan el fundamento por el cual la “barbarie” deberá ser “convertida”. Ya no es el Sarmiento de *Facundo*, que escribía desde Chile sobre la pampa argentina, sino el hombre de mundo, el viajero que fuera a Europa y a los Estados Unidos a recabar los últimos avances de las políticas modernas. Si en *Facundo* acertaba, vía lectura, a emular la lucha entre “bárbaros” y “civilizados” de la pampa argentina con las batallas del desierto de Africa, ahora, luego de haber *interpretado y traducido* en “carne propia” esa misma tesis, reforzándola, los fundamentos se vuelven inflexibles. Pues ahora añade sus experiencias de viaje a su saber acumulado, confirmando la analogía con el mundo árabe presentada en *Facundo*: “En Argel me ha sorprendido la semejanza de fisonomía del gaucho argentino y del árabe” (ídem: 31). Esa semejanza reafirma el antagonismo planteado por el esquema liberal de Sarmiento. Lo exalta. Produce un *plus* de fundamentalismo al determinismo esbozado anteriormente en el cruce de la filosofía enciclopedista con la inspiración romántica en estas orillas. Ese agregado está deducido de su viaje a Argelia, en donde Sarmiento mantiene una larga conversación con el Mariscal francés Bugeaud, militar encargado de llevar adelante la colonización francesa de esa región africana. Sarmiento tendrá el honor de recibir por parte del militar colonizador francés la doctrina de su sistema, para luego, una vez debidamente interpretada y traducida (lo cual no requiere, como el idioma portugués, demasiado esfuerzo, vista la semejanza de un orden con otro), implementarla en

la pampa argentina: “El mariscal Bugeaud, duque de Isly, me hizo el honor de explicarme detalladamente su sistema de guerra i administración”.²⁰⁵

El esquema de Sarmiento, latente en el tejido de los *Recuerdos*, nos lleva, inevitablemente, al programa ideológico por el cual se legitima el ascenso de esa clase. Programa que especifica (y necesita), hace visible, un proyecto: el Proyecto de Estado.

Si en el *Facundo* el programa civilizador de Sarmiento despuntaba bajo el tópico de “educación popular”, la trama de sus *Recuerdos* a la par de modelar su propia figura como la de un patricio ilustrado, orienta su escritura atenta a la formalización jurídica que deberá regir el Estado de la nación por venir:

¿Habéis oído resonar en el mundo otros nombres que los de Cobden, el sabio reformador inglés; Lamartine, el poeta: o los de Thiers y Guizot, historiadores, y

²⁰⁵ Sarmiento, D. F. “Africa”, en: *Viajes por Europa, Africa y América*, Opus Cit, p. 185. En la carta a Thompson, que relata el viaje a Argelia, puede leerse la relación Sarmiento-Bougeaud, en consecuencia el programa político sarmientino (como dije en nota anterior). No citaré los fragmentos que aluden a esa relación por cuestiones de espacio. Pero resulta interesante, para comprobar esa relación y ese *aprendizaje*, citar el siguiente pasaje: “Pero el mariscal comprendió mui bien que los franceses, parodiarían a los *gauchos* árabes, i que para vencer a un pueblo bárbaro, es preciso conservarse civilizado, esto es, adaptar a las localidades los medios de guerra que la ciencia de los pueblos cultos ha desenvuelto”. Una teoría que el mismo Sarmiento implementaría en su *Campaña* contra Rosas. En efecto, allí, Sarmiento dirá: “Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, guantes, quepí francés, paltó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco” (Sarmiento, D. F. *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*, Opus Cit, p. 141). Sarmiento se *conserva civilizado entre los gauchos bárbaros* del territorio argentino. No puede ser mayor la filiación. El 2 de septiembre de 1849, Sarmiento publicaba, en *Crónica*, un artículo con motivo de la muerte del Mariscal francés: “El viejo soldado del imperio ha muerto, i creeríamos faltar a la gratitud si no le consagráramos un recuerdo a su memoria desde el confín de esta América de que hablamos largamente una vez pidiéndome el viejo veterano noticias sobre la guerra a caballo que hacíamos en la pampa, i que él ensayaba con suceso en el Tell contra los hijos de Ismael”, dice allí (Sarmiento, D. F. *Obras, Opus Cit*, p. 267). *Guerra a caballo que hacíamos en la pampa*: ¿quiénes hacían esa guerra y contra quien?. La respuesta es sabida. Paul Verdevoye lamenta, en su artículo crítico (“Viajes por Francia y Argelia”, incluido en la IV Sección de los *Viajes* publicada en Colección Archivos, ya citada en el presente trabajo), que Sarmiento no haya tenido en consideración la obra argelina de Tocqueville, a quien antes había citado en *Facundo* y otros escritos, obra que supone una perspectiva más persuasiva y menos imponente en el proceso de colonización. Y recomienda, Verdevoye, la lectura de esa obra *Sobre Argelia* de 1841 de Tocqueville, reeditada por Todorov en 1998, para dar cuenta (¿apreciar?) un modo distinto, menos violento, de conquista. Lástima que Verdevoye no hiciera referencia a la obra *Nosotros y los otros* (primera edición en castellano de 1991) del mismo Todorov al que nos remite. Allí leería: “La conservación de las colonias es necesaria para la fuerza y grandeza de Francia” (palabras de Tocqueville) Y cierra Todorov: “El liberalismo en el interior favorece —en la esfera que está sustraída al control social— a los fuertes y a los ricos; el liberalismo en el exterior, convertido en nacionalismo hace otro tanto. El liberalismo quiere garantizar a cada uno el libre ejercicio de sus capacidades; por ende, los colonizadores tienen derecho a colonizar. El colonialismo de Tocqueville no es más que la prolongación internacional de su liberalismo” (Véase, Todorov, Tzvetan. “Tocqueville”, en: *Nosotros y los otros*, Madrid, Siglo XXI, 1991).

siempre por todas partes, *en la tribuna, en los congresos, en el gobierno, sabios y no labriegos o pastores rudos*, como los que vosotros habéis armado del poder absoluto para vuestro daño? (1970 [1850]: 38)

“Sabios y no labriegos”: el saber sobre la república se recorta de esa genealogía ilustrada en la que Sarmiento se sitúa como el hijo predilecto. Si el linaje de los Oro se transforma en la escritura autobiográfica en el oro del linaje (Rosa 2004: 131), la etopeya sarmientina confirma en ese pasaje la lógica del humanismo liberal que convierte el origen ilustrado en el *don* emblemático de la clase patricia. Pasaje y conversión que organiza valores y estrecha límites (políticos, sociales, culturales) en la formación del estado liberal argentino. La noción de ciudadanía que rige ese modelo augura el drástico traslado al escenario nacional del *factum* modernizador con el que Sarmiento pudo instruir al mariscal francés en tierras argelinas –duplicación paródica de aquel otro democrático-liberal que leyerá ante el gobernador de San Juan-; *factum* en el que los bienes materiales modularán la propiedad jurídica, mientras los simbólicos, “riqueza” intelectual, despuntarán el sentido *patriota* –origen ilustrado- y *patricio* –cuerpo colegiado- de la nación futura.²⁰⁶

5. Caballos entre las olas

(A modo de conclusión)

“La nación la constituyen actos deliberados”
D. F. Sarmiento.²⁰⁷

La imagen de esta frase es de una condensación extrema: cifra, bajo el impulso de un lirismo ineluctable, una serie de valores y representaciones históricas y sociales que recubren el drama agonístico de la dialéctica de la modernidad en el Río de la Plata. Esas cuatro palabras despliegan, con la máxima economía verbal posible, un sistema de significaciones imaginarias que, parafraseando a Castoriadis, constituyen el conjunto

²⁰⁶ Origen y linaje definen las aristas patricias y el carácter *aristos* de esa hegemonía que se está construyendo. Dice Alberdi: “La patria no es el suelo. Suelo tenemos hace tres siglos; pero no tenemos patria sino desde 1810 (..) La Europa, pues, nos ha traído la patria, si agregamos que nos trajo la población que constituye el personal y cuerpo de la patria” (1920 [1845]: V, 26-27). A ese argumento acudirá también Sarmiento en 1883 al hablar de la patria como “un sentimiento común” generacional (1900 [1883], XXXVII).

²⁰⁷ 1899 [1858], XXI: 106.

jerarquizado de valores en el que puede avizorarse la orientación de una sociedad.²⁰⁸ En este caso, la propia figura de Sarmiento se eleva como un ícono de ese conjunto de valores que un sector, urbano y letrado, de esa sociedad buscó instituir mediante prácticas simbólicas fuertemente encauzadas por la escritura. No se equivocaba el sanjuanino cuando, en una carta a Vicente Fidel López, reflexionaba sobre la mitología de su propio nombre, sosteniendo él mismo ser “una sombra invisible, presente por todas partes, una nubecilla en el horizonte abrasado que pudiera traer la lluvia” (1988 [1849]: 140). Expresión ésta, también, rebasada de un imaginario trágicamente shakespeariano. Esas imágenes –y esa escritura- configuran uno de los puntos capitales en la trama del Poder en la Argentina del siglo XIX. La expresión *caballos entre las olas* es el reverso exacto de la imagería que la lectura crítica de Dardo Scavino porta en la síntesis titularia de su libro: *Barcos sobre la pampa* –y hasta pudiera pensársela como punto de partida de ese itinerario crítico. Ahora bien, lo que resulta más relevante aquí es el hecho de que esa frase haya sido enunciada en un acontecimiento público, es decir, político que, aunque supone la marca retórica de todo discurso formalmente enunciado, se recorta –se debería recortar- por su propia autonomía de toda intención estrictamente poética. En el evento de inauguración del muelle del puerto de Buenos Aires, a sólo tres años de suceder a Mitre en la presidencia de la nación, Sarmiento principiaba su alocución diciendo que:

“La barbarie que vencimos entonces invadía las aguas, y el europeo que nos traía hasta ayer los productos de la civilización del mundo, encontraba con sorpresa *caballos entre las olas, carros rodando sobre el lecho del río, y jinetes en lugar de marinos*” (1899 [1865], XXI: 112 [el subrayado es mío])

Las últimas tres frases son de una plasticidad imaginaria y de un simbolismo que difícilmente puedan dejar de engrosar los artilugios poéticos de los textos más importantes del sanjuanino. El espacio público, aun en 1865, no sólo no desecha sino que convoca, como se ve, la efusión literaria. Más aun: la literatura confunde a tal nivel el discurso político que genera un espacio en donde lo simbólico acecha el sentido de la palabra escrita. En esa intervención Sarmiento recuerda estatuariamente el momento en que la “barbarie” – Rosas- dominaba el territorio: caballos, carros y jinetes impedían el tráfico europeo en las costas porteñas del río argentino. La “barbarie” invadiendo las aguas: he aquí una imagen corsaria de las luchas políticas de la república como contrapartida del impulso progresista

²⁰⁸ Castoriadis 2003: 261.

que buscaba la inyección de mercancías mediante la apertura y navegación de los ríos y la entrada de busques extranjeros. La modernidad en el Río de la Plata ha sido, antes que una serie de factores estrechamente económicos y políticos, instituida a través de la palabra pública. Pública y escrita. La elite letrada encontró en los mecanismos de la prensa un arma de combate público y un cuartel donde pesar las estrategias y las tácticas de su guerra discursiva. “Con el fin de agitar todas las preocupaciones del interior escribí el *Facundo*, del que hice pasar a cordillera cerrada un cajón”, le dice en carta Sarmiento al general José María Paz (1988 [1845]: 103). Dado a conocer en folletín, el texto era un medio, según palabras del propio sanjuanino, “para ayudar a destruir un gobierno absurdo, y preparar el camino a otro nuevo” (ídem: 106). La biografía de un caudillo –biografía citadina- creaba el escenario de lo político desde una “indisciplinada concepción” que fingía su propia orientación para mejor subvertir el orden establecido. El “cajón” que atravesó la cordillera transportando esa ficción ya era un emblema de la ficción mayor de la república: los textos son ejércitos que cruzan las fronteras –geográficas e institucionales- para fundar en el territorio la nación del futuro.

La modernidad escrita

“Un ejército, en fin, que mueva esta complicada
máquina de la publicación de un diario”
Sarmiento, *Progreso*, 1842.

La palabra impresa, dada a la publicidad a través de la maquinaria de la prensa, fue uno de los recursos capitales en la formación discursiva que buscaba afinar el sentido de la nación por venir. A ambos lados de la cordillera y a ambos lados de la costa rioplatense, las máquinas de la prensa constituyeron verdaderos puestos de combate. Como pudimos ver en este trabajo, la idea de una literatura nacional se fue cotejando y definiendo a partir del discurso cultural de las empresas periodísticas de la joven generación letrada. Las estrategias discursivas de cooptación de público esgrimían su conato de definición de la esfera pública, en la que nociones como las de ciudadano y de ciudadanía aparecían

estrechamente vinculadas a las ideas de literatura e identidad nacionales: *Queremos ciudadanos*, decían en *El Iniciador*.²⁰⁹ En esa formación discursiva que buscaba asentar los contornos de una literatura nacional dominada por esa voluntad se evidenciaba la preocupación letrada por definir al mismo tiempo los orígenes culturales de una tradición identitaria para la república. Las corrientes estéticas que ingresaban al Río de la Plata, el romanticismo fundamentalmente, fueron modelos de discusión y reformulación que hallaron en las páginas de los semanarios y periódicos el escenario de su resolución acorde a las necesidades políticas del territorio. En este sentido, el discurso impreso dado a publicidad no sólo era un intento de divulgación de conceptos e ideas reformistas y progresistas, sino que representaba el espacio concreto tanto para las prácticas literarias como para la orientación estético-política de esas mismas prácticas. En esas páginas se fue formulando un sentido de la cultura nacional que, por un lado, fijaba su principio temporal y político en la revolución de Mayo y, por el otro, inscribía, mediante una retórica romántico-naturalista, el origen de la tradición cultural en el lenguaje “rústico” de la muchedumbre que poblabá los campos argentinos. Nociones rectoras que, reformulando los ensayos iniciales del romanticismo echeverriano –del que también Alberdi daba cuenta con su temprana *Memoria descriptiva*- mediante la concepción de una literatura social, se anticiparon a obras capitales como *Facundo* y *Amalia* (*¿El matadero?*),²¹⁰ encontraron en la prensa periódica el conducto para su formulación.

En las páginas de la prensa, en los semanarios y revistas que orientaron la producción letrada de la nueva generación romántica se encuentran en forma emergente y embrionaria los postulados políticos y estéticos o, mejor dicho, la fundación de una estética política en la que puede leerse el intento de nacionalización cultural para la futura república. Ese proceso, aunque canaliza en bloque las ideas de la nueva generación, no es unidireccional: la crítica a la poesía intimista e individualista que ejerce Alberdi en las páginas de *La Moda* es un ejemplo de las instancias de reformulación del ideario romántico pero también una muestra de discusión política en torno a la idea de una literatura nacional que debe ser, antes que nada, social y condicionada moralmente por el espacio civil de la nación. Esa literatura es concebida “como uno de los más eficaces elementos de que puede valerse la

²⁰⁹ *El Iniciador*, N° 10, 1 de septiembre de 1838, p. 14, col. 1.

²¹⁰ Si aceptamos que el cuento de Echeverría fue escrito, como sugiere ampliamente la crítica, alrededor de 1839, debemos incluir *El matadero* en esa serie.

educación pública”.²¹¹ El espacio público diseña los alcances de una poesía y de una literatura nacionales como corolario de escrituras firmemente convencidas en su carácter performativo: saldar las deficiencias del cuerpo ciudadano, educar las conciencias del espacio público. La imagen clínica, es decir, moderna, de esa estética la representa una institución particular: el Hospital. El Hospital de la poesía es, como publicara *El Iniciador*, el ámbito para acoger el cuerpo incivil –o su margen ruinoso- de la república y volverlo ciudadano:

“Su moralidad [la de la poesía nacional] estará en ser caritativa. Los esclavos, los pobres, los mendigos, los enfermos, la viuda, el huérfano, todos deben ser acogidos con maternal cariño en el Hospital de la poesía. Para completar nuestra idea, diremos que queremos una poesía cristiana, como queremos que el cristianismo sea el alma de la filosofía y la política, el alma de la democracia de la joven América” (*El Iniciador*, N° 10, Montevideo, 1° de septiembre de 1838, p. 14, col. 1; ef: 306)

Extraña imagen del poder de las palabras, la poesía y la literatura acogen en su seno, como los sacerdotes de las misiones jesuíticas, las ruinas del cuerpo social de la república. La contradicción de una moral laica y progresista afectada por los principios sacros del cristianismo evidencia una tensión en el pensamiento democrático que atraviesa el impulso historicista que busca encauzar el conducto de la temporalidad moderna. Esa modernidad *es* escrita, es decir, instituida bajo un discurso impreso en cuya tensión se pueden rastrear los conflictos de la nacionalidad emergente. Esa misma tensión es la que rige el discurso historiográfico que busca delimitar los contornos temporales –linajes, memorias e influencias del pasado- para la futura nación. La ficción historiográfica –el imaginario historicista de la elite letrada criolla- muestra los ensayos en que esa tensión intenta resolverse: “el alma de la democracia de la joven América” restituye el *imperium* de las santas palabras en el envés progresista y utópico del discurso modernizador. Esa caridad es la del fisiólogo, el médico o el etnógrafo que explora el cuerpo social desmembrado de la *res*-pública y baña sus heridas en las aguas bautismales del progreso capitalista.

El frágil vástago de la república: Nación e identidad postcolonial

²¹¹ *El Iniciador*, N° 3, Montevideo, 15 de mayo de 1838, p. 3, col. 1.

Ciertas palabras, ciertos discursos se repiten insistentemente como fulguraciones de una temporalidad acrónica. Reiteran el ritmo, la cadencia, la instancia fundadora de un devenir ahistórico o transhistórico. Así, en 1883 Sarmiento se preguntaba: “¿Somos europeos? –Tantas caras cobrizas nos desmienten!- ¿Somos indígenas? –Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? –Nadie quiera serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? –¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento?. ¿Argentinos? – Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello” (1900 [1883]: 28). Esas preguntas reinstalan en el cuerpo de la república la preocupación por los límites temporales y culturales de la identidad nacional. Reinstalan y reiteran, reapropian una subjetividad que ya había sido inaugurada en la emergencia de las repúblicas que dejaban de ser poco a poco colonias. Si la joven generación romántica se propuso, mediante un programa pedagógico y literario, fundar una tradición que fuera origen y originalidad en el cuerpo de la patria e instituir a partir de allí los contornos jurídicos de la nación, en los años que siguieron a Caseros esa tradición empezaba a palpase como algo vagamente existente. Aún así, y precisamente por esa vaguedad –muestra de que *la pelea por el nombre* no parecía querer enterrarse – los discursos modernizadores replegaron sobre sí el ritual de la inquisición por una identidad y por la definición de sus contornos. Casi treinta años antes de escribir esas preguntas en su *Conflicto y armonías de las razas en América*, Sarmiento insistía, usando la misma retórica, en ese ritual cuando decía: “¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Somos una raza? ¿Cuáles son nuestros progenitores? ¿Somos nación? ¿Cuáles son sus límites? (1899 [1858], XXI: 105). Hasta dónde y desde cuándo: he ahí formuladas las toponimias del discurso modernizador de la nación. Si después de Caseros se afirman en una escritura hurgadora del borroso archivo rioplatense y fundan la historiografía liberal argentina, se encuentran con la doble herencia de una exploración –topográfica y tropográfica- y de una prédica que en más de un sentido las preanunciaron.

Uno de esos sentidos lo provee la ficción historiográfica que interpeló el espacio público de la palabra y los linajes e influencias de la memoria proyectiva de la nación imaginada. Las polémicas a raíz de la *Investigaciones* de Lastarria configuraron, como esperamos haber mostrado, el escenario en el cual el cuerpo de la patria fue convocado para

fijar sus orígenes temporales. “Remontando nuestra historia, llego a sus comienzos y leo la proclamación que en 1819 dirigía O’Higgins desde Chile a los peruanos”, dice Sarmiento en su *Conflicto* (ídem: 13). Los comienzos de la *historia patria* se fijan en 1810: eso que se afirma en el ’80, era materia de disputa en las décadas del ‘30 y del ‘40: la máquina de guerra historiográfica contó entre sus engranajes el deliberado mecanismo de la ficción.

Las prácticas literarias que fueron formulando el estatuto para una literatura nacional sentaron las bases para una noción de ciudadanía y para un proyecto educativo que se sintetizan en la figura clínica –y cínica- del Hospital: el rústico cuerpo del lenguaje de la patria debía ser modelado, intervenido, introducido en la gramática civilizada de ese huracán llamado progreso. Las ruinas de ese proyecto también fueron actos deliberados en muchos casos: progreso y capital dan la mano, como nodrizas de una racionalidad pantagruélica, a la propiedad y al despojo.

Parte fundamental en la constitución de esa literatura nacional han tenido los mecanismos de la prensa: su búsqueda de institucionalización de la esfera pública, su intento de ampliación del público lector y su conversión en público político como sus modulaciones tipográficas y sus circuitos de difusión han sido elementos centrales en el proceso de nacionalización cultural del territorio. Pero al mismo tiempo la relación de la imprenta con la literatura da cuenta de una evolución dialéctica por la cual el lenguaje literario nutre la palabra impresa y se nutre de las estelas modernas de su impresión. Si la elite letrada de la generación romántica buscó asentar un sentido nacional para las letras de la república, hay que decir que esa literatura nacional fue *impresa* en el aluvión de las empresas periodísticas donde poesía y prédica formaban un mismo impulso en el imaginario letrado. Desde las citas y las extrapolaciones de la literatura europea hasta las críticas locales ese imaginario letrado fue delimitando su programa político y estético. En 1838, Alberdi publicaba en *El Iniciador* un artículo titulado “Del uso de lo Cómico en Sud-América”. Entre citas de Víctor Hugo y Chateaubriand, exponía allí el siguiente argumento: “América no tiene pasado (...) La revolución nos ha sacado bruscamente de entre los brazos de la Edad Media, y nos ha colocado sin preparación al lado del siglo XIX. Las dos civilizaciones se han desposado en nuestro país; pero viven mal casadas, como era de esperar”.²¹² Junto a la imagen de una brusca ruptura que ha dejado sin pasado a la joven

²¹² *El Iniciador*, N° 7, Montevideo, 15 de julio de 1838, p. 6, col 2.

república convive sintéticamente otra, que será retomada nada menos que por Sarmiento en su *Facundo*: “En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza está remedando los esfuerzos ingenuos i populares de la edad media; otra que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea” (1961 [1845]: 54). Que esa imagen aparezca en dos enunciados temporal y textualmente dispares es síntoma no tanto de una influencia directa en la formación de las ideas cuanto de un imaginario que encuentra, ya sea en la prensa periódica ya en la práctica literaria, su resolución simbólica en el discurso.

Suele afirmarse que la consolidación estatal de la nación en 1880, junto a su ingreso en el circuito internacional del mercado mundial, marca un hito histórico en el flujo modernizante tanto en el campo político-económico como en el más restringido campo de las letras. Factor de incidencia central en el proceso de fragmentación y democratización de la cultura letrada, el mercado editorial a pesar de asumir un espesor y una amplitud sin igual hasta entonces no se consolidará, sin embargo, hasta entrado el siglo XX. Sin duda, la ampliación del público lector junto a la creciente -aunque dispar- industrialización de las empresas periodísticas a fines de siglo, ligadas a las frecuentes campañas de inmigración, coadyuvan al proceso de relativa autonomía de prácticas y de saberes en el desarrollo desigual, como señalara Ramos, de la institucionalización literaria (1989: 81ss). Pero podríamos hablar de una instancia del flujo modernizante, de gran relevancia por cierto, que reconoce otras instancias previas en su desarrollo. Si la nación es un producto social de la modernidad, y si la prensa desempeña un rol fundamental en su discursividad, aquellas empresas periodísticas de la primera mitad del XIX que aquí hemos estudiado podrían representar una escala –una formación emergente (Williams 1980)- en el desarrollo diverso del flujo modernizador. La presencia de ese discurso en el *Facundo*, en su calidad de utopía educacional y ciudadana, vendría a confirmar la irrupción de ese momento previo. Si no puede desconocerse ese hito fundamental que es la constitución definitiva del Estado nacional, cabría la posibilidad de pensar esos momentos previos como instancias discursivas premonitorias. La repetición casi textual, la auto-cita que ejerce Sarmiento en 1883 de su discurso de 1858 algo dice al respecto. Por otra parte, la polémica nacional más importante del XIX se sostuvo en las páginas de la prensa periódica –y, entre otras cosas,

en torno a las funciones de la misma en el nuevo diseño de la nación por venir. La nación como instancia discursiva del flujo modernizante en las nuevas repúblicas ritualizó en la prensa premonitorias *juris*-dicciones. ¿La modernidad escrita?. Al menos fulguraciones de ese frágil vástago en la república de las letras: *caballos entre las olas*.

6. Bibliografía

6.1. Teórica

Adorno, Teodor. 1983. *Teoría estética*, Barcelona, Hyspamérica.

Adorno, Teodor. 1962. “El ensayo como forma”, en: *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, (reproducido en *Pensamientos de los Confines*, n° 1, segundo semestre, 1998, Buenos Aires, pp. 247-59).

Aira, César. 2001. “El ensayo y su tema”, en: *Boletín / 9 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, Rosario, diciembre de 2001.

Altamirano, Carlos. 1990. “Lo imaginario como campo del análisis histórico y social” en, *Punto de vista*, XIII, 38, oct. Buenos Aires, pp.11-14.

Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, F. C. E.

Baczko, Bronislaw. 1991. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Bajtín, Mijail. 1998. *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.

Bajtín, Mijail. 1987. *Problemas de la poética de Dostoïevski*, México, FCE.

Barthes, Roland. 1994a. “El discurso de la historia”, en: *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós.

Barthes, Roland. 1994b. “Michelet, hoy en día” y “Modernidad de Michelet”, en: *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós.

Benveniste, Emile. 1985. “Civilización. Contribución a la historia de la palabra”, en: *Problemas de lingüística general*, Tomo I, Cap. XVIII, México, Siglo XXI.

Bhabha, H. K. 1990a. “Introduction: narrating the nation”, en: *Nation and Narration*, London and New York, Routledge, pp.1-7.

Bhabha, H. K. 1994. *The location of culture*, London and New York, Routledge.

Bourdieu, Pierre. 1977. “Disposición estética y competencia artística” (Fragmento), en: Altamirano, C. y Sarlo, B. (comps). *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, CEAL.

Bourdieu, Pierre. 1997. “Para una ciencia de las obras” y “La economía de los bienes simbólicos”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

Bourdieu, Piere. 1993. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.

Brennan, Timothy. 1990. “The national longing for form”, en: Bhabha 1990: 44-70.

Castoriadis, Cornelius. 2003. *La institución imaginaria de la sociedad*, 2 volúmenes, Buenos Aires, Tusquets, (1975, 1° ed.).

Castoriadis, Cornelius. 1998. “Imaginación, imaginario, reflexión”, en: *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Buenos Aires, Eudeba.

Cosgrove, D. and Daniels, S. 2000. *The iconography of landscape*, London, Cambridge University Press.

De Certeau, Michel. 1993. *La escritura de la historia*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, (2° ed.).

- Delannoï, G. y Togvieff P. (comps). 1993. *Teorías del nacionalismo*, Bs. As., Paidós.
- Derek, Gregory. 1996. *Geographical imaginations*, Cambridge Massachusetts.
- Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*, México, FCE.
- Elias, Norbert. 1993. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, FCE.
- Foucault, Michel. 2002a/1968. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI, (1968, 1° ed.)
- Foucault, Michel. 2002b/1969. *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, (1970, 1° ed.)
- Geertz, Clifford. 1992. “Después de la revolución: el destino del nacionalismo en los nuevos estados”, en: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Gellner, Ernest. 1988. *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- Grüner, Eduardo. 2000. *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*, Rosario, Homo Sapiens ediciones.
- Grüner, Eduardo. 2002. *El fin de las pequeñas historias*, Buenos Aires, Paidós.
- Habermas, Jürgen. 1986. *Historia y crítica de la opinión pública*, México, Gustavo Gili.
- Habermas, J. 1998. *Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid, Tecnos.
- Hobsbawm, E. J. 1997. “El nacionalismo”, en: *La era de la revolución, 1789-1848*, Bs. As., Crítica, Grijalbo Mondadori.
- Hobsbawm, E. J. 1989. “Banderas al viento: Las naciones y el nacionalismo”, en: *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Editorial Labor.
- Hobsbawm, E. J. 1991. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, E. J. and Ranger T. 1996. *The invention of tradition*, London, Cambridge University Press.
- Jameson, Fredric. 1989. *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor.
- Jameson, F., Zizek, S. 1998. *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, Editorial Piados.

Jauss, Hans Robert. 1986. *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*, Madrid, Taurus.

Ludmer, Josefina. 1988. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana.

Marshall Berman. 1988. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI.

Mignolo, Walter. 1999. "Linguistic Maps, Literacy Geographies, and Cultural Landscapes: Languages, Languaging, and (Trans)nationalism", en: *The Places of History*, Durham and London, Duke University Press, pp. 49-65.

Miroux, Jean-Philippe. 2005. *La autobiografía. Las escrituras del yo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Mitchell, W. J. T. 2002. *Landscape and power*, Chicago, Chicago UP.

Myers, Jorge. 2005. "Los universos culturales del romanticismo. Reflexiones en torno a un objeto oscuro", en: Batticuore, G., Klaus, G., y Myers, J. : 2005, pp. 15-46.

Palti, Elías. 1998. *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, UNQ.

Picard, Roger. 1947. *El romanticismo social*, México, F. C. E.

Ricoeur, Paul. 1986. "De l'interprétation", en: *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique II*. Paris, Seuil.

Ricoeur, Paul. 1996. *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. 1995-1996. *Tiempo y narración*, Madrid, Siglo XXI, tres tomos.

Said, Edward W. 1990. *Orientalismo*, Madrid, Libertarias.

Sarlo, Beatriz. 2001. "Del otro lado del horizonte", en: *Boletín / 6 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, Rosario, diciembre de 2001.

Sommer, Doris. 1990. "Irresistible romance: the foundational fictions of Latin America", en: Bhabha 1990: pp. 71-98.

Starobinski, Jean. 1957. "Les problèmes de l'autobiographie", en: *Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle*, París, Librairie Plon.

Starobinski, Jean. 1998. "¿Es posible definir el ensayo?", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 575, mayo (traducción de Blas Matamoro), pp. 31-40.

Todorov, Tzvetan. 1991. *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI.

White, Hayden. 1992. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Buenos Aires, Paidós.

White, Hayden. 2003. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós.

Williams, Raymond. 1980. *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península.

Williams, Raymond. 1982. *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós.

Williams, Raymond. 2001. *El campo y la ciudad*, Bs. As., Paidós.

6.2. Crítica e Histórica

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. 1997. *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.

Andermann, J. 2000. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Anderson Imbert A. 1954-67. *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2 tomos, México, FCE.

Anderson Imbert, E. 1961. "El historicismo de Sarmiento", en: *Humanidades*, Tomo XXXVII, Vol. 1, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, pp. 158-177.

Area, Lelia. 2001. "Geografías imaginarias: El *Facundo* y la *Campaña en el ejército Grande* de Domingo Faustino Sarmiento, en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVII, Núms. 194-195, enero-junio, pp. 91-103.

Area, Lelia. 2006. *Una biblioteca para leer la Nación. Lecturas de la figura de Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Arrieta, Rafael (Director). 1959. *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, Tomos I-III.

Becco, Horacio. 1961. "Bibliografía de Sarmiento", en: *Humanidades*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, Tomo XXXVII, Vol. 2, pp. 119-144.

Carilla, Emilio. 1958. *El Romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, Editorial Gredos.

Chiaramonte, José Carlos. 1979. *El pensamiento de la ilustración*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Chiaramonte, José Carlos. 1986. *La cuestión regional en el proceso de gestación del Estado argentino*, Buenos Aires, Hyspamérica, pp. 159-186.

Cortés Conde, R. “Algunos rasgos de la expansión territorial en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX”, en: *Desarrollo Económico*, Instituto de desarrollo Económico y social, pp. 3-29.

Dávila, B. Y Gotta, C. (comp.). 2000. *Narrativas del desierto. Geografías de la alteridad*, Rosario, U. N. R. Editora.

Dollfus, Olivier. 1976. *El espacio geográfico*, Barcelona, Oikos-tau, a-ediciones.

Doris Sommer. 1999. “The places of History: Regionalism Revisited in Latin America”, en: *The Places of History*, Durham and London, Duke University Press, pp. 1-10.

El Salón literario. 1955. *Estudio Preliminar de Félix Weinberg*, Buenos Aires, Hachette.

Feijóo, Bernardo Canal. 1955. *Constitución y Revolución. Juan Bautista Alberdi*, Buenos Aires, México, FCE.

Feinmann, José Pablo. 1986. *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Ariel.

Fernández, Retamar. 1989. *Algunos usos de civilización y barbarie*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto.

Fernández Bravo, A. 1999. *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés.

Fleming, Leonor. 1991. “civilización y barbarie: el conflicto de Sarmiento en la obra de Echeverría”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 489, pp. 91-96.

Garrels, Elizabeth. 1988. “El Facundo como folletín”, en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp. 419-447.

Ghiano, Juan Carlos. 1961. “La forma autobiográfica en Recuerdos de provincia”, en: *Humanidades*, Tomo XXXVII, Vol. 2, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, pp. 23-41.

González Echevarría, Roberto. 1988. “Redescubrimiento del mundo perdido: el Facundo de Sarmiento”, en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Nú. 143, abril-junio, pp. 385-406.

- Halperín Donghi, Tulio. 1972. *Revolución y Guerra*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Halperin Donghi, Tulio. 1980a. “Una nación para el desierto argentino”, en: *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Halperin Donghi, Tulio. 1980b. “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en: Ferrari, G. Y Gallo, E. (eds.), *La Argentina del Ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Halperin Donghi, Tulio. 1996. “Facundo y el historicismo romántico”, en: *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto (publicado en dos partes el 13 de marzo de 1955 y el 23 de septiembre de 1956, en *La Nación*).
- Halperín Donghi, Tulio. 1985. *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Hauser, Arnold. 1998/1962. *Historia social de la literatura y el arte*, 2 volúmenes, Madrid, Editorial Debate.
- Iglesia, Cristina. 2003. “La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el *Facundo* de Sarmiento”, en: *La violencia del azar*, Buenos Aires, F. C. E.
- Jauretche, Arturo. 1989. *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lilio Editor.
- Jitrik, Noé. 1983. *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEAL.
- Jitrik, Noé. 1968. *El 80 y su mundo*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.
- Jitrik, Noé. 1973. “La riqueza de la pobreza”, “Prólogo” a *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Katra, William, 1988. “Sarmiento frente a la generación de 1837”, en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Nú. 143, abril-junio, pp. 525-549.
- Katra, William H. 2000. *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé.
- Katra, William H. “Sarmiento en los Estados Unidos”, en: Sarmiento: 1996 (1845-47), pp. 853-911.
- Lanuza, José Luis. 1967. *Echeverría y sus amigos*, Buenos Aires, Piados.
- Lewis, Colin M. 1980. “La consolidación de la frontera argentina a fines de la década del ‘70”, en: Ferrari, G. y Gallo, E. (eds.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.

Livon-Grosman, E. 2003. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999.

Luzio, Juan Durán. 1992. “Modos de relación entre historia y literatura hispanoamericanas durante el siglo XIX”, en: *Escritura. Teoría y crítica literarias*, Año XVII, N° 33-34, Caracas, enero-diciembre, pp. 83-100.

Martínez Estrada, E. 2001. *Sarmiento. Meditaciones Sarmientinas. Los invariantes históricos en el Facundo*, Rosario, Beatriz, Viterbo.

Matamoro, Blas. 1986. “La (re)generación del 37”, en: *Punto de Vista*, Año IX, N° 28, noviembre, pp. 40-43.

Mignolo, Walter. 1982. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en: *Historia de la literatura hispanoamericana*, Tomo I, Madrid, Cátedra, pp. 57-116.

Minguet, Charles. 1979. “Alejandro de Humboldt ante la Ilustración y la independencia de Hispanoamérica”, en: VVAA. *Homenaje a Noel Salomón. Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 69-79.

Molloy, Silvia. 1996. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, F. C. E.

Montaldo, Graciela. 1994a. “El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento”, en: *Hispanamérica*, n° 68, pp. 3-20.

Montaldo, Graciela. 1994b. *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Montserrat, Marcelo. 1980. “La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso”, en: Ferrari, G. y Gallo, E. (eds.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.

Mumford, Lewis. 1966. *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Buenos Aires, Ediciones Infinito.

Myers, Jorge. 2002. *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, 2° ed., Universidad Nacional de Quilmes.

O. Cornblit, E. Gallo(h) y A.O’Connell. 1965. “La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias”, en *Argentina, Sociedad de masas*, dirigida por Di Tella, Germani Graciarena, Buenos Aires, Eudeba.

Orgaz, Raúl A. 1940. *Sarmiento y el naturalismo histórico*, Córdoba, Imprenta Rossi.

- Palti, Elías. 2004. "Los poderes del horror: *Facundo* como epifórica", en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LXX, Núm. 207, abril-junio 2004, pp. 521-544.
- Panetieri, J. y Minellono, M. 2002. *Argentina: propósitos y frustraciones de un país periférico*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- Piglia, Ricardo. 1980. "Notas sobre *Facundo*", en: *Punto de Vista*, Año 3, número 8, marzo-junio, 15-18.
- Piglia, Ricardo. 1990. *Crítica y Ficción*, Buenos Aires, Siglo Veinte, Universidad Nacional del Litoral.
- Piglia, Ricardo. 1998. "Sarmiento, escritor", en: *Filología*, Año XXXI, 1-2, pp. 19-27.
- Pratt, M. Louise. 1997. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires., U. N. Q., (1992, 1° ed.).
- Prieto, Adolfo. 1988. *El discurso criollista en la formación de la argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Prieto, Adolfo. 1982 [1966]. *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, CEAL.
- Prieto, Adolfo. 1996. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rama, Ángel. 1984. *La Ciudad Letrada*, Montevideo, Fundación Angel Rama.
- Rama, Ángel. 1994 [1982]. *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, CEAL.
- Ramos, Julio. 1988. "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento", en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp.551-569 (publicado luego en Ramos: 1989).
- Ramos, Julio. 2002 [1989]. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, F.C.E.
- Rivera, Jorge. *El folletín y la novela popular*, Buenos Aires, CEAL, 1968.
- Rodríguez Molas, R. 1982. *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, CEAL.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. 1993. *Un huracán llamado progreso. Utopía y autobiografía en Sarmiento y Alberdi*, Washington, OEA, Interamer.
- Rojas, Ricardo. 1948. *Los gauchescos*, II, Vol. 2; *Los proscriptos*, I y II, Vols. 5 y 6; *Los modernos*, II, Vol. 8, en: *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Losada.

- Rojas, Ricardo. 1948b. *El profeta de la pampa*, 2° ed., Buenos Aires, Losada.
- Román, Claudia A. 2003a. “La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)”, en: Schwartzman 2003b: 439ss.
- Román, Claudia A. 2003b. “Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas”, en: Schwartzman 2003b: 469ss.
- Romano, Eduardo. 1991. *Nativismo como ideología en el “Santos Vega”*, Buenos Aires, Biblos.
- Romero, José Luis. 2001/1976. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, 5° ed., Siglo XXI.
- Romero, J. L. y Romero, L. A. 1977. *Pensamiento político de la emancipación*, 2 volúmenes, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Rosa, Nicolás. 2004. “El oro del linaje”, en: *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Rosa, Nicolás. 1987. “Los discursos de la crítica”, en: *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, Cuadernos de Extensión Universitaria, N° 15, pp. 19-77.
- Sazbón, José. 2002a. “*Facundo*: la vida de los signos”, en: *Historia y representación*, Buenos Aires, U. N. Q.
- Sazbón, José. 2002b. “La representación de la historia en *Facundo*”, en: *Historia y representación*, Buenos Aires, U. N. Q.
- Scavino, Dardo F. 1992. *Barcos sobre la pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Schwartzman, Julio. 2003a. “¿Polémica o guerra?. Echeverría, De Ángelis y los viejos unitarios”, en: *Boletín / 11 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, Rosario, diciembre de 2003.
- Schwartzman, Julio (dir.). 2003b. *La lucha de los lenguajes*, en: Jitrk, N. (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*, volumen 2, Buenos Aires, Emecé.
- Sorensen Goodrich, Diana. 1988. “*Facundo* y los riesgos de la ficción”, en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp. 573-583.
- Sorensen, Diana. 1998. *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Svampa, Maristella. 1994. *El Dilema Argentino. Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

Terán, Oscar. 1987. *Positivismo y nación en la Argentina*, con una Selección de textos de J. M. Ramos Mejía, A. Alvarez, C. O. Bunge y J. Ingenieros, Buenos Aires, Puntosur Editores.

Verdevoeye, Paul. 1988. *Domingo Faustino Sarmiento. Educar y escribir opinando (1839-1852)*, Buenos Aires, Plus Ultra.

Viñas, David. 1971. *De Sarmiento a Cortázar, Literatura argentina y Realidad política*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, pp 9-80.

Viñas, David. 1995. *Literatura Argentina y Política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

VV.AA. 1988. *Actas Internacionales Domingo Faustino Sarmiento*, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del COMAHUE.

6. 3. Fuentes

6. 3. 1. Literarias

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1834]. *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, en: *Obras Selectas*, Tomo III, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1835] “Contestación al *Voto de América*”, en: *Obras Selectas*, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1839]. *La revolución de mayo*, en: *Obras Selectas*, Tomo I, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1841]. *Certamen poético. Montevideo-25 de Mayo*, en: *Obras Selectas*, Tomo I, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1841]. *El gigante Amapolas y sus formidables enemigos*, en: *Obras Selectas*, Tomo I, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1845]. *Veinte días en Génova*, en: *Obras Selectas*, Tomo III, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1845]. *Acción de la Europa en América*, en: *Obras selectas*, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1847]. *La República Argentina 37 años después de su revolución*, en: *Obras Selectas*, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1843-1859]. *Impresiones y recuerdos*, en: *Obras Selectas*, Tomo III, Buenos Aires, La Facultad.

Alberdi, Juan Bautista. 1979?. “Facundo y su biógrafo”, en *Escritos póstumos*, Buenos Aires.

Alberdi, Juan Bautista. 1959 [1852]. *Bases y Puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Estrada.

Alberdi, J. B. / Sarmiento, D. F. *La gran polémica nacional. Cartas Quillotanas / Las Ciento y una*, Prólogo de Lucila Pagliai, Buenos Aires, Leviatán, 2005.

Bello, Andrés. 1957 [1844-45]. “Historia física y política de Chile”, en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.

Bello, Andrés. 1957 [1844]. “*Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, Memoria presentada a la Universidad en la sesión solemne de 22 de septiembre de 1844 por don José Victorino Lastarria”, en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.

Bello, Andrés. 1957 [1848]a. “Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución”, en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.

Bello, Andrés. 1957 [1848]b. “Modo de estudiar la Historia”, en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.

Bello, Andrés. 1957 [1848]c. “Modo de escribir la Historia”, en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.

Bello, Andrés. 1985. *Obra literaria*, Selección y Prólogo de Pedro Grases, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Del Pino de Carbone, M. L. (ed.). 1954. *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria, 1844-1888*, Buenos Aires.

Head, Francis Bond. 1920 [1826]. *La pampa y los Andes*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Echeverría, Esteban. 1972. *Obras completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora.

García, Pedro Andrés. 1838 [1816]. *Nuevo Plan de fronteras de la provincia de Buenos Aires*, en: De Angelis, Pedro. 1972 [1838]. *Colección de obras y documentos relativos a la*

Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, Prólogo y Notas de Andrés Carretero, Tomo Octavo, Volumen B, Buenos Aires, Plus Ultra.

La Correspondencia de Sarmiento. 1988. Primera Serie: Tomo I, Años 1838-1854., Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba. Comisión Provincial de Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento, Advertencia y Compilación: Prof. Carlos S. A. Segreti.

Mansilla, Lucio V. 1947 [1868]. *Una excursión a los indios ranqueles*, Edición, prólogo y notas de Julio Caillet Bois, México, Fondo de Cultura Económica.

Sarmiento, Domingo F. 1961 [1845]. *Facundo*, Prólogo y notas del profesor Alberto Palcos, Reedición ampliada de la edición crítica y documentada que publicó la Universidad de La Plata, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

Sarmiento, Domingo F. 1950 [1849]. *De la Educación popular*, en: *Obras Completas*, Tomo XI, Buenos Aires, Editorial Luz del Día.

Sarmiento, Domingo F. 1939 [1850]. *Argirópolis o la Capital de los Estados Confederados del Río de La Plata*, con una introducción biográfica por Ernesto Quesada, Buenos Aires, Ediciones La Cultura Argentina.

Sarmiento, Domingo F. 1970 [1850]. *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Salvat Editores.

Sarmiento, D. F. 1996 (1845-47). *Viajes por Europa, África y América, 1845 – 1847*, Edición Crítica al cuidado de Javier Fernández y Paul Verdevoye, Colección Archivos, Alca XX, Ediciones Unesco.

Sarmiento, Domingo F. 1965. *Cartas y discursos políticos. Itinerario de una pasión republicana*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

Sarmiento, Domingo F. 1958 [1852]. *Campaña en el Ejército Grande*. Edición, Prólogo y notas de Tulio Halperin Donghi, FCE, México, Buenos Aires.

Sarmiento, Domingo F. 1916. *Las ciento y una*, Buenos Aires, L.A, Cultura Argentina.

Sarmiento, Domingo F. 1909. *Obras*, Tomos I, II y VI, Paris, Belin Hermanos Editores.

Sarmiento, Domingo F. 1900 [1883]. *Conflicto y armonías de las razas en América*, en: *Obras*, Tomo XXXVII, Buenos Aires, Belin Sarmiento Editor.

Sarmiento, Domingo F. 1899. *Obras*, Tomos XXI y XXVI, Buenos Aires, Belin Sarmiento Editor.

6. 3. 2. Hemerográficas (y materiales de archivo)*

Diario de la Tarde. 1831-1834. microfilm.

El Argos de Buenos Aires. 1822-1825. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, Kraft.

El Curioso. Periódico Científico-Literario-Económico. 1821. Buenos Aires. microfilm

El Iniciador. 1838-1839. Montevideo. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, “Estudio Preliminar” de Mariano de Vedia y Mitre, Buenos Aires, Kraft, 1941

El Torito de los muchachos. 1830. Edición facsimilar con “Estudio Preliminar” de Olga Fernández Latour de Botas, Buenos Aires, Instituto Bibliográfico “Antonio Zinny”, 1978.

El Zonda de San Juan. 1839. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, con “Prólogo” de Juan Pablo Echagüe, Buenos Aires, Kraft, 1939.

Humboldt, Alexander. 1851 [1814]. *Tableaux de la nature*, Traduite par CH. Galusry, Tome Premier, Paris, Gide et J. Baudry, Libraires-Éditeurs.

La Abeja Argentina. 1822-1823. Buenos Aires, microfilm.

La Moda. 1837-1838. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, con “Prólogo y Notas” de José A. Oría, Buenos Aires, Kraft, 1938

Lastarria, José Victorino. 1868 [1844]. *Investigaciones sobre la influencia de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, Santiago, Universidad de Chile.

* Salvo las *Investigaciones* de Lastarria y los *Tableaux de la nature* de Humboldt, que se hallan en la **Sala de Documentos Antiguos de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata**, el resto del material, en sus diferentes ediciones (facsimilares o microfilmadas) en: **Sala de Publicaciones Periódicas Antiguas, Hemeroteca de la Biblioteca Nacional**.